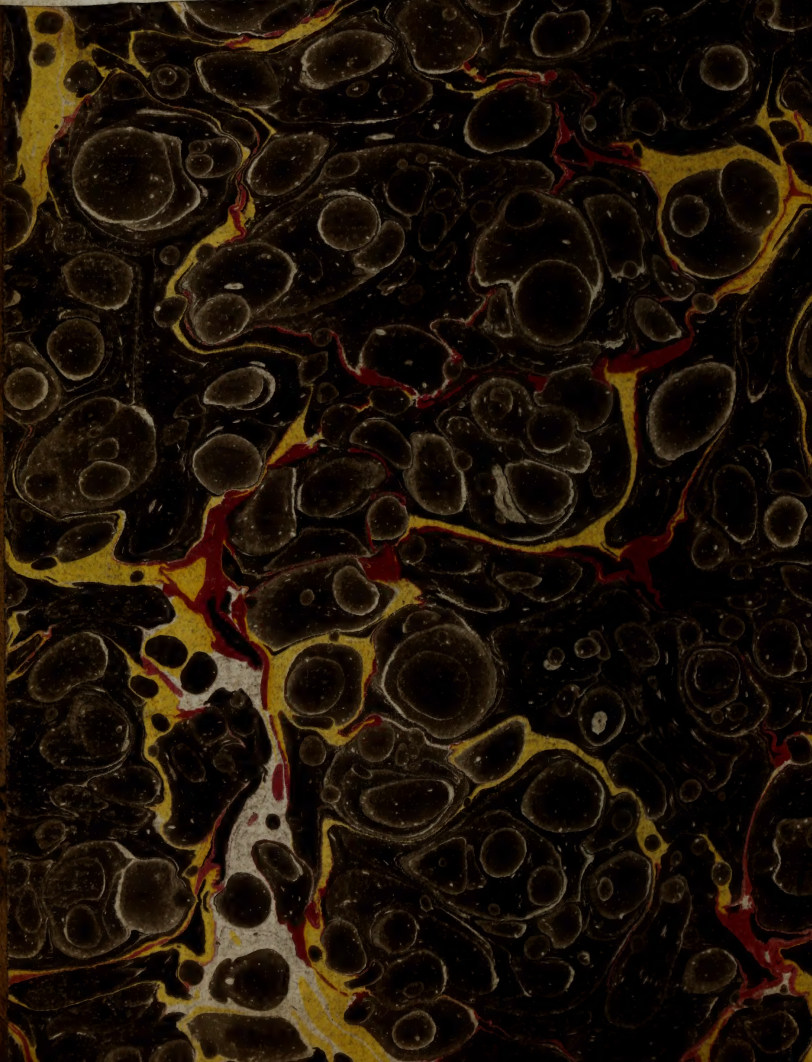
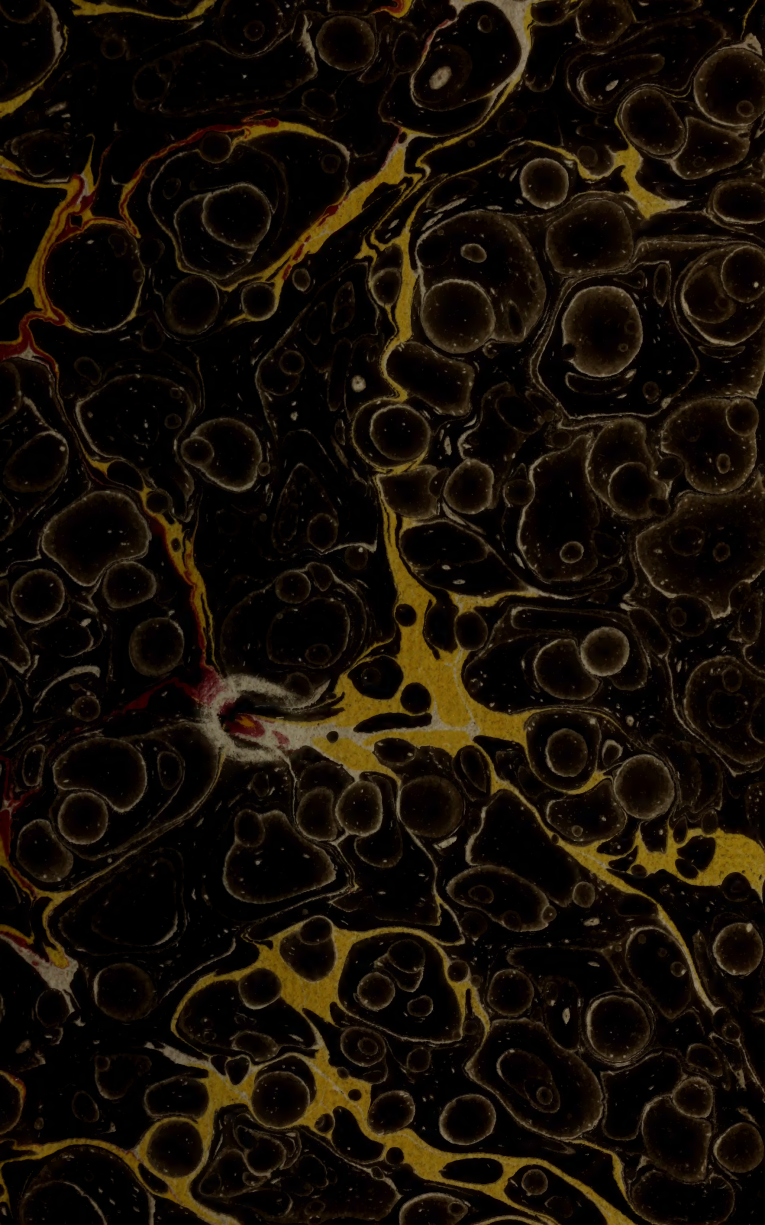


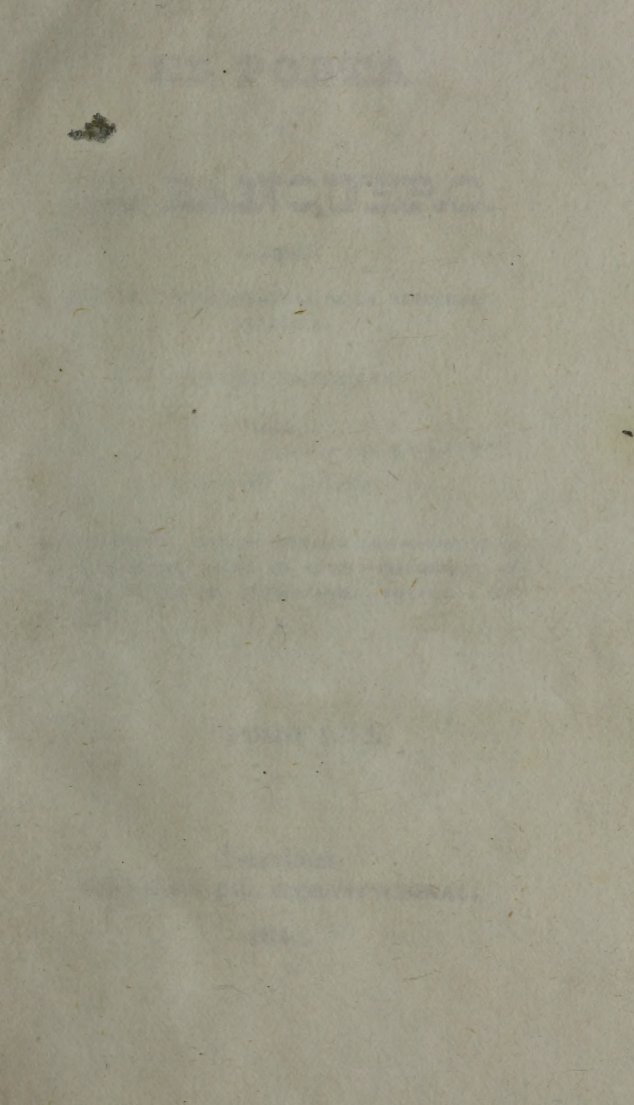
3 1761 09545887 3

Véndese en la Librería de
IGNACIO OLIVERES,
calle Ancha, num. 26.
Barcelona.









EL POETA

Y

EL BANQUERO.



ESCENAS CONTEMPORÁNEAS DE LA REVOLUCION
ESPAÑOLA.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

PEIRO MATA Y FENTANET

por P. Mata.

MÉDICO-CIRUJANO, MIEMBRO TITULAR Y CORRESPONSAL DE VARIAS SOCIEDADES SABIAS DEL REINO Y ESTRANJERAS, REDACTOR EN JEFE DEL CONSTITUCIONAL, DIPUTADO A CORTES, ETC.

TOMO I. 12

Barcelona.

IMPRENTA DEL CONSTITUCIONAL.

1842.

EL POETA

EL ALIBURRO

ESCRITAS CONTRIBUYENTES EN LA REVOLUCION
ESPAÑOLA.

NOVENA QUINCE

ESCRITA

por D. M. de...

MEMORIAS, NOMBRES TITULARES Y CORRESPONDENCIA
DE LAS SOCIEDADES SAJONES DEL REINO Y ESPANOLAS,
DICTADO EN CEELE DEL CONSTITUCIONARIO EN 1808 A 1812

LS
M 4253po

661459

2.7.57

IMPRESA DEL CONSTITUCIONARIO

1812



ADVERTENCIA IMPORTANTE.



CAPÍTULO I.

El autor de esta novela se cree en el deber de manifestar al público que si su argumento es sacado de la historia contemporánea y de la sociedad actual, los acontecimientos que refiere son una combinacion debida á su fantasía. Muchos de estos acontecimientos tienen alguna realidad; pero el autor los ha desfigurado á propósito tanto con una esposicion inexacta como con la adición de otros meramente inventados, porque ha escrito una novela y no una historia ni una crónica. Los personajes que en ella figuran no son tampoco aristofánicos, esto es retratos de esta capital como pudieran pensarlo algunos: el autor protesta desde ahora contra semejante interpretacion y declara formalmente no haber tenido la menor intencion de retratar á nadie en su obra. Tanto el *poeta* como el *banquero* son dos tipos de la sociedad actual en los cuales ha reunido el autor lo que en la vida real está esparcido entre muchos.

El público ha visto ya impresos en el folletin del *Constitucional* algunos capítulos de esta novela. Muchos han mostrado deseos de verla impresa por entero; y esto ha determinado al autor á suspender la insercion de otros en dicho diario y dar la obra á luz como acaba de efectuarlo.

El autor de esta novela se cree en el deber de manifestar al público que si su argumento es sacado de la historia contemporánea y de la sociedad actual, los acontecimientos que relata son una combinación de hechos y de fantasía. Muchos de estos acontecimientos tienen alguna realidad; pero el autor los ha desfigurado a propósito tanto con una exposición incorrecta como con la adición de otros meramente inventados, porque ha escrito una novela y no una historia ni una crónica. Los personajes que en ella figuran no son tampoco aristócratas, esto es retratos de esta capital como podrían pensarlo algunos: el autor protesta desde ahora contra semejante interpretación y declara formalmente no haber tenido la menor intención de retratar á nadie en su obra. Tanto el poeta como el dramaturgo son dos tipos de la sociedad actual en los cuales ha reunido el autor lo que en la vida real está esparcido entre muchos.

El público ha visto ya impresos en el folletín del Constitucional algunos capítulos de esta novela. Muchos han mostrado deseos de verla impresa por entero; y esto ha determinado al autor á suspender la inserción de otros en dicho diario y dar la obra á luz como acaba de efectuarse.

EL POETA Y EL BANQUERO.

CAPITULO I.

UN COMO CABALLERO QUE VIAJA.

Y sin embargo verá á su tiempo el lector que la primitiva condicion de este horro de cuatro dias habia corrido parejas con la de sus compañeros de posada.

Entre los oscuros viajeros que acababan de llegar á la posada de S. Antonio, sita en el centro de cierta poblacion de Cataluña, echábase de ver un señoron de estos ricotes, cuyo ridículo mira-

miento y toscos modales anuncian á la legua la ruindad de su origen. Arrellanado en una silla, que se habia mandado traer, fumaba con insolente gesto su cigarro puro, anublaba con sus espesas fumaradas el ambiente del comedor, y escupia frecuentemente por los colmillos á la manera de un jactancioso matasiete. Habíanse sentado los demás huéspedes á la mesa redonda, y en tanto que aguardaban la cena, iban desmenuzando con sus navajas su tabaco de cuerda, para echar uno tras otro su cigarro de papel. Formaban este grotesco grupo arrieros de Valencia, harineros de Aragon, aceiteros de Urgel y mercaderes de por menor del alta Cataluña. Lanzando alguna que otra mirada de través al huésped repantigado en su silla, seguian hablando recia y desafortadamente de sus viajes y negocios, y con gritos desmesurados que asordaban el comedor, pedian á la sornosa mesonera que les trajese, cuando no la cena, algun porron de buen

vino. Nuestro hombre, que ya se habia hecho traer una silla para no codear con gente de gallaruzo, no solo no quiso tomar asiento á la mesa redonda, sino que metia prisa á la ventera para que le librase á la vez de las miradas de la chusma y de su aturdidora gritería. Hacia que le dañaba la admósfera grosera de aquella sala, y el aspecto de los harineros blanqueados de harina, de los arrieros salpicados de barro y de los aceiteros cubiertos de mugre, le era menos repugnante que la idea de mirarse confundido con aquella gentecilla. Y sin embargo, verá á su tiempo el lector que la primitiva condicion de este horro de cuatro dias habia corrido parejas con la de sus compañeros de posada.

Como sea; iba el caballero á levantarse y á salirse de la sala, precisamente cuando venia en su busca la ventera, la cual, mas solícita de las insinuaciones y exigencias del huésped distinguido que de los gritos y reniegos

de la turba arrieril, habia dejado la cena de sus antiguos parroquianos para cuando estuviese corriente la habitacion del nuevo. A fuer de consumada en el oficio, dijo cuatro chistes á los arrieros que se echaron á reir á carcajada tendida, y acalló sus cónicas apóstrofes, abandonando á la merced de cien brazos levantados dos porrones de vino del Priorato. Desembarazada de estos, se fué hácia el huesped ecsótico, cuyos doblones olfateaba, y esmerándose en dar á su postura y acento algo de cortés, puesto que tenia que haberlas con un quidam con visos de hidalgo, dijo:

— Cuando V. guste, caballero...

— Ahora mismo (repuso el señorón sin dejarla concluir) y abandonando la silla, siguió á la mesonera que se fué escalera arriba. ¡Ya empezaba á fastidiarme! ¡Peste con los arrieros! ¡y qué modo de aturdirme! ¿Qué casta de gentes tiene V. en esta posada? A saber que habian de hallarse conmigo

estos marranos, no me paro en esta venta.

—¿Y á donde irás buey que no arés? (replicó con desenfado la francota posadera) apuradamente se halla V. en la flor de las posadas. A mas de que, pierda V. cuidado, caballero, que lo ha de pasar V. como un príncipe. ¿Piensa V. que mis arrieros han de gritar así toda la noche? No señor : dentro de un par de horas, ya no se oirá una mosca, y por mucho que madrugue V., ya no ha de hallar en mis pesebres ni las huellas de sus recuas.

—¿Quiera Dios que así sea!

—¿Pues no ha de ser! ¿comó que yo se lo aseguro...!

Y diciendo esto, conducia la ventera á su huésped al aposento que le tenia preparado. Despues de haber subido algunos escalones y atravesado una espaciosa sala, le introdujo en un cuarto, que no será fuera de propósito bosquejar. Figúrese el lector un paralelógramo, cuyas paredes y techo recordaban

á penas que habian sido blanqueadas una vez. Conociáse la edad de los ladrillos del piso por el número de pedazos que cada uno ofrecia, y los muebles, que le acababan de envejecer, estaban en completa armonía con lo roñoso del cuarto. Del marco de la alomba, cuyos relieves dorados habian ennegrecido las moscas, colgaban unas cortinas raidas con fondo anaranjado y mamarrachos de carmin, medio ocultando una cama matrimonial que acaso habia servido á tres generaciones, cubierta de una como colcha, con mas remiendos que sayo de pordiosera. Veíanse á la cabecera de esta cama las iniciales de los nombres *Jesus, Maria y José*, y por adornos colaterales habia, colgados de su respectivo clavo, con una cinta descolorida de puro vieja, un Cristo de cobre, clavado en una cruz de madera pintada de negro, y una pilita de hoja de lata, donde no faltaban jamás unas dos onzas de agua bendita. Las paredes del cuarto mostra-

ban cuatro cuadros pintorreados, obras maestras de algun embadurnador de puertas, representando la muerte del justo, la del pecador, el purgatorio y el infierno, y una cornucopia, que hacia á un mismo tiempo las veces de espejo y de candil. Media docena de sillas de comprometido respaldo y una mesa coja pintada de almagra completaban los lujosos muebles de este soberbio aposento. Lo que es luz natural no le faltaba, por cuanto habia un mal balcon, cuyos resquebrajados postigos tenian honores de percianas, y unas vidrieras que, á decir verdad, mas debian de llamarse papeleras, por suplir muchos pliegos de papel, untados de aceite, los vidrios que se habian hecho trizas con el decurso de los años.

— Ahí tiene V. su cuarto, (dijo la mesonera al caballero, cuyo gesto indicaba sobradamente que no quedaba muy satisfecho de su lujo) ¿qué le parece á V?

— ¡Che! no me parece del todo mal... pero...

—¿Ve V.? (repuso la astuta mesonera, sin dejarle concluir la observacion, bien segura de que su cuarto necesitaba un panegírico) este balcon da á la calle mayor; desde aquí se ve la plaza y el campanario; por esta calle pasa lo mejor de la villa; y luego tiene V. una vecindad que dá gozo. Todos los balcones se llenan de señoritas á cual mas linda : ahí en esta ventana de enfrente suele asomar una bribonaza que es un pimpollo! Es la hija del abacero que vé V. abajo. Estaba para casarse con un maestro de escuela; pero la picarilla ha puesto los ojos en otro y todo se lo ha llevado la trampa. ¿Y sabe V. quién es este otro? Nada menos que mi hijo; mi hijo Pepe que vino de Francia. A propósito ¿ha estado V. en Francia?

—No.

—¿Y en Madrid?

—Tampoco.

—¿Y en Barcelona?

—Como que estoy establecido en ella.

—¿Entonces conocerá V. á mi hijo Pepe?

—Tal vez sí, tal vez no : ¿cómo se llama?

—Pepe Vilalta y Grau, para servir á V.

—No le conozco... mas diga V. (continuó el huesped, mas atento á la mezquindad del cuarto, donde iba á alojarse, que á la evasiva cháchara de la ladina ventera) ¿no tiene V. otras sillas, otro cortinaje, otra cama, otra...

—Sí señor, todo lo que V. quiera; en la posada de San Antonio no falta nada; se le traerán á V. otras sillas : ¿cómo las quiere V., verdes, amarillas...

—Que sean buenas.

—Corriente.... ¿quiere V. un colchon mas, unas cortinas blancas?

—Sí señora, todo esto quiero y aun mucho mas, si es posible.

—Pues pierda V. cuidado; déjelo por mi cuenta : sobre que me ha dado V. por la tetilla. No se irá su merced

de esta posada, sin ganas de volver á ella. En treinta y tantos años que estoy á la cabeza de esta casa, no hago memoria de que un solo huesped se haya marchado sin irse tan satisfecho de mí...

—¡Bueno, bueno! ¡mas, oiga V.! ¿y mi equipage?

—¡Ah! Todavía debe de estar abajo..., aguarde V. ¡Muchachas! ¡chacas! ¡Antonía! ¡Teresa! subid el equipaje de este caballero. —¿Ois? ¡vivo! ¡vivo! —Se lo van á traer á V.

—¿Por de contado, hay aquí tambien algun dependiente de la policia que cuida de revisar los pasaportes?

—¡Toma! ¡pues no! Ya me guardaré muy bien de dejar pasar veinte y cuatro horas, sin dar parte de los huéspedes que duermen en mi posada.

—¿Le echarian á V. la multa? ¡eh!

—¡Vaya! como que no andan sino á caza de descuidados.

—Con todo no debemos murmurar de la policia.

—¡Dios me libre como de la peste de

hacer tal cosa! Buena casta de pájaros son ellos para que los traiga en boca una muger pobre como yo.

—La policía nos ha hecho grandes servicios; ¡desdichada de V. y de mí y de todos los que tenemos qué perder si no existiese la policía!.

—¿Habla V. de veras?

—Yo nunca me chancoo y menos según con quien hablo... ¿Y á qué hora está abierta la oficina?

—Apuradamente es esto una cosa que no sé; pero, si V. no lo lleva á mal, puede entregarme el pasaporte y alguno cuidará de hacer que lo revisen.

—Ahí lo tiene V.; cuenta con estraviarlo.

—¡Quiere V. callar! ¡no faltaba más!

—¡Oiga V.! vamos á otra cosa. Estoy fatigadísimo y tengo hambre. Que se me prepare cuanto antes la cena y que se me arregle la cama: dentro de media hora estoy de vuelta.

—Vaya V. con Dios, caballero; todo se arreglará buenamente.

—¡Por vida de...! ¿está loco este reloj? ¡las ocho!

—¿Pues? va ecsactísimo, acaban de dar en la parroquia.

—¡Cáspita! me marcho. Con que; lo tiene V. entendido, dentro de media hora la cena y la cama?

—Le digo á V. que no se dé el menor cuidado.

—Que no me dé V. una cena como quiera; nada de zanfainas ni guisotes.

—Sobre que seria V. el primero en quejarse de mi cocina.

El huesped no replicó mas y se fué á sus diligencias; la mesonera, despues de haberse dicho para sí misma «¡Jesus qué hombre!» bajóse á la cocina, donde acabó de disponer lo necesario para la cena de sus antiguos parroquianos, los arrieros, los cuales la estaban apostrofando á su modo, los unos por su cachaza, los otros por la preferencia que dispensaba al desconocido pasajero.

CAPITULO II.

UNA MADRE Y UN HIJO.

Ociosa sería toda explicación, no me comprendería Vd. jamás.

Pocos momentos despues de la trivial escena que acabamos de describir, dejóse ver en la sala interpuesta entre el aposento del huesped y otra colateral, un jóven de unos veinte y tres años,

pálido, ajitado y vestido con donoso desaliño. Había salido de un cuarto frente por frente del que debía ocupar el recién llegado, y tenía en las manos una carta que acababa de cerrar, hablando consigo mismo.

— Es la última vez que voy á dar este paso. Si tampoco tengo contestacion, ó esta viene concebida en términos especiosos, Concha dejará de ser á mis ojos el ángel de mis delirios; será una muger como todas, una mujer vulgar, una mujer despreciable. ¡Tantos meses sin escribirme, sin saber nada de ella! ¡parece increíble! Estravio de correos no puede ser; todo el mundo recibe á su tiempo su correspondencia escepto yo, escepto yo que la necesito mas que todo el mundo.. Tiene razon mi amigo..... ¡esa pérfida se casa! me echa en olvido, porque soy un pobre poeta, y da la mano á mi rival, porque es un rico comerciante. Y ese hombre, ese hombre, á quien no puedo aborrecer porque no me mueve sino á

desprecio, ¡ese hombre ha de ser su esposo...! ¡Ah! tal vez llegue á tiempo esta carta; tal vez impida su lectura este casamiento aborrecido. ¡Maldicion sobre este casamiento si llega tarde! Pero, ¡qué estoy diciendo, desdichado! ¡qué ventajas puede reportarme su rompimiento! ¡qué esperanzas me es dado concebir! Ninguna. Tendré con ello una prueba mas de que el corazon de Concha es mio, todo mio; de que todo lo sacrifica á la pasion que me lleva. ¿Y qué? ¿No serémos igualmente desventurados? ¡Qué puedo hacer por ella! ¡Nada, absolutamente nada, si ya no es erizar de mayores compromisos su posicion y la mia! ¿No valdria mas hacer trizas esta carta? ¿A qué echarla al correo? ¿A qué prolongar por mas tiempo una farsa cuya ridiculez me mata de verguena? ¡Qué espero! ¡qué pretendo aun! ¡Nó! ¡nada de cartas! ¡Basta de mentiras! ¡No quiero engañarla mas! ya no quiero pensar mas en ella; que se case.... na-

da me importa cuando ni con quien.»

Y en tanto que murmuraba estas últimas palabras, hizo pedazos la carta, que luego tiró con despecho á un rincón de la sala. Entraba á la sazón la mesonera y echó de ver la estraña accion del jóven, la cual la hubo de llenar de sorpresa y sobresalto. Dejó este de reparar en ella, y se iba otra vez á su cuarto, cuando la pobre muger le sacó de sus ideas, interrumpiéndole de esta suerte.

—¿Qué viene á ser esto, Pepito? ¿qué era este papel, que acabas de rasgar con tanta rabia? ¿Qué tienes, hijo mio?

¡Qué no hubiese dañado el jóven por haber ocultado á su madre aquel acto de despecho! Confuso y cortado á la pregunta que le acababa de dirigir, no acierta á responderle y en vano intenta disfrazar la agitacion que se trasluce en sus facciones.

—¡Nada! madre mia, absolutamente nada.

— No te creo , tu semblante no miente : estás sufriendo y me lo ocultas.

— ¡No...! Usted se engaña... mi genio... mis cosas... ya sabe usted que tengo estas cosas.....

— Pero, ¿este papel que acabas de hacer pedazos ?

— Era una carta que debia echar al correo ; importábame muchísimo ; su contenido corria prisa.... y , sin embargo , me olvidé de ella y ha pasado la hora , y como me la encontrase ahora en mi cartera , me he incomodado , me he dejado llevar de mi primer movimiento y la he rasgado....

— ¿No es mas que eso ?

— Nada mas.

— Como hace tantos dias que te veo taciturno , cabizbajo , distraido , se me figura que te está mortificando alguna pena.

— No , madre mia , ninguna pena. ¿Qué pena quiere usted que me esté mortificando ?

— He aqui precisamente lo que res-

pondo á todos los que me preguntan la causa de tu tristeza. Porque tu mismo no dirias lo contrario. Comes y bebes á discrecion, duermes las horas que te da la gana, no te faltan cuarenta reales para tus diversiones, y apenas abres la boca, tienes una criada que te sirve y una madre que te adora. Además, hablando está de tí la poblacion entera; hácese las muchachas mil lenguas de tu trato, dicen que les gustas como el que mas; que eres tan buen mozo; lo que es tus compañeros de niñez se están mordiendo de envidia, y aunque anden todos rebuscándote faltas, no dejan de quedarse con un palmo de boca, cuando ven las modas que les has traído de Francia. ¡Ah! ¡cuantos darian de buena gana un dedo de su mano derecha para ser lo que eres tú! Y con todo, no parece sino que todo te falta, que todo se te contraría; que eres, en una palabra, el hombre mas desdichado de la tierra.

— ¡Acaso cree V., madre mia, que á pesar de todo esto, no se puede ser desdichado?

— Por supuesto que si; pocas personas hay en el mundo que no tengan una pena ú otra: cada cual lleva su cruz á costas y todos tenemos nuestro hueso que roer, pero yo no concibo por ahora cuales pueden ser tus cuitas. ¡Eres tan reservado para con tu madre! se diria que la juzgas incapaz de aliviarte y de guardarte un secreto.

— No, madre mia: esto seria hacerle una injusticia. Sus caricias de V. me alivian tanto, cuanto me aflijen sus reconvenciones, y si guardo secretos para con V. no es, madre mia, sino porque quiero ahorrarle pesadumbres, porque quiero devorar solo mis sufrimientos.

— Pero, ¡qué pesadumbres, que sufrimientos son estos! Yo no sé: has de volverme loca. Abrete de una vez á tu pobre madre. ¿Qué quieres de mi? ¿Te he negado nada hasta ahora? ¿Ves? To-

davía la villa entera está murmurando de tu modo de vestir. Andan diciendo que para el hijo de una mesonera tanto lujo es una insolencia, que te presentas como un príncipe, que revientas de vanidad, que eres un fátuo, un orgulloso. De mí, dicen que soy una casquivana, que se me cae la baba cuando te contemplo vestido como un marques, y hasta se atreven las mas deslenguadas á mentir que estoy soñando con ponerme una mantilla de blonda, como acicalarme á la lechuguina: ¡qué se yo cuantas hablillas andan echando por aquella boca! Ahora bien, ¿qué hago yo? ¿yo que te quiero tanto? A todas las contesto que si vas vestido como un príncipe, no debes nada á nadie; que si tienes sobervia, no te falta motivo en que fundarla; que si soy una vanidosa me da la gana de serlo, y me las tengo tiesas con la mas pintada, si la da en armar camorra. Y gracias á que los años y el trabajo me han puesto de modo que estoy hecha

un costal de huesos, de lo contrario ya sabrian como manejo mi chinela mas de cuatro deslenguadas.

— Y ¿porqué hace V. caso de semejantes hablillas. ?

— ¿Cómo que no? no faltaba mas, sino que me anduviesen royendo los zancajos las bachilleras de mis vecinas, y que yo me las estuviese escuchando, sin decir oste ni moste. ¡Buena la haria yo! Quien se hace miel moscas se le comen, hijito mio: ¿Qué les importa á ellas si has vuelto de Francia, hecho un señor ó un limpiabotas? Esto es lo que quisieran, las envidiosas: que en vez de hacer fortuna no hubieses tenido nada sobre que Dios te lloviera. Pero todo esto á mi me importa un comino. Mi tarea es verte alegre, contento de vivir con tu madre, con esta pobre madre, á quien abandonaste desde niño, y que te hubo de llorar por muerto tantos años. ¡Ah! ¡como lloraria de gozo tu pobre padre! ¡Desdichado José! á lá hora de su muerte no hacia

sino llamarte y hablarte como si te hubiese tenido en la cabecera de su cama. Al menos yo he sido mas afortunada que él, he podido abrazar aun al hijo de mis entrañas. Oh! ¿lo vés, Pepito? ¿Cuán feliz seria tu buena madre, si te mostrases tan contento de ella, como ella lo está de tí...! Aun no hace siete meses que te tengo á mi lado y estoy condenada á verte poco ó nada satisfecho de tu vuelta á la casa de tus padres.

— Pero madre, si no es esto, si...

— No, no; lo se bien: esta casa, este pais te caen encima. Acostumbrado á vivir en Paris, en Madrid y Barcelona, no puedes avenirte todavía á las usanzas de una poblacion pequeña. Nada hallas aquí de lo que solias hallar en aquellas capitales: lo conozco, hijo mio, lo conozco como tú. Mas ten un poquito de paciencia: con el tiempo te irás acostumbrando á las cosas de este pais. Yo por mi parte no me duermo en las pajas para hacértelo agradable,

porque ves, Pepito, tengo acá para conmigo un proyecto del cual no he querido hablarte hasta ahora, por no estar todavía bien segura de si me llevaria ó no chasco.

— ¿Un proyecto?

— Si, hijo mio: he pensado casarte, contando, por supuesto, con tu voluntad. ¡Dios me libre como de la peste de torcer tu inclinacion! Es una muchacha lindísima, frescota, rolliza, viva como una centella, trabajadora: cose, borda y plancha como la primera, sabe leer y escribir y, si no me engaño, sacar cuentas; y sobre todas estas buenas cualidades, hay que tocar un dote regularcito, porque su familia es de las que tienen mejor cubierto el riñon. Es la hija del abacero de enfrente, de ese antiguo camarada de tu padre. Enamorada de tí, no desea sino que le hagas una pequeña declaracion. Lo que es sus padres no te la han de negar: no tienen otra y la quieren como la niña de sus ojos. Harás un casamiento feli-

císimo. Ya verás entónces como te gusta este país.

— ¡Ah! madre mia, si me ha de gustar este país por via de un casamiento, desde ahora le advierto á V. que no me gustará jamás: yo no puedo casarme.

— ¿Porqué no?

— Porque me es imposible sostener los gastos de una familia. Sin carrera y sin oficio ¿cómo vivir en este país?

— ¿Sin carrera y sin oficio? mas de una vez te he oido decir esto y siempre lo he tomado á broma. Pero si es así como dices ¿qué hiciste tanto tiempo en Francia y en Madrid? ¿En qué te ocupabas? ¿Cómo te ganabas la vida? ¿Cómo has podido llevar el tren con que te presentastes en la casa de tus padres, sino tienes oficio ni carrera?

— Escribiendo.

— Pues bien; tambien puedes escribir aquí.

— ¡Aquí! ¿y qué hay que escribir aquí?

— ¡Toma! como si no me fuese fácil meterte en el estudio de un abogado, escribano ó procurador; como si no pudiese procurarte un escritorio en alguna casa de comercio. Sobre que el padre de tu futura es uña y carne con los capataces del pueblo... déjalo por mi cuenta.

— Lo creo, madre mia, mas para todos estos empleos soy inútil, absolutamente inútil.

— ¿Cómo inútil? No acabas de decirme que te ganabas la vida escribiendo?

— Enhorabuena; pero no precisamente en bufetes de abogados y escribanos, ni en escritorios de comerciantes.

— ¿Pues, donde?

— En los periódicos; esta era mi ocupacion ordinaria; daba ademas al público de vez en cuando alguna novela, alguna comedia...

— ¡Ola! ¿sabes escribir novelas y comedias, y dices que no sirves para llevar la pluma en un estudio de aboga-

do, ni en un escritorio de comerciante? Tu te chanceas. ¡ Como si el que tiene talento para escribir comedias y novelas no pudiese apostárselas con el mas estirado escribiente en eso de endilgar pedimentos y copiar letras de cambio!

— Se lo repito á V., madre; yo no sirvo maldita la cosa para estudios ni escritorios: yo no soy escribiente, soy escritor.

— Llámesele hache, ¿ qué diferencia va del uno al otro?

— Ociosa seria toda explicacion; no me comprenderia V. jamás.

— No se porqué no. Como sea; puesto que me tienes por tan lega, callaré. Con todo, no dejaré de decirte que cuando no tienes oficio, ni carrera, cuando rehusas una buena colocacion en alguna casa de esta villa, debias haberte procurado al menos un empleo en otra parte que te diese de comer. Porque ya lo estás viendo. Mientras yo viva, ciertamente que nada te ha de faltar: si un pan tengo lo

partiré contigo, te lo daré todo entero; todo lo de esta casa es tuyo, todo es de mi hijo. Mas piensa, hijo mio, que ya tengo un pié en la sepultura. Mi edad y mis achaques te están diciendo que vas á quedar sin madre; lo que esta pobre madre te deja en su testamento no alcanza para sostener tu lujo y dejarte vivir sin trabajar. Por eso te propongo esta boda. Con ella asegurarias tu bien estar, porque ya te he dicho que la novia es rica y que su padre es hombre para hacerte dar una canongía, cuanto mas una plaza de escribiente.

—Madre mia, hágame V. el favor de no hablarme mas de casamientos: es una cosa que me atormenta demasiado. Agradézcole á V. sus buenas intenciones y siento infinito no poder endulzar los últimos años de su vida, tomando por esposa á la que me deparaba V. Créalo V., madre mia, yo no seria feliz, ni V. tampoco. Puesto que mientras viva V. no me ha de fal-

tar un mendrugo de pan, ni un pedazo de techo donde acogerme, déjeme disfrutar á su lado el placer que me proporciona la compañía de mi madre. El único móvil de mi regreso á la casa de mis padres fué V., fué hacerla saber que aun vivia para su mal este desdichado, fué buscar en el regazo de una madre la tregua que necesitaba mi corazon combatido por toda suerte de pesadumbres. Tal vez soy culpable, no volviendo á mi madre sino un hijo inútil, incapaz de aliviarla en sus trabajos. En vez de traerle á V. la recompensa de tantos años de fatiga, solo he venido á redoblar el peso de sus necesidades. Mas no ha sido mia toda la culpa; hanse estrellado todos mis esfuerzos contra el poder de las circunstancias. No acerté en la eleccion de mi trabajo, y mi pérdida ha sido una consecuencia indispensable de mi primer desacierto. Por lo demas, madre mia, tranquilícese V. Cuando la muerte me arrebató el único amparo que me resta en mis

desdichas, no sé lo que será de mí, ni es hora de pensar en ello. No nos anticipemos con tan tristes pensamientos una desdicha cuya sola idea me estremece. Dejemos para Dios el cuidado de nuestro porvenir, y vivamos, madre, como hemos vivido hasta ahora.

— Como tú quieras, hijo; puesto que no consientes en casarte y que hablarte de ello te hace tanto mal, callaré y lo dejaré por tu cuenta. Pero créeme, Pepito; cada conversacion que tengo contigo me alarma mas; cada dia me acabas de confirmar mas en la idea de que tienes un pesar secreto, el cual no quieres revelarme; sin duda no soy digna de tu confianza.

— Pero, madre, sino es...

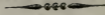
— No hay que cansarte, hijo mio, no me persuadirás de lo contrario...

Las voces de una criada, que las daba desde abajo, interrumpieron esta patética plática, y la ventera prosiguió:

— Me están llamando... ¡adios! tengo que hacer, voyme á ver si todo está

corriente para cuando vuelva ese caballero.

Y enjugándose una lágrima que no pudo detener, volvióse la ventera á la cocina.



CAPITULO III.

LA MALETA DEL MAL AGUERO.

¡El es ! ; su nombre ! ; maldicion !

No podia ser mas intempestiva para el desdichado jóven la conversacion que acababa de tener con la buena de su madre. Recrudecidas todas las llagas de su corazon , entró en su cuarto tres ve-

ces mas apesadumbrado de lo que habia salido.

— ¡Pobre muger! (se dijo amargamente) tiene razon. Muy cierto es que emponzoña los mejores dias de mi juventud un pesar secreto... y ella me cree feliz porque tengo mesa puesta donde sentarme, sábanas de holanda con que envolverme, paño de primera de que vestirme, y treinta ó cuarenta reales para gastar en los teatros ó tirar en un café. ¡Cuanta infelicidad! ¡Tener una madre tan sensible, ver que se está desviviendo para hacerme feliz, y no poder entenderme! ¡Creer asegurar mi fortuna con una plaza de escribiente, y mi bienestar con un casamiento de cálculo! ¡Oh! ¡siempre solo! ¡siempre clamando en el desierto, siempre esperando en vano una voz que responda á mis plañidos! »

Y preocupada su imaginacion con la idea fija que nada conseguia disipar, se entregó de nuevo á las amargas reflexiones con que roia en la soledad su ju-

ventud malograda. Hallábase profundamente afectada su moral; y el que ignorase las extravagancias á que conduce á los hombres la hipocondría, le hubiese tomado fácilmente por un maníaco, ó hubiese creído por lo menos que no distaba de serlo. Resentíanse de semejante estado todos sus actos, y se echaba de ver en ellos aquella indecision, aquella timidez, aquella desconfianza, que caracteriza á los verdaderos hipocondriacos, volviéndolos ineptos para todo y constituyéndoles al fin en una apatía enjendradora de fastidio y alimentadora de sombríos pensamientos. Habia escrito una carta palpitante de pasión, en la cual asociaba á una súplica una amenaza, á una protesta un sarcasmo, y á la esperanza del entusiasta la sonrisa del escéptico. Firme habia sido su resolución de echarla al correo mientras la estuvo escribiendo; mas, apenas habia salido de su cuarto, cuando sucesivas reflexiones empezaron á enfriarle, le desarmaron de su denu-

do, y acabaron por fin haciéndole despedazar la misma carta, cuyos efectos habia ya saboreado su ardiente imaginacion, antes de salir de su guardilla. Ahora ya se arrepiente de haber hecho trizas aquel escrito : la aparicion de su madre en el momento de rasgarle, no ha sido mas que una causa pasagera de este arrepentimiento. Fecunda su imaginacion en pensamientos que tiendan á suscitar obstáculos á lo que se ha de hacer, y á descubrir inconvenientes en lo que ya está hecho, le pinta los oportunos resultados que hubiese tenido el envío de su carta, recibida tal vez en los momentos mas críticos de sus fatales amores. ¿Escribirá otra? no es posible; el momento de la inspiracion ha pasado; las palabras de su madre le han mudado completamente; zumban todavía en su oido, y el infeliz no halla medio mas á propósito para arrancarse de su anhelosa agitacion, que salirse inmediatamente de su cuarto y llevarse á la ventura y sin direccion determinada

por las calles, donde acaso se aturda, se distraiga y se consuele.

En efecto, salió el jóven de su aposento, conociendo cuanto le dañaba la soledad, y atravesó la sala como si temiera que á su tránsito hubiese de desplomarse el techo. Ya iba á deslizarse por la escalera, cuando le estorbó el paso una de las criadas de la casa, la cual subia con una maleta á cuestras y una sombrerera en la mano. Despeja el jóven retrocediendo, y en tanto que desfila la criada por su frente, clava él sus ojos en el rótulo de la maleta. Un movimiento brusco y sombrío cruza sus facciones, como un relámpago que hiende las nubes, y esclama con voz alterada: « ¡ qué veo ! » sin reparar en que tiene un testigo por ventura peligroso, y al mismo tiempo sigue á la criada para acabar de asegurarse de lo que ya no admite duda alguna.

— « ¡ El es ! ¡ su nombre ! ¡ maldición !... »

Estas estrañas palabras fueron sofoca-

das por el ruido que hizo la maleta y la sombrerera, depuestas encima de la mesa de la sala, con el cuidado de un mayoral de diligencias. Y sin sospechar siquiera la criada que á dos pasos de distancia estaba palpitando un corazón mortalmente herido, sin sospechar tampoco que hubiese hecho esta herida mortal un pedazo de papel, á cuyo solo peso no hubiera cedido ni el mas frágil de sus cabellos, no hizo el menor caso de la actitud sorprendente del jóven, ni de su misteriosa exclamacion, ni de su mudanza de fisonomía, y le dejó sin color en el semblante, sin sangre en las venas, é inmóvil como una alegoría sepulcral.

El rótulo de la maleta era el precursor, el nuncio de una desdicha, tres veces mas espantosa para el hijo de la ventera, que para cualquier otro la proximidad de una muerte inevitable. La primera idea que le vino, así que empezó á volver en su acuerdo, fué huir, esconderse, desterrarse de las miradas del dueño de la maleta; mas otra mas

feliz, columbrada en la esfera de lo posible, como una dudosa estrella hundida en un horizonte borrascoso, deshizo la primera y reanimó su corazón. Tal vez no es él, (se dijo) y la débil esperanza que reverberó en sus ojos, le impelió con paso vacilante hacia la escalera para llamar á voces á su madre. Respondió la pobre muger á la voz de su hijo, y abandonando á los criados sus tareas, subió á la sala donde estaba aguardando aquel con una agitacion insoportable.

—¿Qué tienes, hijo mio? (le preguntó llorosa la ventera viendo la alteracion profunda de su rostro), ¿porqué me miras de esta manera? ¿te has enfadado?

—No, ¡madre mia! ¡no! la quiero, la adoro á V., pero oiga V. ¿V. ha visto al dueño de esta maleta?

—Si : como que yo misma le he conducido á ese cuarto frente por frente del tuyo : allí debe alojarse. Si nos debes de haber oido.

—¿Qué especie de hombre es?

—Es un señoron... así... mas alto que gordo, muy bien vestido; pero eso si, muy feo, bisojo, picado de viruelas; habla con una voz cascada y recia y se conoce que está rebosando en dinero. A saber que estabas ahí dentro, te hubiese llamado, porque me ha dicho que era de Barcelona.

—¿Donde está ahora?

—No sé; ha salido á sus diligencias, mas no tardará mucho en volver. ¿Qué? ¿quieres verle? ¿le conoces?

—No sé.

—Lo que es él, no te conoce á tí.

—¿Cómo! ¿le ha hablado V. de mí?

—Si.

—¡Dios mio! ¡estoy perdido!

—¿Qué! ¿hice mal? Me ha dicho que era de Barcelona, y ¿ves? como tú has vivido en Barcelona, le he preguntado si te conocia.

—¿Y ha dicho que no?

—Si.

—¡Respirémos!

—Y á fé que no me he quedado corta en lo de tus nombres, pero atareado con su cuarto, ni siquiera se ha querido tomar la pena de escucharme.

—¡ Tanto mejor! ¡ Ah! no le hable V. mas de mí, ¿ oye V. ?

—Si; por el caso que hace de ello.

—Y diga V. ¿ tiene V. su pasaporte?

—¡ Calla...! si, acá lo tengo todavía... ¿ le quieres ver? toma.

El desventurado cojió su pasaporte; desdoblóle con mano trémula, y con una ojeada se enteró del nombre y de las señas del portador. Era el mismo que le habia indicado el rótulo fatal de la maleta. Cayósele el papel de las manos; erizóronsele los cabellos sobre su frente, y se fueron sucediendo en su semblante las variadas espresiones de su ajitado corazon.

—¿ Con qué, le conoces? dijo la ventera al oir que el jóven murmuraba entre dientes ¡ él es! ¡ él es! y se inclinó para alcanzar el pasaporte que habia ido á parar á dos ó tres pasos de distancia.

Y como al enderezarse advirtiese la actitud embarazada de su hijo, prosiguió:

—Pero ¿qué estás pensando ahora? ¿que viene á ser esto Pepito...? ¡Pepito! ¡ay desdichada de mí...! ¡Pepito! ¡hijo mio! ¡Qué cara pones! ¡á que esta palidez! ¡que espresion tan triste tienen tus ojos...! ¡Dios mio! ¿Es acaso ese huesped algun enemigo tuyo...? Le diré que salga de mi casa..., le echaré... ya no le miraba con buenos ojos.

—¡Madre! ¡por la Vírjen santísima, por lo que mas ama V. en este mundo, ¡piedad! ¡piedad!

—¿Pero qué es esto, hijo mio? hijo de mis entrañas... me das miedo... voy á llamar á alguno....

—¡No! ¡no! no necesito á nadie; á nadie sino á V. Venga V. acá, oiga V. (Y la cogió del brazo con una fuerza involuntaria y como fuera de sí).

—¡Ay! que me lastimas, hijo mio; suéltame... ya sigo, habla... ¿que viene á ser eso...?

—No hable V. á ese caballero mas de

mí... ¿oye V.? No le responda V. nada, absolutamente nada : no le diga V. sobre todo que soy su hijo, el hijo de esta venta... ¡ cuenta con decírselo...! ¿ lo oye V..?

—Pero ¿porqué no se lo he de decir?

—¡ Porque no!

—¡ Con qué yo he de negar la sangre! Ya que has salido de mis entrañas, que eres mi hijo, lo he de decir, no digo delante de ese caballero, sino delante del mismo rey. ¿ Te hubo acaso en tu madre algun soldado? ¿ Te ha engendrado en un foso?

—¡ Pero madre...!

—Yo que puedo presentarme con la cara descubierta en todas partes, yo que ni doncella, ni casada, ni viuda no he dado que decir á la vecindad, ¿ yo negaría que tú eres mi hijo?

—¡ Por Dios, madre mia...!

—No señor, tú eres mi hijo, el hijo lejítimo del honrado José Vilalta y Torruellas, natural de Botarell, y de Tecla Grau y Casulla, natural de Tarragona,

y naciste en esta misma venta y en mi cuarto el dia de S. José á las diez de la mañana, y fuiste bautizado en la parroquia de esta villa al dia siguiente á las cuatro de la tarde, siendo tus padrinos, que todavía viven, Alejo Surra y Buñol, bodegonero, y Francisca Surra y Cannel, su muger, y quien diga lo contrario miente.

— ¡Madre mia!

— Y es un calumniador...

— ¡Madre mia!

— Y un mal cristiano y un judío...

— ¡Tenga V. piedad de este infeliz!

— Y un ladron y un...

— V. no sabe...

— ¿Cómo que no lo sé...? lo sé como el padre nuestro; tengo tan presente el dia en que te parí, como la hora en que como el pan.

— ¡Pero si no digo eso, madre! V. no me entiende. V. no quiere escucharme.

— ¡Tú eres mi hijo, el hijo de mis entrañas, y nadie será capaz de hacer-

me negar á mi hijo... ¡Y tú lo quieres! ¡tú me lo pides! Sin duda te avergüenzas de que sea tu madre una pobre ventera, de que tu pobre madre no vaya encopetada como una señora, de que tu padre no haya sido un marqués, de que esta casa no sea un palacio... —

— ¡Compasion, madre mia, compasion! ¡me esta V. arrancando el alma á pedazos! yo no pido sino que no lo diga V. á ese caballero: no hay ninguna necesidad de que se lo diga V., y si se lo dice se queda V. sin hijo, porque esta revelacion es la sentencia de mi muerte.

— ¡Qué estás diciendo!

— Lo que V. oye.

— ¡Qué misterio es este!

— Un misterio terrible, espantoso...

¡Madre, piedad! prométame V. que no se lo dirá; ¿no es verdad que no se lo dirá V., madre mia? ¿no es verdad que no querrá V. perder á su hijo?

— ¡Oh no, no! si esto ha de matarte, no... prefiero callar... no diré nada.

— Apiádese V. de mí, madre mia,

otro día le diré á V. porqué... se lo contaré todo... Ahogue V. por unas cuantas horas sus sentimientos maternales; arránqueme del horrible precipicio que tengo abierto á mis piés. Si pronuncia V. una...

—¡Virgen Santa! (exclamó la ventera interrumpiéndole y poniéndole una mano en la boca, á causa de haber oído la voz del huésped que pedia una luz á las criadas.) Pepito... ¿oyes?... huye, escóndete... no diré nada... enciértrate en tu cuarto... no salgas aunque te llame...

Y diciendo esto, se fué llorosa y ligera escalera abajo, en tanto que su hijo se metió en su habitacion donde acabó de convencerse de que el huésped recién llegado era el mismo que le habia confirmado el pasaporte.

CAPITULO IV.

ESCENAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

— ¡ Es posible ! ; no es un sueño !
nuestro gran poeta D. Rogerio Pi-
mentel de los Pinares por acá !

.....
..... Como llegué á saber ese
hombre que yo he nacido en esta
venta, que V. es mi madre, me
levanto de un pistoletazo la tapa
de los sesos.

— ¡ Virgen santísima !

No son para descritas las congojas de
nuestro jóven, el cual ya se arrepentia
de haber entrado en su cuarto, puesto
que no podia ecsalar un suspiro sin es-
ponerse á provocar la curiosidad del

huésped. Mas poco duraron estas congojas, poco tardaron en convertirse en una desesperacion profunda que fué forzoso disimular, pero que por eso no dejó de hacer su estrago en el corazon del desdichado Vilalta. Como equivocase el viajero la direccion de su aposento, en vez de entrarse en el que le habia destinado la ventera, empujó la puerta del cuarto opuesto, y se encontró, bien distante de esperarlo, cara á cara con su inquilino, el cual se hallaba á la sazón en pié, junto á la puerta, escuchando con oídos de ético las palabras que iba soltando el viajero, en tanto que se subia á la sala. Difícil sería pintar la actitud de entrambos, en el primer ímpetu de este encuentro. Ambos á dos permanecieron clavados en su respectivo sitio; miráronse un rato tal vez sin verse, y él órgano de su voz cedió á su rostro la espresion de los primeros sentimientos que recíprocamente se inspiraron. Mas teniéndoles mucha cuenta á entrambos reservarse, cada uno trató

de dominarse cuanto antes á sí mismo, y de barnizar su fisonomía de una aparente afabilidad que desviase sus mútuas observaciones. Mas ducho el huésped por su edad y carácter que el hijo de la ventera en eso de imponer silencio al corazón y hablar por cálculo, pudo fácilmente rehacerse de su sorpresa, y desempeñar su papel cómico de la manera siguiente :

— ¡Es posible! ¡no es un sueño! ¡Nuestro gran poeta D. Rojerio Pimentel de los Pinares por acá!

— Si señor, respondió el jóven con una voz alterada que le hacía traicion.

— ¡Hombre! bien distante estaba yo de creerle á V. en estas tierras. ¡Vaya una casualidad! ¡Cuanto me alegro! Y segun veo he equivocado el cuarto; el mio debe de ser este de enfrente. ¿Con qué se ha retirado V. en este pais?

— Si señor, mi salud no me permitia...

— ¡Oh! lo creo muy bien. El clima de Barcelona es muy húmedo, y para

naturalezas , así como la de V., muy malo... Reumatismo, ataques de nervios, enfermedades de pecho... ¡oh! ¡cuantos jóvenes he visto morir en Barcelona de enfermedad de pecho! El aire de este país me parece bueno, puro, aromático. Y diga V. ¿hace mucho tiempo que vive V. aquí?

—Desde que salí de Barcelona.

—¡Hombre! ¡Si le creíamos á V. en América! ¡Si en Barcelona no se dijo otra cosa! ¡Jesus y lo que se miente en Barcelona! ¡Pero, cáspita! ¡y como le prueba á V. este país! ¿Sabe V. que le encuentro mas sano, mas gordo... que?... ¡si está V. hecho un patriarca! A mi ver este es el país que debería escojer V. para su residencia habitual.

—Yérralo V. de por medio : este es un país muy malo, especialmente para mi, en términos que mañana mismo me pongo en marcha para Barcelona.

—¿De veras?... pues entonces vamos juntos, si V. no lo lleva á mal, se entiende.

—¡ Yo !

—Había pensado permanecer algunos dias en esta poblacion por tener que arreglar ciertos asuntos pendientes con uno de mis corresponsales, y cabalmente se halla fuera en la actualidad, de suerte que permanecer aquí es tiempo perdido. Por otra parte, el cuarto que me han dado, á poca diferencia es como este, ó por mejor decir, peor; y, perdone V. la franqueza, porque ya debemos tratarnos como amigos; estraño que un caballero de las cualidades de V. haya podido tolerar esta posada por tanto tiempo. ¿Y siempre ha vivido V. en esta posada?

—Si señor.

—Es raro : si es esto un asqueroso bodegon, un jabardo de tunos; si aquí no se da mesa mas que á gente ruin y á la piojeria! Luego una ventera tan charlatana que me ha podrido los hocicos con sus chismes sobre la vecindad, con su hijo que ha estado en Francia, y en Madrid, y en Barcelona... Pues ¿no

la ha dado en que yo habia de conocer á su hijo, porque su hijo ha estado en Barcelona? Mire V. que personaje para ser conocido en Barcelona, y conocido mio... ¡el hijo de un mal figon!

—Con todo, es una buena muger.

—Será una beata Juana si V. quiere; pero lleva trazas de fastidiarme con su hijo y su novia, su novia y su hijo, y aburrirme hasta el punto de hacerme tomar el portante, é irme con la música á otra parte. ¿Con qué este es su cuarto de V.? Venga V. á ver el mio: venga V., y cenaremos juntos. ¡Por vida de...! ¿quien habia de decirme que entre arrieros y gitanos se hallaba oculto el gran poeta, el autor de la mejor comedia que se haya echado en las tablas desde Calderon acá! ¡No sé como espresarle á V. mi alegría!

—¡Infame! se dijo para sí el jóven, cuya justísima cólera solo podia enfrenar el gran poder que le forzaba al disimulo.

—Mas diga V., D. Rogerio, prosiguió

el huésped , llevándose al hijo de la ventera á su cuarto. Por supuesto , ¿V. conoce al hijo de esta posada ?

— ¡ Yo !

— Me han hablado de él en el café : hánme dicho que es un valiente majadero , un fátuo , un impertinente ; que ha regresado de Francia picando de muy leido y de escritor y hecho un petimetre ; que no se trata con nadie ; que se dá aires de señor ; que se ha olvidado , en una palabra , de que ha nacido junto á los establos de una miserable venta. Desearia conocerlo para reirme un rato á sus espensas.

— ¿ Señor Casavella ? (repuso el jóven, chispeando de corage sus miradas,) yo conozco á este jóven á quien acaba V. de calumniar y le digo á V. que este jóven vale mas que todos sus detractores, gente vil y soez , incapaces de sostenerle á la cara lo que andan diciendo de él á sus espaldas.

— Esta es harina de otro costal , ya vé V. que yo no le conozco. V. tal vez

sea su amigo, y nada de extraño que tome su defensa con tal calor. Por lo demás, según veo, este pueblo es tan malo como esta venta.

—Este pueblo es muy malo, si señor, es infernal, y muchos de sus habitantes son la hez de los hombres; pero no lo compare V. con esta venta. Esta venta puede ser pobre, pero mala no, mil veces no!

— Llámeme hache; *pobre y malo* para mí suena lo mismo.

—Pues le suena á V. muy mal.

—¡Como ha de ser! son opiniones. Pero en fin, dejémoslo, no vale la pena. ¿Con qué mañana nos marchamos?

—Lo que es yo, si señor.

—¡Toma! ¡y yo con los informes que me acaba de dar V. de esta población! Va V. en el vapor, por supuesto...

Si señor, respondió secamente el jóven con un tono que disimulaba muy mal su despecho cada vez mas exasperado al presenciar el profundo disimulo y sangre fria de su mortal enemigo.

Prolongóse todavía esta plática de quid pro quo , siendo siempre como hasta aquí el huesped el que tenia con mas frecuencia la palabra. Ni siquiera soñaba con que estuviese hablando al propio hijo de la ventera , y el nombre que le hemos oido dar indica sobradamente que no le conocia por el suyo verdadero.

Ya se ha visto que desde el momento fatal en que echó de ver Vilalta el rótulo de la maleta se creyó suspendido en la garganta de un abismo , y era muy natural que desde entonces se atormentase ideando un plan para arrancarse de él , ó retardar por lo menos cuanto estuviese de su parte el momento en que habia de precipitarse en su fondo. Ya que por una fatalidad no pudo sustraerse , como quiso , á las miradas del recién llegado viagero , no pensó mas que en alejarse cuanto antes no solamente de la posada , sino tambien de la villa. De la conversacion que con él iba siguiendo , podia deducir que el huesped no sos-

pechaba lá menor cosa acerca de la condicion de su conocido poeta, y asegurado como estaba de que no era capaz de tanta astucia y manejo que disfrazase de aquella suerte una conviccion contraria, redujo todos sus conatos y combinaciones á asediarle, á aislarle completamente de todo el mundo, á fin de que nadie viniese á derribar con una palabra el arenoso edificio levantado á costa de muchos años y de enormes sacrificios. Por esto, cierto del efecto que habia de hacerle la noticia de su marcha inmediata á Barcelona, dejó escapar de sus labios la nueva de que se preparaba á partir para la capital, á la manera de una tentativa exploratriz de las intenciones del huésped. Apenas oyò el viajero semejante resolucion, ya no pensó en otra cosa que en tomar igualmente la ruta de aquella ciudad, donde temia tanto la presencia del jóven, como temia este la suya en su pais y posada. Ensanchóse el corazon del hijo de la mesonera al contemplar el éxito

feliz de su tentativa; una halagüena esperanza le sonrió como un pálido destello de ventura, y prosiguió dando conversacion al recién llegado, hasta que le vino bien deshacerse de él por un momento, del cual tenia necesidad para prevenir á la cuitada de su madre. Salióse efectivamente del cuarto del huésped y voló al encuentro de la ventera, á la cual llamó y condujo á un aposento retirado. Contóle rápidamente lo que le acababa de acontecer, teniendo buen cuidado en descorrer el velo sobre lo que era un misterio para ella, y luego le encargó que no confiase á nadie el servicio del viajero; que lo desempeñase ella misma, y que sobre todo se acordase de su promesa acerca de lo de darse por su madre, á lo cual no pudo menos la ventera que oponer todavía algunos reparos que se redujeron al fin á la resignacion y un histérico suspiro. Convenidos sobre este punto, pidióle el jóven ochocientos reales para emprender al dia siguiente un viaje á Bar-

celona, añadiendo que le llamaban á esta ciudad ciertos asuntos de importancia, para él de vida ó muerte. Aquí fué Troya: á tan inesperada peticion quedó aterrada la ventera.

—¿Con qué quieres marcharte otra vez? ¿con qué proyectas otra vez abandonarme? (así exclamó la desconsolada muger, anegándose en lágrimas y sollozos). ¡Cuando no hace todavía ocho meses que le he recobrado, ya se ha cansado de mí! ¡ya quiere abandonarme! ¡ingrato! ¡hijo ingrato!

—Por Dios, madre mia, tranquilícese V., déjeme V. partir... por ocho dias no mas, por quince lo mas largo!... ¡le prometo estar de vuelta lo mas pronto posible...! mire V. que me va la vida en ello... ¡mas que la vida me va...!

—¡Desdichada de mí! ¡yo que le quiero tanto! La primera vez que huiste de esta casa, al menos tenia á tu padre y á tus hermanas para consolarme de tu pérdida; mas ahora; ¡ay de mí! sola,

enfermiza y llena de años, ¿quién cuidará de mí si me abandonas?

—Madre mia, crea V., fie V. en la palabra de su hijo que la quiere á V. mas que á sí mismo. Me es forzoso alejar á ese hombre de esta casa y de esta villa, y solo partiendo yo se alejará.. Ya le tengo dicho á V. que entre ese hombre y yo se encierra un misterio que no puedo revelar, y entienda V., madre mia, que como llegue á saber ese hombre que yo he nacido en esta venta, que es V. mi madre, me levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos.

—¡Virgen santísima!

—Si él se queda aquí un dia, un solo dia mas, lo ha de saber y entonces... ya no tendrá remedio. Ya le han hablado de mí... él mismo me ha repetido, sin saber á quien se dirigia, los sarcasmos irritantes que me están prodigando mis compatriotas : delante de mí la ha llenado á V. de improperios ; y yo madre mia, yo, su hijo de V., vea V. si me tiene cuenta disimular, yo he tenido que

morderme los labios y escuchar y sufrir y reprimirme ¿oye V.? sufrir y reprimirme cuando tenia todo el furor, toda la fuerza, toda la razon para arrancarle la lengua mas allá de la garganta y arrojársela contra su rostro despues de haberla pisoteado. Sí, madre mia, me ha injuriado horriblemente y he tenido que callar... la esplosion de mi rabia se lo hubiese revelado todo : ó su sangre, ó mi ludibrio público... ya no tenia mas que escoger...

—¿Y qué ha dicho ese desvergonzado de mí? ¿qué ha dicho? quiero saberlo. Estoy por echarle de mi casa. ¡Maldita la hora que ha puesto sus piés en ella! El es la causa de todo; si ya lo digo yo, si la cara de ese hombre es su proceso. Que se salga inmediatamente de mi casa; se lo voy á decir...

—¡No, madre mia! repórtese V. No se trate por ahora sino de mi partida; necesito partir. Déjeme V. arrancar á ese hombre de este pais y trasladarlo á Barcelona. La tempestad que está bra-

mando sobre mi frente se disipará y respiraré otra vez tranquilo en el regazo de mi madre.

—¿Me lo prometes, hijo mio? me prometes volver, luego que puedas, al regazo de tu madre?

—Lo prometo, lo juro por lo mas sagrado de mis votos: caiga sobre mi la maldicion de Dios si...

—¡No blasfemes! ¡no prosigas!... partirás. ¿Cuánto has dicho que necesitas?

—Ochocientos reales... ya se los devolveré á V...

—¡Qué es eso de devolverlos!... tuyos son ¿tiene nada suyo tu pobre madre? ¡Ah Pepito! si llegas á engañarme, si te quedas en Barcelona, cualquiera que sea tu pretesto, no tienes perdon de Dios!...

—Madre, volveré dentro de ocho dias, quizá dentro de cuatro...

—¡Dios lo quiera! yo no viviré tranquila hasta que te vuelva á estrechar como te estrecho en mis brazos...

Deshacíase la sensible muger en lágrimas y caricias que partían el corazón del desdichado jóven. Separáronse en seguida, y esforzándose este en borrar de su semblante los vestigios de sus fuertes agitaciones, se fué á reunirse con el huésped, el cual ya estaba pidiendo á voces que le subieran la cena. Sirviósela la mesonera con manifiesta turbacion en el semblante, sin que pudiese el pasajero arrancarle mas respuestas que secos monosílabos. Ni aun abriéndole conversacion sobre su hijo le pudo hacer despegar los labios, siendo tanto mas de estrañar esta conducta cuando una hora antes se le habia presentado muy dispuesta á referirle toda la historia del tal hijo con sus episodios y anecsdos si los tenia. Distante estuvo de interpretar la verdadera causa de tamaña mudanza, y viendo por otra parte que tampoco decia la mesonera la menor palabra al jóven y que este le respondia con igual silencio, atribuyó esta mudanza á alguna desavenencia acaecida entre los dos,

de lo cual acabó de convencerse, cuando, habiendo espuesto sus sospechas á su compañero de mesa, fingió este que lo acertaba por cuanto favorecia sus planes. En fin acostóse el huesped en su cama, el jóven se revolvió en su lecho como en un lecho de culebras, y á la madrugada del dia siguiente, ambos á dos partieron para un punto de la costa donde habia de hacer escala el vapor que regresaba de Valencia.

CAPITULO V.

EL POETA.

Llamábalo su organizacion especial á las bellas artes, á esta vida toda pasion, con cuyo ardiente lenguaje expresa la humanidad sus sentimientos.

El desdichado hijo de la ventera habia cometido en los primeros albores de su edad una falta irreparable. En 1822 fué muy niño aun de la casa de sus padres, y asocióse de asistente á un ca-

pitán del ejército nacional, á cuyos ojos cayó en gracia por su desparpajo y travésura. Abolido que fué el sistema de la constitucion, tuvo que emigrar el capitán y se llevó con él á su asistente allende los Pirineos. Gracias al apoyo de cierto personage, á cuyos auspicios se acogiera el militar, no se les destinó á ningun depósito de emigrados y se trasladaron á Paris, donde, ahijándose el capitán al hijo de la ventera, trató de facilitarle una educacion esmerada que lo sacase un dia de su humilde oscuridad y le asegurase al propio tiempo un por venir satisfactorio.

A los veinte años poseia nuestro jóven varios idiomas; era autor de algunos artículos políticos y literarios insertos en los periódicos de Paris, y encerraba en su gabinete buena porcion de manuscritos, entre los cuales se echaban de ver poesías sueltas, una novela y algunos dramas en castellano, su idioma predilecto. Bien hubiese querido su protector

darle un oficio ó una carrera que tuviese la sancion de la sociedad por garantía, y que le asegurase en lo sucesivo una posicion independiente, fija y de todo punto estraña á las mudanzas de gobierno. Mas, en cuanto á lo del oficio, hubo de renunciar á tal idea, por no contrarestar la inclinacion de su ahijado, el cual se abalanzaba á los libros con tal pasion que ya rayaba en manía. En cuanto á lo de la carrera, hubiese hecho de él un abogado, un médico, un farmacéutico; mas la falta de algunos puñados de oro con que satisfacer las cuotas prescritas en los reglamentos universitarios, si no pudo impedir que su ahijado adquiriese una instruccion brillante, capaz de elevarle mas allá del nivel comun, fué por lo ménos un obstáculo insuperable para obtener un diploma con que hacer constar legalmente ante la sociedad la inteligencia y el saber del candidato.

Por otra parte Vilalta habia nacido con un corazon de artista, con un alma

de poeta. Tan nulo para la industria, como descuidado para las ciencias, llamábase su organizacion especial á las bellas artes, á esta vida toda pasion, con cuyo ardiente lenguaje espresa la humanidad sus sentimientos. Lleno de afectos y ávido de simpatías, hubo de consagrarse á una profesion que le permitiese revelarse, que le consintiese servir de intérprete al hombre para inspirarle generosas afecciones, dictarle leyes, depurarle de sus tendencias retrógradas, prepararle á los esparcimientos del porvenir, y sostenerle con el maná del entusiasmo en el desierto que atraviesa. Y fué artista, fué poeta... y la política y la filosofía absorvieron todas sus inclinaciones; porque interesarse por la felicidad de los pueblos es ejercer una mision eminentemente filosófica; porque filosofar para llamar á las masas por la senda del progreso es cultivar la verdadera poesía, la poesía del corazon, la poesía de Dios.

A la manera del que recién llegado

á los páramos de América se sacia de los hermosos frutos prodigados por cien árboles mas hermosos, sin pensar que trás esta halagüena saciedad está la fiebre; el inesperto poeta había abierto su corazón á las esperanzas é ilusiones que se le presentaron en tropel al abordar un mundo nuevo, desenvuelto como por encanto en sus años de pubertad, sin pensar tampoco que trás este tropel de esperanzas é ilusiones venia otro de decepciones y desengaños que le habian de ahuecar el corazón. En sus sueños de rosas, de estrellas y de armonía, había creído ver en el artista al cantor májico que, colocado á la cabeza de la sociedad, la entusiasma y arrastra, como Moisés á los Hebreos, como Pedro á las cruzadas. Mas, bien pronto echó de ver que su época ahogaba la voz de las bellas artes por carecer de afectos, y que no podia hacerse escuchar de sus contemporáneos, por cuanto ya no se mueven por lo que habla al corazón, sino por lo que atañe á la fortuna. Y no pu-

diendo ser el cantor de su época intérprete del individualismo, á fuer de verdadero artista, de poeta verdaderamente inspirado, hubo de abandonar el himno por la elejía, y la lira de dulces ajitaciones por el látigo sangriento de la sátira. Sus poesías, sus dramas, sus novelas, sus artículos... todo respiraba sentimientos antisociales; porque tal es el lenguaje de las tiernas almas, de las organizaciones privilegiadas, cuando está entronizado el egoismo en el corazón de los pueblos. Reaccionado contra una sociedad que ha vuelto la espalda al poeta, que le ha abandonado, como se abandona una mina donde no hay nada que explotar, ora se desencadenaba con el furor del huracán contra la humanidad entera, ora llamaba á los que conservasen todavía un pedazo de corazón á la soledad de los desiertos, encareciéndola como centro de la terrena dicha. ¡Ay del que hubiese dejado seducirse por cualquiera de sus cantos! Al fin de cada canto se hallaba la desesperación,

al fin de la desesperacion el suicidio.

Una idea habia preocupado al protector del hijo de la mesonera, desde el momento en que puso en ejecucion su proyecto de trasformarle en un hombre de sociedad. Correr un velo sobre su familia, renegar su condicion y apellido, darle como vástago desamparado de una familia distinguida, emigrada á Francia; tal era el zócalo de la columna, sobre la cual debia elevarse el porvenir del ahijado. Al nombre trivial y desabrido de José Vilalta y Grau substituyó el nombre novelesco y cadencioso de Don Rogerio Pimentel de los Pinares, y á cuantos deseaban informarse de que solar procedia el caballerito, se les decia que era hijo de cierto coronel, muerto en el campo del honor por las libertades de su patria. Mucho halagára al inesperado doncel esta indiscreta metamórfosis, y se habituó tanto á ella, tuvo tantas ocasiones en la sociedad de darse el parabien de esta farsa, que ni su razon, mas sólida con la edad, se detenía mu-

cho en las funestas consecuencias que podia esto acarrearle, ni su conciencia, mas escrupulosa con el conocimiento del bien y del mal, alimentaba por muchas horas un débil remordimiento.

Cuando lo de la amnistía general, Pimentel, con cuyo nombre de guerra lo distinguiremos en lo sucesivo, se trasladó con su protector á la capital de la monarquía española, donde removía este varios resortes para colocar á su ahijado en una de las secretarías del real despacho. Unicamente por no desairar á su segundo padre, convenia Rogerio en admitir un destino del gobierno; pero previendo ya las humillaciones, la lisonja y abnegacion que habia de costarle tal destino, como quisiese conservarle á toda costa, en una época de tantas vicisitudes y embates de partidos; estaba deseando secretamente que todos los esfuerzos de su protector se estrellasen contra las solicitudes é intrigas de mas ambiciosos pretendientes. Una enfermedad mortal que acabó en pocos dias con el

generoso ex-emigrado, vino á poner término á tales cuitas, pero ahogándolas en otras de mas grave trascendencia. Sobre tener que deplorar amargamente la irreparable pérdida de un amigo, de un protector, de un padre, debia Pimentel de estremecerse al meditar sobre el abandono total en que se hallaba. Aun no se habian secado sus ojos, cuando tuvo que ampararse de algunos amigos del difunto á quienes le habia recomendado este en su agonía. Mas, una decepcion y otra y otra le dieron desde luego á conocer que era forzoso acogerse á sus propios recursos, si no queria experimentar bien pronto todos los sufrimientos, toda la abyeccion de la miseria. ¡Ah! ¡que horrible drama se desplegó á sus ojos! ¡Que de recuerdos punzantes! ¡Que de reflexiones estériles! ¡Haber cumplido mas de veinte años y hallarse todavía sin carrera, sin oficio!... ¡ser poeta! ¡no mas que poeta!...

Hay en la sociedad ciertos hombres dotados de una travesura tan sumamen-

te ingeniosa que saben esplotar á su favor el terreno mas erial. Sin faltar á la probidad corriente, esto es, sin escandalizar al mundo, ya avezado á tales actos, saben esprimir el limon que otro arroja, y sacar todavía de él algunas gotas de zumo, con que prepararse tambien su limonada y sentarse en el banquete. A cualquiera pais que se trasladen, siempre encuentran de que vivir: musgos fáciles, plantas parásitas, se pegan á cualquier parte, y se nutren y crecen, y acaso se hacen un dia grandes árboles. Desgraciadamente para él, Rojerio carecia de esta habilidad tan ventajosa. Completamente inepto para negocios mercantiles, no solo era incapaz de ingeniarse un recurso industrial con que ganar al dia cuatro reales, sino que hubiese perdido en malas combinaciones y en peores confianzas un bello capital que hubiesen puesto en sus manos. Acaso no habia pensado en su vida en ganar dinero; alimentado hasta la sazón por mano agena, todos sus sentimientos

no habian tenido otro pábulo que la gloria, y si vino dia en que deseó como todos recojer algunos puñados de oro, solo fué porque la experiencia le enseñára que en el seno de la sociedad, en el seno de esta reunion de hombres formada, segun dicen, para su recíproco socorro, nadie le ha de dar un bocado de pan, aunque se muera de hambre, si en cambio no presenta un pedazo de metal acuñado, ó no entrega á la mano que le socorra su libertad ó su conciencia.

En medio de su conflicto hechó mano el poeta del único recurso que le quedaba; puesto que tenia fuerza intelectual, trató de explotarla y vivir de sus composiciones, á cuyo efecto revolvió sus manuscritos, formó una coleccion de poesias, revisó su novela, dió la última mano á su drama favorito, y con la desconfianza en el corazon y la timidez en el semblante, salió al encuentro de un librero, para pasar luego al de un empresario de teatros. Imposible es bos-

quejar el desfallecimiento de ánimo, el mal estar del jóven poeta puesto en marcha para negociar sus obras. No nacido para el tráfico, hubiese dado por cualquier cosa su obra, todo menos su gloria hubiese dado para que cualquier otro le negociase la venta de sus composiciones, y solo su extrema necesidad le impelia contra su carácter á pedir dinero para imprimirla. A medida que se aproximaba á la casa del librero le caian las alas del corazon; caminaba mas despacio como que se quisiese alargar el trayecto; se representaba sus obras destituidas de todo mérito, todo lo creia trivial, gastado; y si en cualquiera otra ocasion se hubiese reaccionado contra un cáustico censor de sus poesías, él mismo se justificaba entonces con sus temores la reprobacion que se esperaba de parte del librero. Tan tímido como indeciso, pasó por delante de la tienda de tres ó cuatro impresores, bastándole para no entrar en ellas, en una un extraño que compraba un libro, en otra

tres ó cuatro jóvenes que bromeaban, aquí muchos aprendices y mancebos, allá un amo que parecía regañón. Por fin haciendo un esfuerzo de tanto valor como el que avanza contra una fortaleza, se decidió á entrar en la tienda que halló mas desocupada, y propuso con una voz desmayadísima, que apenas percibió el librero, si queria comprarle su novela y poesias. Como fuese absolutamente desconocido en la córte, echóle el librero una ojeada de arriba abajo, y se deshizo de él en pocas palabras, dignándose solamente hojear los manuscritos. Inútil es decir que Rogerio ya no tuvo valor para presentarse este dia en otra tienda; pero al siguiente, acosándole de mas cerca la cruel necesidad, cojió su drama y se fué en busca del empresario. Como los agasajos y cumplidos no cuestan nada especialmente cuando no hay ninguna prevencion, recibióle este caballero como no era de esperar; mas no habiendo hablado ningun periódico de la córte del novel autor, con to-

das las buenas intenciones del mundo concluyó diciendo que las circunstancias en que se hallaba no le permitian *tener la satisfaccion* de admitir su drama en aquel momento.

Concíbese cual sería el desaliento de Pimentel, al ver frustrada su segunda tentativa. Con todo, como viese que el principal obstáculo, opuesto á la compra de sus obras, era carecer de reputacion literaria, trató de formarse un por medio de los periódicos, y solicitó en efecto las columnas de sus folletines para insertar en ellas algunos de sus retazos. Gracias á los empeños de sus aficionados no fué imposible su acceso á todas las redacciones; mas, trascurrieron dias y dias sin que saliesen á luz sus versos, y al cabo de reiteradas visitas y de ruegos motivados, publicaron un retazo, con una nota, donde al trasluz de una proteccion impertinente y ridícula se echaba de ver una crítica vaga, hueca é intempestiva, pero suficiente para prevenir á los librereros y hacer un efecto

contrario al que se habia propuesto el autor de la poesia. Grande fué la mortificacion de amor propio que experimentó Pimentel á este nuevo desencanto. Si se hubiese dejado llevar del primer resultado de su violenta reaccion, acaso hubiese ido mas allá que el terrible Byron justamente indignado contra la censura cáustica y poco hidalga de Geoffin Jeffrey. Mas viendo que ni siquiera le consentia su miseria poderse dar este peligroso desahogo, tiró en un momento de resolucion frenética su pluma, é hizo cien juramentos de no acordarse mas de poesia. ¡ Ah! ¡ con que furor hubiese dado á la sazon toda su inteligencia con la mitad de su sangre, por tener un par de brazos aptos para cepillar una tabla ó manejar una lesna!

Ya la livida fantasma del hambre revoloteaba por la alcoba de Pimentel, sacudiendo sobre sus sueños las visiones espantosas que le brotaban de sus alas, cuando un entusiasta de este poeta vino á brindarle con la cooperacion literaria

de un periódico progresista que iba á publicarse en la córte. Hállase Pimentel en su elemento y vive; su inteligencia entra en accion y produce; su talento brilla en un punto culminante y arroja sobre la multitud deslumbrantes resplandores. Deséase su pluma, sonríenle los librereros, y las *circunstancias* ya permiten á los empresarios *tener la satisfaccion* de admitir sus piezas teatrales. Pónese en escena su drama favorito, y el coliseo está á pique de desplomarse á los estrépitosos aplausos del público arrebatado. Ya tiene Pimentel un nombre cuya brillantez acaba de realzar la sombra de la crítica á que dan márgen sus frecuentes rasgos de amarga sátira y desgarrador escepticismo; tira el dinero, respira gloria... y sin embargo Rojerio no es feliz. Poco le vale á la manzana el rocío que la riega y la luz que la colora, si la corroe un gusano. El bello nombre de Pimentel no es el nombre de sus padres: cuando resuena en las provincias nadie se envanece de él, nadie, ni una herma-

na siquiera. Rojerio Pimentel de los Pinares es un nombre fantástico, un nombre espósite, un nombre sin padrinos, sin pila bautismal. Por la primera vez de su vida se arrepiente el laureado poeta de la farsa que ha sostenido por espacio de tantos años. Y sin embargo ya no le es dado desprenderse de este nombre de capricho sin esponerse á agostar todas las flores de sus delirios. Desde el momento en que se ha corrido el telon delante de sus sienes coronadas, háse sellado este nombre con el óleo de un bautismo tan necesario á su porvenir, como al hombre de nuestra sociedad el bautismo religioso.

En pos de estas reflexiones vinieron otras : al remordimiento natural de haber renegado el apellido y condicion de su familia se asoció la necesidad punzante de saber su paradero y posicion, á consecuencia de lo cual fué su idea fija esmerarse en compensar con el completo sacrificio del presente, los culpables estravíos del pasado. Procuróse

secretamente noticias de su familia, y averiguó con el dolor mas profundo que habia sucumbido su buen padre á los ataques repetidos de una enfermedad nerviosa; que todas sus hermanas habian sido desdichadas, y para colmo de todos estos desastres, que su pobre madre cargada de años y achaques, seguia ganándose la subsistencia en la añosa posada de san Antonio, donde daba mesa á los tragineros que por aquella villa pasaban.

Estas terribles nuevas de su familia, fueron para Pimentel un manantial fecundo de secretos sinsabores. Condensábase en sus horas de meditacion y recogimiento el aura popular que lo aturdió, y fuera de esta admósfera embriagadora, bajo cuya influencia se embotaban sus sentidos, el desdichado poeta no veia en derredor sino vestigios de un festin que ya ha pasado. ¡Que distancia tan enorme entre su educacion actual y la que recibiera de su madre! Nada de esta humilde muger se reflejaba en la

persona de Rojerio, como no fuesen algunas reminiscencias bien pálidas en lo material de su semblante. Todo lo moral de Pimentel era debido á otros, y las modificaciones que su nueva educacion habia inducido en su físico le habian de tal suerte demudado, que ya dejaba de ser legítima toda pretension de propiedad de parte de su madre, como se entendiese esta pretension mas allá de los derechos que le conferia el haber sido un pedazo de sus entrañas.

Sin embargo, el desdichado poeta no podia justificarse semejante emancipacion, ardia en deseos de reconocer á su madre; su corazon le estaba diciendo que en su regazo, vacío de hijos á la sazón, hallaría todos los afectos que ha desterrado de su seno nuestro siglo, y resolvió volar un dia á reunirse con su madre desamparada y caduca, para volverle al fin un hijo, sino tan caduco, mas desamparado que ella. Tan laudable resolucion debió de prorogarse. Vuelto Rojerio de esta embriaguez en que

cae todo mortal antes de aclimatarse en el mundo, sabia por esperiencia que para estar empadronado en él, para figurar siquiera como espectador de primer término en el carnabal de la sociedad, se necesita un rango ó un patrimonio, una ramera ó un verdugo, Dios ó un diablo. Y sobre constarle todo esto, que ya desalienta el corazon del que ha nacido para ser bueno, sabia que no tenia rango ni patrimonio; que faltándole dinero, ni la ramera le dispensaría su influjo, ni el verdugo su hacha; que no estando del todo puro no le cobijaría Dios debajo de las alas de sus ángeles; que pesando, en fin, todavía demasiado sus virtudes, no se le podia cargar á costas el demonio. Y por no agostar en flor los bellos frutos de la fortuna que le estaba sonriendo, por no deshojar las coronas que ceñian sus sienes, por no descender del columpio soporífero en que le estaba meciendo toda una capital, Rojerio creyó que debia de transigir con las tiránicas exigencias de la

sociedad en cuyo piélago se engolfára ; acabó de asegurar la lazada de su careta, vendió farsa por farsa , embromó á los que le estaban embromando , y puesto que los hombres no tienen por verídico y por bueno sino al que sabe mentir mas y mejor , cauterizó con un esfuerzo de reaccion su harto delicada conciencia, y menos vivos desde entonces sus remordimientos pudo dormirse y embriagarse en el ambiente de este gas social que mata todo lo puro. Resuelto á sostener hasta el fin la tramoya de su comedia, se asbtuvo de presentarse en su pais, y al propio tiempo que anunciára á su madre la existencia y fortuna de su hijo estraviado , al propio tiempo que le mandaba por un conducto misterioso algunas pruebas materiales de su fortuna , tenia buen cuidado de hacerle creer que todavía se hallaba en Francia y que volaría á su encuentro tan pronto como se lo permitiesen sus negocios.

Mas , todas las razones que ponian á Pimentel en la dura necesidad de guar-

dar un incógnito, venian al cabo á resolverse en una sola. Rojerio amaba, y el bello objeto de su pasion pertenecia á una familia qme picaba de noble. Empapada de todas las preocupaciones del viejo mundo, la buena madre de Concha no miraba con buenos ojos al lado de su hija á un caballero que vivia de escribir dramas y novelas, y solo podia tolerarlo cuando se le recordaba lo distinguido de su supuesta alcurnia. Lo que es Concha estaba realmente enamorada de Pimentel, porque á la reputacion de su talento reunia este poeta una figura interesante y una testa característica del genio, como la de Cervantes y Calderon : pero ella le creia hijo de un coronel, y Rojerio le habia oido decir mas de una vez, con la mortificacion que experimenta un carácter orgulloso : » ¡lástima que siendo noble no tenga V. mejor destino ! »

Un dia quiso la madre de Concha abandonar la córte y regresar á Barcelona, su pais natal y punto de su anti-

gua residencia. Esta partida fué un golpe mortal para Rojerio que ya no podia vivir separado del ángel de sus sueños. Quedóse Madrid desierto para él, fastidióse horriblemente de la vida; dados á luz con raros intervalos, sus escritos se resentian de su tedio; la crítica podia alimentarse de sus composiciones, donde, á vueltas de tal cual destello de genio, se descubrian harto frecuentes pasages destituidos de toda inspiracion, y hasta le silvaron una pieza en un acto, que habia escrito para cubrir una deuda. Las cartas que recibia de su Concha eran cada vez menos largas y mas frias, y no solamente se hicieron con el tiempo mas escasas, sino que cesaron de todo punto. Semejante silencio hizo tomar á Rojerio una resolucion desesperada: recojió el dinero que pudo, abandonó su colocacion y se trasladó de la noche á la mañana á Barcelona. Recibióle la madre de Conchita con mucha sequedad, sin que por otra parte se esmerase la última en consolarle con alguna se-

creta inteligencia de este bochorno. Pocos días tardó el pobre poeta á convenirse de que tenia un rival favorito de la madre y bien querido de la hija. Desvivíase el infeliz por hallar un momento oportuno en que pedir esplicaciones ; pero las dos mugeres obraban de mancomun para negarle este momento, reduciéndole á la mímica de los ojos, cuyo medio le volvía Concha igualmente infructuoso, ora evitando encontrarse con sus miradas, ora fingiendo no entenderlas.

Resentido al fin del ridículo papel que estaba haciendo, y poseido de los justos celos que le inspiraron los obsequios y favores prodigados por su amante á su rival, se levantó un día de su silla, saludó muy secamente á la madre, que no despegaba el labio, y á la pareja que estaba cuchicheando, y no supo por de pronto como desahogar su pecho, sino marchándose en derechura á la casa de diligencias y mensajerías, donde tomó un asiento para el viaje in-

mediato, que, por no haber ya ningun otro, hubo de ser del imperial. Sin el amor de su Concha, de esta Concha á quien todo le acababa de sacrificar, ya para nada queria la gloria, ni la publicidad, ni la fortuna, y en vez de regresar á Madrid, como lo exijian sus intereses, tomó el camino de su pais, resuelto á vejetar oscuro é ignorado en la venta de su madre.

Concibese cual fué el asombro y alegría de esta pobre mujer, al abrazar inopinadamente á un hijo del cual se habia visto privada por tantos años, y á quien habia tenido por muerto los mas de ellos. No se saciaba de mirarle, contemplábale estasiada, y le repetia cien veces, lo mismo que á sus vecinas, que si le hubiese encontrado por la calle no le hubiese conocido. No fué menos grande la sorpresa de sus compatriotas, quienes no pudieron nunca decir que el hijo de una humilde mesonera vistiese fraque y levita, que hablase bien el francés y el castellano, que tuviese bue-

nos modales, que diese muestras de la probidad y el honor, que le repugnasen los vicios y la bajeza, que supiese, en fin, algo mas que los *D. Hermógenes* de sus pedantescos corros. Nadie llegó siquiera á sospechar que él fuese el célebre literato conocido bajo el nombre de Rojerio Pimentel de los Pinares, cuya fama habia llegado hasta ellos, por medio de los periódicos de la córte, y cuyos dramas les habian divertido en sus teatros. Rojerio se guardó muy bien de revelar á nadie sus secretos, y desdenando la lisonja que pudiera darle, no hizo saber tampoco que fuese autor, bien seguro de que los mismos que le ensalzaban á Pimentel, le habian de destrozar desde la cruz á la fecha sus escritos, creyéndose con suficiente autoridad y criterio para el efecto, por haberle visto jugar á la pelota y volar milochas cuando niño, y sobre todo por ser hijo de una venta. Imposible es dar una idea de cuanto se apacentó en su persona y costumbres la murmuracion de

sus paisanos, entre los cuales no pudo hallar mas simpatía que la de un jóven de su edad, antiguo amigo de infancia, con el cual estrechó los lazos de una amistad inalterable. Mas este amigo se ausentó, y el pobre poeta sin poderse aclimatar á la sociedad de su pais infestado de todos los achaques del lugar, se hallaba aislado, lleno de tedio, sin ilusion ni esperanza alguna, y resintiéndose por último su salud de la notable mudanza que se habia verificado en sus hábitos y trabajos, se apoderó de su imaginacion de suyo cavilosa la hipocondría, con la cual acabó de volverse estravagante á los ojos de los que no podian comprenderle.

Durante esta época de tedio y de dolencias imaginarias, pudo recoger, por medio de su amigo que se hallaba en Barcelona, algunos datos sobre la profunda impresion que habia hecho en el alma de su Concha su desaparicion tan brusca y su retiro impenetrable. Fascinado por una esperanza de volverla á re-

cobrar, se acusó de preocupado y escribió á su querida una carta empapada de recuerdos, que todos se resolvían en una insinuación á hacer las paces. Suponíase en esta carta residente en Madrid, y su amigo, el único poseedor de sus secretos, era el encargado de ponerle en relación con su vuelta. Mas cuando ya le sonreía la idea de que Concha no sería mas que para él, recibió la infausta nueva de que se aseguraba mucho en la capital su casamiento con otro. A este terrible golpe, el mas fuerte que habia recibido Pimentel, se sucedieron en su espíritu agitado las espantosas ideas de asesinato, suicidio, estrañamiento; pero no pudo verificar ninguna, por cuanto la de su madre abandonada, llorando sobre su cadáver ó destierro, fué siempre mucho mas poderosa que sus frenéticos arranques. Y á medida que iba filtrando por todas las fibras de su corazón el sentimiento de su desdicha, se disipa con la exaltación de sus ideas la violencia de sus raptos,

hasta que, sucumbiendo á su pasion su orgullo , pudo escribir otra carta á Concha mucho mas terminante que la primera. Tampoco tuvo contestacion, y á pesar de tantas humillaciones, siempre arrastrado de su pasion invencible, puso todavía mano á la pluma para repetir la carta, bien que esta vez, como ya ha visto el lector, no tuvo la cosa efecto. Tal era la situacion de Pimentel cuando lo sorprendió por su mal en su propio cuarto el buen huésped de su madre.



CAPITULO VI.

EL BANQUERO.

No creia en otro Dios que en el dinero..... dominado por su codicia feroz, se persuadia á si mismo, que para ganar dinero todos los medios son licitos.

A Puesto que acabamos de hacer la biografia del hijo de la ventera, esponiendo estensamente de qué modo se hizo autor, antes de volver á tomar el hilo de esta historia, hagamos á la par la

biografía del huésped que nos ha ocupado en los artículos precedentes, es-poniendo tambien de qué manera se hizo mas que millonario. Erase pues ese tal un hombre de fortuna, llamado en la actualidad por todo el mundo D. Severo Casavella. A la edad de veinte años esta notabilidad mercantil no era mas que un vigoroso ganapan de Barcelona, casado con una linda lavandera de un pueblo de la comarca. Concíbese fácilmente que nadie le llamaria entónces D. Severo. Poco lisonjero el mundo con los pobres, le hubiese echado en cara su ridícula pretension, como hubiese dado en la estravagancia de atribuirse el distintivo de un hidalgo, de un abogado, de un cirujano, de un militar, de un presidario de Cuba (1). Ni los pocos conocidos que tenia á la sazón le llamaban siquiera Casavella, ni Severo á

(1) En la isla de Cuba todo vicho blanco, hasta un presidario, lleva don: dicen que el rey se lo ha dado y creen que con esto se distinguen de la raza de color.

secas: tanto en los almacenes de los que le empleaban para trasportar fardos, sacos ó cajas, como entre sus camaradas de taberna, nadie le conocia sino con el apodo de Gravat, que quiere decir en catalan, picado de viruelas, como efectivamente lo estaba, y de una manera horrible.

Como fuese su mujer una casadita interesante, Gravat, con cuyo apodo le distinguiremos hasta que por su dinero obtenga el don, cayó en gracia á los ojos de un comerciante barcelonés, medio arruinado por sus vicios, el cual quiso, con su ayuda, hacerle salir de la canalla por cuyo cieno arrastraba, como una abyecta culebra. A impulsos de una intencion tan jenerosa, quiso prestar el comerciante á nuestro mozo de cordel doscientos pesos, le procuró una embarcacion que le condujese grátis á la Habana, y le dió además algunas cartas de recomendacion para ciertas casas de comercio establecidas en esta ciudad y demás puntos de la isla. Con el permi-

so de su mujer, y un pasaporte, y una papeleta de sanidad, que mas que el buen estado de su salud certificaba haber soltado por ella sus buenos reales, se despidió Gravat de las playas de Barcelona, y se hizo á la vela para América, dejando á su interesante compañera bajo los auspicios de su jeneroso protector. Que no me pida el lector maligno ningun detalle acerca de como empleaban el tiempo en que se veian el comerciante y la lavandera, despues de la partida del mozo de cordel: por ahora no se trata sino de este insigne aventurero.

Cuando el ganapan se hizo á la vela no sabia siquiera trazar cuatro mal hechos palotes, y á duras penas sabia distinguir las mayúsculas impresas. Nacido de padres rudos y groseros, era tan grosero y rudo como ellos mismos. Su carácter, naturalmente malo, empeoró con la crudeza de sus necesidades, y borrado por la abyeccion de su miseria todo sentimiento afectuoso, no sufria sino

deseos implacables de hacerse rico , para no necesitar á nadie y aborrecer á todo el mundo. Tal vez habia en él alguna disposicion para ser un dia un buen artesano , mas , pagado de su fuerza colossal , quiso ser mozo de cordel , y con esto cumplia la maldicion profética del *ex sudore vultus tui cederis pane*. Mas , dotado de dos grandes elementos para hacerse millonario en pocos años , á saber: rudeza de entendimiento y dureza de corazon , claro está que no debia envejecer llevando fardos á cuestras. Empapóse esclusivamente de una sola idea , la de ganar dinero , y todo cuanto hacia , todo cuanto pensaba , no tendia sino á ganar dinero ; y empezó por casarse con la hija de una lavandera acreditada , á fin de que le alijerase la carga de proletario. Si procuró que fuese bonita la jóven con quien se unió mas que por amor por cálculo , no fué seguramente para halagar sus sentidos , solo accesibles á la brillantez del oro ; sino porque deseaba trasladarse á América á

tentar fortuna, y conocia sobradamente bien que lo que no obtendrían sus espaldas en diez años de trabajo, lo obtendrían los ojos de su mujer en un momento de intelijencia con un rico. El ridículo papel que él habia de jugar en este asunto no podia detener el rastrero vuelo de un hombre que, trabajado cruelmente por la miseria, no creia en otro Dios que en el dinero, y que, dominado por su codicia feroz, se persuadia á sí mismo que para ganar dinero todos los medios son lícitos.

Despues de dos meses de feliz navegacion, abordó nuestro aventurero en el puerto de la Habana, guiado por las instrucciones que le dieron las casas de comercio á quienes iba recomendado; se estableció en dicha ciudad, abriendo una taberna, que bien pronto fué reemplazada por un vastísimo almacén de toda suerte de caldos. Ingeniosas manipulaciones, sujeridas por su instinto mercantil, convertian un mismo licor en cien licores diferentes, y engañaban el

paladar de los isleños con un ingrediente y un nombre á propósito aplicados. Comprando barato y vendiendo caro, ganando mucho y gastando poco, se concibe fácilmente la rapidez asombrosa con que se acrecentaban sus capitales. Resuelto por otra parte á esplotar todas las minas que se abriesen en su tránsito, empleaba una considerable parte de su caudal prestando gruesas partidas á un interés tanto mas fuerte, cuanto mas apurada era la situacion del que se las solicitaba, y exasperada su sed de oro, á proporcion que sus arcas rebosaban en dinero, concibió tambien uno de esos proyectos filantrópicos, cuya ejecucion ha vuelto millonarios á los mas de nuestros privilegiados políticos. Botó al agua un bergantin negrero, y se hizo á la vela para la costa de Africa. Este viaje fué sumamente feliz, quiero decir que, embutiendo el vientre de su buque de una infinidad de toda edad y sexo, pudo desembarcarlos en Cuba sin el menor obstáculo, y reportar de su lucrativa venta

una cantidad exorbitante de oro. El éxito tentador de este viaje, aunque no fué completo para él, por cuanto algunos de los infelices aprisionados en el buque habian perecido sofocados, le abrasó en deseos de hacer otro y otro, hasta que, doliéndole la cantidad empleada en la compra de los salvajes, se decidió á cruzar, ya por la sonda de Méjico, ya por el mar de los caribes, y abalanzarse á guisa de pirata contra todo barco negro-ro, para alzarse de valde con la presa de otros traficantes en carne humana. Aunque cobarde naturalmente, impelido por el afán de una ganancia exorbitante, se batia feroz á la cabeza de una horda de hombres de proa asesinos de profesion, que se lanzaban al abordaje como los osos blancos sobre las embarcaciones baradas en los yelos del mar glacial, y hacia degollar desapiadadamente á los vencidos que caian palpitantes en las bocas de un enjambre de tiburones, compañeros inseparables del pirata. Nadie se escapaba de estos horribles degüe-

llos, como no perteneciese á la abyecta raza de color, en cuyo caso se lo trasladaba á bordo de por junto con la presa, porque valia su dinero. Al fin cesó de hacer este humanísimo tráfico, mas que por estar apagada su sed de oro, por la inexorable caza que le iban dando los cruceros ingleses, encargados de impedir este comercio en honor de la humanidad, los cuales le acosaban con tanto ahinco, porque les usurpaba el privilegio de apresar barcos negreros y vender en seguida por cuenta de Inglaterra los negros apresados y depositados en el puerto de la Habana. Entónces trató de afinarse, y plantó vastos cafetales, y estableció injénios de azúcar, donde explotaba horriblemente el gigantesco brío de un sin número de esclavos, tirano de sus cabezas y usurpador de sus hijos.

Ya se vió mas opulento que muchos de sus antiguos amos. Enriquecido, si no con los propios, con análogos arbitrios, concibió y realizó el proyecto de regresar á Barcelona, donde tenia nece-

sidad de que le vieran emancipado de su abyeccion los que le habian menospreciado mientras fué mozo de cordel. Dejando á la cabeza de sus establecimientos á ciertos hombres de su confianza , con los cuales se asoció para sus especulaciones sucesivas , se embarcó con todos sus tesoros para la capital de Cataluña. Habia cumplido á la sazón unos cuarenta y pico : el traje de ganapan habia desaparecido completamente; á su gorro encarnado habia sustituido un sombrero de castor , á su chaqueta de algodón una levita de paño inglés , y á sus alpargatas de humilde cáñamo unas botas soberbiamente charoladas. Su engrandecimiento , la multitud de sus negocios , y el roce y relacion con otras casas de comercio le pusieron en el caso de procurarse alguna instruccion , y regresó á Europa sabiendo trazar con ininteligibles garabatos cuatro mal endilgados períodos , y leer , sin prosodia ni censura , los escritos en castellano. Sus libros de comercio nadie los entendia

sino él; su aritmética le era absolutamente propia y orijinal, y sin embargo ni en un maravedí se equivocaba en sus cuentas por complicadas que fuesen. Por lo que toca á su trato y sus maneras, no ofrecia modificacion alguna: conociase á la legua su rudo orijen, y al ver asociada á una figura tosca una lujosa vestidura, á una seriedad ridícula una empalagosa prosopopeya, cualquiera lo hubiese tomado fácilmente por un personaje grotesco de una pieza de costumbres. Sin embargo, el comerciante de negros se daba aires de señor; la turba de adula-dores que le circuia le incensaba de continuo, llamándole á raja tablas *D. Severo, Sr. de Casavella*, y él aceptaba de mil amores estos títulos, regodeándose con ellos como en desquite del antiguo apodo de *Gravat*.

Súpose bien pronto en Barcelona la llegada de este *opulento americano* (1), y

(1) Tal es el dictado con que se designa en Cataluña al español que ha hecho su fortuna en América y ha regresado á su patria con sus tesoros.

no había boca en todo su circúito de la cual no se cayese el nombre y fortuna de este *opulento americano*. Todos convinieron de buena gana en correr un velo de olvido sobre las antiguas condiciones de este horro de cuatro dias; nadie quiso enterarse de los medios con que había obtenido su villana manumision, y hasta le tuvieron por un personaje nato aquellos mismos que le habían visto años atrás en sus almacenes atlas forzado de sus fardos. Así el aldeano de Ejipto adoraba al dios Apis, dentro de los templos de Menfis, tal vez en el becerro que había aporreado en los pasturajes del Nilo.

Al abordar en su suelo pátrio se encontró nuestro americano con una fortuna cien veces mas lisonjera para él que la que había hecho en el nuevo mundo: su mujer había muerto en el hospital de Sta. Cruz de Barcelona, completamente olvidada de su marido, y víctima deplorable de su prostitucion. El comerciante que la había cobijado bajo su amparo, cuando la partida del mozo de cordel,

viendo el espantoso déficit que sus vicios le habian acarreado, hizo una de esas bellas especulaciones que, en honra y gloria de nuestra lejislacion, se reservan algunos jitanos vestidos de paño inglés para un caso de tormenta; mas claro: luego despues de haber hecho un empréstito considerable, suspendió sus pagos, y acabó por una fraudulenta bancarrota. Y como fuese tambien la lavandera un jénero confiado á la buena fé de su depositario, hubo de resentirse igualmente de esta catástrofe, y abandonada de su seductor, que ya estaba fastidiado de ella, se entregó sucesivamente á la lascivia de otros ricos. Alegròse estremadamente D. Severo de esta pérdida, venida como de molde en su nueva posicion, puesto que cimentado su orgullo en sus talegos, ya no tenia que humillarse recibiendo en sus brazos á su mujer lavandera y prostituida, y que libre enteramente de su mano, podia emparentar aun ya que no con una familia noble con otra cualquiera de las

mas descollantes por su posicion social.

Decidido á establecerse en Barcelona, nuestro comerciante se alojó en una casa magnífica, de las mas suntuosás de la capital, adornándola con un lujo superior al del palacio de un antiguo conde. La caoba, la porcelana, el cristal, la seda, el oro, la plata, todo abundaba en las salas y salones de esta casa. Bien pudiera decirse sin ninguna exageracion que una corte asiática, un acompañamiento real de Persia en los tiempos de Darío no era tan resplandeciente como los estrados del recién llegado comerciante. Servíanle una multitud de criados y criadas, entre los cuales descollaban un par de negros y una negrita, la cual, segun malas lenguas, tenia con su amo mas íntimas relaciones que las de simple esclava; y toda esta servidumbre bastaba apenas al hombre rico, al ex-mozo de cordel enriquecido con sangre humana.

Dominado por una parte de una avaricia feroz y deseoso por otra de embria-

garse en el banquete de los vicios para desquitarse del ayuno con que se habia mortificado en otros tiempos, si no dió nunca un maravedis en favor de un establecimiento de beneficencia, ni en socorro de los pobres desamparados, de los huérfanos y viudas desvalidas, á los dos meses de estar en Barcelona ya no habia garito que no hubiese visitado, célebre ramera con quien no hubiese entrado en relacion, ni casada de esas corridas cuyos favores no hubiese tanteado obtener con buen dinero. No contento todavía con entregarse á los placeres carnales en brazos de las mugeres que antes que á él se habian ya prostituido á cien otros, rondaba á la usanza de otros muchos Barceloneses por las fábricas de hilados, atisbaba con ojos provocativos á las muchachas proletarias que agotaban su belleza y juventud en el trabajo, y procuraba seducir á la que descollaba por mas jóven y mas bella y, sobre todo, por mas novicia. La pobre niña que tenia la desgracia de

agradarle, al cabo de ocho dias, ó quizá menos, ya habia cedido á las seducciones de un demonio disfrazado de muger, que reclutaba vírjenes para el cínico americano. Perdida para siempre, se presentaba esta niña con sus arracadas de esmeraldas que le barrían los hombros, con su aguja de plata que le atravesaba las trenzas, con sus pañuelos y jubon de seda, con su basquiña y delantal de indiana de Francia, con sus chinelas bordadas, su brillante, su soguilla de oro y con sus veinte ó treinta pesos por apéndice que no duraban una semana. Mejor hallada con ser la concubina de un señor opulento, que con ajar la delicadeza de su piel pegada todo el dia á un torno de algodón, se despedía la aturdida de su amo y de sus compañeras satíricas de envidia, y se preparaba en su ocio y su molicie la carrera de la prostitucion para cuando el comerciante no hallase en ella nada nuevo que gozar. Nuestro buen héroe daba además con frecuencia en sus salones bailes magní-

ficos donde solia reembolsarse, jugando al monte con los que echaban multas en los cafés, los tres ó cuatro mil pesos que le costaba la fiesta.

Fácil es de concebir por todo lo que va dicho que este *hombre de arraigo*, que este *hombre pudiente*, que este *capitalista*, fué bien pronto un hombre de pro en la capital de Cataluña. El se llevaba la preferencia en todas las empresas de ajiotage y monopolio, y nada dejaba de arrendar, de todo era accionista con tal que las ganancias valiesen la pena de ello. Considerado como liberal por pertenecer al comercio, los partidarios del absolutismo lo miraban de mal ojo, y á pesar de toda su opulencia los nobles lo rechazaban de su círculo, motivo por el cual odiaba á muerte á la nobleza. Y sin embargo todo su liberalismo habia consistido siempre, cuando mozo de cordel, en aborrecer á los frailes; cuando comerciante, en murmurar de los nobles. Sus conocimientos en política no habian aumentado con su fortuna, y para él lo

mismo daba el absolutismo que la democracia. Con tal que le dejasen proseguir en sus tráficos y monopolios no era hombre que atormentase su convicción con una obediencia forzada. Cuando lo de Zea Bermudez fué otra de las columnas sobre que fundó su edificio ecléctico el gobierno provincial de aquellos dias, y hasta la caída de este edificio ocupó uno de los destinos públicos por cuyo desempeño habia aborrecido á la nobleza.

Este hombre, verdadero tipo de aquellos que, segun La-Menais, no tienen nombre mas que en el infierno, llegó por fin á fastidiarse de todo, á experimentar alguna cosa de aquel horrible vacío que quisó dar á entender Salomon en su *vanitas vanitatum*. Por la primera vez de su vida se apasionó de una muger, de una señorita jóven que formaba con sus gracias las delicias de las tertulias de tono. Conocióla en una academia de canto, donde con su garganta de querubín arrebató á la concurrencia, y su

bastarda imaginacion le presentó toda la noche cuan profundos serian los gozes del deleite gustados con una jóven tan radiante de atractivos. Desde entonces se decidió á procurarse á toda costa á esta jóven, y en su pasion brutalmente desencadenada se dió el parabien de su opulencia, creido de que no hay valla que no salve el oro ni obstáculo que no allane. Informado de la poco lisongera posicion de la familia de dicha jóven, se esparció por su corazon villano una esperanza inmoral, la de convertir en su concubina á la interesante cantatriz. Y como lo tenia de costumbre, hízola solicitar con el cebo de riquísimos presentes por la infernal muger que para tales cosas le servia; mas todas sus tentativas se estrellaron contra la incorruptibilidad de la bella señorita, con grande asombro y estupefaccion de Don Severo, el cual no creia nada en el mundo superior á la pujanza del oro. Tan inesperada resistencia subió de punto, á los ojos del comerciante, el

mérito del objeto de su pasión. Era el colmo de la felicidad; poseerla valía más á sus ojos que el conjunto de todos los placeres, y viendo que ni con todas sus ofertas la podía seducir, la consideraba pura como la vírgen de las vírgenes, y esta idea le tenía fuera de sí. Y no pudiéndose arrancar del corazón el fuego que le abrasaba, se decidió á pedirla por esposa, comprando con toda su opulencia la mano de su beldad.

Sobre manera lisonjeada quedó la madre de su querida á semejante proposición, y no pudo menos que asegurarle el consentimiento de su hija, la cual aunque no quiso al principio entrar en relaciones con tal hombre, por sospechar, entre otras razones, que era él el que la había hecho solicitar por una infame corruptora, acabó también por aceptar sus obsequios y prometerle su mano, siendo así que ya la tenía prometida mucho tiempo antes á un pretendiente, sino tan rico, mas digno de poseerla. Y ¿quién era este pretendien-

te? ¡El desdichado Rojerio!!! Rojerio, el poeta, el hijo de la mesonera era el rival de Casavella, del banquero, del ex-mozo de cordel. Este hombre acaudalado era el que habia hallado gracia á los ojos de la madre de Conchita, el que habia deslumbrado con su opulencia á esta aturdida jóven, el que habia desembancado, en fin, al pobre poeta, luego despues de la llegada de su querida á la capital de Cataluña. He aqui porque se interesaba tanto el desdichado Pimentel en ocultar al huesped de su madre su verdadero apellido y condicion.

Habíale este conocido bajo su supuesto nombre en la casa de Conchita; por su madre sabia la profesion, los talentos y la fingida historia de Rojerio; aborreíale como poderoso obstáculo del logro de sus designios, y si hubiese sabido que á la calidad de poeta, harto pisoteada en la sociedad por los que no han llegado á comprenderla todavía, que á la condicion de pobre, abyecta y con-

culcada en todos tiempos y países , podía añadirse el desmérito de una villana estraccion , no purificada con dinero , de por junto con la pretension imperdonable de oropelarse con una nobleza positiva , ¡ con qué infernal satisfaccion hubiese corrido este hombre bajo y maligno á revelar este secreto á la madre de Conchita, altamente soberbia de su linage , y á la querida de Rojerio , engreida por haber sido la dama del mas apuesto galan y la reina del trovador mas inspirado!

Lector , no quiero abusar mas de tu paciencia. Puesto que ya estás en bastantes antecedentes para seguir conmigo el hilo de esta historia , voy á tomarlo otra vez y á referirte lo que aconteció despues de la partida de mis dos héroes.

CAPITULO VII.

VICTORIA DE LOS DOS RIVALES.

—Beso á V. la mano, señor *Vilalta*, y espero que me evitará V. la molestia de hacerle decir á V. que no estoy visible. . . . lo sé, todo lo sé ; pero yo te amo, te adoro, Rogerio..... no me abandones, séme fiel.—*Concha*.

A medida que se iban aproximando á la capital Pimentel y Casavella, iban menguando notablemente las apariencias de amistad con que mutuamente se engañaban. Casavella trabó conversacion

con otros pasajeros relacionados con él por asuntos de comercio , y Pimentel, paseándose solo por el alcázar estaba meditando lo que proyectaba hacer luego de llegar á Barcelona. De vez en cuando Rogerio dejaba caer sobre su odioso antagonista una mirada de fuego , y en su innoble fisonomía columbraba un no sé que de satisfaccion ominosa , que llenaba el alma del poeta de presentimientos horribles. Despues de ocho horas de viaje , abordó el vapor en el puerto de Barcelona , y el Sr. de Casavella rodeado de cien aduladores , que acudieron para abrazarle con grandes muestras de un indecible contento , se salió del paquete de vapor sin despedirse de Pimentel ni siquiera con un saludo de cabeza , y metiéndose con dos de sus allegados en el coche que ya le tenían preparado sus dos negros , desapareció del puerto con la celeridad de una saeta. Rogerio se fué á parar en una fonda, donde le dejarémos por ahora , para seguir las huellas del opulento americano;

pues en algo nos hemos de parecer los historiadores á los demás hombres cuyas costumbres referimos, en eso de preferir la pista siempre odorífera del rico, á la pista, cuando no fétida, inodora del indigente.

Que me dispense el lector de la relacion minuciosa de todo lo que hubo lugar desde la entrada de D. Severo en su palacio, hasta la hora en que se atavió para presentarse en casa de Doña Pascuala de Torrellas, madre de Concha, en la cual no habia estado un mes habia, por haber hecho un viage á la ciudad de Valencia. Era un crepúsculo de primavera, y Conchita se hallaba en el tocador, ataviándose para salir con su madre á dar un par de vueltas por la Rambla. Un al-dabazo récio, que resonó por los estrados de la casa de Torrellas como un pistoletazo, allanó en un minuto la puerta al comerciante, al cual recibió con estrepitosos cumplimientos y protestas afectuosas de placer la noble Doña Pascuala. Hízole entrar esta señora en su

estancia de recibo, dando aviso por medio de su criada á Conchita del arribo del Sr. de Casavella, á fin de que apresurase su atavío, y saliese á cumplimentarle lo mas pronto posible.

—Con que, ¿se ha divertido V. en su viage á Valencia? dijo la señora, esforzándose en dar á su semblante una expresion de alegría, que estaba muy distante de sentir por el personal de Casavella.

—Sí señora, muchísimo, y tengo la satisfaccion de anunciarle á V. que no solo se me ha conferido ya la cruz de S. Fernando, sino que se me vá á conferir la de Cárlos III, con el título de marqués de Casavella que tengo solicitado, en atencion á que ya hace dos años que estoy cuidando de abastecer el ejército de Cataluña, contentándome con una ganancia correspondiente á un asentista como yo.

—¡Vaya! ¡sea el parabien! sírvennos de satisfaccion tantos honores.

—Muchas gracias, señora. Por lo de-

más este viage me ha sido sumamente provechoso ; he hecho un grande descubrimiento.

—¡ Oiga !

—Un descubrimiento muy singular, he descubierto cierta cosa , que ha de caerse V. de risa si se la cuento.

—Diga V. ; me pica V. la curiosidad: se me figura que me vá á contar V. algun asunto romántico.

—¡ Oh! sí, altamente romántico : oi-ga V. Pues señor : andaba de regreso de Valencia , cuando una avería que sobrevino en el vapor me detuvo por algunos dias en un punto de la costa. Ya que estaba allí , quise internarme en el pais , y me trasladé á una poblacion no muy lejana , donde tengo algunos intereses comprometidos y pensé arreglarlos á la sazón. Mi mala suerte me hizo parar en una posada miserable que tenia sus puntas de taberna , y sobre revolverse allí , como en su pocilga los cerdos , la pillería de arrieros y gitanos, di con una ventera la mas charlatana de

todas las charlatanas. El cuarto que me dieron, y diz que era el mejor, era infame, todo añejo, todo quebrado, y luego una cama durísima y hedionda, donde pensé morir acribillado de chinches.

— ¡ Ah! calle V..... ¡ qué asco!

— No digo nada de la cena; ¡ qué estrafalario guisote! pensar en él me da todavía retortijones de tripas. Pues señor, cuando menos lo pensaba, me encuentro cara á cara con un huésped, el cual era nada menos que el Sr. D. Rogerio Pimentel de los Pinares.

— ¡ Hombre! ¡ Qué casualidad! ¿ Y qué estaba haciendo allí el señor poeta?

— Oiga V..... (Y aquí prosiguió el generoso D. Severo contando de pe á pa y con todo su grosero sarcasmo la aventura de la venta, de lo que ya está enterado el lector, si es que no ha empezado la lectura de esta historia por el capítulo presente.) Pues señor, nos embarcámos juntos, y *D. Rogerio Pimentel de los Pinares* me pareció ya un poco

menos mohino de lo que lo habia estado desde que le sorprendí, lo cual fué otro misterio que me llamó mas la atencion. Toda mi tarea era ver si le pillaba en algo que me aclarase estos misterios, y una casualidad me hizo dar en el blanco, sacando el ovillo por el hilo. Cuando iban llamando á todos los pasajeros del vapor, oí que al nombre de *José Vialta y Grau*, respondia presente el *Señor D. Rogerio Pimentel de los Pinares*: ¡Holla! dije para mí capote al oír esto, este tunante viaja con pasaporte falso. Ojo al Cristo, pues..... Por de pronto no adiviné cuál podia ser el motivo de este quebrantamiento de las leyes; mas luego me hizo sospechar mi malicia, en la que nadie me gana, cierto plan que ya me metia en la cabeza desbaratar, cuando se acerca un pasajero al *Sr. D. Rogerio Pimentel de los Pinares*, y le da tambien el nombre de su pasaporte: ¡Cáspita! volví á decir para mí mismo, aquí hay mas que un pasaporte falso, aquí hay gato encerrado: esta sí que no

me cae en saco roto. Me pongo en acecho, y así que veo al pasagero separado del poeta; zas! me zampo en pos de él, le tiro de la levita, me lo llevo á un lado, y le pido, así, con maña, si conoce al viagero con quien acababa de hablar. Toma! me contesta el tal, ¡pues no le he de conocer, si es paisano mio! si vive al lado de mi casa, si hemos jugado juntos cuando niños; sino que ahora, ya se vé, como ha venido de Francia, como es algo leído y habla un poco el castellano y es francés, está mas hueco que un pavo, y mas seco en su conversacion que un padre de la cartuja. ¿Y dónde vive V.? le pregunté en seguida, á lo cual contestó: al lado de su misma casa, al lado de la posada donde vivia V. ¡Qué está V. diciendo! exclamé sorprendido, ¿es su casa la posada de S. Antonio? Sí señor, me replicó aquel, y la mesonera es su madre.

— ¡Que está V. diciendo, Sr. de Casavella!

— Señora, lo que acaba V. de oír.

—Pero, ¡es posible! ¡Con qué el señor poeta no se llama D. Rogerio Pimentel de los Pinares? ¡Con qué no es hijo de un coronel como decia? ¡qué farsa! ¡Ve V. esos plebeyos? ¡Con qué audacia se atreven á usurpar los títulos de la nobleza! ¡El hijo de una ventera, de una ranchera de gitanos, atreverse á darse el *don*, el *de*! ¡Cuánta insolencia! ¡Y ese hombre, ese villano enmascarado tenia la presuncion de enamorarse de mi hija, el atrevimiento de pretenderla! ¡Cá! ¡si yo tengo un ojo! sobre que no podia ser de alto linage un hombre que hace comedias. ¡Ah! ¡cuán deudora le soy á V., Sr. de Casavella, de semejante descubrimiento! ¡cuán agradecida quedo á su bondad de V.! Y ¿está V. bien seguro de lo que me acaba de revelar?

—Tan seguro, como de qué yo soy Casavella.

—Voy á llamar á mi hija.

—Aguarde V., señora, es menester

que sepa V. todo lo demás. *Don Rogerio.....*

—No le llame V. mas *D. Rogerio.....* ese villano no tiene don.

—Bueno, llamémosle *el poeta.*

—Y yo le llamaria *el poetastro*, ya que tiene la presuncion de ponerse un *de* como nosotros los nobles. No podré digerir jamás tanta insolencia.

—Pues señor, *el poeta*, ó *el poetastro*, como V. quiera, está en la actualidad en Barcelona: sin duda sabe ya nuestro proyecto de casamiento, y por lo mismo no ha de dejar piedra por mover para pegarnos una burla. Ya sabe V. lo endiablados que suelen ser esos pillastres de poetas, y yo no las tengo todas conmigo cuando pienso que Doña Conchita.....

—Pierda V. cuidado en cuanto á este particular, ella se guardará muy bien de contestarle una palabra, de dirigirle una mirada siquiera. Buena soy para tales maulas. ¡A un plebeyo! ¡al hijo de una bodegonera! ¡no faltaba mas!

—El se presentará.

—¿Dónde?

—En esta casa, donde tiene entrada, como V. sabe.

—La tenia, porque le creia caballero, hijo de solar conocido; pero ya se le ha cerrado la puerta; ¡en mi casa el hijo de un figon!

—El se presentará, señora.

—¿Qué se presentará?

—Sí señora.

—Pues yo le digo á V. que el señor de la nobleza postiza no pondrá mas los piés en esta casa. Poco conoce V á Doña Pascuala de Torrellas.

—Señora, lo dicho dicho.

—¿Cómo lo dicho dicho? ¿Soy dueña ó no soy dueña de mi casa? ¿tengo ó no tengo carácter? le digo á V. que si el fulanito comete todavía la desfachatez de visitarme, no tendrá muchas ganas de repetir la visita.

—Yo no le aconsejo á V. nada, señora; sobrada discrecion tiene V. para salir airosa de este paso. De todos mo-

dos , ya vé V. que yo y ese señorito no podremos conjeniar. Ambos á dos vamos á una misma cosa , y como se dice por ahí : « dos gallos en un gallinero nunca cantan bien. »

A este punto llegaban de la conversacion cuando se presentó Conchita elegantemente ataviada , deslumbrando al bárbaro banquero con la gracia de sus posturas , la flexibilidad de su voz y la discrecion de sus palabras. Esta interesante jóven no habia sido nunca lo que se llama una belleza : analizadas sus facciones , acaso no se hubiese hallado nada perfecto en ellas , á escepcion de sus ojos , que eran grandes y negros , y de su boca , que era pequeña y rosada ; mas era el conjunto de su fisonomía tan gracioso , tan atractivo , tan seductor , que era imposible mirarla , hablarle una vez , sin separarse de ella con el dardo en el costado. Modista de sí misma , y sobre manera feliz en la caprichosa invencion de sus atavíos , se presentaba con un gusto y elegancia sorprendentes , for-

mando el embeleso de los jóvenes y la envidia de sus paisanas, las cuales se atormentaban en vano para imitarla en lo gracioso de su sencilla compostura. En la aurora de sus años, libre de pensamientos tristes y de agitaciones opresivas, habia ofrecido en sus mejillas jaspeadas de venitas azules los colores de la granada; mas, abrasada con el tiempo por el fuego abrasador de las pasiones, palideció como la manzana que lleva en su seno un gusano roedor, y con la gordura que hermoseaba la morbidez de sus contornos, perdió la mágica risa que solia mecerse entre sus dientes y labios, como se mece la mariposa entre claveles y jazmines. Sin embargo, Conchita, descolorida, enflaquecida y trabajada del sufrir, estaba mucho mas encantadora para los que penetran los jeroglíficos del alma. El que la hubiese visto en sus quince años y seguido hasta la época en cuestion, en que rayaba á los veinte y cuatro, se hubiese representado la imagen de la luna, roja, bu-

lliciosa y animada en el oriente; lánguida, silenciosa y melancólica en su cenit.

— Oiga V., dijo Doña Pascuala con una risita sardónica que se reflejaba en los labios del banquero, así que Concha hubo acabado con los cumplidos de rutina, debidos á la llegada de este, oiga V., señora entusiasta de los poetas aventureros (á este sarcasmo las mejillas de Conchita mudaron de color y quedó cortada) ¡oiga V. lo que nos dice el caballero de nuestro antiguo contertuliano, el mozalvete de las coplas, el poeta *Pimentel*.

— El caballero (contestó Concha, dando á su pregunta un sentido que ni su madre ni Casavella llegaron á comprender) ¿Y qué dice el caballero?

— Cuénteselo V., señor de Casavella; tenga V. la bondad de contárselo.

— Yo, señora, puesto que V. lo sabe...

— Y bien, qué hay? digan VV. (repuso la pobre jóven, cuya imaginacion,

exaltada por un sentimiento adormecido hasta entonces, le presentó á Rojerio en vísperas de dar la mano á otra.)

— Nada, una friolera. Tú te acordarás de un tal *don Rojerio Pimentel de los Pinares*, huérfano de una familia ilustre, hijo de un coronel que murió en el campo del honor, educado en los colegios de Paris, autor de esos escandalosos dramas que se echan en la córte.

— Y bien ¿qué?

— Pues sepa V., señorita, que este tal *don Rojerio Pimentel de los Pinares* no se llama tal, ni es hijo de ningun coronel, ni tiene *de ni don*, sino que es un miserable advenedizo, un trapacero nacido como un vil hongo entre los muldares de una venta.

Grande fué la sorpresa y confusion de Conchita al escuchar estas inesperadas palabras. Turbáronse sus ojos, su cabeza se abrumó, y sus mejillas presentaron un color tan subido de vergüenza, que, como dicen en mi pais, se hubiese podido encender en ellas una pa-

jüela. Y fué tanto mayor su sonrojo cuando estaba presente Casavella, á los ojos del cual era esto un triunfo grande sobre su rival desconceptuado. Mas deseosa que convencida de que la relacion de su madre, copiada de D. Severo, fuese una mala fábula sugerida por los celos y bajeza de este rival de Pimentel, no pudo menos que abandonarse á la violenta reaccion de su bochorno, y manifestar al villano banquero toda la repugnancia, todo el desprecio que le habia inspirado la bajeza de su conducta. Y conducida mas léjos de lo que corresponde á su sexo y á su estado dijo :

—No puede ser : yo no creo nada de todo esto : todo esto es una calumnia.

— Señorita ! (repuso corrido el banquero), y un estrepitoso bofeton que, ciega de cólera, doña Pascuala dió á su hija apenas acababa de pronunciar sus últimas palabras, detuvo las reconvencciones que Casavella iba á dirigir á su futura. Levantóse Conchita llorando

históricamente, y en tanto que D. Severo detenía á doña Pascuala, hecha una furia y apostrofando á la pobre jóven, ya que no la era dado repetir, como quisiera, el castigo de su desmán, desapareció del aposento donde aconteció el fracaso, y se fué á ocultar su vergüenza, su despecho y su dolor en otra estancia.

— ¡Ya lo ve V. ! (decía la furibunda muger á D. Severo, que ya la había desarmado de su terrible furor), ahí tiene V. un ejemplo del mal ejemplo; ahí tiene V. el resultado de la amistad con un hombre nacido en los establos de una venta. ¡ Desvergonzada ! ¡ la mataré !

— Tranquílcese V., señora, no vale la pena: esto cuanto mas ha sido una muchachada.

— Ah ! señor de Casavella ! ¡ cómo expresararle á V. cuanto me está mortificando este comportamiento de mi hija !

— Lo creo, señora, lo creo; no me cabe la menor duda.

— ¡Conchita faltar á su educacion!
¡Conchita hablar como una plebeya, como una verdulera! ¡Ah! D. Severo! créalo V.! Conchita no era asi: antes de conocer á ese hombre, que le ha trastocado la cabeza, que le ha endurecido el corazon, era la hija mas dócil, la mejor hija del mundo.

— Pues bien, señora, bien claro está en vista de esto lo que le toca hacer; puesto que V. atribuye, y á mi ver tiene V. razon, á las relaciones de doña Conchita con el poeta, sus estravíos y malos modos, no hay mas que cerrar la puerta al impertinente y se acabó.

— ¡Oh! en cuanto á esto no tenga V. cuidado: voy á dar órden inmediatamente á mis criadas para que le digan siempre que no estamos.

— ¡Ah! ¡ah! aquí está; todo lo demás se arreglará debidamente porque doña Conchita es buena.

— Si señor, es buena, créalo V.; sino que...

— ¡Señora! (dijo aquí una criada que

se coló en el aposento) hay en la puerta un caballero que pide si se puede entrar.

—¿Y quien es ese caballero? (repuso doña Pascuala componiéndose á toda prisa el pañuelo, los rizos y la cofia, que, forcejando con D. Severo, se habia descompuesto.)

—No sé : me ha preguntado si estaban VV. visibles.

—¿Y tú has dicho que sí?

—Como no se me habia mandado lo contrario.

—¿Y hay acaso necesidad de mandar estas cosas? cuando una acaba de tener un enfado como este, ¿es posible recibir á un caballero? En fin, dile que entre, sea quien fuere. Espero que me ayudará V., señor de Casavella, á disimular mi agitacion.

—Señora yo haré todo lo que pueda.

La criada se retiró, y á los dos instantes, ya habia saludado á doña Pascuala el desdichado Pimentel. Varias y diferentes fueron las ideas que acudie-

ron en tropel á cada uno de estos tres personajes, así que se vieron juntos. D. Severo, no sabiendo que cara poner ni como recibir á su rival, se quedó mirándole friamente y aguardó que doña Pascuala determinase el rumbo que debia tomar áquella escena. Sorprendida y cortada esta señora con la inesperada presencia de Pimentel, no acertaba en si lo echaria de su casa á cajas destempladas, ó en si se lo diria todo amigablemente; en si lo despediria acto continuo, ó despues de haberle hecho sentar; en si lo verificaría, en fin, en esta visita, ó lo aguardaría para otra. Por rápida que fuese la sucesion de todos estos pensamientos, no dejaron de dar al talante de la Señora de Torrellas un aire de frialdad y desatencion que hubo de chocar á Pimentel y herir su delicadeza estrema. Lanzando una mirada amenazadora á su rival, á cuyas prevenciones atribuia el estraño recibimiento que le hacia doña Pascuala, y harto superior á su pasion por Conchita para

soportar la ridiculez del papel que estaba haciendo, dijo con un acento grave é imponente :

—Señora, conozco que he escogido á deshora la ocasion de hacerle á V. una visita : V. me permitirá que me retire.

Estas pocas palabras soltadas con toda la dignidad del hombre, admiraron al banquero y confundieron á la señora de Torrellas, la cual, como no queria que nadie la tuviese por una señora sin crianza, creyó que debia contestar.

—No señor, V. padece una equivocacion : antes al contrario, no podia V. escoger ocasion mas oportuna ; haga V. el favor de tomar asiento.

—Perdone V., señora : sé bien que es V. demasiado atenta para hacer un sacrificio en obsequio de su delicadeza, y yo, por no faltar á la mia, debo retirarme, pues me atrevo á suponer que está pendiente entre V. y el caballero algun negocio de importancia en el cual estoy de mas.

—Lo que es por mí ya puede V. que-

darse, (repuso con sequedad y bronca voz el cortesánísimo banquero.)

—Hágame V. favor de tomar asiento, continuó doña Pascuala cada vez mas admirada de que el hijo de una ventera fuese cortés, y menos decidida á echarle de su casa con estrépito.

—Ya que V. me lo pide, señora, no me empeñaré en resistir.

Sentóse entonces Rojerio, y abrió la conversacion, preguntando por el bienestar de Conchita. Miráronse el banquero y doña Pascuala á esta pregunta y contestóle esta que Concha se hallaba probablemente en su cuarto ocupada en su labor, pero que seguia sin novedad.

—¿Y qué tal? como le ha probado á V. el viaje, (preguntó el banquero á Pimentel, deseoso de llevar la conversacion á su terreno, para que estallasen contra su rival los restos de la cólera de doña Pascuala.)

—Bastante bien, ¿y á V.?

—Lo que es á mí todo me prueba,

en especial el mar : estoy tan acostumbrado á navegar , y he viajado tanto...! Y ¿ sabe V. que si me quedo en *su* pais... á donde se habia V. retirado me da una pataleta ?

— ¡ Hombre! ¿ es tan malo ese pais ? (repuso la señora , contenta de hallarse ya naturalmente en la brecha y animada con la indirecta del banquero) ¿ qué contesta á ello el *Sr. Vilalta* ?

Este tiro á quema ropa acabó de desconcertar á Pimentel , herido ya de muerte con la equivocacion estudiada de su rival. Por de pronto no supo que responder ; el mejor improvisador no hubiese acertado en una contestacion cabal para conciliar á la vez tantas cosas encontradas. Rojerio no dijo mas que :

— ¿ Y por qué me da V. este nombre ?

— ¡ Ah ! tiene V. razon (esclamó riendo forzadamente la maliciosa muger) se me habia olvidado que se hace V. llamar *D. Rojerio Pimentel de los Pinares*.

— ¡ Señora ! (dijo el poeta , lanzando al

mismo tiempo una mirada chispeante á Casavella).

— ¡Y que calladito se lo tenía V.! ¡vaya! Gracias á que en este mundo tarde ó temprano se sabe todo, hasta lo de la callejuela. Gracias á que uno viaja y encuentra cuando menos lo cree en una mala posada, á la oscura familia de los vástagos ilustres... ¡ah! ¡ah! ¡ah!

— Caballero (dijo con una voz concentrada Pimentel, adivinándolo todo por el último sarcasmo de la madre de Conchita) y se levantó al mismo tiempo de la silla, amenazando con sus ojos de fuego al banquero, que se levantó también, diciendo:

— ¡Y bien! ¡qué quiere V.! ¡aquí estoy!

— No es aquí donde le necesito á V.... ya nos veremos... señora, á los pies de V.

— Beso á V. la mano *señor Vilalta*, y espero que me evitará V. la molestia de hacerle decir á V. que no estoy visible.

—Señora, tanto ha abusado V. de los privilegios de su secso, que ya no la veo á V.

Cortada se quedó doña Pascuala á esta contestacion, cuyo sentido comprendió completamente, y se volvió corrida hácia el banquero para decirle; *¿vé V.?* ; *cuanta insolencia!* Ciego de indignacion, apenas acertaba Pimentel á abrirse la puerta de la escalera, y una doncella, que no le era desconocida, se la vino á abrir, poniéndole en la mano un billete todo mojado de lágrimas, las cuales habian borrado la mayor parte de las letras. Era este billete de Concha, escrito rápidamente, en tanto que su madre, enteramente olvidada del respeto que se deben á sí mismas las señoras, estaba sonrojando á Pimentel para halagar á Casave-lla. Enterada por la doncella su confidenta de que habia entrado Rojerio en el aposento de su madre, habia escuchado su conversacion, cuyo giro le hizo tomar pluma y escribir rápidamente estas cuatro líneas: *Lo sé, todo lo sé; pero yo te*

amo, Rojerio, te adoro y ahora mas que nunca : aborrezco á ese hombre ; mi madre me ha dado un bofeton por él ; me acordaré toda mi vida de este bofeton..... adios.... no me abandones.... séme fiel.... CONCHA. He aquí la única cosa que podia evitar un desatino por parte de Pimentel ; precisamente á la hora en que se creia precipitado en un abismo sin fondo , en el abismo de la desesperacion , tornaba á alborearle el cielo de la esperanza. Concha, la misma Concha que él habia amado tan tiernamente, rodeado de todo el prestigio de la gloria, le amaba todavía con mas pasion cubierto de toda la abyeccion que echa en rostro el mundo á los pobres de un oscuro nacimiento. Cicatrizada la herida luego despues de recibirla, bajó Rojerio la escalera, desafiando en su corazon toda la opulencia de Casavella y todas las preocupaciones de la madre de su amante. D. Severo, satisfecho de la conducta de Doña Pascuala, olvidó el chasco que le habia pegado Concha, y despues de haber en-

carecido á aquella que vigilase mucho sobre su hija, se marchó con la satisfaccion de ver fuera de combate á su rival; bien que le aguaba semejante satisfaccion el miedo del desafio con que le habia amenazado.

Sobremanera curioso seria describir la jarana que tuvo lugar en la casa de Torrellas, luego que no quedó en ella ningun estraño; mas como sea esto una escena demasiado íntima de la vida privada, yo me guardaré muy bien de hacer reunir ningun jurado con la publicacion de esta historia, metiendo en ella cosas que den lugar á la formacion de causa.

CAPITULO VIII.

DOÑA PASCUALA Y CONCEA.

Doña Pascuala, tan pobre de talento como pequeña de corazón, reunía á todas las preocupaciones, todos los sentimientos de las mugeres vulgares.

Concha tenia talento é imaginacion para brillar en las escenas comunes de la vida, y sentia de una manera tan colosal que nadie la ganaba en entusiasmo y en sacrificios.

Si has llegado á figurarte, mi buen lector, que cuando no se le cae nunca de la boca la nobleza es al menos Doña Pascuala una legítima descendiente del piadoso Recaredo, del sábio Recesvin-

to ó del esforzado Pelayo, te has llevado un chasco tan solemne y completo como el que cree en las promesas de los reyes, en la amistad de los hombres y en la fidelidad de las mugeres.

La nobleza de esta señora era una nobleza *sui generis*, una especie de título de transición, una especie de zoófito gerárgico que señala el paso de los pecheros á los nobles, una nobleza en fin que es el ínfimo escalon de los aristócratas, y el punto culminante de los parias. Dedúcese de lo dicho que no era nuestra Doña ni duquesa, ni condesa, ni marquesa, ni baronesa, ni ninguna otra de estas significaciones en *esa*, que señalan las diferentes gerarquías de los nobles, como señalan las diferentes razas de los perros los nombres de *dogo*, *mastín*, *lebre*l y demás que el lector sabe. Doña Pascuala era la segunda ó quinta hija de un *ciudadano honrado*, y habia casado con un leguleyo de provincia, pandectista á macha hierro, ergotista como un teólogo, soberbiamiente pe-

dante y espantoso endilgador de pedidos atestados de como mas *haya lugar*, *alissimus* y otras flores de rutina y ordenanza; por todo lo cual la buena señora se hacia nombrar por todo el mundo Doña Pascuala. Su título de nobleza consistia en un pergamino con su escudo de armas, conferido no sé por que rey, por una hazaña memorable. Dice la tradicion, ya que no la crónica de Pujades, que viajando de incógnito cierto rey de España aconteció que se rompiera el muelle de su coche en despoblado, y no hubo mas recurso que demandar la hospitalidad para el rey oculto y su numerosa comitiva al dueño de una casa de campo inmediata, el cual no sé cuantas veces era abuelo de la señora de quien hablo. El buen labrador, que en efecto era tan bueno como todos los que no son malos, no se hizo de rogar, y les ofreció sencilla y francamente cuanto en su casa tenia. Sirviósele al disfrazado rey una escelente olla podrida, donde descollára por lo

grande y lo sabroso un inmensurable salchichon que supo bien al monarca. Elogiaba lo de aquellos dias como un plato de maná. Agradecida la corona al esmero y acierto del honrado labrador, diz que se dignó en pensar nombrarle, acto continuo y por via de postres, baron de los salchichones; mas como le advirtiese su secretario favorito (por envidia sin duda) que era aquello condonar demasiado, habiendo en especial muchas solicitudes pendientes de vasallos meritorios por acciones de guerra y otras acciones, se convino en darle un pergamino con el título de *ciudadano honrado*, y su escudo de armas, donde como en la olla podrida descollase el estupendo salchichon, tendido sobre un puchero con media docena de garbanzos, tres judías y veinte granos de arroz, en un fondo verde que figurase una col, y que desde entonces pudiese la familia de Torrellas usar del *de*, y tuviesen sus miembros habidos y por haber un *don* tan inseparable de sus nombres como el

don de don Quijote. Y como el *don* y el *de* no se aviniesen con el azadon y la reja, el ennoblecido labrador tuvo que abandonar la labranza, vestirse de señor, y confiar á manos plebeyas plebeyas ocupaciones.

Desde que fué noble la casa de Torrellas, ninguno de sus miembros trabajó ni siguió carrera alguna, porque eso hubiese sido empañar el blason de la familia, puesto que las carreras, como no sean la militar y eclesiástica, no convienen mas que á los plebeyos. Y como sobre no trabajar nadie, todo el mundo gastase y gastase mucho, á las dos generaciones ya no habia con que satisfacer los caprichos de las mugeres ni la desenvoltura de los hombres. Antes que se recojieran las cosechas, ya estaban devoradas por la oruga de los usureros, sin que ningun heredero se atreviese á vender nada para librarse de una vez de esta destructora plaga, por no poder verificarlo sin amancillar el lustre de la progenie. Una familia noble antes debe con-

sumirse de marasmo que poner en venta ninguna finca.

Cuando casó Doña Pascuala, le dieron en dote algunas tierras sobre las cuales se echaron los acreedores de su hermano, el cual tuvo que hacer cesion total de sus bienes, sin que por esto bastasen á cubrir el déficit de sus locas malversaciones. Despues de muchos años de pleitear, el marido de Doña Pascuala se trasladó con su señora y su hija á Madrid, donde con el pleito que acabó de arruinarle perdió la vida, no pudiendo resistir ni á la injusticia del tribunal, ni á la miseria en que lo hundiera la pérdida de su causa. Sostúvose Doña Pascuala en Madrid por algun tiempo con lo que le quedó de su marido; mas, ya porque no alcanzase esto á suportar los gastos indispensables y crecidos de la corte, ya porque nadie hiciese en ella caso de la nobleza de su estirpe, ya por otra razon que nos llamamos por ahora; se trasladó á Barcelona en la época que ya queda dicha

en esta historia con la esperanza de que volvería á gozar en esta ciudad, sino de todas, de gran parte de las satisfacciones de otros días.

Muy justamente orgullosa de su pro-sapia, Doña Pascuala no se trataba sino con gente de ilustre cuna, como por ejemplo, abogados, empleados, militares, en una palabra, con gentes que tuviesen el *don* ó mucho dinero con que suplirle. Llamarla « señora Pascuala » hubiese sido hacerle una injuria mas irritante que calumniarla de ramera. Su cirujano, su abogado, su procurador, su confesor, hasta el capellan que le decia la misa, eran nobles; de otra suerte, hubiese buscado otros que lo fuesen, ó no se hubiese dejado sangrar ni en una pulmonía fulminante, ni hubiese pleiteado contra una usurpacion, y hasta se hubiera condenado como un hereje antes que revelar sus pecados á un fraile oscuro y oír misa de un capellan pechero. Y cuenta con tenerme por exagerado, ignorantísimo lector, por que

no hay mas que hojear los escritos del padre maestro Feijóo, y hallarás en ellos que cierto prelado, de cuyo nombre no me acuerdo, noble de nacimiento tambien, no quiso pronunciar un sermón de no sé qué santo, antes de haberse informado si de este santo habia sido ó no noble. Por lo demás nuestra buena señora era una señora de prendas : antes hubiese faltado á la misa que á las reglas de buena crianza ; quiero decir que aun cuando las atropelláse muy comunmente, estaba en la profunda conviccion de que nadie la ganaba en cortesía. Era la murmuracion su pasatiempo favorito, y no habia bicho viviente en Barcelona del cual no pudiese contar dos ó tres historietas, cuando no la entera biografía. Tan pobre de talento, como pequeña de corazon, reunia á todas las preocupaciones todos los sentimientos de las mugeres vulgares ; sin embargo picaba de vivaracha, de despegada, y no era raro verla tomar una indirecta

ó un sarcasmo por un rasgo de su puntiagudo ingenio.

Aunque lejítima hija de Doña Pascuala, y educada bajo su direccion y egemplo, la hermosa Concha se diferenciaba mucho de su madre. Mejor organizada su cabeza, donde gozára el fisonomista en contemplar la feliz combinacion de contornos que previene en favor del individuo, Concha se hallaba colocada en un círculo de ideas de mucho mayor diámetro, y se reía, como de fútiles simplezas, de un sinnúmero de cosas que sojuzgaban el criterio de la limitada viuda. No era una *media azul*; atropellaba de vez en cuando la prosodia, muy comunmente la ortografía; habia visto muchas veces en el teatro la *vida es sueño*, sin saber jamás que hubiese existido Calderon: pero tenia talento é imaginacion para brillar en las escenas comunes de la vida, y sentia de una manera tan colosal que nadie la ganaba en entusiasmo y sacrificios. Educada como se educa una señorita en Barcelo-

na, sabia bailar, cantar, tocar el piano y bordar; todo lo cual le habian empezado á enseñar en un colegio para que ella lo olvidase ó lo perfeccionase, cuando puesta en el gran mundo. Tanto se hubo aficionado al canto y al piano, tantas eran sus disposiciones para esta clase de estudios, que Concha llegó á ser el asombro y recreacion de las tertulias y academias. Este talento le abrió todas las casas distinguidas de la capital, é hizo olvidar á sus paisanos que la fortuna no se albergaba bajo su techo, dignándose reunir en su habitacion algunas noches que Concha embelesaba con su canto. Inútil es decir de cuantas adoraciones públicas, de cuantos obsequios íntimos, de cuantas declaraciones amorosas seria objeto nuestra interesante jóven, cada vez que se presentaba en un salon para matar de envidia á sus émulas con la gracia y veleidad de sus posturas, y para asordar la sala de bravos y palmoteos con lo inconcebible é inimitable de sus modulaciones. Mas, bien cual la mariposa

que chupa de toda flor y en ninguna se queda, iba recogiendo los obsequios y requiebros que le prodigaban cien pretendientes; daba esperanzas á todos, se comprometia con algunos, y á la vispera del triunfo que ya habian estos saboreado en sus delirios, la versátil mariposa se cernia en otra flor, sin acordarse ya de la en que acababa de posarse, y era tan bella, estaba tan seductora en su desdeñoso olvido, que era mucho mas de temer que cuando exhalaba de sus labios el azahar de la esperanza.

Semejante comportamiento, de por junto con el lujo y elegancia con que se presentaba Concha, sirvieron de pábulo á la maledicencia de las mugeres, cuyas gracias eclipsaba, y á la presuncion de los pisaverdes, cuyos castillos en el aire deshacia. No pudiendo aquellas negar ni el mérito musical ni la gracia instintiva de Conchita, se sonreian maliciosamente cada vez que se hablaba de su virtud, y por poco que se las apurase, referian á media voz anecdotillas que, cuando

no la supusiesen una muger pública, la daban como perdida. Por lo que toca á los troneras y fátuos, que se andan todos en contar conquistas, no solo falsas, sino malforjadas, se vengaban de los chascos que se habian llevado de ella, propalando por los corros y cafés cien infames imposturas, atribuyendo los unos sus soñados triunfos al oro que habian dado, y otros mas presuntuosos á su mérito personal. Y como por otra parte, á pesar de hallarse la familia de Torrellas sumamente reducida, lo que era público y notorio, el lujo de Concha no andaba en zaga al de las hijas de los nobles mas faustosos y de los comerciantes mas ricos; entre las varias razones naturales que podian esplicar este misterio, que ya deja de serlo por tan comun, la tendencia instintiva á pensar mal de la sociedad hizo preferir una razon calumniosa para la pobre jóven, tanto mas fácil de hallar acogida en todos los ánimos, cuanto es otro de los rasgos mas característicos de las mugeres bar-

celonesas , sacrificar á la vanidad la pureza de sus costumbres. Y sin embargo entre las casadas que destrozaban el honor de Concha , ¡ cuantas habia que no hubiesen podido curar la ceguera del rey Sesóstris ! ¡ Cuantas viudas , cuantas solteras referian historietas de dicha jóven , que no eran sino el reflejo de sus propios trapicheos !

Es muy cierto que Concha no era un ángel ; hija del hombre , debia de ser frágil como sus primeros padres , y acaso se sentia , bajo el influjo del sol meridional , titilar con mas fuerza que muchas otras el gérmen que es manantial de estáticas sensaciones. Mas Concha era incapaz de prostituirse : solo la horrible sed de la miseria , abrasando la garganta de su madre , podria , á falta de brazos con que arrojarle un mendrugo remojado con su sudor , degradarla hasta el punto de poner sus gracias á pública subasta. Los mismos dedos que por la noche hacian brotar del teclado de un piano torrentes de voluptuosa armonía , ya

habían ganado penosamente en el taller en que bordaba el dinero suficiente para acudir á las necesidades de su madre y á las suyas. El lujo con que deslumbraba era mas aparente que real: si cualquiera otra jóven se hubiese puesto lo que ella, hubiera parecido una andrajosa, y ella sin embargo, con su delicado gusto en la eleccion de los colores, con el modo de ataviarse, con su misterioso no sé qué, transparentado en su gentil figura, despedía mas brillo y fastuosidad no llevando nada, que mil otras cubiertas de seda y cargadas de pedrerías.

Dotada, como toda muger, de su dosis de vanidad, no dejaba de serle grata la convicción de que eran sus méritos personales generalmente reconocidos; mas para que esta satisfaccion interior despidiese todo su aroma, ella sentía la necesidad de comunicarla á otro por medio del conductor misterioso que se establece entre corazon y corazon. Mas de una vez habia alimentado las esperanzas

de un pretendiente, cuya figura no le desagradaba, por ver si al fin le seria dado desplegar las circunvalaciones de simpatías que se agitaban en su alma á proporcion de la tardanza en revelarlas. Mas siempre habia tenido la desdicha de dar con entes insubstanciales, con hombres sin corazon, con maniqués sin cabeza, cuando desde un palco de Madrid, en lo mas fuerte de su fastidio, la cojió un drama de Pimentel que la hizo saltar como un impulso galvánico, y estremecerse de temor al sentirse cercana del ideal que su corazon llamaba. ¡ Con qué dulce y profunda melancolía devoraron sus bellos ojos al poeta, cuando lo llamára á voces el coliseo para ceñirle una corona! Una vez hallado el objeto de sus sueños, no solo hubiese querido arrebatarle de la presencia de todas las mugeres que le aplaudian, sino borrar de la memoria de todas ellas hasta el último vestigio de Pimentel.

Los cánones convencionales de nuestra sociedad han establecido que sea in-

decoroso para la muger tomar la iniciativa en la declaracion de sus mas legítimos sentimientos, y como un pueblo esclavo que no tiene fuerza para emanciparse de sus tiranos, se inclinan las mugeres al poder de aquellas convenciones, y aguardan que, conforme á la ley, les haga el hombre que les agrada la proposicion que forma su privilegio. Mas, así como ningun tirano puede impedir el libre vuelo del pensamiento, ni los sentimientos del corazon, así la sociedad es impotente para domeñar los ojos y la cabeza de las mugeres, y por debajo del injusto yugo que pesa sobre sus cuellos, lanzan al objeto preferido una mirada de fuego mas elocuente que su labio, y con un ligero movimiento de cabeza, que es insignificante para el que no está prevenido, saben indicar á un hombre cuanto puede prometerse de ellas si les dirige la palabra. A uno de estos medios indirectos de eludir la ley, debió Pimentel sus relaciones con Conchita, la cual, hallando cada dia en su poeta

mas objetos de que estasiarse, le amó con tal embriaguez, con tal delirio, que hasta llegó á olvidarse en un momento de estático arrebató de que la sociedad no legitima los últimos goces del amor, sino cuando les precede la bendicion del sacerdote. Rogerio era el único ante quien tenia que ruborizarse de su debilidad la enamorada Concha; mas como el poeta idolatraba á su querida, como el amor que le llevaba era puro, se guardó bien de prostituir con sus propios labios al bello objeto de su pasion, y su triunfo sobre Concha fué un secreto que no pasó de entre los dos, á escepcion de su maliciosa madre, la cual, notando en la fisonomía de su hija ciertas mudanzas, harto iniciativas de su desliz, la arrancó súbitamente de la corte para ir á ocultar su desdicha en una ciudad desconocida; plan que se realizó mas pronto y mejor de lo que una y otra se prometieran, por cuanto la violenta separacion de su querido y los sacudimientos del carruage desem-

barazaron antes de tiempo en una posada á la desdichada jóven del cuerpo de su delito, sin que se haya podido saber nunca qué hizo del tal engendro la abuela.

Cuando una jóven honrada llega á tener con un hombre relaciones de esta suerte, no rompe por lo comun con él sino al influjo de grandes causas. ¡Cuántas infelices se arrastran desdeñadas en pos de un hombre, solamente porque este hombre les ha robado su honor en sus horas de delirio! Concha se sentia encadenada á Rogerio por su amor y por los extravíos á que este la habia conducido. A moverse por sus propias inclinaciones, no se hubiese marchado de Madrid, hubiese envejecido aguardando que el poeta obtuviese una colocacion para casarse con él, y le hubiese seguido hasta el fin del mundo, participando gustosa de sus goces y pesares. Pero Doña Pascuala aborrecia de muerte al desdichado Pimentel: sobre *escribir décimas y novelas y comedias para comer, y atacar*

en sus escritos los fueros de la nobleza (son sus mismas frases), habia privado á su hija de la mayor joya de las mugeres, ó por lo menos de la que tiene mas precio en la sociedad, y con la mal empleada pasion que le inspiraba su presencia (son todavía sus propias espresiones), le estaba estorbando hacer un casamiento ventajoso, que no le podia faltar, atendido su nacimiento y cualidades distinguidas.

Trasladada Concha á Barcelona, se halló mas rigurosamente contrariada en su pasion por su orgullosa madre, y contra todos los sentimientos de su corazon se fué lentamente preparando para un rompimiento definitivo con el poeta. La larga ausencia, los deslumbrantes obsequios de que se veia perfumada, y toda la incalculable fortuna de un banquero, puesta á su disposicion con solo darle la mano, egercieron una influencia poderosísima sobre su resolucion, y ya mas de una vez se habia trazado á sus solas un cuadro con dos figuras, un

opulento banquero , y un poeta desvalido , poniendo cada vez mas en primer término al primero. Un conocimiento profundo del alma de Pimentel y la absoluta falta de toda prueba de sus triunfos sobre Concha le sirvieron á esta cuidada de poderosas razones para recobrar su independencia , sin menoscabo de su honor. Vanamente se presentó Rogerio en Barcelona , vanamente se esforzó en remover algun recuerdo para llamar á Conchita á su primitivo estado ; el rubor que coloró sus mejillas al mirarse cara á cara con un hombre á quien despues de tantos sacrificios habia al fin abandonado , se apagó con la halagüeña idea de que ignoraba Pimentel hasta qué punto se estendian sus derechos sobre su fidelidad.

Sin embargo , la vista del poeta y sobre todo su brusca desaparicion no dejaron de hacer recordar á Concha cuanto le habia amado. Profundamente resentida de que ni siquiera le hubiese escrito cuatro líneas de rompimiento, y mu-

cho mas de que la tuviese en una absoluta confusion acerca de su paradero, fingió adherirse á los proyectos de su madre, dió esperanzas á D. Severo y consintió que circulase por la capital su casamiento con el acaudalado comerciante. Si él me quiere, se decia, á esta noticia se presentará; á lo menos me revelará en una poesía sus celos y su despecho; si calla, si permanece oculto, ya estaré dispensada de toda obligacion para con él: habrá renunciado á sus derechos. Ya se ha visto que no equivocó su cálculo, y sin embargo, apenas se hubo convencido la veleidosa jóven de que la queria Pimentel como siempre, se dió por satisfecha, le desdeñó y prosiguió mortificándole con los mas fundados celos; con todo lo cual estaba dando una muestra harto palpable de que todavía le amaba.

Las últimas ocurrencias de la casa de Torrellas mudaron el aspecto de estas cosas. Si con descorrerse el velo que encubria la historia del poeta, se habia

enconado sobre manera el odio y el rencor que le profesaba Doña Pascuala, Concha, la malhadada Concha tornó á ser por él todo lo que habia sido en otros tiempos. El bofeton que le dió su madre por causa de D. Severo, hizo recobrar á Pimentel todo su ascendiente sobre ella, y era tanta la bajeza de alma que sus ojos indignados descubrian en el opulento comerciante, que á pesar de toda la abyeccion con que acababan de presentarle á su Rogerio, le veia cien veces mas preferible, cien veces mas interesante de lo que le viera en el coliseo de Madrid coronado por su genio. Ni fué pasagera esta reaccion, pues sobre el billete de que hemos dado noticia, supo burlar toda la vigilancia de su madre y la impertinencia de Casavella para hacer llegar á Pimentel sus protestas y juramentos de que le amaría hasta la tumba. Por su parte, Rogerio le escribió una carta larguísima, donde le esponia toda su historia, tal cual la llevamos espuesta en el capítulo quinto,

que no es sino un extracto de la tal carta, y Conchita le hizo decir, despues de su lectura, que ninguna de sus poesías, que ninguna de sus novelas, que ninguno de sus dramas le habia inspirado tanto interés, hecho derramar tantas lágrimas, ni sentir por él tan apasionadas agitaciones.

D. Severo estaba desazonado; por mas que le asegurase constantemente Doña Pascuala que era suya la mano de Conchita, no dejaba de palpar la indiferencia, ó por mejor decir, la repugnancia con que recibia Concha sus groseros galanteos. Convencido completamente de que alimentaba esta jóven secretas inteligencias con Pimentel, no pensaba sino de qué manera podria alejarle de Barcelona y hacer que no volviese mas á ella. Y no eran solamente sus celos lo que este proyecto le hacia urdir; desde la borrascosa visita que hizo el poeta á Doña Pascuala, ya habia recibido el banquero tres carteles de desafío, á los cuales no quiso nunca contestar, y en

tanto que Rogerio le estaba buscando para plantarle un bofeton en medio de la Rambla, el villano comerciante, que habia apurado en sus piraterías todas sus ganas de batirse, practicaba clandestinas diligencias, y derramaba buen dinero á fin de que la policia se apoderase de Pimentel como hombre sospechoso, conspirador y anarquista. Sabíase ya por sus delaciones lo del pseudónimo del poeta, y estaba encargado un agente de policia de echarle la zarpa encima.

CAPITULO IX.

RECOMPENSA A LOS ENTUSIASTAS.

... unos le llamaban el patriota, otros el fátuo, estos el ambicioso, aquellos el anarquista.

Un acontecimiento extraordinario, uno de estos grandes acontecimientos, que no conmueven la sociedad sino bajo el influjo de grandes causas, vino á dar al traste con todos los planes de ven-

ganza que revolvía Casavella. La misma noche en que debía prenderse á Pimentel, estalló en Barcelona una conmoción popular, y casi todos los conventos de la capital fueron pasto de las llamas. El número de los ejecutores de este terrible incendio era muy inferior al de las fuerzas encargadas de reprimirlo; mas una inmensa población inflamaba con su presencia las teas de los incendiarios, y la campana de la época tocaba de todos lados á rebato, sofocando con las suyas las campanadas de los conventos que demandaban misericordia y socorro. Los que no habían presenciado estas escenas, donde con sus cien mazos de bronce acababa de derogar el siglo el principio monacal, fueron el día siguiente á pasearse por entre los escombros de los claustros, doliéndose solamente contra el gobierno por haber dado margen, con su intempestiva oposición á la reforma del clero, á que fuese el populacho destructor el violento ejecutor de esta medida. A par de otros

muchos capitalistas, Don Severo salió de Barcelona y se embarcó para Marsella. Su fuga y el estupor en que cayeron los agentes del poder libraron por entonces al poeta de una prision inminente y de un destierro indefinido, contra el cual hubiese sido probablemente infructuosa toda reclamacion.

Pocos dias despues de este incendio memorable, ya estaba otra vez en pié el gran jigante del pueblo y agitaba al rededor de sus cien cabezas su clava de innumerable puntas. Queríale castigar el gobierno militar del Principado por los escesos á que le habia provocado su política, y el jigante que ya estaba cansado de su mandarin, tomó sobre sí la responsalidad de su incendio, desplegó el terrible aparato de sus fuerzas, y de una manotada de revés lanzó á una hoguera al imprudente que se quiso medir con él, y mas allá de los Pirineos al tiranuelo que le queria conculcar bajo sus plantas. Rojerio participó este dia de la exaltacion general. Entusiasta por

la libertad del pueblo, se olvidó completamente de sus cuitas personales, y embebido en las filas de un batallón de la milicia urbana, se fué con este á la Plaza de Palacio, á donde iban acudiendo, por todas las avenidas, turbiones de gente. Resuelto á sucumbir bajo sus banderas ó á reconquistar su libertad, si nadie le vió vacilar delante del mayor peligro, tampoco le vió ninguno colocarse á la cabeza de esas hordas destructoras, que amancillaron el fin de tan hermosa jornada. Embriagóse de patriotismo, rebo-saba de ilusiones, é iba echando á las turbas, que le escuchaban arrebatadas arengas palpitantes de entusiasmo y de delirio, adquiriéndose desde aquel día, que nunca despuntára para él, tantos partidarios por patriota como los tenía por poeta.

Pasado el día de la asonada, el poeta depuso el fusil para pulsar la lira patriótica, y los periódicos y el teatro se llenaron de sus ardientes himnos. Como no había corrido á las armas por ningun

cálculo personal, desde el momento en que oyó el grito de victoria creyó que ya había reconquistado la libertad, que no tenía enemigos que vencer, y se puso á revelar por medio de sus cantos las agitaciones de entusiasmo que le estasiaban, ganándose la corona de poeta popular. Mas muy poco hubieron de durar semejantes ilusiones: al cabo de unos cuantos días, su lira patriótica tomó los mismos tonos con que había cantado sus anteriores desengaños y exhalaba su indignación con el látigo de la sátira. La causa por la cual había espuesto su vida había triunfado; todos la llamaban *hermosa causa*; todos querían haber contribuido á su triunfo, y sin embargo Rojerio era designado con el dedo en todas partes, no como un héroe, según había soñado, sino como un alborota pueblos, como un aturdido, como un jóven destornillado y sin estimación de su persona, puesto que había andado, le decían, desgañitándose por los calles, banderizo del populacho. Ade-

más, los que no habían contribuido al movimiento para hacer una revolución, y los que para todo querían esta revolución menos para dar la libertad al pueblo, no se fueron á sus casas para cantar como Rojerio, ni se creyeron recompensados con decirse que eran libres como todos los jóvenes que tomaron parte en la revuelta. Apoderándose del directorio que se improvisó, adormecieron las exigencias perentorias con promesas que nunca pensaron cumplir, y sembraron la cizaña entre los vencedores para que todos fucsen débiles y se quedasen las cosas como ó peor de lo que estaban.

Tanta fué la popularidad que adquirió Rojerio, que fué nombrado por aclamacion capitán en mas de cuatro compañías, y ya que lo hubo de ser, aceptó por la del batallon mas exaltado. Podrá parecer una cosa estraña, pero no por esto deja de ser cierta; Rojerio no admitió el grado de capitán, sino porque estaba convencido de que seria preciso volverse

á insurreccionar, y que colocado á la cabeza de los suyos, podría ser una palanca mas poderosa para derribar el despotismo. Confesemos que los entusiastas tienen cosas que no tienen sino los entusiastas. Sobre el honor de ser capitán de nacionales voluntarios, reunia Rojerio todos los dias el de cien comisiones que le conferian los patriotas de su batallon, cuando no tenian á bien comprometerse, y hueco de la importancia que le daban estos halagos y lisonjas, llenaba cuanto se le cometia con un orgullo y ardor que no servian sino para suscitarle enemigos de todos lados, y unos le llamaban el patriota, otros el fátuo, estos el ambicioso, aquellos el anarquista.

A pesar de haberse engolfado Pimentel en los negocios generales, no consiguió distraerse de los particulares, sino en los primeros dias de la efervescencia popular. Pasados estos, volvióle á llamar profundamente la atencion su rompimiento con la casa de Torrellas; acudia

con mas prontitud y cuidado á las citas que le daba la doncella, confidente de su amada, y se informaba mas minuciosamente del modo como pasaba esta sus horas y de cuales eran sus deseos. Pero lo que estuvo á pique de hacerle abandonar la política con la capital de Cataluña, fué el pensar que su pobre madre se habia quedado en su pais, con el sentimiento de haberle visto partir y con la esperanza de volverle á ver muy pronto. Ya habian trascurrido mas dias de lo que prometiera, su dinero se acababa, su madre no sabia nada de él; y sin embargo Pimentel no podia resolverse á salir de Barcelona. Conchita no le pedia otra cosa sino que no la abandonase, y mas enamorada cada dia de su Rojerio, cuya popularidad llegaba á sus oidos sublimándole sus méritos, le hacia decir en cada cita y se lo repetia en sus cartas, escapadas á toda la vigilancia de su madre, que se buscase cuanto antes un arbitrio de que vivir, y que si se obstinaba doña Pascuala en ne-

gársela por esposa, hiciese depositarla. En semejante conflicto pensó el pobre poeta salir del atolladero, escribiendo una carta motivada á la buena de su madre, donde le exponia mil ventajas de su permanencia en Barcelona. La contestacion de la desdichada ventera vino atestada de quejas y lamentos, pero se confirmaba al fin con la determinacion de Pimentel, con tal que la fuese á ver de cuando en cuando, puesto que la distancia no era mucha. Esta carta y una letra de cambio que la bondosa muger habia querido incluir, sin que lo pidiese su hijo, hicieron derramar á Rojerio algunas lágrimas de ternura, y se sintió vagar por la conciencia un remordimiento pasajero.

Halagado por la idea de casarse con su Concha á pesar de toda la obstinada resistencia de su madre, Rojerio puso en práctica todos los medios de que era capaz para asegurarle la subsistencia. Aunque ya circulaban varios rumores acerca de su pseudónimo, seguia el jóven con él,

y su justa fama literaria le proporcionó fácil acceso á las tiendas de los libreros, mas no para trabajos orijinales, sino para traducciones del francés y arreglos de obras antiguas. El uno le encargaba la traduccion de las *Aventuras de Faublas*; el otro el aumento de los *Secretos de la Naturaleza*, por Gerónimo Cortés; esto unas cuantas coplas místicas para una *Jornada Cristiana* del Jesuita Bohours; aquel la revision y arreglo de un *lunario perpétuo*, el famoso libro de *Bertoldo y Bertoldino*, etc. y resistiéndose el poeta á ocuparse en semejantes trabajos, puesto que se sentia con fuerzas para sustituirles orijinales de mejor gusto y mas provecho, le contestaban los libreros que estaban de acuerdo con él sobre el mayor mérito literario de lo que les proponia; pero que como les tuviese mas cuenta el despacho de los libros que su valor literario, se atenian á lo que les facilitaba este despacho. Y acosado el artista de sus necesidades físicas y morales, no tuvo mas que allanarse á seme-

jante humillacion, no pudiendo ni vender por un bajísimo precio una novela que habia concluido, ni hacer representar un drama nuevo, por estar en pugna con uno de los influyentes en la empresa del teatro. Esto y el fastidio que le daba su repugnante trabajo esterilizaron de tal suerte su jenio, que ni acertaba á escribir correctamente una mala carta.

La imperiosa necesidad de salirse de tan desventajosa posición hizo volver los ojos á Pimentel hácia el periódicismo; mas por una parte, carecia de los fondos demandados por la ley para poder esplotar, como sus iguales en derechos, este ramo de industria, y por otra ya estaba seguro de que no habia de tener éxito tal empresa por no ser los Barceloneses (que digamos) nada aficionados á la lectura de periódicos que no traigan si el dia es de precepto ó de trabajo, en que iglesia están las cuarenta horas, cuantas cotorras se han perdido, las rifas semanales, y las entradas y salidas

diarias de las embarcaciones. Solo le restaba introducirse en alguno de los periódicos establecidos; mas en todos sobraban redactores, y este exceso redujo mas que nunca á Pimentel á la abyeccion de sus trabajos. Como sea, ni aun este humillante recurso le dejó gozar en paz su madrastra suerte. A la hora menos pensada llegó el famoso decreto del ministerio Toreno sobre lo de las juntas provinciales, y la de Barcelona, de auxiliar que habia sido desde la jornada de agosto, se declaró gubernativa, y tomó así, como una actitud revolucionaria para hacer saber al mundo asombrado que tambien podian sus individuos representar un sainete. Ajitóse Barcelona; los partidos se revolvieron; hubo grupos, motines, récios vivos y mas récios muertas á la Constitucion del año doce; los batallones de nacionales se reunieron en sus cuarteles, y andaba ya la cosa asaz revuelta, preparándose a ser acaso una merienda de negros, cuando un desencadenado chaparron,

cayendo sobre las molleras de los amotinados, apagó todo su fuego, y dispersó sus grupos, ventilándose entónces la cuestion no á lo 1890, sino á lo 1835. Cada batallon mandó su delegado á la sala de palacio, donde se hallaba en plena sesion la junta para hacer que hacedemos, y hubo allí una discusion acalorada sobre si serian Córtes contituyentes, si Constitucion, ó si nada, lo que se proclamaría. Ya me parece, lector, que te has figurado ver á Rojerio entre los delegados de los cuerpos nacionales : y efectivamente así fué, habiéndosele encargado que sostuviese con todo el ardor de su palabra la proclamacion del código de Cádiz. Grande fué la pavora que sembraron sus arranques por entre los pelucones de la asamblea, creidos de que aquello tomaria un rumbo serio; al paso que divirtieron un poco á los ya duchos en esta clase de farsas, bien seguros de que todo se andaria en palabrotas.

Dejo por otra clase de historiadores la

relacion circunstanciada de esta sesion la mas memorable sin duda en los anales de la fantasmagoría. Igualmente paso por alto la serie de lances que condujeron á Pimentel al fastidio de los negocios politicos: solo diré, que como á pesar de todo el entusiasmo y desinteres con que habia abrazado la causa popular, se vió se tenazmente perseguido por los mismos que se titulaban patriotas, arrojó sobre ellos una mirada de desprecio, les abandonó á sus villanos rencores, y sustraido del círculo de intrigas y manejos, donde se disputaban los hombres de partido la direccion de los negocios, no se cuidó mas que de proseguir su proyecto de casamiento con su chica, y de recojer con su trabajo algun dinero para volverse á Madrid. Opúsose mas que nunca la terca doña Pascuala á su enlace tan legitimo, precisando á Pimentel á arrancarle á viva fuerza un consentimiento que le habia rehusado tantas veces pidiéndoselo como amigo.

Sabedora Doña Pascuala de la inten-

cion del poeta, se presentó en casa del alcalde que debía llevarle á cabo, exponiéndole los motivos en que se fundaba para negar la mano de su hija á Pimentel. Creía la cuitada señora desembarazarse fácilmente de este negocio, respondiendo con su tonillo acostumbrado á las varias reflexiones que le hacia el alcalde, que Pimentel no era noble y su hija si, que Pimentel no tenia patrimonio y su hija si, que Pimentel era un farsante y su hija no; y estaba dispuesta á contar á la autoridad cien historietas sobre Rojerio, si este hubiese tenido la paciencia de escucharla. Mas como, á pesar de cuanto acumuló Doña Pascuala, no pudo el alcalde sacar nada en claro que tuviese siquiera visos de motivo legal, hubo de contestarle definitivamente á la señora, que si se presentaba la solicitud de Pimentel y Concha, él se prestaría á lo que las leyes disponen.

¡Cual fué la rabieta de la *ciudadana honrada*, así que hubo visto el poco influjo que ejercia delante del alcalde, cuya

resolucion no pudo de ningun modo dobligar! Mas furiosa que el toro que lanzan á la plaza, se fué volando á su vivienda donde alborotó el cortijo con una marimorena de mil demonios, desencadenándose contra Rojerio, contra Concha, contra la autoridad, sin que tuviese el idioma bastantes frases, ni su pecho bastantes pulmones para desahogar el despecho y desesperacion que la agitaba. Hubo desmayos, pataletas, histericos, hasta el punto de hacer temer á Concha una catástrofe como llegase á realizar su proyecto de hacerse secuestrar. ¡Cuan á menos echaba la noble señora á su digno aliado Don Severo! Escudada con su influjo, no se hubiese visto acosada de esta suerte por el gobierno, pues estaba bien segura de que las diligencias de Pimentel se hubiesen estrellado contra el poder del comerciante. Pasados los primeros arrebatos, y confiado en que todavía era tiempo de conjurar los proyectos de Pimentel y Concha, escribió una carta á Don Seve-

ro, encareciéndole que, si no era posible presentarse en Barcelona, que se valiese al menos de todo su influjo en ella para burlar á su rival.

Al recibir esta noticia, Don Severo quedó aterrado, y aunque habia resuelto no volver á Barcelona hasta que no hubiese en ella el menor síntoma de alarma, no pudo resistir mas á sus furiosos celos y se decidió á partir en el primer vapor que saliese.

No le dió tiempo Pimentel de que llegase su rival, puesto que el mismo dia en que Doña Pascuala habia tentado preparar á su favor al alcalde, ya recibió este una solicitud, donde, tanto el poeta como su desposada, ofrecian á la autoridad el cuadro mas lastimoso de la casa de Conchita. Maltratada esta por su madre como una muger perdida, agoviada de toda suerte de vejaciones físicas y morales, y amenazada con que luego de llegado Don Severo se la llevarian á Francia, ya que la revolucion les habia impedido encerrarla en un convento, pedia

con su novio á la autoridad que acudiese á su proteccion y amparo, disponiendo su secuestro conforme está establecido por las leyes ó las usanzas del pais. Enterada la autoridad del caso, se preparó para llevar á cabo este secuestro.

Doña Pascuala pudo traslucir el dia destinado á perpetrar semejante acto, y desde el amanecer se hallaba atacada de histérico dando alarmantes chillidos, que taladraban el corazon de la desdichada jóven. ¡Cómo esplicar las angustias, embates y remordimientos de Conchita, mientras estaba aguardando que fuesen á sustraerla del demonio de su madre! En tanto que la maltratára de palabra, en tanto que la llenára de improperios, Concha no se sintió vacilar en la fuerte determinacion que habia tomado desde la escena del bofeton; mas cuando á la cólera frenética de una madre injusta hubieron sucedido los patéticos lamentos de una madre desconsolada; cuando las súplicas y las lágrimas reemplazaron los dieterios y amenazas, Concha

necesitó de todo su valor, sintióse profundamente afectada, conoció que era hija, y vaciló por primera vez en si consistiria ó no de sus proyectos. Cada grito de Doña Pascuala le rompía brusca-mente una fibra del corazon, y se iba acercando al cuarto de su madre por momentos, siempre mas tentada á abalanzarse cabe su lecho y pedirle prosternada el perdon de sus faltas y extravíos.

Por fin llamaron á la puerta, y entraron en el aposento donde se hallaba en cama la señora de Torellas, el alcalde, un escribano y un alguacil, en pos de los cuales seguia Concha sin saber lo que le estaba pasando. A la presencia de todos estos personajes se desquiciaron los nervios de la testaruda viuda, y la lucha interior de su hija fué mas que nunca terrible.

—Señora, dijo el alcalde dirigiéndose á Doña Pascuala, el tribunal se presenta en su casa para preguntarle á V. donde tiene V. su hija Concha.

—Está bien, respondió Doña Pascua-

la con una voz que revelaba toda su agitación y despecho, ahí la tienen Vds.

Concha se hallaba al pié de la cama de su madre sin atreverse á levantar la frente, por no hallarse con sus miradas, por no ver la alteracion de sus facciones cadaverizadas con la violencia de su rabia. Cuando oyó la contestacion que dió á la autoridad doña Pascuala, un aura convulsiva le recorrió todos los miembros y se sintió sobrecogida de un frio glacial y de una postracion de fuerzas tan notable, que tuvo que apoyarse en la cama de su madre por no venir al suelo.

—Ahora se nos hace preciso, señora, explorar la voluntad de su hija y comprobar que realmente y de su libre alvedrío desea llevar á cabo lo que en este escrito pide con su querido Vilalta; por lo tanto tendrá V. á bien señalarnos otro aposento, á donde vaya con nosotros al efecto Doña Conchita.

—Ella misma, con esa cara de poca verguenza que pone como si no fuese su

madre, les guiará á Vds. Véte con ellos, mala hija.

Estas palabras, dichas con un gesto repugnante y un acento desabrido, volvieron á Conchita la fuerza que la habia abandonado, y se fué con el tribunal á otra estancia donde el escribano le leyó su solicitud.

—¿Es realmente esta su libre y espontánea voluntad, señorita? (preguntó el alcalde á Conchita, concluida la lectura.)

—Si señor, (respondió la jóven con resolucion y firmeza.)

—¿Está V. resuelta á dejar la casa de sus padres y pasar á la de doña Juana Morales, donde se la depositará hasta que se efectue el matrimonio con Don José Vilalta y Grau, con el cual, igualmente que con ninguna de ambas familias podrá V. entrar en relaciones, hasta el dia de la boda; estendiendo la misma privacion á otro cualquiera que directa ó indirectamente pueda disua-

dirla ó escitarla á V. á que se case ó deje de casar?

—Si señor, resuelta estoy; todas las privaciones á que se me sugete no igualarán á la mortificacion que me causan los dicterios y malos tratos de mamá.

Llenadas por el tribunal las formalidades de estilo salieron todos, dirigiéndose otra vez al aposento de Doña Pascuala.

Concha no pudo impedirse un movimiento de ojos que la conmovió profundamente. El semblante de su madre estaba convulso y desencajado, y en él vió su pobre hija retratados todos los tormentos que estaban destrozando el corazón de la desgraciada viuda.

—Señora, dijo el alcalde, su hija Concha está resuelta á dejar esta casa y ser depositada en la de Doña Juana Morales, hasta su casamiento; y por lo tanto el tribunal se la lleva acto continuo. ¿Vamos, señorita?

Un profundo silencio sucedió á una notificacion semejante. Antes de seguir

á la autoridad, quiso Concha tener un esfuerzo; levantó la cabeza para mirar á su madre, la cual, no pudiendo resistir mas á la violencia de sus agitaciones cayó de espaldas en la cama, donde habia estado sentada hasta la sazón, y dando un alarido agudo, entró en las convulsiones alarmantes de un paroxismo epiléptico. Al espantoso aspecto de esta escena, Concha sucumbió á su amor filial, arrojóse al cuello de su madre, y dijo entre sollozos á la autoridad que se *retractaba de todo lo prometido á Vilalta*. El alcalde con la misma sangre fria de siempre, repuso que estaba muy bien; mandó al escribano que diese fé, y todos se despidieron en seguida, dejando ancho campo á las dos mugeres para reconciliarse del modo que mejor les pareciese.

Indescribible es el estupor en que cayó Pimentel al recibir esta noticia. ¡La mas hermosa ilusion de su existencia, la única que le quedaba, desvanecida tambien!!! Sordo á todas las reflexiones que se le hicieron para atenuarle este ines-

perado golpe, no deseaba sino verse solo para poner término á sus dias. Un amigo que le habia ayudado en el negocio, temiéndose un desacierto por parte de Pimentel, cuya desesperacion comprendia perfectamente, no le quiso abandonar un solo instante, y apuró todos los resortes imaginables para inspirarle algun apego á la existencia.

Un dia, despues de este terrible desencanto, Rojerio ya estaba mas racional, habia pensado mucho en su pobre madre, y este pensamiento fué un obstáculo insuperable para el horrible proyecto que revolvía. Asocióse á esta causa otra no menos poderosa por no decir mas. La doncella de la casa de Conchita se habia presentado en la habitacion de Pimentel con una carta de su jóven ama, donde se esforzaba esta en justificarse de su conducta, protestando á Rojerio que, si por salvar los dias de su madre le habia podido negar de una manera tan inesperada, le juraba por su Dios que no seria jamás de ningun otro. El ter-

rible chasco que se habia llevado Pimentel era demasiado grande para que volviese á concebir otra esperanza; sin embargo, á pesar de que afectó, delante de la doncella, que no queria saber si quiera lo que la carta decia; á pesar de que se negó á contestar ni de palabra la menor cosa para Concha, todavía leyó á sus solas mas de una vez la consabida carta; y le agradaba hallar en ella algunas cláusulas que alimentasen todavía una viva ilusion.

Apenas habia tenido tiempo de rehacerse de este golpe, cuando hubo el infeliz de suportar otro tres veces mas deplorable, por lo que toca á su posicion material. El pueblo de Barcelona se hallaba constituido sobre el mismo pié que antes de la conmocion de agosto; el *estatuto real* estaba en su pleno vigor, y ya no quedaba mas vestigio de la grande protesta de Barcelona contra esta ley, que algunos batallones de ciudadanos, la mayor parte cabezas de familia, mas dispuestos á sostener que á derribar el

antiguo orden de cosas. Por lo que toca á los carlistas, vagaban, como siempre, á sus anchuras, cometiendo en todas partes inauditas tropelías, y para mayor eccasperacion, el canónigo Tristany se echó de improviso con sus hordas, en Esparraguera, sobre dos compañías de soldados de la reina, y les pasó todos á cuchillo. La indignacion del pueblo y de la guarnicion de Barcelona llegó á su colmo; y enfurecido aquel contra la lenidad del gobierno en perseguir á la canalla rebelde y en sustanciar las causas de los carlistas, que tenia presos en los fuertes de aquella ciudad, se amotina una masa de populacho, pide á voces represalias, y en número de unos doscientos, á la presencia de la tropa y de todos los batallones nacionales reunidos para conservar el orden, asalta la Ciudadela y pasa por las armas á todos los prisioneros. Horrible fué esta noche de sangrienta represalias: amaneció, y aunque no sofocada la efervescencia del pueblo, perdió á lo menos aquel aspecto ominoso que

dan las tinieblas á todo movimiento popular. A la caída de la tarde se empezaron á oír vivas á la Constitución; los grupos que les iban dando se acrecentaban, recorrían las calles, y propagándose de estos grupos á los batallones reunidos en sus cuarteles el mismo grito, salieron todos con bandera desplegada, á tambor batiente y en columna de honor, y al son del himno de Riego se trasladaron á la plaza de Palacio, donde ya estaba plantado en la fachada principal de la casa Lonja un madero figurando la lápida de la Constitución con varias hachas que alumbraban. Inmenso era el gentío reunido en aquella plaza, y unánime la voz que de todas las masas se levantaba hasta el cielo.

De repente, como si el demonio se hubiese desencadenado de entre aquella muchedumbre, los gritos unánimes se dividen: los que están rancos de gritar *viva*, gritan *muera!* los unos van cediendo en pos de los otros; el segundo cabo del Principado que el día antes

habia permanecido inactivo, tolerando la perpetracion de bárbaros asesinatos, lucha á brazo partido contra la proclamacion de un código que garantiza la libertad; arenga á los nacionales y los llama á la bandera del estado y del *Estatuto*; y despues de horribles amagos de una lucha carnicera entre dos campos netamente divididos, las masas se confunden, los *vivas* y los *mueras* se convierten en alaridos de *union*, y un rumor burlesco, acompañado de palmoteos, anuncia el derribamiento de la lápida que pisotean los que la han derribado, y la muerte de las hachas que le arrojaban sus luces. Todas las fuerzas se disipan marchando á patrullar en todas las direcciones, y no queda rastro de conmocion, ni vencedores, ni vencidos.

A media noche la policia allanaba las casas de los ciudadanos acusados de promotores de motin; los trasladaba bajo la órden del gefe militar superior á los calabozos de la ciudadela, y desde allí, amarrados como bandidos, pasaron á

bordo de un navío inglés, surto en las aguas de Barcelona. Veinte y cuatro horas despues, sin haberles óido en defensa, sin decirles los motivos de su prision, fueron trasladados á bordo de un buque de guerra español y se hicieron á la vela para las islas Canarias. Entre estos infelices, mas infeliz que todos ellos hubiese ido el pobre Pimentel, arrancado sin miramiento alguno de su cama donde seis dias hacia que estaba reco-brándose de sus heridas mortales, si algunos de sus amigos no le hubiesen sustraido á las pesquisas de la policia y hecho conducir al extranjero.

Don Severo habia llegado á Barcelona la misma tarde en que dieron los vivas á la Constitucion..... Mis lectores comprenden lo que significan estos puntos suspensivos.

CAPITULO X.

UN CASAMIENTO ENVIDIADO.

—Mamá, ¡ ya soy su esposa ! Y sin poder articular una palabra mas, cayó desvanecida antes de poder llegar á la cama de su madre.

La reaccion que acababa de verificarse en Barcelona repuso completamente en los asientos del poder á todos los partidarios del sistema protestado en el mes de agosto por un levantamiento general.

Y como la abortada proclamacion de un principio contrario á sus intereses é ideas hubiese sucedido á la ejecucion salvage de un atentado bajo todos aspectos criminal , la mayoría del pueblo barcelonés cubrió de aplausos todos los actos violentos que perpetró el gobierno militar, instrumento del bando entronizado , y acogió con una credulidad sin límites cuantos rumores hicieron circular sus corifeos , á fin de que nadie se escandalizase de sus despóticas medidas. Descollaba entre los reaccionarios mas furibundos D. Severo , el cual, sobre haber firmado cuantas esposiciones se enviaron al gobierno de Madrid contra los *anarquistas , incendiarios , asesinos y antropófagos* , iba enseñando por todas partes una lista apócrifa que con unos cuantos de sus compinches se habia forjado en su conciliábulo , donde , á vueltas de algunos individuos de reputacion desfavorable , se hallaban los nombres de los presos y perseguidos con los empleos que ya se suponía haberse repartido pa-

ra despues de realizado su complot. El primer nombre que figuraba en la tal lista era el de *José Vilalta y Grau* (alias) *D. Rogerio Pimentel de los Pinares, intendente*, y dejando á sus dignos colaboradores el hacer comentarios sobre el enemigo particular que hubiesen puesto en lista socolor de revoltoso, el ex-comerciante de negros se apoderaba de Pimentel, y se esforzaba en manifestar de cuán poca precaucion y de cuánta templanza habia usado el gobierno para con este enemigo del reposo público, pues no faltaba quien le hubiese visto en la ciudadela con sangre hasta los codos; que se sabia su descabellado proyecto de repartirse con sus cómplices los bienes adquiridos con el trabajo de ciudadanos pacíficos, y que se habia conferido á sí mismo, en la sociedad secreta llamada *del Puñal*, el empleo de *Intendente de Cataluña* como constaba por la lista. Y para acabar de hacer creer como patentes verdades tantas calumnias, refería sobre la marcha toda la historia del pseudónimo del poeta,

y con sus sarcasmos y chocarrerías, arrancaba de todos los corrillos risotadas estrepitosas, adquiriéndose, sobre el título de celoso ciudadano, de amigo del orden público, la reputacion de un chistoso inagotable de salidas.

Trascurridos, al fin, los dias de tan inocente desahogo, D. Severo pensó aprovecharse de la ocasion que le deparraba la ausencia de Pimentel, y practicar cuanto antes todo lo posible para alzarse con la mano de Conchita. La providencia, siempre enemiga de los malos, dispuso las cosas de manera que el comerciante se saliese con bien de sus proyectos. Concha habia sufrido mucho. La lucha que habia tenido que sostener, colocada entre su pasion á Rogerio y su amor filial, el susto que le dió el accidente de su madre en los momentos mas agitados de su vida, el brusco rompimiento con Pimentel, sin el cual ya no habia felicidad para ella, la espatriacion, en fin, de este desdichado jóven, acaecida precisamente cuando se hallaba mas

desolado su corazón, no pudieron menos que minar profundamente la salud de la sensible Concha, y abrasarla todos los días en un movimiento febril que la inutilizó bien pronto para su labor acostumbrada. Latíale el corazón con más fuerza y velocidad de lo que le había latido hasta entonces; y le hacía abandonar á cada instante la aguja para aplicarse la mano al costado, donde, con el murmullo de sus palpitaciones, sentía que se le estaba escapando la existencia. Sin embargo, la pobre jóven callaba, sufría y se esforzaba á vencer su mal, para poder acudir al socorro de su madre mucho menos comprometida que ella, aunque era su enfermedad más alarmante. Mas, poco tardó á sucumbir á este esfuerzo de amor filial; atropelláronse sus palpitaciones hasta el punto de amenazar á cada instante una sofocación; su calentura llegó á postrarla, y el médico de la casa no encareció nada con tanto empeño, como el reposo físico y moral de Concha, pronosti-

cando muy mal de su enfermedad por amagar un aneurisma.

Cuando Doña Pascuala conoció el estrago que habia hecho en el corazón de su hija su conducta de madrastra, se olvidó á su vez de sus achaques, y se consagró con todo el cariño maternal de que era susceptible al cuidado de la enferma. Accediendo á los ruegos de esta infeliz, advirtió con buenos modos y con todas las excusas y protestas que se dejan concebir al bueno del comerciante que dejase de visitarlas por algun tiempo: puesto que su presencia suscitaba á su hija la idea de Pimentel y de todo lo ocurrido, ecsacerbándose con esto sus temibles palpitaciones. Grande cuenta le tenia á Doña Pascuala el pronto restablecimiento de su hija, por cuanto, sobre no haber nadie en la familia que ganase algo para el consumo, habianse aumentado los gastos con la enfermedad de entrambas, de tal suerte que bien pronto no se halló nada de que poder hacer dinero. Abochornán-

dose la noble viuda de pedir prestado á sus allegados y conocidos, se fué vendiendo su ya mezquina vajilla, empeñó varias joyas y se deshizo de los muebles de que podia prescindir mas por el momento : pero estos débiles y fugaces recursos no tardaron en acabarse; la necesidad de gastar siguió creciendo, y los apuros de la pobre viuda eran ya tan imperiosos que salvaron su vanidad y su verguenza, obligándola á tentar la jenerosidad de sus amigos. Mas, tiempo hacia que nadie se presentaba en su casa : á medida que se fueron trasluciendo las necesidades de esta familia, los que la habian brindado con sus ofertas, tuvieron buen cuidado de escasear las visitas, por no esponerse á que fuesen aceptadas, y la pobre señora tuvo que ir las á buscar en sus propias casas para pedirles algo, con que proporcionar á lo menos una taza de caldo á la desdichada Concha. Inútil es decir que todos se compadecieron mucho de ella, mas nadie le dió un real siquiera para

atestiguarle semejante compasion. Confusa y desazonada la viuda de Torrellas, se resolvió por fin á dar un paso que ya habia proyectado al principio, pero que varias y muy fundadas reflexiones le habian hecho diferir. Presentóse en la casa de Don Severo, y entre jemidos y sollozos, que no pudo contener, le hizo una circunstanciada esposicion del interior de su casa. No le sorprendió al banquero esta noticia; pues, como la misma señora, estaba enterado de todo lo de la familia de Torrellas, habiendo tenido buen cuidado los envidiosos de hacérselo saber, por si pudiese esto estorbar que se casase con Concha. Mas como, á pesar de todos los esfuerzos de Doña Pascuala para que no se picase, se hallase Casavella muy resentido de la brusca retirada que le hizo tocar por la salud de su hija, se abstuvo de tomar la iniciativa en ofrecerle su dinero para la subvencion de sus necesidades, y aguardó que se presentase la misma señora en persona y en lo mas fuerte de sus

apuros para imponerle condiciones. En efecto, apenas le hubo espuesto aquella el estado de su casa, cuando abusando el banquero de la superioridad de posicion en que se hallaba, echó agriamente en rostro á la confundida viuda el chasco que le habia dado con alejarle de su hija, y no puso á su disposicion sus arcas, sino con el bien entendido de que tendria por de pronto entrada franca en la casa de Torrellas, y que sería suya la mano de Conchita luego que su salud lo permitiese. Como no podia menos, Doña Pascuala devoró en silencio su bochorno, y solo la apurada posicion en que se hallaba le pudo hacer aceptar un dinero obtenido á espensas de tamaña humillacion.

Ya habian trascurrido veinte y cuatro horas desde esta escena, y todavía la pobre muger no se habia atrevido á hablar á Concha de sus empeños. El comerciante aguardaba, de un momento á otro, un recado de parte de la viuda para poner en práctica su transaccion, y

este recado no llegaba. Al fin, sentóse esta á la cabecera de la cama de su hija, y mientras se decidia á proponerle el recibo de Don Severo, dió un suspiro profundísimo que llamó la atención de la doliente, la cual volvió sobresaltada su cabeza hácia su madre y echó de ver las lágrimas que corrian por su aflijido rostro.

— ¡Qué es esto mamá! preguntó azorada la enferma, ¿qué tiene V.? ¿Le ha dicho á V. el médico que estoy mala?

— No, hija mia, no : al contrario; todos los dias me da mas esperanzas.

— Pues ¿de que llora V.?

— De nada... De verte enferma.

— No, mamá, este llanto no viene de esto... me llena V. de zozobra... V. me oculta algun pesar que la atormenta.

— ¡Hija mia!

— ¡Ah! piensa V. que no lo adivino! Hábleme V. francamente : ¿no es verdad que ya no hay nada de que echar mano para mantenernos?... ¿qué ya lo ha vendido V. todo?...

—Por Dios, ¡Concha! ¡no me acabes de aflijir!

—Dias hace que lo estoy pensando... veo que el gasto es grande... yo no puedo trabajar... ¡y que nunca me acabe de morir!... ¡Dios mio! ¿Y no tiene V. ninguna amiga?

—¡Amigas! en la desgracia no hay amigas.

—¡Cómo ha de ser!... ¡cuando uno es pobre!...

—Una solo persona he podido hallar que haría por tí... por nosotras todo cuanto fuese necesario..., pero...

—¿Y qué?

—Como te hace mal que...

—¡Dios mio! ¡tú lo quieres!... hágase tu voluntad... dígame V. que venga.

—Te trastornarías... Si no hubieses de trastornarte...

—Si le digo á V. que no... ya me siento mejor, ya puedo soportar su presencia con mas calma.

—Por mí, hija mia, no lo consentiría jamás; pero tú estas enferma, nues-

tro gasto es grande!.. sin él no nos queda ningun amparo.... moriríamos de hambre.

—Dígale V. que venga... ¿qué quiere V. mas?

Profundo silencio sucedió á esta patética plática. La pobre jóven cerró los ojos, y en su frente descolorida se pudo leer su fuerte acusacion al cielo, por colocarla siempre en la necesidad de hacer lo que mas le repugnaba. Desde aquel dia el dinero abundó en la casa de Torrellas, mucho mas que cuando la sostenia Concha, la cual, á fuerza de cuidados y remedios oportunos, fué recobrando su salud, con grande gozo de su madre y del banquero, mas que nunca esperanzados de que al cabo habia de olvidar á su poeta. Visitábala todos los dias el comerciante, y pasaba á su lado mas horas de lo que ella hubiera querido, lisonjeándose el bárbaro de que eran principios de amor las atenciones que le guardaba la jóven por mero agradecimiento.

Apenas salida de su convalecencia, dejóse ver Conchita en una reunion, y todos sus contertulianos se dieron el parabien de su presencia, prometiéndose saborear bien pronto la melodía de sus gorjeos, así como saboreaban ya la suavidad de su semblante. Su contrariada pasion por el poeta se habia hecho la cuestion del dia; mirábala el concurso con doble interés, y todos buscaban en ella aquellos rasgos fantásticos que uno se imagina descubrir en las celebridades novelescas. Mas válido que nunca el rumor de que iba á casarse con Don Severo, todo el mundo murmuraba de la ambicion de Doña Pascuala y de la vanidad de Concha, dignándose compadecer al pobre poeta, sin duda porque la abyeccion y desdicha de este infeliz no daba ningun pábulo á su envidia.

Hallábase casi del todo restablecida la bella Concha, cuando un terrible accidente vino á comprometer la ecsistencia de su madre. Prontos y atinados fueron los socorros que se le administra-

ron, mas cuantos facultativos la visitaron convinieron en que la buena viuda no tenia remedio. Así se lo conoció ella misma; pocos momentos despues de haberle administrado el viático, y en un momento lúcido en que se hallaba sola con su hija, junto á la cabecera de su cama, la asió de la mano, se la estrechó de un modo convulsivo y se echó á llorar como una niña.

— « ¡ Hija mia! exclamó con un acento sepulcral, siento que voy á morir; te vas á quedar sin madre, huérfana, pobre, desamparada sobre la tierra. Nadie te querrá en su casa, y tu salud ya no te permite vivir de tu labor. ¡ Qué harás soltera en el mundo! ¡ Cuántas tentaciones te cercarán!... ¡ Ah! no siento, hija mia, el morir... sé que nací para ello... y por lo que disfruto en la tierra poco he de sentir dejarla... ¡ Mas morir con la certeza de que se deja una hija enfermiza y desamparada; una hija tan querida de su madre como tú, es un morir sin consuelo, sin resignacion, es

un morir desesperado ! Nada me liga al mundo sino tú. ¡ Oh ! ¡ con que placer cerraría mis ojos si la mano que me los cerrase fuese tu mano ! ¡ si brillase en esta mano el anillo de un esposo que te amparase en su seno ! Pero tú no lo has querido..., tú no lo quieres... ¡ loado sea Dios ! ¡ Mas tú veras á tu madre sufriendo dos agonías, morir dos veces, y llevarse al otro mundo el pensamiento de tu perdicion y abandono... ! ¡ Adios, hija mia, perdona á tu pobre madre si te ha ofendido : pronta á dar cuenta al Señor de mi conducta, necesito tu perdon para que Dios me dé el suyo..... ! ¡ Ven, hija mia, acércate, abrázame, no me abandones... quiero morir en tus brazos, en los brazos de mi hija... dame tu mano : te la quiero besar ; quiero tenerte aquí conmigo... tengo miedo... no me desampares..... »

Ocioso sería querer espresar con palabras la impresion que hiciera en el alma de Conchita lo que acabamos de referir. Harto trastornada ya por el emi-

nente peligro en que se hallaba su madre, las cosas que le dijo, con el acento penetrante y patético de la agonía, la conmovieron de tal suerte, que se abalanzó, sin vacilar y como arrebatada de un vértigo, al último sacrificio.

— « ¡Mamá! (esclamó arrojándose al cuello de su madre, cuyo cadavérico rostro cubria con sus besos y mojaba con sus lágrimas), seré su esposa, me casaré con él... hoy mismo, ahora mismo... que se lo vayan á decir... que lo preparen todo... que venga... que se me lleve á la iglesia, ó que me casen aquí... A todo estoy resuelta... Mamá, Dios se apiadará de mí... Dios me dará valor... »

A los alaridos que estaba dando Concha, entraron la mujer que las servia y la doncella; echáronse á llorar tambien como dos Magdalenas, y no pudiendo consentir que se prolongase por mas tiempo tan doloroso diálogo, llevóse la doncella á Conchita, y la mujer se cuidó de la enferma desmayada. Pero era forzoso darse prisa en lo que se acababa

de resolver. De todos modos quiso Conchita que se fuese la doncella á prevenir á Don Severo, á fin de que no espirase la pobre viuda con la idea del abandono de su hija. Ya estaba Doña Pascuala en bastante peligro para poderse temer de un momento á otro la pérdida total de sus sentidos, y desde las últimas palabras que habia dirigido á Concha, se notaba en su semblante é ideas una mudanza tan grande, que no podia menos de infundir á las que la servian fundadísimas alarmas. Fuése la doncella sin pérdida de tiempo en busca del comerciante, el cual, así que supo el fracaso, destacó toda su servidumbre para disponer lo necesario, y se trasladó de un salto á la casa de la viuda, sin saber lo que se hacia en la embriaguez de su contento.

Luego que los ojos medio apagados de la moribunda apercibieron junto á su cama á don Severo, una lijera sombra de vida, reflejo de una esperanza casi apagada que se reanimó, vino á suspender por un instante el sudor térreo

que ya bañaba su frente. Alentóla el banquero con frases bruscas y desabridas, aunque dichas con ánimo de consolarla, y le aseguró con enerjía que iba á tomar á Concha bajo su proteccion, como esposo y como padre. Media hora despues de su llegada compareció un escribano y dos allegados de Casavella, quienes habian de ser los testigos del contrato. Verificóse este en la misma estancia donde se hallaba la enferma; el comerciante dotó á su esposa de cincuenta mil pesos fuertes, y Concha no le trajo en dote mas que algunas joyas empeñadas y los muebles de su madre, de por junto con 20000 reales que habia de cobrar el dia en que se casase. Concha fué á ataviarse del modo mejor que pudo; volvió á entrar en el cuarto de su madre, y despues de haberle besado la mano, se la llevaron á la parroquia de Santa María en el coche del banquero.

Doña Pascuala ya no daba muestras de advertir lo que estaba acaeciendo en

terno suyo. Hallábase la infeliz en aquel terrible momento en que el moribundo lo oye todo, sin que pueda, por otra parte, revelar con la espresion de sus facciones los sentimientos de que es susceptible todavía: en aquel terrible momento en que retirada el alma y ya pronta á elevar su vuelo, ni los sentidos, ni los miembros obedecen á la voluntad, esponiendo al pobre moribundo á oír de sus indiscretos espectadores, que ya le creen una masa inerte, los funerales que le preparan, el chisporroteo de las velas que le encienden, el ruido del carpintero que cepilla su ataúd. La generosa resolucion de Concha la habia conmovido demasiado; los resortes ya vacilantes de su vida sufrieron un sacudimiento brusco, y hubo de caer en una postracion de fuerzas tan grande, que ya no le fué dado rehacerse.

El acompañamiento nupcial, precursor de un acompañamiento fúnebre, se deslizaba silencioso por entre los pilares de la iglesia, siguiendo las pisadas de

los núbios. En una capilla solitaria y silenciosa, que parecía un sepulcro, Don Severo recibió la mano de Conchita. Todas las jóvenes al contestar á la pregunta que les hace el cura párroco, al pronunciar el terrible *sí* que las encadena á la voluntad del marido, ordinariamente derraman lágrimas. Concha no derramó ninguna; tendió su bella mano á la mano tosca del comerciante, y pronunció la palabra fatal, como podría pronunciar la sentencia de su muerte. Bastaba dar una ojeada sobre el semblante de esta víctima para echar de ver que todo estaba protestando en ella contra su *sí*; con todo, echóles el sacerdote la bendición, y el lazo conyugal quedó legítimo é indisoluble hasta la muerte de alguno de los cónyuges. El acompañamiento siguió á los recién desposados hácia la casa de Concha, donde entrando esta infeliz como una aturdida en el cuarto de su madre, exclamó:

— « ¡Mamá! ¡ya soy su esposa!»

Y sin poder articular una palabra

mas, cayó desvanecida antes de poder llegar á la cama de su madre. En tanto que todos se abalanzaban hácia ella para levantarla y hacerla volver en su acuerdo, el sacerdote que acababa de casar á Concha se adelantó con la extrema uncion hácia la moribunda, la cual estendió la mano como buscando la de su hija. Sin duda percibió su voz, y como si solo aguardase esta noticia para entregar su alma al Hacedor, se echó de ver en su fisonomía, sombreada por la muerte, una satisfaccion interior que le arrojó alguna vida. Mas inmediatamente despues de este parabien misterioso, el respirar de la viuda se fué poniendo cada vez mas estertoroso, mas prolongado, hasta que por fin, desfigurado su semblante con las últimas boqueadas, y estremecidos sus miembros con las últimas convulsiones, abandonó á su lecho sus despojos mortales, para presentarse mas dignamente en el trono del Altísimo.

Don Severo convino en respetar el do-

lor de su consorte, porque así se lo aconsejaron todos, incluso el médico de cábecera, y se prorogó el placer de hallar en los brazos de Conchita la primera felicidad que columbraba á la sazón sobre la tierra. Imposible es pintar la agitación de sus sensaciones y el tumulto de sus ideas. Exclusivamente empapado de un solo pensamiento, se hacia cien comentarios sobre la virtud de su esposa y los amores que habia tenido. Todos los rumores circulados por la maldiciente envidia contra Concha, tomaban cuerpo á proporcion que meditaba acerca de ellos; pero nada le daba tanta grima, nada le desazonaba tanto, como la idea de que acaso habia recogido Pimentel las primicias de esta interesante criatura, y era necesario recordar todo lo que le habia jurado Doña Pascuala acerca de la pureza intacta de su hija, para embotar las espinas de sus ridiculos celos. ¡Miserable! esta clase de hombres lo ambicionan todo: figúranse que porque tienen dinero se les han de en-

tregar estas pobres víctimas, como se entregan las vírgenes georgianas al sultán. ¡Qué se contenten con ser sus maridos, y no sueñen con querer ser sus primeros poseedores! ¡Qué aspiren á su mano, jamás á su corazón!....

Indiferente á las escenas de la víspera, renació el día, y la madre de Concha, vestida de hermana, yacia sobre las bayetas de la casa de Caridad, cubierta de un sudario de muselina que permitia ver sus despojos á los que le iban á tributar este postrer obsequio. Cuatro grandes candeleros de nogal, sobre cada uno de los cuales reposaba otro de plata armado de una vela de cera con una franja de papel blanco recortado, ocupaban los cuatro ángulos del féretro é iluminaban los despojos de la viuda. Sobre la cómoda, cubierta igualmente de paño negro, se elevaba un crucifijo de plata clavado en una cruz de ébano, en cuyo pié estaba llorando la imagen de la Virgen de los Dolores, tristemente iluminada por dos velas fijas en otros dos can-

deleros del espresado metal. El resto de la casa estaba en armonía con el luto de esta estancia. Al dia siguiente el mas lujoso de los coches fúnebres se llevó el ataúd y cadáver de Doña Pascuala, y despues de haberle pasado por la parroquia, lo trasladaron al cementerio, donde lo depositaron en un nicho perpetuo de los de moderna y espléndida construccion. Una lápida de labrado mármol la robó para siempre de la sociedad, que no ha pensado mas en ella.

A los tres dias de este trance, Concha se hallaba en la parroquia de Santa María con su marido y un brillante acompañamiento. Habíanse prodigado las esquelas de convite, y no solo acudieron á los funerales los que las habian recibido, sino tambien todos los allegados de la familia de Torrellas, que desde la decadencia de esta familia no habian podido desocuparse para hacerle una visita. Como el opulento americano habia emparentado con ella, y estaba su nombre en las esquelas, todo el mundo se

apresuraba á participar del duelo y á tributar á Casavella y su señora el mas expresivo *pésame*. Celebráronse las exéquias con toda pompa; el oficio fué magnífico, la cera y la muchedumbre abundaron prodigiosamente, pudiéndose decir que eran los funerales de un personage público. Despidióse el duelo en la iglesia, y separada del concurso, se retiró la familia á la casa del comerciante.

Grande era el rumor del séquito funeral en tanto que se iban despidiendo y dispersando: tratábase en todos los grupos del casamiento de Concha y del banquero, y todos afectabân escandalizarse de la conducta de aquella jóven, no pudiendo concebir cómo, precisamente en la agonía de su madre, la hubiese sabido abandonar para ir á casarse con un hombre, al cual habia dado á entender que aborrecia. Las señoras de otros comerciantes, tenderos, corredores, procuradores, abogados y demás categorías estaban mordiéndose los

labios de rabia, al ver alzada con la mano y fortuna de Casavella una rapaza tan pobre y, según ellos, tan sospechosa como Concha. Por espacio de muchos dias no se habló de otra cosa entre las mugeres y entre aquellos hombrecillos de alcorza, Pedros entre ellas, que solo se distinguen de las mugeres por la horrible fealdad de lo que en aquellas es gracia.

Y sin embargo, Concha era la muger mas pobre en medio de su deslumbrante opulencia; la muger mas digna de lástima en medio de su envidiada posición.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EL POETA

Y

EL BANQUERO.



ESCENAS CONTEMPORÁNEAS DE LA REVOLUCION
ESPAÑOLA.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

por P. Mala.

MÉDICO-CIRUJANO , MIEMBRO TITULAR Y CORRESPONSAL DE VARIAS SOCIEDADES SABIAS DEL REINO Y ESTRANJERAS , REDACTOR EN GEFÉ DEL CONSTITUCIONAL , DIPUTADO A CÓRTESES , ETC.

TOMO II.

Barcelona.

IMPRENTA DEL CONSTITUCIONAL,

—
1842.

THE TOWN

OF BOSTON

IN THE
YEAR 1800

BY
JOHN W. WELLS

AND
PUBLISHED BY
J. WELLS, AT THE
PRINTING OFFICE OF
J. WELLS, CORNER
OF STATE AND
NASSAU STREETS,
IN THE CITY OF
BOSTON.

1800

WELLS'S
PRINTING OFFICE

1800

EL POETA Y EL BANQUERO.

CAPITULO XI.

ÚLTIMOS DESENCANTOS.

Sobrecogido de terror quedó Rogerio á este último desencanto, y no esperando ya nada de una sociedad que le habia revolcado en el cieno, con toda la amargura del que se siente disecado el corazon por el escepticismo, le dió un adios sarcástico, y se retiró á su casa determinado á poner término á sus dias.

Volvamos á nuestro pobre poeta, fugado por revoltoso y asesino á la ciudad de Marsella. Voy á presentarle ya en este capítulo entrado en el puerto de Bar-

celona, justificado ante el estamento de procuradores de la nacion de todos los cargos calumniosos que le habian hecho los hombres de partido, y de todo punto libre de establecerse en la ciudad de España que mejor le conviniese.

Grande era la agitacion que reinaba en la capital de Cataluña en los dias en que Pimentel desembarcó en su puerto. Como las demás provincias del reino, hallábase el principado en hostilidad con el ministerio Isturiz, y en la reeleccion de sus procuradores, pertenecientes á los escaños de la oposicion, habia protestado altamente contra la política del bando que formulaba este ministerio. A cada correo que llegaba del interior se acrecentaba la efervescencia de los ánimos, por cuanto Málaga y Zaragoza ya habian enarbolado el estandarte de la Constitucion, y todas las demás provincias respondian á su osado llamamiento. Los patriotas barceloneses no querian de ningun modo seguir á remolque el pronunciamiento nacional, y se indignaban

contra la conducta de los hombres del poder, quienes, al propio tiempo que afectaban condenar al ministerio y sus planes, iban tomando todas las providencias capaces de ahogar en sus arranques cualquiera tentativa de insurrección. Eran estos hombres los mismos que se habían opuesto con todos sus conatos á la proclamación del código de Cádiz, cuantas veces se había proyectado; los mismos que habían propalado estas máximas funestas de que los escaltados no han tenido más plan que el repartimiento de los empleos, el saqueo y el asesinato; los mismos, en fin, que habían hecho deportar, sin formación de causa, á Canarias y á la Habana, á una porción de liberales tachados injustamente de amigos del desorden. Cuando las elecciones de procuradores del Reino, no perdonaron medio ni fatiga para que saliesen nombrados los candidatos ministeriales que habían puesto en lista en sus secretos conciliábulos, y ya que derrotados en esta arena por el vo-

to general de Barcelona, con que se alzaron los diputados de la oposicion, si bien tuvieron que ceder cuanto les fué posible al torrente de la opinion pública, como ocupaban los destinos del poder cívico y militar, se pertrecharon detrás de una legalidad intempestiva, afectaron mil aspavientos por la Constitucion, á la cual presentaban como el símbolo de la anarquía; y al propio tiempo que asustaban á las familias con siniestros rumores de próximos desacatos, luchaban abiertamente contra los que intentaban responder con una insurreccion al llamamiento de Málaga y Zaragoza. Los esfuerzos de estos hombres y las proclamas del capitan general del principado, célebre en los fastos de la libertad española, detuvieron hasta el último momento el torrente de la pública opinion, y los mas dispuestos á enarbolar una bandera reprimian sus arranques al leer en las proclamas, escrito en letras mayúsculas, **DONDE YO MANDO LA LIBERTAD NO PERECE.**

En esta coyuntura puso Pimentel los piés en la ciudad de Barcelona. Rodeáronle desde luego los ecsaltados, prometiéndose los verdaderos entusiastas en él un compañero mas en la lucha que preparaban, y los calculistas un nuevo instrumento de que echar mano para ponerle al frente del movimiento. Si por llevar ya mas desencantos de los que correspondian á su edad, no se prestó Rogerio á los amaños de los segundos, no fué por cierto sordo al llamamiento de los primeros, con cuyo corazon simpatizaba todavía el suyo. Apenas hubo visto las farsas con que los titiriteros políticos embaucan al acataratado pueblo, se olvidó completamente de lo arriesgado que es querer marchar contra la corriente del mundo, y escribió un elocuente artículo contra el ministerio y sus partidarios, donde se echaba de ver toda la independendencia, toda la energia, toda la austeridad de un verdadero demócrata.

Pero el corazon de Pimentel no esta-

ba solamente empapado de sentimientos políticos. La fuerza que le habia atraído desde una ciudad del extranjero , era una fuerza complecsa , fuerza compuesta de gloria , patriotismo y amor , y cada uno de estos sentimientos demandaba con igual violencia la atencion de Pimentel. Todos le habian hablado de política, nadie de amor ; y ¿ quién habia de conducirle á esta arena , donde tenia que verse el infeliz tan cruelmente vendido en sus últimas ilusiones ? Viendo que ninguno adivinaba sus íntimos deseos , que ninguno se adelantaba á darle cuenta de la fatal muger que le tenia fascinado , se decidió á tomar la iniciativa en este asunto , y practicó los pasos necesarios para el efecto. Sabia el poeta que el mundo suele poner en ridículo al amante , cuando suspira en pos del objeto amado que le atormenta con desdenes , y como sus amores con Conchita habian pertenecido á la conversacion de las tertulias , no se atrevia á revelar á nadie que todavía se hallase grabada en

su corazón la imagen de esta belleza. Y pasaba y volvía á pasar agitado por la calle donde habitára la señora de Torrellas con su hija, sin que pudiese dar jamás con la doncella de estas, ni alcanzar ninguna seña que partiese de los balcones de su casa. Ya se habia llenado de zozobra desde la primera vez; pues habia echado de ver otro color en los postigos de los balcones, y en los hierros de estos un papel blanco, señal de que estaba para alquilar aquel piso. A la vista de estas mudanzas, llenóse el corazón de Pimentel de fatales presentimientos, y hubo de preguntar al fin á un vecino, que le informó con todos los linderos y arrabales de la muerte de Doña Pascuala y de las bodas de su hija con el banquero Casavella.

Las desgracias de los hombres disminuirían por mitad, como á los hombres les fuese dado domeñar el pensamiento. Una vez recibido el golpe, si uno le sobreviviese, se cicatrizaría la herida, y al cabo de poco tiempo todo volvería á to-

mar su primitivo rumbo. Ahora empero, abierta la herida, el pensamiento se ampara de ella, la encona, la estruja, la tira de todos lados, la rasga, y en cada uno de estos movimientos arranca al corazón que la lleva un alarido mas fuerte. ¡ Dichosos los desdichados que piensan poco! Semejantes las heridas de su alma á las de un cuerpo de buena constitucion, no necesitan sino la ausencia de la causa para cerrarse, sin dejar cicatriz siquiera. Rogerio tenia muchas cosas que pensar, y su imaginacion era tal vez la mas á propósito para ello. Concha se habia casado: este era el golpe principal, el que habia herido de muerte su corazón. Mas Concha se habia casado siendo traidora á los mas sagrados juramentos; se habia casado olvidándose completamente de su honor; se habia casado despues de haberle prometido que solo por no causar la muerte de su madre le habia desairado delante de la autoridad; se habia casado estando su amante espatriado, mas que por sus

opiniones, por ella; se habia casado con su rival, autor de las persecuciones que habia sufrido; se habia casado, en fin, el mismo dia en que feneció su madre, único obstáculo hasta entonces á su enlace con el poeta. Todas estas consideraciones y otras semejantes en las cuales se cebaba su imaginacion, como una llama en todo lo combustible, desgarraban, á proporcion que iban brotando, la llaga de que estaba cubierto su corazon, y le constituian en un frenesí infernal que solo podia calmarse con la alienacion ó el suicidio. Cualquiera actitud, el reposo, el movimiento, todo le atormentaba por igual; no parecia sino que tenia el alma atravesada de agudísimas espinas en todas direcciones, y que á cada pensamiento le punzaban todas á la vez. Y ¡cómo no mover esta alma, cómo no pensar cuando, á fuer de verdadero poeta, reverberaba en su cerebro este destello de Dios que nunca para, que constantemente se agita, que vence el mismo sueño, que hasta escapa

á la muerte en su victoria , dejándole por toda presa la inerte forma del hombre !

Mientras que , retirado en su cuarto , se hallaba el desdichado Pimentel en vísperas de un ataque que amenazaba su inteligencia ó sus dias , se oyó repentinamente asordar las calles circunvecinas el rumor de una asonada. La paciencia del pueblo se habia apurado; intérprete de la voluntad general , una masa de jóvenes entusiastas vitoreó la Constitucion en la plaza de palacio , y los hombres de la resistencia aflojaron por un instante , á fin de no perderlo todo en una lucha que les habia de ser funesta. Colocáronse al dia siguiente de esta imperiosa manifestacion á la cabeza del movimiento , y se proclamó con toda pompa la Constitucion del año doce. Hubo músicas , brindis , iluminaciones..... y á media noche los agentes de policia , acompañados de un piquete de guardias nacionales de los barrios , allanaron las casas de varios patriotas ; arrancaron de sus lechos á los que no su-

pieron burlar este acto de perfidia; los encerraron en un hediondo calabozo de la ciudadela, y al cabo de algunas horas los embarcaron en un bergantín de guerra, que levantó anclas apenas los devoró, y se hizo á la vela mar adentro. Y para que tamaño escándalo no ecsasparase la poblacion, aterrada con este golpe tan inesperado, se echó mano, como de costumbre, de los gastados rumores sobre proyectos de república y anarquía, de repartimientos de empleos y de bienes, de venganzas y asesinatos, y volvió á circular, mugrienta de puro servir, la lista de los pretendidos cabezas de motin y urdidores del complot, con los empleos que cada uno ya se habia señalado; á beneficio de todo lo cual tornaron á ser fuertes unos hombres á quienes habia revolcado en el polvo la masa electoral de Barcelona, juguete ahora de sus intrigas y embustes.

— El marido de Conchita, miembro de una sociedad secreta de *moderados*, puso en la urna de los que debian ser

presos el nombre de Pimentel, y la policía invadió el asilo del poeta, arrancándole de su cama por mas que le asegurasen los allegados de Rogerio que se hallaba su salud comprometida. Incapaz de apreciar el temple de una enfermedad moral, el servil esbirro, que por otra parte no descubria sangre ni sufrimientos físicos en su preso, no daba mas respuesta á las consideraciones que se le hacian, que estos lugares comunes tan manoseados por todo ministril. *La órden es terminante, y debo obedecer á mis superiores; V. debe seguirme, aunque se caiga á pedazos por el camino: si dependiese de mí yo le dejaría á V. libre.* Semejante comportamiento de una autoridad que se llamaba constitucional, hizo una revolucion en la moral de Rogerio, el cual suspendió por entonces todas sus pesadumbres, cobró una fuerza extraordinaria de ánimo y de carácter, y, humillando á los agentes del poder y á su escolta con la dignidad de su talante, y la justicia de sus pocas palabras, se mar-

chó á participar de las abyecciones y sufrimientos destinados á las víctimas de un bando pérfidamente despótico.

Pocos dias despues de estas injustas prisiones, con la noticia de haberse publicado la Constitucion en Madrid, llegó un decreto de la Reina, mandando la publicacion y observancia de esta ley fundamental en todo el Reino. Varios amigos de Rogerio, que ya le habian defendido en un artículo contra las imposturas levantadas por sus infames enemigos, no dejaron piedra por mover á fin de apresurarle el recobro de su libertad; mas todas las autoridades se desentendian de este negocio; ninguna queria haber dado la órden de prenderle, y á ninguna pertenecia libertarle, hasta que por fin puso término á tanta mala fé otra publicacion solemne del código tantas veces atacado.

¿Visteis al animal bravío de Jarama que, atormentado de las picas en su encierro, apenas le abren la puerta del toril, se abalanza á la plaza con toda la

efervescencia de su sangre; arremete á derecha y á siniestra, destripa caballos, derriba picadores, estropea toreros, y entusiasma con sus bríos y triunfos á la multitud gozosa del estrago que van haciendo sus indomables armas; pero que atacado sin tregua y de todos lados y modos por enemigos mas astutos que él, aquí se fatiga en vano contra una capa flotante, allá se contunde el pecho ó los hijares en un salto falso de barrera, mas acá se va formando una melena de banderillas, mas allá, en fin, se clava con las últimas fuerzas que le quedan el acero matador oculto detrás de una bandera páfida para salir arrastrado por una arena donde le recibió con estrepitosos aplausos un público arrebatado de contento? hé aquí la imágen de Pimentel. Altamente indignado de las calumnias que sus enemigos habian hecho circular contra la pureza y desinterés de sus ideas, apenas hubo alcanzado la libertad, tomó la pluma, y en uno de estos momentos en que solo habla el corazon,

escribió la defensa de sus actos y principios de una manera orijinal; atacó sin distincion de categorías á los mandatarios del poder que le habian encarcelado; disparó certeros tiros á los falsos ecsaltados que le habian empezado á perseguir, y puso tan en claro su inocencia y la mala fé de los que le estaban calumniando, que de todos lados se levantó unánime el grito de aprobacion, y nunca fué tan grande y estrepitoso el prestijio de su nombre, como desde la publicacion de su manifiesto. Mas, vueltos de su estupor, sus enemigos de todas clases, ya que no podian ahogar las verdades de que palpitaba su escrito, se asieron de su parte caricaturesca; le pusieron en ridículo con la malicia de un diablo, y llamando la atencion del pueblo barcelonés, sobremañera aficionado á las cabriolas de un payaso, hácia los deslices de amor propio en que habia incurrido Pimentel en su reaccion violenta contra los ultrajes de que le habian cubierto sus detracto-

res, lograron que se distrajese el público de la injusticia y arbitrariedad del gobierno, con respecto á su prision, y que se redujese á humo todo el prestigio y fuerza moral de sus escritos. D. Severo, otro de los que mas trabajaban en hacer caer en descrédito al poeta, hizo publicar un artículo por uno de sus aduladores, revelando al pueblo barcelonés todo lo del pseudónimo de Pimentel, con lo cual se acrecentó la risa y sarcasmos que ya suscitaba por todas partes este nombre. Pero nada le revolcó mas en el polvo que un artículo de sus enemigos *ecsaltados*, atestado de injurias y acompañado de un expediente con que se habia sorprendido á la corona para arrojarle del batallon á que pertenecia. Bien se esforzó el desdichado Rojerio en desviar este terrible golpe; mas era un golpe mortal, y no hubo mas remedio que retirarse de la arena, sin ninguna simpatía.

Sin embargo, todavía conservaba Pimentel algunos entusiastas, entre aque-

llos á quienes no movia ningun cálculo, y unos se empeñaban en reelegirle capitán de su antigua compañía, y otros en hacerle nombrar diputado á Córtes por la provincia de Barcelona. Mas, corifeos influyentes en el bando de los ecsaltados, personalmente enemigos de Rojerio, se empeñaron y lograron que ninguna compañía lo eligiese siquiera para cabo segundo, é hicieron con sus amaños desistir bien pronto de su intento á los que habian pensado lisonjear á la juventud progresista, confiriendo una diputacion á Pimentel. Otros, mas flecsibles y doblegables á las ecsijencias de una pandilla de mequetrefes, fueron colocados en su lugar, y sin haber hecho los sacrificios que el poeta, se hallaron en la senda del medro, de la representacion y de la *fortuna*.

Pero el alma del poeta era mas grande que todos estos agravios. No viendo en todo lo que le estaba acaeciendo mas que las mezquinas pasiones de una fraccion espúrea de liberales agusanados, y

la venganza rastrera de un partido que no habia tenido ocasion de lanzarle á Filipinas, volvió sus altas miradas al objeto de toda la nacion, al blanco de todas las naciones, y ya que sus enemigos le habian impedido sostener las regalías del pueblo con las armas y la palabra, se consagró á la prensa periódica, fundando un diario popular que tituló *la Palanca*. Levantábase todas las mañanas austera y formidable la voz de su periódico, y huyendo igualmente de la servil táctica de los papeles del gobierno y del lenguaje tabernario de algunos de la oposicion, marchaba hácia su objeto concebido con la misma buena fé y desinterés que le habia caracterizado siempre. Sin ser órgano de nadie, porque tenia sobrado orgullo para desdeñar estos papeles, ni de ninguna sociedad, porque de todas habia huido, escribia constantemente conforme le dictaba su conciencia, y emitia sus opiniones sobre las cuestiones del dia, sin mas dependencia que la de su

conviccion, sin mas norma que la de la justicia y sin mas plan que el de ser útil á sus conciudadanos.

Tenido entre los *moderados* por anarquista, y entre los *ecsaltados* por pastelero, con frecuencia se estampaban contra su persona artículos injuriosos, que no dejaban de agradar á la multitud, por mas que al llegar al corazon del poeta semejantes tiros resbalasen embotados. Y el periódico no medraba, y los empresarios determinaron mudar de rumbo, comunicando sus proyectos al jóven redactor. En vano le expusieron con los mas vivos colores la ingratitude con que le habia pagado sus sacrificios el partido *ecsaltado*; en vano le hicieron cien ofertas ventajosas si se ponía al frente de una redaccion intérprete del bando estatutista. Inflesible Rojerio en sus sentimientos, renunció su cargo de redactor, y *la Palanca* espiró metamorfoseada en otro papel que enarboló otra bandera.

Sin destino, sin ocupacion, sin am-

paro alguno, bien pronto palpó Rojerio toda la estension de su estéril sacrificio. El poco dinero que habia traído de Francia le habia prestado á un jóven infeliz, y como la pobre de su madre se hallaba reducida al estado mas precario, puesto que, desde la primera persecucion de Pimentel, habia perdido su salud; no sabia el desdichado poeta á donde volverse para salir de sus apuros. Todo lo vendió; no se quedó mas que una levita gastada con que encubria su desnudez, y retirado en una guardilla, donde no se divisaba mas que un catre, una silla, una mesa, un tintero y unos cuantos legajos manuscritos, tomaba por desayuno un poco de chocolate, y por comida una sopa, único favor arrancado por la compasion á la avaricia de una vieja despesera.

De esta manera trascurrió un mes, y con él espiró la compasion de la casera, la cual intimó al poeta que desocupase su guardilla. Sin hacer la menor súplica ni oposicion, Rojerio salió en

busca del amigo á quien habia prestado su dinero, se presentó dos ó tres veces en su casa á fin de que lo sacase de tan terrible apuro; mas no solamente se hizo aquel negar para no encararse con el poeta, sino que insertó en un periódico un artículo comunicado contra él, acusándole altamente de enemigo del progreso. Sobrecojido de terror se quedó Rojerio á este último desencanto, y no esperando ya nada de una sociedad que le habia revolcado en el cieno, con toda la amargura del que se siente diseado por el escepticismo el corazon, le dió un adios sarcástico y se retiró á su casa determinado á poner término á sus dias. Metióse en su pobre cuarto, y quitándose la levita, única pieza decente con que ocultaba sus andrajos, llamó á su avarienta casera y le dijo :

—Ahí tiene V. esta levita, véndala V. y cóbrese V., de lo que sacáre, lo que le debo : además tenga V. la bondad de comprarme un clavo robusto y

una vara de cuerda de un traves de dedo de grueso.

—Está bien, repuso la vieja avara, tomando la levita y ecsaminándola por ver si estaba tan bien tratada como al primer aspecto parecia, y para que no se arrepintiese Rojerio de este pacto que llenaba tres veces las esperanzas y codicia de la casera, desapareció esta de su vista con toda la rapidez que le consentia su edad, y á los diez minutos ya estuvo de vuelta con el pedazo de cuerda y el clavo. Durante el tiempo que estuvo fuera, el poeta anduvo mirando en que viga del techo fijaria el clavo del cual iba á colgarse. Cuando la vieja entró le encontró subido en una silla, que habia colocado sobre la mesa, y con un ladrillo en la mano.

—¿Qué va V. á hacer? dijo la vieja, al darle el clavo, y al verle que se preparaba á fijarle en una viga, me va V. á estropear el techo..... va V. á que-

brantarme las tejas con tanto sacudimiento!...

—No tenga V. cuidado, señora; le replicó aquel, dando contra el clavo con una calma que hubiese espeluzado á cualquier otro que á la avarienta casera, ni una teja se ha de mover.

—Pero ¿qué quiere hacer V. con todo eso?

—Nada señora; quiero saber cuanto peso en mangas de camisa, (y seguia clavando).

—¿Qué ocurrencia!

—A mas de que: ahí tendrá V. un excelente clavo para colgar uvas y comerlas pasas en invierno... ¡ah! ¡ah!... ni cien arrobas lo doblan.

Ya que tuvo fijo en la viga el clavo, se bajó de la silla á la mesa, cojió la silla, la depuso en el suelo y se bajó de la mesa á la silla y de la silla al piso, como si le tuviese mucha cuenta la integridad de sus piernas, sus costillas y sus brazos. En esto ya se habia retirado la casera, no sin sospechar alguna

estrambótica tarea de su huésped, para lo cual se propuso estar sobre la mira, bien que se hallaba muy distante de poder soñar siquiera, en vista del aparente buen humor de Pimentel, que nutriese este la idea de un suicidio. Como sea, ya que hubo salido de su cuarto, el poeta cerró la puerta con llave, luego los postigos de su ventana, y tomando la cuerda hizo un lazo corredizo que se ajustó al cuello, libre ya en este momento de su corbatin. Hecho esto, puso un pié en la silla y otro en la mesa, levantó luego aquella y la colocó encima de esta, y se subió de piés á su asiento. En seguida cojió el cabo flotante de la cuerda, y lo afianzó en el clavo, dando tres ó cuatro vueltas y haciendo otros tantos nudos. Desde su cuello al clavo no habia mas distancia que un palmo escaso, de suerte que derribando la silla, su estrangulacion era infalible.

Rojerio ejecutó todas estas operaciones con una calma y serenidad que hu-

biesen estremecido de terror al que se hubiese estado contemplándole. Era aquella calma, aquella serenidad que nunca faltan al que no puede suportar mas el peso de la vida, al que mira la muerte como un estado de impasibilidad y de reposo, al que llega á persuadirse de que no le queda nada que esperar en el seno de los hombres. La desesperacion llegada á este punto no va acompañada de ningun arrebatamiento ni violencia : es como un conquistador cuyo gobierno no es suave sino cuando ya está completamente enseñoreado del pais que conquistó; seguros de su triunfo, entre las palabras que les acompañan se permiten muy comunmente la chanza.

Sin embargo, desde lo alto del catafalco que se habia preparado el mismo, cara á cara con la muerte y pronto á asirse del clavo con las manos para derribar la silla con los piés y estrangularse, pasó á la manera de una ecsalacion por su frente una idea, la cual le reveló

que todavía quedaba en su corazón algún apego de vida; y como si hubiese oído una voz que le decía: «*No te mates. La vida del hombre tiene dos faces; tiene como la medalla su reverso; es como una mujer de Oriente; hoy esclava, mañana favorita; la vida del hombre son dos paralelas por las cuales se puede marchar igualmente; tú no has marchado sino por una; vuelve atrás y marcha por la otra. Hasta ahora los hombres se han burlado de tí, en lo sucesivo búrlate de ellos.*» Rojerio dió oídos á esta voz, y desde aquel momento fué imposible suicidarse; las esperanzas renacieron, la fé se rehizo, y la vida se cubrió á sus ojos de flores, como los prados en el mes de abril. Aflojóse el lazo corredizo, apartó el cuello de su terrible círculo, y de un salto se plantó al suelo, haciendo temblaquear el piso y las paredes de su guardilla.

—Ya está resuelto (se dijo), me vuelvo al mundo: ya he comprendido la sociedad y he de volver á ella con próspe-

ro resultado. (1) Es un infame baile de máscara donde debo disfrazarme, si quiero sacar partido de ella; si no quiero que una máscara insolente, debajo de cuyo disfraz oculta acaso una centina de corrupcion, mancille impunemente mi nombre á la presencia de todos los concurrentes. Yo me disfrazaré, pues; ninguno conocerá mi corazon; no sabrán los hombres de aquí en adelante lo que piense; estableceré una censura para mis pensamientos; los que no tiendan á mi bienestar, á mi fortuna no tendrán salida; seré con esto inmoral; ¡enhorabuena! ¡hay nada mas inmo-

(1) Este monólogo forma parte de un folletin que bajo el título de *EL ESCÉPTICO* publicó el Autor en el *Vapor*; periódico político y literario que hace algunos años se publicaba en esta ciudad. En un folletin del *Popular* hemos visto plagiariamente reproducidos algunos de sus pasages, y tiempo atrás observamos por casualidad en el *Vascongado* que cierto sujeto se lo habia apropiado por entero, saliendo al público luciendo galas ajenas y atavíos robados con ridículo desparpajo. Afortunadamente la inmensa distancia de fechas acredita de un modo incontestable á quien pertenece el verdadero original. Por delicadeza nos abstentemos de revelar el nombre de esos rateros literarios.

ral que la mentira, que la mala fé! Y sin embargo la mala fé y la mentira tienen altares en la sociedad; todos se afanan para ser sus sacerdotes, y yo no quiero que me inmolen como un corderillo en las aras de aquellos hediondos ídolos. La sociedad desprecia la virtud, yo despreciaré la virtud; la sociedad se burla de los infelices, yo me burlaré de los infelices; la sociedad es mala, pues yo tambien he de ser malo. Si... malo... ¡Nada!... ¡absolutamente nada, duda y no mas; desconfianza universal, impassibilidad, egoismo, hé aquí mi programa, mi profesion de fé!... Ánimo pues, Rojerio, vas á emprender una nueva senda. Espíritu infernal, ven á mi ayuda, mi corazon se te entrega; Dios no ha querido que me matase, y yo no puedo vivir si no me anima tu aliento... Hombres crueles que me habeis escupido en la cara, esperad, llegó mi turno, bien pronto nos veremos!

Y como si realmente el espíritu de Lucifer hubiese obedecido á su horrible

llamamiento, tomó su fisonomía la expresión de un infernal sarcasmo, y prorumpió en risotadas y jestos que parecían las convulsiones de un réprobo agonizante.

CAPITULO XII.

LA RECONCILIACION.

... ¡Ah! ¡soy feliz! ¡ha llo-
rado! ¡me ha perdonado...! ¡Ro-
gerio mio! ¡no hay alma mas
hermosa que la tuya....!

Pocos momentos despues del inmo-
ral discurso que habia sucedido á sus
proyectos de suicidio, Pimentel abrió
la puerta de su cuarto y llamó á voces
á la casera. Subió la avarienta secsaje-

naria refunfuñando, y el escéptico no le dió mas que estas palabras, dichas con toda la sequedad del que echó la capa al toro :

—Traigame V. la levita.

—¿Que yo le traiga á V. la levita ?

—Si señora, y no tarde V. dos minutos : voy á salir.

—Pero ¿ qué ha perdido V. el juicio ? ¿ qué no tiene V. memoria ?

—Señora, lo que yo no tengo es mi levita, ni paciencia para sufrirla á V. mas.

—¿ Esa es otra que bien baila ! ¿ de cuando acá estos humos ! ¿ Ya se ha olvidado V. que me debe un mes de alquiler y de comida ; que le he tratado como un hijo ; que...

—Señora, yo no estoy para dimes y diretes ; la levita, y tengamos la fiesta en paz.

—¿ Cómo la fiesta en paz ! ¿ Con quién se figura V. que las esta habiendo ? ¿ Hay cosa ! ¿ á mí que soy el ama de la casa, que soy su acreedora, que he tenido la

cachaza de aguantarle, que con llamar á un alguacil le hago poner en la cárcel, si no me paga; á mí me habla V. de esta manera! Cuenta con ello, señor mio. Sálgase V. inmediatamente de mi casa, como se lo tengo dicho, y no me fuerze á que tome una providencia mas seria.

—Pero, señora, ¿cómo quiere V. que salga? ¡en mangas de camisa!

—Salga V. en cueros si quiere, ¡que se me da á mí!

—Yo no tengo otra cosa que esa levita que me guarda V., y todavía no he perdido todo el juicio para andar por las calles como un mozo de cordel.

—Pues V. saldrá, y saldrá en mangas de camisa, á menos que me pague V. el alquiler, la comida, lo que me ha costado la cuerda y el clavo que me ha hecho V. comprar.

—Yo no tengo en casa ni un ochavo.

—Ya lo sé.

—Pues, ¿cómo quiere V. que le pague todo esto, si no me deja V. salir á buscar quien me preste algun dinero?

—¿Qué yo no le dejo salir? ahí está la puerta y la escalera.

—¡Y la levita!

—Págüeme V. lo que me debe.

—Pero, señora, no me haga V. desesperar; ¿no le digo que voy á salir para ir á buscar dinero?

—¿Y quién me responde de que vuelva V.? todo lo que V. tiene se lo lleva á cuestas: aquí no quedan mas que sus inmundicias, y aun no son tantas que me puedan valer dinero.

—Señora, escoja V.: ó la levita, ó hago un desatino.

—Haga V. lo que le dé la gana; si no me paga V...

Rogerio no la dejó acabar: cojió con una mano el ladrillo que habia traido para afianzar su clavo en una viga, y con otra la garganta de la incesorable vieja, y amenazándola con la muerte si daba un grito, un suspiro; si resollaba siquiera, la arrastró hasta su cuarto donde le hizo entregar la pieza que necesitaba para presentarse en público.

Quedóse enmudecida é inmóvil de terror la señora casera, y apróvechando Rogerio este momento oportuno, cojió la puerta y desapareció, sin saber á donde dirigirse, ni lo que le estaba acaeciéndole. ¡Qué tropel de remordimientos se levantó en su corazón que ya le creía templado para toda suerte de picardías! Abrumábale la cabeza un ruido extraño, y lleno de rubor le parecía que todos habían de leer en su frente la ingratitud de que le acusaba la conciencia. Mas volvió su pensamiento hácia los infinitos agravios que había recibido de los hombres, y puesto que su casera pertenecía al jénero, se hizo creer que ya estaba justificado, y se esforzó en arrancarse del alma la idea de su mal comportamiento.

La noche alcanzó á Rojerio en las calles de Barcelona, y ya había formado el proyecto de pasarla sin dormir, cuando una jóven perdida, viéndole pasar por delante de su escalerilla, donde estaba de reclamo, le llamó, y por la primera

vez de su vida puso Pimentel los piés en la habitacion de una mujer prostituida.

—Yo me quedo á dormir contigo (le dijo el poeta con el desparpajo del primer calavera).

—Tanto mejor, porque eres un jóven que siempre me has gustado.

—¡Oiga!

—Te lo digo de veras.

—¿Y dónde me has visto antes que aquí, trapacera?

—¡Toma! en mil partes diferentes, sobre que te conozco mas de un año hace....

—¿Con qué puedo quedarme?

—Yo lo creo, si tú no quisieras, querria yo. No podias venir mas á propósito, hace unos cuantos dias que reñí con mi amante y si quieres ponerte en su lugar...

—De mil amores, reina mia, pero haz cuenta que por ahora no tengo blanca.

—¿Y no te he dicho que has de ser mi amante?

—Corrientes ; dame un abrazo.

Supla el pensamiento del lector lo que el decoro no nos permite detallar, y trasladémonos á la posicion de Rogerio, unos quince dias despues de estas grotescas aventuras. Adorado de una mujer que, revolcada en el cieno de la prostitucion, no parecia ya capaz de afecto alguno, no solo obtenia de ella toda la materialidad del amor, sino cuanto dinero necesitaba para la disipada vida que llevaba. Vivía en una fonda, andaba elegantemente vestido, frecuentaba el teatro y el café, fumaba á raja tablas sendos puros, recorria los garitos, é iba á buscar en brazos de otras ramerás los placeres que ya no hallaba en la suya. Sonrióle mas de una vez el juego con la fortuna, y hubo noche en que contó el calavera en su casa mas doblones que los que le habian dado todos sus trabajos y talentos. ¡Así supiera guardarlos ! mas del mismo modo que venian se iban ;

hoy, era mas rico que Salomon ; mañana, mas pobre que Job ; pero siempre calavereando por igual, enredando en todas partes, haciendo reir á todo el mundo con sus chistes y salidas, y llevando por dó quier todo el peso de la broma.

Sin embargo, este exterior atolondrado de Rojerio, este lujo deslumbrante de alegría y jocosidad era el rayo sangriento de su alma despedazada, dividido en cien colores por el prisma del aturdimiento de que á propósito se encubria : eran las vistas fantasmagóricas de un fuego artificial que parten de un esqueleto de palo hundido en las mas densas tinieblas, despues de haber pintado el cielo mas pasajeramente que el sol de ocaso la lluvia del levante. En torno de Rojerio todo el mundo se caia de risa ; él hacia las mismas muecas, pero en su corazon lloraba, y lloraba de desaliento. El que le hubiese visto y escuchado en una reunion, y observado sólo en su cuarto, hubiera creído que eran

dos individuos de todo punto diferentes. ¡Desdichado! ¡cuan caras pagaba de noche las horas que conseguia aturdirse durante el dia con sus desenvolturas! Por mas esfuerzos que hiciese para sofocarle, siempre era el grito de su conciencia mas fuerte que estos esfuerzos, y su carácter, naturalmente noble y orgulloso, se ofendia de verse socorrido por una mujer que le compraba su amor por el producto de un infame comercio.

Todos los propósitos de volverse malo y abandonarse á la carrera de los vicios, hechos por una víctima de los hombres, suelen desvanecerse pronto cuando esta víctima no abriga naturalmente un corazon protervo. Nacido para ser bueno, Pimentel pagaba con cien congojas y agitaciones secretas cada acto reprochable que cometia; y escento del espíritu de cálculo que se necesita para medrar ya se tome la senda buena, ya la mala, dando los mismos pasos con que otros mil se encaraman al pináculo de la fortuna, se hubiese precipitado rá-

pidamente en un abismo de miseria y abyecciones. Conocióselo el infeliz, meditando sobre las causas de su nuevo desaliento, y viendo que tambien se habia lanzado á un extremo, trató de moderarse y de reformar su plan de nueva vida, retrocediendo horrorizado del cuadro de excesos que habia acumulado en los primeros arranques de su funesta reaccion. La necesidad que mas de cerca le acosaba era romper sus vergonzosas relaciones con la fácil mujer que le habia acogido en su abandono y formarse de cualquier modo una existencia material, á cuyo efecto enfrenó el orgullo y rubor que le habian dominado en otros dias, y se allanó á las duras condiciones que le impuso un empresario de traducciones, resuelto á mortificarse lo posible hasta tanto que hubiese recojido bastante dinero para trasladarse á Madrid. Reducido al miserable estado de traductor mercenario, anduvo vejetando por espacio de muchos meses como simple jornalero, y enmoheciendo

su jenio creador por falta de estímulo y ejercicio. Y hubiera perecido de marasmo y de fastidio, á no alterar la monotonía de su vida la pertinaz obstinacion de la ramera en no querer reñir con él por mas chascos, despidos y malos tratos que le diese. Buscábale á todas horas, por todas partes le seguia, y como no podia dominarla la fuerza del decoro, gastada en el millar de veces que se habia prostituido, no reparaba su feroz pasion en provocar las escenas mas afflictivas para el poeta.

Informado Don Severo de la vida privada de Pimentel, se llenaba de un villano regocijo, ya por verle distraido de Concha, ya por poder murmurar de él con fundamento. Y puesto que no le era dado hacerlo prender, por cuanto el bando á que pertenecia el comerciante ya no ocupaba los destinos del poder cívico, se contentaba con hacer cundir todo lo malo que el poeta perpetraba, recargándolo aun con colores mas sombríos. Y la primera persona á quien comunicaba

cuanto le iban á contar sus aduladores, era la infeliz de su consorte, la desdichada Concha, la cual escuchaba con una repugnancia indecible estos relatos que creia altamente calumniosos. Los enemigos que tenia Pimentel en el bando opuesto, viéndole retirado del palenque político y nada solícito de las intrigas y manejos con que se disputaban los puestos donde se pudiese figurar, le abandonaban tambien á su estado de abyeccion ó insignificancia, permitiéndose sin embargo de cuando en cuando, por si acaso despertase su nombre alguna simpatía que les hiciese sombra, el hacer circular el rumor de que se habia vuelto un egoista, de que por no haberle nombrado oficial no queria tomar las armas, de que, en fin, se habia vendido al partido aristocrático por lo cual se estaba mas quieto y mudo que un difunto. Y todos estos rumores hallaban acogida, y hasta eran válidos para aquellos que estaban mas en contacto con Rojerio.

Semejante conducta, igual á la de tantos jóvenes dominados por el sórdido egoismo de la época, y la ninguna señal exterior de que se acordase de Conchita, fueron una éjida de proteccion para el desdichado Pimentel en los nuevos disturbios que tuvieron lugar en Barcelona. Las autoridades populares y los batallones nacionales voluntarios de esta ciudad habian mandado á Madrid exposiciones, donde manifestaban lo mal que habian recibido el proyecto de ley sobre providencias extraordinarias relativas á la imprenta y á la formacion de causa á los sospechosos de atentar contra el trono de Isabel II y la libertad, y cuando llegaron las bases de la nueva Constitucion que se habian presentado en las Córtes, se acrecentaron los rumores de desaprobacion de tal suerte que todo amenazaba una *bullanga*. Un periódico atolondrado asustaba todos los dias al vecindario barcelonés, de suyo espantadizo, con artículos declamatorios y caricaturas alarmantes, y corros de jóvenes

indiscretos, huecos acaso de que se les hubiese dejado formar parte de un ridiculo club, soltaban por la rambla y los cafés palabras provocativas y amenazas ominosas. Los corifeos del bando opuesto que desde la publicacion del código de Cádiz habian seguido á remolque y muy á su pesar el movimiento progresivo del pueblo, echaron de ver la bella ocasion que todos estos imprudentes les estaban proporcionando, y explotaron sus mismas imprudencias y ecsajeraciones para aumentar el miedo de los tenderos, especieros y comerciantes, cuya masa necesitaban para derribar á sus adversarios políticos. Y tan activos y amaestrados en atacar á los del partido progresista, como apáticos é ineptos para sofocar los planes manifiestos de los partidarios de Don Carlos, enviaron á raja tablas esposiciones al gobierno de Madrid, concebidas en un sentido contrario al de las autoridades populares y cuerpos de milicias voluntarias, y las multiplicaron al infinito por medio

de los gremios y corporaciones, á fin de que el complot de una cincuentena de corifeos, tuviere la apariencia de una poblacion entera. Peleábanse los periódicos, peleábanse los individuos, y cada dia se enturbiaba de tal suerte el horizonte político de la capital de Cataluña que ya era inevitable una tempestad. Alzase de repente un grito sedicioso del bando *moderado*; amenázase la poblacion con los planes descabellados de independencia y anarquía, y el pueblo en masa clama á la vez que sean abatidos los promovedores de desórdenes. Los partidos se preparan para el combate; se encaran en los claustros de san Agustin; el combate no se libra, pero los ecsaltados ceden; declárase la ciudad en estado de sitio; las autoridades populares quedan destituidas; las reemplazan las del tiempo del *Estatuto*, y los cuerpos nacionales mas señalados depoen las armas en el fuerte de Atarazanas, cuyas cárceles encierran á los acusados de cabezas de motin.

Como en los hechos que dieron margen á esta nueva reaccion, favorable á los retrógrados, Rojerio no figuró entre los prisioneros que se hicieron, de por junto con la alabanza que hacian de él algunos moderados por su completa abstraccion de los negocios políticos, acabó de dar mas pié á los enemigos que tenia en el bando caido para hacer creer que le habian comprado los aristócratas á fin de que callase. Repuesto con el triunfo de los suyos en la plenitud de su influencia, el banquero no dejó de indicar que se prendiese á Pimentel; mas, habiéndole insinuado por una parte que esta vez se iba á formar causa á los presos y acusados, siguiéndose para el efecto todos los trámites de la ley, y viendo por otra que Rojerio parecia en su conducta no acordarse absolutamente de Conchita, desistió de su tarea, y la redujo toda á estar constantemente de observacion por si acaso fuese necesario buscar medio de perder á todo trance á su rival.

Grande era el error en que estaba el capitalista con respecto á la pasion de Pimentel, el cual mas que nunca deploraba la pérdida de su Concha. Para arrancarse del alma la imágen de esta muger fementida que se la llenaba toda, ¡que no habia practicado el infeliz! De todo habia echado mano, y todo le habia sido igualmente infructuoso. Si se tendia en el lecho de una muger pública, se levantaba de él tan pronto como si hubiese caído sobre una zarza; las caricias de esta muger le enfriaban, sus besos le daban asco: habia solicitado los favores de una casada; apenas les hubo obtenido, la aborreció como Amnon á su pobre hermana Thamar: habia tenido relaciones con solteras, y la facilidad con que se entregaban, indicio de que no era él el primero ni el último poseor, las volvía despreciables á sus ojos. Y las consecuencias que sacaba de todos estos hechos le acababan de despedazar el corazon, puesto que todas se reducian á probarle que no habia en la tierra mas

que una muger para él, y esta muger pertenecía á otro.

Sin embargo, el chasco que le habia pegado Concha era demasiado humillante para que el enamorado poeta sacrificase su amor propio á una demostracion manifiesta de que todavía se acordaba de su perjura. Desde la hora fatal en que le recibió, nadie le vió dar un paso, ni hacer una pregunta, ni ecsalar un suspiro que indicasen la constancia de su pasion mal pagada. La misma suerte le favoreció, evitándole toda ocasion en que pudiese vacilar su firme propósito de no cometer una bajeza. Y con todo no era esto una casualidad. D. Severo habia redoblado su vijilancia sobre su esposa; clavábase á su lado mientras estaba en casa, y cuando se veia precisado á salir, dejaba al cuidado de uno de sus negros, que le era fanáticamente adicto, el expiar los pasos, acciones y palabras de su señora. Por lo que toca á Concha no solo no salia jamás á la calle, sino que

habitaba un aposento retirado, cuyos balcones daban á su jardin. Melancólica y enfermiza, pasaba todo el dia retirada en su cuarto con María, la doncella de su madre, la cual la habia acompañado á la casa del banquero, y de noche se trasladaba al salon, donde se solia reunir diariamente una tertulia numerosa. Allí se murmuraba, se danzaba, se pervertia, se daban academias y bailes, con todo lo cual procuraba Casavella distraer el fastidio y melancolía de su encerrada consorte. Esta infeliz, aunque tenia coche y criados y lacayos, carecia de poder hacerse llevar siquiera á oír misa sin prévia órden de su marido, y aun que todo lo que tocaba y veia brillaba de cristal, plata y oro, no podia disponer de cuatro reales para gastarlos en un objeto de su capricho; tenia que pedir este objeto al banquero el cual se lo concedia al punto.

En oposicion con su retiro habitual, hallábase cierto dia Conchita sentada detrás de las vidrieras de un balcon que

daba á la calle, frente por frente de una plazuela donde venia á terminar un callejon. Acababa de salirse una visita, y para ver la jente que se llevaba por la calle, se quedó Concha sentada en la sala donde habia recibido la visita. Ya iba á levantarse para volverse en su cuarto, cuando de repente se vé atraida por un objeto que empezaba á entrar en el callejon : era Rojerio, Rojerio que, atormentado de la sensacion penosa de su vacío, se llevaba sin direccion por las calles de Barcelona, hecho un tonto de puro fastidiado y distraido. Bien lejos estaba de querer pasar por delante de la casa de su perjura, lo cual se habia jurado evitar mientras amor propio le quedase; mas el encuentro de dos coches en la calle le hizo tomar la primera ruta que le vino á la mano, no pudiendo sufrir estar parado, y sin saber á donde iria á salir, jiró por el callejon que daba frente á la casa de su amada. Apenas le hubo Concha divisado, se quedó como de piedra en la posicion en que

estaba; un temblor extraño se apoderó de sus miembros, y se le puso el corazón á latir tan fuertemente, que se hubiese podido oír el ruido de sus palpitaciones. Rogerio se iba acercando sin reparar en ella, y ella no apartaba los ojos de los suyos.

—El es (se decia vuelta de su primera agitacion). ¡Cuán mudado! ¡cuánto debe de haber sufrido!.... ¡qué aire! ¡qué modo de mirar! ¡pobre Rogerio! ¡Oh madre mia! moriste contenta...! tu hija vive aun! por la satisfaccion de un momento que quiso darte, tu hija está condenada á un infierno en esta vida y quizás á un infierno en la otra.....

Rogerio estaba ya mucho mas cerca; el tumulto de palpitaciones de Concha se acrecentaba en razon directa de su procsimidad y de la distraccion del jóven, y prosiguió con una voz patética:

—¡Rogerio! ¡Rogerio! ¿á dónde vas? ¿en qué piensas? ¿buscas á tu Concha? alza los ojos..... héla aquí, aquí la tienes..... en la puerta del cementerio.....

Pero ¡no! ¡no!... basta de sacrificios.... mi madre ya no vive..... basta de virtud! yo quiero condenarme..... ya que no su esposa su amante..... ¡Rogerio!

Rogerio entraba en la plazuela, Concha abrió el balcon, que resonó con un chillido fuerte, y este chillido sacó de su abstraccion al transeunte. Levantó Rogerio los ojos, y con un sobresalto que interpretarán tan solo los que alguna vez encontraron despues de una riña al objeto de sus pasados amores, descubrió en pié entre las puertas de un balcon á una muger de hábito enfermizo, con un pañuelo de seda sobre una cofia negra, la cual hacia resaltar mas la palidez de su semblante, gastado por sus secretas pesadumbres. Sus ojos, mas rasgados y fosfóricos con sus males, le miraban con una languidez, con una espresion tan melancólica, que cualquiera hubiese adivinado lo que querian decir. Rogerio reconoció á su perjura en la figura cadavérica que le estaba contemplando: se

paró como detenido por unas tenazas de hierro que hubiesen salido de la tierra, la contempló en un momento de éxtasis que se escapó de todos sus propósitos, y no pudo resistir dos minutos la mirada fascinadora de Conchita sin humillar sus ojos que las lágrimas empañaron. Un gran misterio se hubo de verificar en este momento, porque el corazón de Rogerio se sintió libre del peso enorme que le agobiaba, se sintió lleno y latió sostenido y vigoroso como si sangre mas florida circulase por su seno. Por su parte Concha se dijo como fuera de sí:

— ¡Ah, soy feliz! ¡ha llorado, me ha perdonado! ¡Rogerio mio! no hay alma mas hermosa que la tuya.... ¡no la hay, no! ¡Madre mia! no me vengas á pedir mas sacrificios: el alma de Rogerio es demasiado hermosa..... ¡me ha perdonado!....

Rogerio se habia ya alejado, y Concha, ébria de delirio, cerró el balcon y fuése á sentarse al piano para cantar un romance de los que le enseñára su poe-

ta acompañándose con la guitarra en dias mas venturosos :

Si alguna vez las lágrimas asoman
Al trovador que una perjura hirió,
Es ya feliz la que esta herida hiciera;
Ya su perdon el misero le dió.

Y repetia los dos últimos versos de esta estrofa con una alegría delirante, hiriendo violentamente las teclas del piano. Domingo, el feroz espía de Don Severo, al oír los chillidos de la falleba del balcon que Concha abriera, se fué á atisbarla por la cerradura de una puerta del salon, y como no pudiese verla á su sabor, entreabrió poco á poco dicha puerta, y dejando entrever su horrible rostro, revolvió el blanco de sus ojos, tan encendidos de celos como si hubiese sido el propio esposo de Conchita. Acertó esta á volver su rostro hácia la puerta donde estaba el etíope, y al descubrir sus ávidas miradas, soltó una carcajada de maníaco que hubiera podido hacer sospechar en ella una alie-

nacion mental. El negro se retiró avergonzado.

—¡Miserables! (se dijo para consigo la loca) hay mil medios de entenderse dos corazones de un temple como el nuestro, que están fuera de vuestro espionage. ¡Espías! para nosotros no los hay: tendrán ojos y no verán, tendrán oídos y no han de oír..... Venid, decidme lo que mis ojos han demandado á mi Rogerio: decidme lo que mi Rogerio me ha contestado..... dos lágrimas, yo las he visto..... ¡ah! él me quiere, todavía me quiere..... me ha visto tan flaca, tan perdida, y todo por él..... y me ha perdonado; ¡oh! qué hermosa alma la suya! Sin saber nada, sin oirme, ya me perdona..... y ¿quién duda que era un perdon su llanto? ¡Miserables, espiadnos! nuestros corazones se rien de vosotros.....

Es ya feliz la que esta herida hiciera;

Ya su perdon el misero le dió.....

Es ya feliz la que esta herida hiciera.....

Sí, soy feliz; yo la hice..... y él ha

llorado, él, mi trovador, mi poeta, mi Rogerio..... ¡Que venga ahora mi marido!..... ¡que me atropelle, que me estropee con sus horribles caricias! ¡que se sacie de mi cuerpo, casi podrido con su contacto!.... ¡mi alma es de Rogerio; mi corazón es todo, todo de mi adorado Rogerio!....

Pocas horas después de esta escena el médico aseguraba á D. Severo que la indisposición de Concha no sería de consecuencia, si hacían su efecto las píldoras que le acababa de recetar. « Es el histérico, le decía, no hay que temer: estas palpitaciones cesarán. ¿Ya está V. seguro que no ha tenido ningún enfado? —Segurísimo (contestó D. Severo), no ha habido nada; ha empezado por cantar y tocar como una loca, luego se ha reído sin más ni más.—Vamos (repuso el médico), el histérico; sobre que no hay enfermedad más caprichosa..... y se despidieron.

CAPITULO XIII.

LA COMPARSA.

- Cual es?
- El de esa pareja que está separada de las demás.
- Tiene V. razon ; él es ! ¡ canario ! ¿y ha hablado con ella ?
- Si señor , no sé lo que le ha dicho , pero....
- ¿Quién es el responsable de esta comparsa ?
- No sé.
- ¿Quién la ha dejado entrar ?
- Eso se lo dirá á V. doña Conchita.

Desde la misteriosa entrevista de Rogerio y Concha, se habia verificado en la moral del poeta una revolucion notable. A su loco aturdimiento sucedió una dulce melancolía, y á su locuaci-

dad inagotable un silencio profundo, que revelaba sobradamente el vuelo de su espíritu por los espacios imaginarios. Buscábanle en vano sus camaradas para que fuese con ellos á bromear; Rojerio necesitaba estar solo, y ora se llevaba por el glásis de la muralla, ora por las canteras de Monjuí, ora, en fin por las playas de la mar vieja, donde no distraida su imaginacion por ningun objeto, podia comentar mil veces y de mil modos la mirada de Conchita. Si Rojerio la hubiese visto gorda, colorada, risueña y brillante de atavíos, quizás se hubiese curado al fin de su passion malhadada; todo le hubiese indicado que Concha era feliz; que abrigaba un corazon vulgar, como cualquiera otra muger, y que ya no quedaba en ella ningun recuerdo del que la habia poseido. Mas Concha estaba flaca, descolorida; su semblante era la imájen del dolor; sus atavíos eran la espresion del abatimiento de su espíritu, y su postura, su mirar, cuando la echó de ver

Rojerio, eran la postura y el mirar de un penitente que se prosterna á las plantas del señor, sin atreverse á demandar el perdón de sus pecados. Y sin embargo Concha era rica; nadaba en la opulencia; su marido la idolatraba; recibia las adoraciones de lo mas escojido de la capital, y cuando llevaba sobre su rostro las huellas del sufrimiento, bien podia atreverse el desdichado Pimentel á sospechar que acaso conservaba todavía en el corazón de Concha el lugar que ocupára en otro tiempo. Y á pesar de todos los desencantos que habia sufrido, á pesar del escepticismo que se habia resuelto á profesar, su malograda pasión, reproducida vivamente por la mirada de Conchita, le seducia con halagueños pensamientos, y le reverdecia, como la primavera los prados, como la lluvia los árboles, las esperanzas marchitas y agostadas por sus terribles decepciones. Y á proporcion que se iba convenciendo de que era amado, crecia su arrepentimiento y rubor por lo que

toca á los excesos á que se habia abandonado en su reaccion frenética, y alimentaba mas ardientes deseos de volver al buen sendero para hacerse digno de su amante.

Sin embargo, aunque todos sus allegados no dejaban de observar su mudanza de conducta y su continúa distraccion, Rojerio no reveló sus sentimientos á ninguno, porque no conocia á ninguno capaz de comprenderle. Por no dar márjen á ninguna sospecha, se abstenia de rondar de dia por la calle de Conchita, mas, apenas inundaba la noche con sus tinieblas el ambiente de la ciudad, el pobre poeta se paseaba por las inmediaciones de la casa del banquero, clavaba la vista en los balcones por donde saliese el resplandor de las arañas, y hallaba tanto consuelo en mirarlos como en hablar con Concha en otros dias. ¡Con que envidia miraba entrar en la puerta principal de dicha casa á los jóvenes elegantes que iban á su tertulia! ¡con que melancolía estaba oyen-

do la música y el ruido del baile que rebosaba por los balcones! ; con que ajitacion escuchaba la encantadora voz de su Conchita , percibiendo muchas veces hasta las escusas que daba antes de cantar á los que se empeñaban en que les diese este recreo ! Desde que se habia casado , raras veces , bien podria decirse nunca , cantaba Concha de su propio impulso , siempre era despues de importunos ruegos que de todos lados la cercaban , teniendo muchas veces que ceder á espensas de su salud por no pasar por grosera . Mas ya que habia de cantar pocas veces , no dejaba de entonar una cancion , cuyo sentido solo podia comprender el que la habia compuesto , y mientras que toda la concurrencia se deshacia en aplausos á cada estrofa por la dulzura de voz y armonía de canto de Conchita , habia en la calle un infeliz que lloraba de alegría , que se sentia embriagado de placer , que se consideraba como el mortal mas venturoso . Rojerio recibia á la sazón una

nueva prueba de que era suyo el corazón de su amada.

Entretanto se aproximaba el carnaval : las casas de Nadal y la Lonja ya habían abierto mas de una vez sus espaciosos salones á los bailes de máscaras, y todas las noches iban siguiendo las tertulias, para danzar y embromar en ellas, comparsas de disfrazados. También proyectaron formar una comparsa los contertulianos de la casa que mas frecuentaba Rojerio, y aunque su humor no estaba muy en armonía con semejante cosa, no dejó de prestarse á la invitacion que se le hizo. Reuniéronse doce parejas, y entre todas las mujeres que entraron en ella, solo habia una que estuviese desocupada, la cual se asoció al poeta. Llamábase Catalina ; era hija de un rico platero, y sobre ser bastante linda no habia cumplido aun diez y seis años. Las demas, entre las cuales figuraban dos otras casadas, llevaban cada una su cortejo ó su querido, sin que las desembolturas á que iban á entregarse

inquietafen á los maridos de las casadas por no ser de moda ser celosos, ni á los padres de las solteras por acompañarlas dos otras casadas, y sin que escándalizasen á nadie por hallarse en la época de carnaval, en la cual están permitidos una infinidad de desahogos que alarmarían la moral pública en cualquiera otra época del año. Determinaron vestirse ellas de *vestales* y ellos de *turcos*, y anduvieron revueltos tres ó cuatro dias para prepararse estos trajes. Reunidos todos en la casa donde se solía tener la tertulia, todos trabajaban en su obra comun, sirviéndoles de pretesto para hacer una desusada broma.

No cabia en sí de gozo la loquilla de Catalina, al verse mas abierta con Rogerio de lo que acostumbrára, y como si haberla destinado por pareja del poeta hubiese sido un convenio entre los dos hecho por sus simpatias, portábase la cuitada con él como con sus queridos sus compañeras, y nada la lisonjeaba mas que las bromas que estas le ha-

cían acerca de su amistad con su pareja. Hallábase la pobre niña en la edad de las ilusiones; sabia que era bonita, que tenia buen dote, y como Rojerio la habia obsequiado varias veces en la tertulia, no halló ningun obstáculo que se opusiese á ser querida del poeta, al cual, por otra parte, no veia ocupado en ninguna de sus amigas. La educacion que habia recibido era vulgar, y no era capaz su corazon de abrigar, como el de Concha, ninguna pasion vehemente de esas que levantan á una mujer diez codos mas allá del nivel del comun de las mujeres. Todos sus sentimientos eran los de una niña. Reñiria con su amante como con un amiga; lloraria por la conducta de un ingrato, como por un bofetón de su padre, y la primera cosa que le parecia indispensable en un amante, era que pudiese casarse y sostener los gastos de una familia. Gustábale sin embargo ser la querida de un poeta, y de un poeta *romántico*; porque esta voz le habia caido muy en gracia, usándola

á cada momento que pegase qué no. Todo para ella era *romántico*, y andaba preguntando á cada momento como vestían, como hablaban, que color tenían las *románticas*, y hacia todo lo posible para estar pálida, puesto que le habían dicho que este color era el tipo del romanticismo que anhelaba.

Rogelio sostenía por su parte las chufletas que le dirigian sus contertulianos sobre su linda pareja, y aunque no sentía realmente nada por esta niña, le agradaba su inocencia, su candidez, hasta sus simplezas le agradaban, por estar muy en armonía con su poca edad y lo lindo de sus facciones. Y la seguía fascinando, diciéndole las cosas mas exageradas, que ponian á la pobre niña muy comunmente en un apuro por no saber que responder.

Como sea, llegó la noche destinada á la salida de la comparsa, y antes de ir al baile público de máscaras, se fueron presentando en varias casas donde habia brillantes reuniones. La pareja que lle-

vaba la delantera pedia entrada en la casa y se quitaba la careta delante del amo, que la reconocia á parte, para cargar con la responsabilidad de todo lo que dijese é hiciese mas allá de los términos convenidos por la costumbre las demás parejas, las cuales entraban en la reunion sin quitarse las caretas, á menos que lo tuviesen á bien. Una vez introducidos en la casa, íbanse deslizan- do por la sala las parejas, unas en pos de otras; bailaban una contradanza en que se habian ensayado ocho dias, y luego se destacaba cada máscara en particular para ir á embromar al que mejor le pareciese.

Todo el mundo sabe que el Carnaval forma una ley de escepcion, suspendien- do la fuerza de muchos cánones de la moral pública, y de acuerdo con el voto unánime de los que por tradicion reco- nocen en él este derecho, sanciona en su círculo toda clase de locuras, intro- duce una democracia ecsagerada que ofende muchas veces el pudor, y con el

hervor de las pasiones que irrita, desarrolla las circunvoluciones de la serpiente seductora, que por ventura aplica en un pecho cándido su lengua de veneno. La fantástica figura del censor público, de aquel censor á quien nadie ve ni reconoce, y á quien sin embargo solo dejan de temer los abandonados del cielo, corre delante de sus ojos una cortina durante la presencia del Carnaval, y consiente al hombre deponer su gravedad, á la muger ensanchar el círculo de sus libertades, y á ambos á dos entregarse á ciertos actos que en cualquiera otra época del año imprimirían en sus frentes la marca de la demencia, cuando no del deshonor. Debajo del ridículo traje del arlequino, tal vez se oculta un ciudadano respetable por su posición social y sus condiciones personales: este personaje entra en el salón de un baile de máscara, salta, grita y hace cuantas diabluras le sugiere el humor que le domina. Voz, movimientos, maneras, traje, todo lo emplea para desfigurarse,

y aquellos á quienes ha embromado, cuando le reconocen, no le tienen en menos estima que cuando le ven en su bufete dando curso á sus negocios. Si este personage se presentase disfrazado una noche de julio, promoveria tal escándalo, que jamás conseguiria rehabilitar su concepto de hombre cuerdo y comedido. Una bella jóven elije por su disfraz un traje que consiente repasar los ojos lúbricos del doncel por sus espaldas y pechos, mas allá de los límites ordinarios, y esta demasía, que fuera de la orjía del carnaval la hiciera pasar plaza de prostituta, tal vez no hace sino cautivar los sentidos de los espectadores que admiran y encarecen la belleza de sus formas y la blancura de su piel.

Pero en nada se reconoce tanto el dominio del carnaval como en la licencia que caracteriza las conversaciones de las máscaras. La murmuracion, la maledicencia, inseparables compañeras del hombre y mucho mas de la mujer, se hallan en su elemento, del mismo modo

que la envidia y los enconos, padres, por lo comun, de las primeras pasiones. Un pedazo de carton ó de lienzo encerrado y pintorreado dan valor y derecho á un individuo para echar en rostro á otro sus flaquezas y defectos, ya físicos, ya morales; derecho tanto mas ignoble cuando se abusa de él, cuando tal vez el que comete este abuso no se siente con fuerzas para hablar del propio modo sin careta. La hipocresía, con que se encubren los mas de los individuos de la especie, arroja entonces su velo porque le basta la careta, y la lengua y las acciones corren con la misma desenvoltura que el pensamiento, tanto mas maligno cuanto mas incubado en el forzoso disimulo. Raras veces deja una máscara de darse el villano placer de sonrojar á alguno contra quien alimenta algun resentimiento, recordándole cosas que este quisiera borrar de su memoria, ó ridiculizándolo por el defecto que mas tormento le causa. Ponéanse en tortura las mas por saber las cosas pri-

বাদas de los individuos con quienes creen dar, y el que sabe mas, el que las dice con mas desparpajo, el que templa cada una de sus flechas en un caústico mas fuerte, este es la máscara por escelencia, la que desempeña bien su papel. Esto se llama en lenguaje corriente embromar; esto está permitido, no solo á la gente comun, sino tambien á la de tono; no solo á la casada corrida, sino á la casta; no solo á la soltera desenvuelta, sino á la doncella recatada, confundiéndose todas debajo de la careta y del disfraz, como se confunden debajo de las sombras de la noche los colosos de un paisaje;

Tal era la moral práctica que tenia á sus ojos Pimentel, en tanto que cada una de las parejas se repartia por el salon, y admirábale oir la locuacidad de su aturdida Catalina, lo libre de sus palabras y la malicia de sus salidas. Tambien embromaba Pimentel á los conocidos que encontraba; mas no sabiendo emplear su facultad ni en la calumnia,

ni en la lisonja , se le acababan prontamente las palabras y se quedaba representando realmente un oriental. De vez en cuando le encargaban las demas parejas que se fuese á embromar de su parte á jente que le era desconocida ; mas , como el encargo que le hacian pecaba por lo indecente ó caústico de las cosas comunicadas , se negaba á ello y empezaba á fastidiarse del disfraz de la comparsa y de la tertulia.

Deseoso de tocar el fin de una diversion que ya le repugnaba , seguia Pimentel la hilera de parejas , formando la cola de la comparsa. Grande era la algaravia que iban haciendo contándose recíprocamente lo que habian hecho y dicho , lo sofocada que se habia quedado fulana , lo rabiosa que estaba sutana , lo que se habia desvivido el uno por conocerle , el error en que habia incurrido otro satisfecho de haberlo adivinado ; á todo lo cual respondia Pimentel con un silencio profundo , que casi llegó á picar á Catalina , viendo que hacia poco

caso de lo que estaba contando ella en particular á Rojerio que habia vuelto á caer en su distraccion acostumbrada.

Ya se habia presentado la comparsa en dos ó tres tertulias, y de nuevo se ponian sus caretas las parejas paradas en la escalera de una casa opulenta, aguardando el permiso para entrar en el salon donde resonaba la música de un baile. Rojerio siguió automáticamente la hilera sin saber donde entraba, y al poner los piés en la espaciosa sala donde se hallaba reunida la tertulia, salió de su abstraccion herido de la magnificencia de sus decoraciones y del brillo de las arañas que descendian de un riquísimo artesonado. Y apenas tuvo tiempo de decir á Catalina ; qué magnifico salon! helósele la voz en la garganta, y una conmocion violenta que se comunicó al brazo de su pareja le hizo retroceder un paso, quitándole por algunos segundos la facultad de dominar sus músculos y sentidos. Y como advirtiese Catalina que se rezagaba, por no ver-

se separada de las demás parejas, que iban dando la vuelta por el salón y llamando la atención de la tertulia por lo rico de sus trajes y lo donoso de su continente, le tiró fuertemente del brazo y le hizo seguir, no sin dificultad, por temblarle á Pimentel las piernas de puro conmovido. Rojerio había divisado á la primera ojeada en uno de los sofás á Concha deslumbrante de atractivos y tesoros, y no le cupo la menor duda de que se hallaba en la propia casa del banquero.

Tan inesperada sorpresa dejó al poeta sin saber si debía alegrarse ó aflijirse de semejante conyuntura; bien que, en la mezcla de placer y temor que circulaba por su corazón, sentía que el temor predominaba; indicio seguro para él de que no debía esperarse nada bueno. Dominado de este temor, se esforzó en disimular cuanto le fuese dado y en acabar de confundir su disfraz, á fin de neutralizar los malos efectos que podía tener la involuntaria falta del guía.

de la comparsa. Cuando pasó por delante de Concha, la cual igualmente que todos los demas contertulianos iba examinando una por una las parejas, Rogerio se sintió desfallecer, crujieronle las rodillas, y se apoyó en el brazo de Catalina, que le riñó porque se le arriaba tanto. Bien se habia hecho el propósito de no volver la cabeza ni los ojos hácia ella por no hacerse traicion; mas, como una aguja magnetizada á su polo, hubieronse de inclinar sus ojos al sofá donde reposaba Concha, y echar de ver en su rostro la desaparicion súbita, no del color, porque Concha ya no lo tenia, sino de una cosa inexplicable que le indicó sobradamente la impresion que le habia hecho su presencia. Párase la comparsa en medio del salon, y la música rompió en una contradanza.

Desde el momento en que Concha hubo divisado la última pareja, ya no le desclavó sus ojos, y las palpitations de su corazon se fueron precipitando. Eranle sobrado conocidas las maneras de Pi-

mentel para dejarlas de conocer al trasluz de cualquier traje, y el poco espacio que le dejaban las aberturas de la careta correspondientes á los ojos fueron mas que suficientes para reproducirse en su alma la impresion que la mirada de tales ojos le hacia. Sumamente ajitada, confusa y sobre todo celosa, hubiese matado de una mirada á todo el concurso por abandonarse á sus anchuras á los impulsos de su corazon apasionado. No le cabia ninguna duda de que en la última pareja iba su Rojerio; pero necesitaba saberlo de un modo positivo, y cada segundo que transcurria le renovaba los tormentos de su agitacion, por cuanto sus sospechas tomaban mas incremento. Afortunadamente para ella no estaba su marido en el salon, y nadie sospechaba que estuviese en aquel recinto el malhadado rival de Casavella, sin que hubiesen reparado en ello sus compañeros de comparsa, llevados únicamente de su idea.

A medida que se acrecentaba la aji-

tacion de Concha, volvía en su acuerdo Pimentel y se sentía circular en su alma ideas y pasiones diferentes. A su proyecto de ocultar á Concha su presencia en su casa, iba sucediendo un fuerte deseo de hacerle saber que estaba allí, al justo temor de acarrearle algun trastorno por parte de su celoso marido, siguieron unas casi ganas de que le costase este paso algunas lágrimas; á la indiferencia, en fin, con que hasta entonces habia tratado á Catalina, un afectado furor de hablarle, de arrimársele al oído y de manifestarle un vivísimo interés. Inútil es advertir que todas estas cosas eran síntomas de celos.

Nada mas incomprehensible que el corazón de los amantes. Rojerio, que al divisar á Concha se hubiese marchado inmediatamente del salón por no esponerse á ser descubierto y acarrear á Concha una catástrofe, á los pocos ratos de estarla atisbando de reojo se incomoda de que esta pobre mujer no dé la menor señal de que se alegre de que él esté

allí. Y como la vé reir y solazarse con un jóven elegante que se ha sentado junto á ella, sin echar sobre la máscara que pareció turbarla al entrar mas que una mirada de paso, de vez en cuando y como por distraccion; ya no disfraza sus maneras ni modifica su voz, y mas de una vez se ha sentido tentado á quitarse la careta. Dos y mas veces le riñe Catalina por lo mal que está danzando : equivoca las figuras, y hace reir á sus parejas y á no pocos de los espectadores. Concha que, á pesar de su afectada indiferencia, no le pierde de vista, redobla sus risitas, habla mas alto y lisonjea al elegante con quien conversa, con amabilidades no comunes que hacen concebir á este majadero ideas de conquista. Ya habia conocido la celosa mujer que Rojerio estaba atormentado tambien de celos, y veia en su confusion su triunfo, el cual le agradaba prolongar para castigarle de lo que estaba haciendo con su pareja.

Cesó por fin la danza y las parejas se

dispersaron, trabándose en el salón aturdidoras chácharas entre las máscaras y los contertulianos. Casi no hubo ninguna mujer entre las disfrazadas que no se dirigiese á Conchita, poniéndola las unas como un trapo por la vanidad que gastaba desde su casamiento con Casavella; otras, por el poco caso que hizo de la muerte de su madre; otras, por el chasco que dió al poeta; otras, por lo flaca y pálida que estaba, etc., etc.; á todo lo cual respondía Concha sonriendo, mas ó menos francamente, según lo que le iban contando, mas importunada por distraerla de su objeto que por las majaderías salpicadas de insultos con que la fastidiaban. Sin embargo, en ninguna máscara pudo Concha descubrir palabras sujeridas por Rojerio, como se temía, á pesar de conocer la nobleza de sentimientos del poeta, y esto la dispuso en favor de Pimentel. Este cuitado no decía una palabra á nadie: sentado en un rincón de la sala tenía sus ojos clavados en el grupo que embromaba á

Concha, y á la manera del músico que percibe un instrumento disonante en lo mas fuerte de una orquesta, no se le escapaba nada de lo que decian las máscaras á Conchita. Mas apenas la vió libre, no pudo resistir á los impulsos de su amor mas atrevido con sus celos, y como lanzado de su asiento por una fuerza que le viniese de otro cuerpo, se fué á sentarse al lado de la esposa del banquero. Júzguese cual seria la agitacion de esta mujer, al ver tan cerca de ella á su poeta. Para atajar y abortar el proyecto que este tuviese, puso su cara seria y amenazadora, y si no se levantó para irse, fué porque las piernas no la hubiesen podido sostener. Sin embargo, en vez de acobardarse, Rojerio se obstinó mas en su resolucion; pues la debia á la conducta indiferente y desdeñosa que guardaba para él su perjura. Y acercándosele al oido, le dijo con una voz alteradísima pero natural:

— ¡ Concha !

Estremecióse Conchita á esta voz y á

esta palabra; Rojerio la repitió y ella se mantuvo en su silencio.

—En tu silencio (prosiguió Rojerio) te reconozco, Conchita; no me cabe la menor duda de que sabes quien soy; á todas las máscaras has contestado, y para mí no tienes voz. No le hace: ya sé que no me respondes porque no sabes que decirme; porque temes; porque te confiesas culpada. Mas, tranquilízate, voy á dejarte... y para siempre... ya habia renunciado á tu amor...; habia tenido carácter para no esponerme á una bajeza, y una casualidad me espuso al májico poder de tus miradas; ellas me engañaron; te creí inocente y esperé... pero ya que no veo en tí esta noche mas que á la consorte de mi rival... adios., olvida como tus juramentos esta humillacion de tu víctima; ya creia que hubiese encontrado á la querida de Pimentel...

—¡Máscara, calla!

—Una cosa me falta decirte: no creas que mi presencia en tu casa haya sido

voluntaria ni meditada ; me han conducido aquí sin saber á donde iba. Culpa es tuya , si no he tenido bastante fuerza para llevar á cabo mi primera resolución de no darme á conocer.

—¿ Qué está diciendo esta máscara, Conchita ? (preguntó en esto el elegante que estaba al otro lado), ¿ la insulta á V. ?

—No señor.

—Es que la veo á V. tan seria , tan conmovida.

—Es por lo que me han dicho otras.

—Concha , adios , (dijo levantándose Pimentel).

La pobre mujer no le pudo contestar nada , porque el importuno elegante no la dejó desde su primera pregunta , volviendo sobre que aquella máscara le debía de haber dicho alguna cosa picante , y echándola de valenton y desfacedor de agravios , por si acaso queria confiarle Concha el encargo de vengarla. Desde este momento Concha no las hubo todas consigo ; no le agradaba el desenlace de aquel encuentro , y tan pronto se aplau-

dia, tan pronto se reprobaba el desaire que habia dado á su poeta. El paso que este acababa de dar, sus palabras, el modo como las pronunció, todo le estaba diciendo á la cuitada que ya habia logrado mortificar y humillar á su querido; y apagados sus celos, satisfecho su amor propio, queria llamarle, volverle á hacer concebir una esperanza, confesarle en fin que era amado, exclusivamente amado, amado como siempre lo habia sido. Mas por una parte el impertinente que tenia á su lado la habia tomado por su cuenta sin conocer lo que la atormentaba con sus pesadas preguntas, y por otra Pimentel ya andaba de bra-cero con Catalina, la cual le estaba machacando por haberse sentado junto á Concha. Las reprehensiones que esta niña le dirijia, como si Pimentel habiese estado comprometido con ella, dieron márjen á una declaracion de amor, en la que tomó la iniciativa la platera, y le vino tanto mas de molde á Pimentel, cuando habiendo empezado otra contra-

danza , en la cual tambien danzaba Concha , uno y otra dejaban caer á propósito espresiones que taladraban el alma de la infeliz , Rojerio por reaccion del desprecio que creia haber recibido , Catalina por vanidad , viéndose la preferida en esta lucha. Abrasábase mas que nunca de celos la esposa del comerciante , y á cada espresion que salia de la boca de Pimentel , sentia un sacudimiento que le alteraba la armonía de su cerebro. Mas de una vez , al tender la mano á Pimentel , en las varias figuras de la contradanza que bailaban , se la estrechó , como queriéndole advertir de que necesitaba hablarle ; mas aunque cada uno de estos apretones de mano derramaba en el corazon del poeta un bálsamo celestial , no se dió nunca por entendido , á fin de hacerle apurar hasta las heces el mismo cáliz que ella le acababa de hacer beber . Ya la ventaja estaba de parte de Rojerio ; á su turno queria este que Concha se le humillase , y seguia haciéndose el zueco , con respecto á las in-

sinuaciones de la encelada mujer, bien seguro que una vez entrada en esta senda resbaladiza no habia de parar hasta su fondo. Y viendo Conchita que no bastaban ni los apretones, ni las miradas, al volver á pasar junto á Rojerio se le acercó al oido y le dijo muy colorada :

—Máscara, tengo que hablarte.

—¿ Y qué quieres decirle? repuso inmediatamente Catalina, cuyos celos le acabaron de quitar el poco juicio que le consentian sus quince años; una casada no tiene que hablar con nadie; no debe cuidarse sino de su marido.

Estas pocas palabras, dichas con rapidez, llenaron de confusion y rabia á Concha que no pudo contestar por alejarla de la pareja los movimientos de la danza, é hicieron sonreir á Rojerio al palpar las pequeñeces que los celos obligan á cometer á todo el mundo. Concha siguió bailando en direccion opuesta á la pareja de Rojerio, con un trastorno de cabeza que la precisó á salirse de la danza antes de que se parase la música.

Esta cesó por fin, y las máscaras se preparaban ya para salir; combatida en su interior por su orgullo y sus celos, Concha veia acabársele los momentos mas preciosos, y mas de una vez se sintió impelida á levantarse y tentar aun el ánimo de Rogerio con la última humillacion; pero cien consideraciones, su amor propio bastante fuerte, aun la detenian. Mientras se pasaban estos embates ignorados de todos cuantos la circucuyan, Catalina que llevaba de bracero á Pimentel se vuelve hácia la ajitada Concha para provocarla con su triunfo, y le dice irónicamente:

— ¡Adios! ¡adios! ya puedes mirarnos; nos vamos.

A esta provocacion sucumbe Concha, y olvidándose de su estado y posicion, se levanta del sofá resuelta á arrancar á Rogerio del brazo de su rival y hacérselo suyo, aunque pierda su honor en tal victoria. Mas apenas habia dado el primer paso, la terrible figura de su marido se dejó ver en el salon dirigiéndose

hacia ella. No hubiese sido mayor su espanto, si en medio de un camino desierto le saliera una cuadrilla de bandidos. Afortunadamente para ella las máscaras se apoderaron de Casavella, apenas entró, formando á su rededor una algaravía aturdidora que lo asordara. Concha tuvo tiempo de reponerse y se volvió á sentar en su sofá.

D. Severo procuró deshacerse cuanto antes de las máscaras, descubriendo en su frente mohina que no le habia ido muy bien el monte, inocente entretenimiento á que se daba con otros de su jaez, en tanto que los demas contertulianos se divertian en la danza. Y arrimándose al jóven, que se hallaba al lado de Conchita cuando Rogerio le habló, le dijo:

— Cuál es?

— El de esa pareja que está separada de las demas.

— Tiene usted razon: ¡él es! ¡Canario! ¿y ha hablado con ella?

— Si señor, no sé lo que le ha dicho, pero.....

— ¿Quién es el responsable de esta comparsa?

— No sé.

— ¿Quién la ha dejado entrar?

— Eso se lo dirá á V. doña Conchita.

Y sin acabar de escucharle, se dirigió Don Severo hácia Concha, la cual habia adivinado en sus gestos toda la bajeza del elegante.

— Concha, (le preguntó con sequedad y amenazándola con su entrecejo), ¿conoces al hombre de esa pareja que está junto al piano?

— No; ¿quién es?

— ¿Quién ha recibido esta comparsa?

— María.

— Y sabes quién es el que se ha quitado la careta?

— Sí, es un jóven tendero de telas, de cuyo nombre no me acuerdo, pero

que suele visitarnos de cuando en cuando.

— ¡Cuál es de estas máscaras?

— Como van tan iguales, me es imposible reconocerle.

— Concha! en vano huyes el cuerpo á mis preguntas: sospecho cosas horribles! Esa pareja es él.

— Quién?

— No es necesario que te lo nombre, Pero en fin, quiero creer que no has tenido parte en la insolencia de ese joven aborrecido. Mas ¡cuenta con ello Concha! ¡qué no vuelva á suceder semejante cosa! no quiero mas comparsa, ni mas máscaras en mi casa, si no se quitan todas las caretas ¿oyes? ¡Que no tenga que decirlo otra vez!”

Y dando un bufido de despecho se recostó en el sofá, llamando la atención de los concurrentes con el ceño de su semblante y la confusión en que Concha se quedó sumergida. Salióse la comparsa de la sala y desde allí se trasladó

ron al baile de la Lonja , donde crecieron de punto las desenvolturas que consiente el carnaval á los que se tapan la cara con un pedazo de carton y se visten de ropages que desfiguran sus cuerpos.



... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

CAPITULO XIV.

ESCENAS DE UN MATRIMONIO VIOLENTO.

....¡ Oh ! ¡ maldicion ! maldicion á la hora horrible en que consenti ser la victima de este abominable mónstruo !....

Desde que Concha hubo dicho al oido de Rojerio que deseaba hablarle, ya no le cupo á este la menor duda de que se preparaba á ceder, y á fin de que su rendimiento fuese completo, afectó la ma-

yor indiferencia para con ella , sin volver hácia el sofá donde estaba ni una sola vez la cabeza. El deseaba una cita , una entrevista , porque necesitaba saber muchas cosas que solo podia decírselas Concha, y estaba bien convencido de que solamente podia conseguir esto portándose de aquel modo. Así es que se marchó sin haber hecho la menor atencion en las últimas ocurrencias, y sintiéndose con grande humor para darse á Catalina como su mayor apasionado. Creyóselo de buena fé esta inesperta por ver en armonía con su conducta sus palabras, y se le abrió sin reserva alguna sobre lo que le hacia sentir su amor por el poeta. Con estas íntimas y animadas pláticas llegó la comparsa al salon de la Lonja sobre manera concurrido, y á duras penas pudieron dar por él un par de vueltas. Pusiéronse á danzar, y concluida la danza volvieron á pasearse; pero esta vez el aire del salon era demasiado sófocante para la niña, y como Rojerio, con el calor del baile y la aber-

tura de la conversacion estaba viendo mas interesante que nunca á la bella Catalina, le propuso que se fuesen á refrescar; lo cual aceptó la platera, escabulléndose de las demas parejas en una de esas revueltas que suele haber, cuando se agolpa mucha jente en un paraje. Llevóla Rojerio á una estancia solitaria, y habiéndose quitado las caretas, se fueron hablando de tan cerca que al fin llegaron mas de una vez sus labios y mejillas á tocarse; bien le reñia la niña, mas colorada que la grana; pero sus ojos lagrimosos de placer desmentian notablemente cuanto salia de sus labios.

A medida que se iban prolongando estos sabrosísimas coloquios, se volvia menos respirable el aire de aquella estancia, á lo cual propuso Rojerio dar un paseo por fuera del salon en el vestíbulo de la Lonja. Despues de haber hecho muchas aspavientos, Catalina consintió en la escursion, atravesaron el concurso, cuidando de no dar con las parejas

que habian tan inocentemente perdido, y se salieron del salon. Allí el poeta hizo nuevos tanteos para adelantar mas; pero cuando iba á proponer á la inexperta muchacha, que se saliesen ambos á dos de la Lonja y se fuesen á paraje donde le diese Catalina la última prueba de su amor, un sentimiento de compasion y de honrádez, que no pudo sofocar toda la concupiscencia en que le estaba abrazando la facilidad de la platera, le hizo abandonar bruscamente sus proyectos de seduccion, y se la llevó otra vez al baile, fuertemente avergonzado de las infames intenciones con que habia podido separar á tan inocente criatura de las demas parejas.

A los pocos ratos que andaban por entre los grupos de máscaras, dieron con la comparsa; la casada que la guiaba riñó fuertemente á la platera por su evasion, diciéndole que la habia comprometido; que si alguno la hubiese conocido ella llevaria la culpa, y otras cosas por este estilo, dichas con tantísi-

ma razon, que hubiesen encendido de rubor las mejillas de Rojerio, si este no la hubiese visto entrar por la puerta que da á la muralla con su cuyo de brasero, volviendo sin duda de ejecutar un proyecto igual al que abandonó Rojerio. Como sea, todo se arregló buenamente; el baile se concluyó, la comparsa se fué á su casa; la casada, guion sin pastor que la guiase á ella, acompañó á las solteras una por una, dejándolas en la puerta de su casa con su pareja, mientras aguardaban que bajasen á abrir, y los buenos de sus padres recibieron á sus hijas, bien seguros de la pureza é inocencia de sus carnavalescas diversiones.

Muy diferente rumbo tomó la escena en la casa del comerciante. Apenas se habian marchado las máscaras, se llevó la atencion de la tertulia, como hemos dicho, el furor del banquero y la confusion de su consorte: todo el mundo cuchicheaba, preguntándose la causa de estos fenómenos, y ya circula-

ba de boca en boca la noticia de que con las máscaras habia entrado Pimentel y que don Severo se habia encelado horriblemente. Y del mismo modo que al divisar en el aire esos jigantes de nubes negras que traen los vientos de levante, se va escurriendo á prisa el concurso de un paseo por no verse alcanzado de la tempestad, así se fueron marchando unos trás otros los contertulianos de Conchita, por no ser testigos ni partícipes de la borrasca que les estaba anunciando la cara avinagrada del banquero. Tal es la sociedad. La jente de tono va á las tertulias para divertirse ó fastidiarse á fuerza de repetir lo mismo; pero nunca á participar de las cuitas de nadie, ni á servirle de consuelo siquiera con su presencia.

Despues de haber acompañado hasta la puerta de la escalera á los últimos contertulianos que se marcharon, por ser los mas allegados á la casa del banquero, Concha se volvió al salon felicitándose de que al fin se viese libre de im-

portunos espectadores; y no hallando ya en él sino á los criados que abrian los postigos de los balcones, apagaban las arañas y ponian en su lugar las sillas, lo atravesó rápidamente y sin pronunciar una palabra para dirigirse hácia su cuarto. Apenas hubo puesto sus piés en él, tuvo que echarse en el sofá; una opresion nervosa la sofocaba; el bolo histérico le subió á la garganta, y sus miembros entraron en convulsiones horribles. En este momento apareció Don Severo en aquella estancia, y encontró á su esposa medio echada, con el vestido desordenado y en lo mas violento de un paroxismo histérico. Paróse.... sus facciones se crisparon, y como un relámpago la electricidad de las nubes, anunció su sonrisa sardónica la profundidad de su coraje. En este momento tuvo la certeza moral de una desdicha, cuyas solas sospechas le tenian el corazon desgarrado.

— ¡ Infames!!!

Se dijo para consigo, y apretó los pu-

ños y rechinó los dientes. Una tentacion feroz pasó por su frente crispada, como una sombra maléfica; pero no habia mas que una víctima y la tentacion se disipó. El paroxismo de Concha fué cediendo; cesaron las convulsiones; sus sentidos recobraron su estado natural, y prorrumpió al fin en jemidos y sollozos. D. Severo no la habia perdido de vista, sin embargo de no pronunciar una palabra, ni prestarle ningun socorro; pero á los sollozos de Conchita acudieron su doncella, las criadas, los negros, la negrita, y cuando vieron en pié, inmóvil y callada la figura ominosa del comerciante, parodiando al verdugo que se goza en contemplar las convulsiones de su víctima, todos se iban á retirar inmediatamente despues de haber llegado; mas el encelando banquero los detuvo con una mirada imperiosa de furor, y con su voz bronca y desapacible les dijo:

— Socorred á la señora... id por el facultativo.

— No, no, ya me siento mejor... no

ha sido nada : no hay necesidad de mandar por el facultativo.

—Traed un poco de vino rancio, repuso con el mismo tono Casavella.

—No, que no me traigan nada; no quiero nada : dejadme sola; quiero desnudarme sola... dormiré y mañana me sentiré mejor.

—Como tú quieras.

Dicho esto se retiraron todos : tambien iba á retirarse Don Severo; mas, antes de salirse, se acercó á su esposa, estremeciéndola, como estremece el verdugo al reo cuando se adelanta para arrancarlo de los piés del confesor, y aplicándola lijeras palmadas en uno de sus hombros, le dijo estas palabras con un tono cruelmente befador :

—¡Concha! ¡te quedas sola! ¡no dirás á lo menos esta vez que ha sido tu marido la causa de tu histérico!... ¡adios!...

Y dichas estas palabras, que descubrieron á su infeliz esposa toda la estension de sus celos, se fué con la misma pausa con que se habia acercado. Ya

que se vió sola Conchita, empezó á des- mudarse y se echó á llorar á mares, en- sanchando de esta manera su corazon hasta entonces oprimido, y como se creyese estar sola y de ninguno escucha- da, mezclaba con sus sollozos y jemidos las quejas y lamentos que le arrancaba su espinosa posicion.

— ¡Qué noche! (se decia pronuncian- do duramente las palabras como para mejor aliviarse,) ¡qué horrible noche! ¡Dios mio! ¡qué desencanto tan atroz! ¡Ni una palabra, ni una mirada siquiera! ¡Todo ha sido para otra, para una niña de quince años! ¡Ah! ¡bien puede estar prendado de ella! ella no ha perdido aun la joya mas buscada de la mujer; por esto la prefiere, por esto me abandona. Una niña de quince años, con todas las gracias de la belleza, es una rival dema- siado poderosa; ya no puedo luchar con ella: ella es una flor que se abre; yo soy una flor que se deshoja. Rojos sus labios de vida y de placer, palpitan á la espe- ranza de un bien desconocido aun, mien-

tras que los míos, destrozados con los besos de ese hombre, no ofrecen ya sino la lividez de una boca fastidiada. ¡O maldición, maldición á la hora horrible en que consentí ser la víctima de ese abominable mónstruo! El y solo él ha sido la causa de todas mis desventuras..... yo era feliz en el seno de mi pobreza. ¡Porqué habia de conocerme! ¡porqué habia de pensar en mí! ¡porqué no habia yo de tener la cara de un demonio la primera vez que me miró! ¡Ay Rojerio! ¡no quisiste creerme! tantas veces que te lo dije..... tú no sabias porque yo te aconsejaba la fuga.... yo me sentia madre; yo me sentia en las entrañas el jérmén de mi Rojerio y tenia á mi madre y queria huir.... ¡ah! cuanto me arrepiento de no haberte revelado un secreto que ignoras todavía..! ¡á estas horas, cuan léjos estaríamos de aquí, léjos de esa maldita ciudad, léjos de ese verdugo que se ha jurado martirizarme con su aborrecible amor! Ahora ya no hay remedio; todo se acabò;

todo lo sabe, todo lo ha adivinado con esa infame revelacion. El velo de mis secretos se ha descorrido á sus ojos, y ¡ay de los dos! su venganza será implacable... ¡Como me mirará! ¡qué feroz será su mirada, esa mirada innoble y amenazadora que me clava á cada instante, para espiar mi corazon! Ah! ¿donde debe estar ahora? ¡en su bufete sin duda medita la venganza que querrá tomar de mí! ¡Donde me esconderé! no quiero que me vea, que me halle sola... me mataria. Ya no puedo dormir en esta casa, hago mal en desnudarme; yo debo irme; debo huir: en todas partes veo la muerte, en la cama un puñal, en la mesa un veneno. ¡Desdichada de mí! ¡Oh madre mia! tú lo quisiste! por haberte querido demasiado he sufrido ya en vida todos los tormentos del infierno.. Pero yo ya no puedo mas: yo estoy desesperada; yo quiero irme; pero ¿por donde me iré? las puertas están cerradas, él me atajaria los pasos. Este balcon.. ¡no fuese tan alto! me que-

brantaré todos los huesos.... no tengo valor... Si allí bajo me esperase Rojerio ya lo tendria; iria á caer en sus brazos. Mas Rojerio ya no se acuerda de mí; ya no se acuerda de su Concha, de esta Concha que ha sufrido tanto por su amor. ¡Desventurada! y ¡todavía pienso en él! ¡y todavía le quiero! ¡si le quiero! hoy mas que nunca le quiero; mas que nunca me atormenta la idea de que es de otra! ¡La vanidosa rapaza! ¡y como se ha mofado de mí, como se ha ensangrentado con una pobre rival maniatada por los ojos de un marido! ¡Yo me tengo la culpa! ¡yo le abandoné, yo le vendí...! ¡Ceguedad mia! vanidad fatal! ¡yo que le tenia á mi lado, que nadie lo sabia, que me convidaba á la reconciliacion! ¡loca de mí....! Y él se ha vengado, se ha vengado terriblemente: ¡qué venganza, Dios mio! ¡qué venganza tan cruel! ¡Y ese bárbaro que me arrancó á mi Rojerio, ese verdugo que ha preparado todos mis males, como estará gozando ahora! ¡con qué placer me mirará des-

preciada de un hombre en quien sabe que idolatro! ¡Con qué sarcasmo me echará en rostro mi afrentosa humillacion! Pero, que se presente: ya no quiero sufrirle mas; ya no quiero prestarme á nada de cuanto ecsija; resistiré, huiré, me divorciaré; porque ese hombre es un verdugo, un suplicio, un infierno para mí. No he cumplido aun veinte y seis años, y al lado de ese monstruo envejeczo, estoy mala, ni tengo ya en todo mi cuerpo el menor rastro de lo que fui en otros tiempos. Pero aquí estoy sola, abandonada; no tengo amparo de nadie y él no tardará en venir. ¿Qué haré cuando él esté aquí? ¿quién me defenderá? ¿qué es una pobre mujer miedosa, delicada y enfermi-za, delante de un hombre forzado, rencoroso y vengativo? Morir por morir, me escapo por el balcon....

Esto diciendo, se abalanzó hácia el balcon para tirarse á la calle. El extravío de su razon, mezcla confusa de su desesperacion y su miedo, no le permitian

pararse ni en el estado en que se hallaba ni en la altura del salto que debía hacer con grande exposicion de quebrantarse la mitad de su esqueleto. Mas apenas se habian asido sus manos de la barandilla del balcon, otras robustas y apretadas como unas tenazas de bronce la agarraron por la cintura y la arrojaron violentamente cuarto adentro; y la infeliz cayó como una masa inerte contra los pies de su cama, á cuya blandura debió que no se hicieran añicos sus brazos y su cabeza. Era su marido..... su terrible marido, el cual no habia perdido una palabra de su largo monólogo, oculto en un almarío, donde tenia Concha colgados sus vestidos, en el fondo de su alcoba. El celoso habia calculado sobradamente bien que su consorte deseaba desahogarse, y le procuró la soledad para que se verificase este desahogo. Seguro de que por medio de él vendria en conocimiento de lo que le habian hecho sospechar las escenas del salon, dió la vuelta por cuartos escusados,

abrió con tiento un postigo, que comunicaba con la alcoba del dormitorio de su señora, y se metió sin que ella lo advirtiese en el armario, para espiarle sus sentimientos y pensamientos ocultos. Un hombre maniatado en la picota, con el verdugo al lado que le anduviese arrancando á pedazos las entrañas, no sentiria tantos tormentos como el banquero á cada lamento de Conchita; porque cada uno de estos lamentos era la confesion de una pasion que él ya creia apagada, y algunos de ellos la revelacion de ciertos hechos anteriores á su enlace, cuyas solas sospechas ya le habian agitado las ilusiones que alimentára antes de la posesion de su consorte. Mas de una vez habia abierto los postigos del armario para salirse y llenar de ultrajantes reconvenciones á su esposa, tan olvidada de sí misma y de su situacion; mas aunque cada revelacion era una nueva espina que se le encarnaba en el alma, deseaba saber mas, acabar de averiguar si Pimentel habia triunfado tanto sobre

ella casada como cuando soltera, y volvía á entornar los postigos del armario, y volvía á escuchar con sus cinco sentidos las quejas que andaba soltando Concha á la par de sus sollozos. Mas cuando la vió decidida á echarse por el balcon, si por sus celos la hubiese dejado hacerse trizas, el amor feroz que le tenia se la hacia necesaria y se trasladó saltando como un tigre sobre su presa desde el almario al balcon, donde, á no enfrenar la pujanza de sus músculos, se hubiesen sentido crujir las costillas de Conchita, como crujen entre los molares de un perro los huesos de pavo que le arrojan.

La cólera que no pudo ecsalar en este acto por no matar á su esposa, reflujo sobre su cerebro, y se quedó clavado en su puesto, guardando la misma posicion en que quedára despues de haber echado á Concha contra la cama, y temblequeando de piés á cabeza, como un enfermo sobre cuyas carnes pasa el cirujano el ascua del cauterio. Su fisono-

mía de suyo horrible se puso mas satánica con lo verde de su piel, lo crispado de sus mejillas, lo encendido de sus ojos y lo espeso de la saliva que blanqueaba los ángulos de sus labios. Al grito que habia dado Concha, en el momento de verse sorprendida y amarrada por el banquero, acudió toda la servidumbre ya prevenida con la escena anterior, y unos volaron al socorro de Concha, que se habia desvanecido con el espanto y golpe que contra la cama diera, y otros hácia D. Severo, el cual despues de haber tentado en vano pronunciar algunas palabras con una voz convulsa que espiró en su garganta, se convelió de una manera horrible, y se cayó desplomado sobre la alcatifa de pieles de tigre y leopardo, como si el rayo hubiese calcinado su esqueleto. Arrojáronse sobre él todos los criados consternados y confusos, le levantaron en andas, conociendo por la sangre que habia manchado la alcatifa que estaba herido de la cabeza, y dejando á la doncella junto á Concha

que ya estaba tendida en su cama, trasportaron á la suya al comerciante, inerte como un cadáver. Inmediatamente volaron unos en busca de médicos, otros fueron por los allegados y amigos; acudieron los vecinos y los deudos en tropel; la casa se volvió una Babilonia; todo era confusion... ¡Pobre Concha!



CAPITULO XV.

UNO DE TANTOS.

... Era un pozo de instruccion para un lupanar, para un garito, para una tertulia, para un baile de máscaras, y sobre todo para llevar conquistadas á la vez á una doncella, á una viuda, á una casada y á un par de monjas encima; por lo menos tal era el tema mas comun de sus conversaciones.

Ya iban trascurridos cuatro dias desde el ataque cerebral de D. Severo, y solo dos de la familia sabian de una manera positiva cual fuese la causa de tan

extraordinarias ocurrencias. El enfermo no se hallaba todavía en estado de poder revelar nada, y Concha se guardaba muy bien, igualmente que su confidente María, de descorrer el velo que ocultaba lo del fatal monólogo. Constantemente pegada Concha á la cabecera de la cama de su marido, apenas habia descansado, y siempre era la primera en prodigarle los socorros mas necesarios y los cuidados mas minuciosos. A juzgar por la frecuencia y agitacion con que se informaba por los médicos del estado del enfermo, cualquiera la hubiese creído tiernamente enamorada de su esposo, y sin embargo, al punto á que habian llegado las cosas, la muerte de Casavella no hubiese costado á Concha ninguna lágrima. Como sea, conociendo la responsabilidad moral que recaeria sobre ella si revelase el oríjen de esta catástrofe, puesto que nadie la habia de comprender y que todos ya estaban prevenidos en contra, por todo lo de este mundo no hubiese deseado que viniese

á sucumbir su marido á aquel ataque. Cuantas veces tentó el médico de cabecera de explorarla y hacerla cantar sobre la verdadera causa moral de la enfermedad de D. Severo, siempre contestó Concha con un *no sé nada* tan seco y terminante que le quitó por fin las ganas de repetirle esta clase de preguntas. Por lo que toca á María, habiendo oido decir á los médicos y sobre todo al de cabecera, muy allegado de Casavella, que segun cual hubiese sido la causa ocasional de aquel accidente se podia hacer esto ó aquello, y prometerse un resultado mas ó menos favorable, llamó á parte al médico de su amo, y le aseguró que la causa de su insulto habia sido un fuerte arrebató de celos; pasion fatal que de unos cuantos meses á aquella parte era el tormento de toda la familia. Aunque el médico de cabecera convino con María en que tal habia sido la causa ocasional del incidente, no se dió por satisfecho, y llevó mas léjos su in pertinente curiosidad, pre-

guntando astutamente á la doncella de quien se habia encelado D. Severo ; mas como si esta bellaca hubiese sabido que el nombre de un rival no dá ni quita para establecer un diagnóstico , ni tomar una indicacion , puso un término á sus confidencias y contestó tambien al curioso el mismo *no sé nada* seco de su bella ama. ¿ Tenia algun interés en ello la linda jóven ?...

Llenábase á todas las horas la casa del banquero de allegados , amigos , conocidos y una multitud de parientes en todos grados que habia hecho pulular á guisa de hongos la fortuna de Casavella. Todos iban á preguntar muy solícitos por la salud de D. Severo , cuya enfermedad fué un hecho público , y ya que no podian visitarle en persona por haberlo ordenado así los médicos , se apresuraban á escribir su nombre y trazar sus rúbricas en una lista depuesta sobre una mesa , ó bien dejaban en ella una tarjeta , encareciendo muchas veces al criado que no se olvidase en entre-

garlas. — La pobre madre de Concha apenas habia tenido una amiga que fuese á su casa para brindarse á velarla una sola noche; mientras que D. Severo á todas horas tenia una muchedumbre disponible, que hasta le hubiese levantado la cama mañana y tarde. Así distribuye la sociedad su filantropía.

Entre la chusma de aduladores que constantemente zumbaban por las salas, escalera y entrada de la casa del banquero, nunca dejaba de descollar, á guisa de un moseardon entre los mosquitos, el indijesto elegante de que hemos hablado en los dos últimos capítulos. Era este tal otro de esos inmensurables majaderos, que hormiguean en la rambla, cafés, teatros y reuniones de Barcelona, devanándose los sesos de yeso ó cal y canto de que les embutió el cráneo la naturaleza, en saber cual es la moda mas recientemente llegada de Paris; profundamente solícitos de que siente el pantalon sin hacer el menor pliegue, de que el fraque se hunda por

sí mismo en la cintura sin necesidad de abrocharle, y completamente instruidos en todos los ramos que forman la enciclopedia de la inmoralidad y del gran tono. Dejando á un lado su estúpida ignorancia, tanto en literatura como en ciencias, era un pozo de instruccion para un lupanar, para un garito, para una tertulia, para un baile de máscaras, y sobre todo para llevar conquistadas á la vez á una doncella, á una viuda, á una casada y á un par de monjas encima; por lo menos, tal era el tema mas comun de sus conversaciones. Llamábase D. Baudilio de los Julepes, y aunque de profesion escribiente de no sé que oficina del gobierno, la echaba de hombre de pro, de distinguido personaje. Muy bien quisto entre las elegantes barcelonesas por su buena figura, su elasticidad y su esmero en obsequiarlas, tenia entrada en todas las tertulias, donde se hacía presentar por otros de su jaez, y de ninguna se apartaba por mas chascos que recibiese; hablando siempre de

las casas mas descollantes con la misma familiaridad y llaneza que de la propia, por mas que desempeñase en ellas el ridiculo papel de un vil lacayo.

Como hemos visto, este interesante personaje frecuentaba tambien la tertulia de Casavella, y se entraba en ella como Pedro en su casa, prestándose á hacer cosas por el comerciante que hubiesen repugnado al mas abyecto de sus negros. Recompensábase, empero, estas abyecciones diciendo en todas partes, á boca llena, que era uña y carne con el banquero; y dando á entender al que no se reia de la fatuidad de sus palabras, que era tenido en la casa del americano como un hermano suyo. Tolerábale el banquero esta vanidad por tener en él un ejecutor servil de cuanto malo ó reprobable proyectase, bien seguro de que no habia de hallar otro de igual temple; puesto que hasta le habia servido por un puñado de oro, seduciéndole una pobre hermana de quince años que no tenia otro amparo que este jóven cor-

rompido. El empleo de que estaba hueco y orgulloso le debía á la proteccion del banquero, el cual ya le habia hecho nombrar subteniente de voluntarios de Isabel II cuando se organizaron dichos cuerpos. Y ya por ser moderado Don Severo, ya por haber perdido la charretera en las primeras elecciones que hubo, nuestro D. Baudilio de los Julepes era el non plus ultra de la moderacion, se hizo nacional de á caballo, y desempeñaba comisiones de cuantía, y firmaba esposiciones en nombre de su gremio, y esparcia infatigable palabrotas, listas de demagogos y calumnias cuantas veces se verificaba alguna reaccion en Barcelona.

Tal cual le acabamos de bosquejar, este elegante tenia sus pretensiones sobre Concha, cuya amabilidad equivocaba con los preludios de una pasion que al cabo confiaba inspirarle con su irresistible mérito, y ya mas de una vez habia hecho de modo que se cuchichease algo de esto en los cafés y tertulias. Pero, á

pesar de pertenecer á las señoras de tono, Concha nunca habia pensado en tener cortejo y mucho menos en escojer á un botarate de semejante catadura, lo cual no conoció este bicho hasta la noche en que se presentó en la tertulia de Casavella la comparsa donde iba Pimentel. Y altamente resentido de la frialdad con que le trataba esta para deshacerse de él, desde su misteriosa conversacion con la máscara que últimamente se le sentó á su lado, empezó á informarse de quienes eran los que formaban la comparsa, y sacando el ovillo por el hilo, vino á saber que la máscara misteriosa era el rival de Casavella. Ya ha visto mas arriba el lector cual fué la vil venganza con que dió satisfaccion á su injusto resentimiento.

Paseándose por la sala mañana y tarde, cuidaba de informar á los que venian á preguntar por la salud de D. Severo como habia pasado la noche, y aunque todo lo que sabia lo tenia del último de los criados, se daba aire de ha-

berle visto con sus propios ojos , suponiendo que no se separaba ni un momento de la cabecera de la cama del enfermo. Y como acertase á divisar en un cuarto vecino el corro de los médicos que acababan de tener una consulta , y á María que revelaba al de cabecera los celos del comerciante , se coló el hombre en dicha sala , con esa poca verguenza que caracteriza á los necios , y luego que estuvo enterado del asunto de que trataban , metió su baza en la conversacion hablando de esta manera :

— ¡ Toma ! ¿ y todavía estamos en eso ?
¿ Con qué no saben Vdes. que la noche en que estuvimos á pique de perder á ese grande hombre , tuvo la osadía de presentarse á su casa ese infame bullanguero Pimentel ? ¿ Ignoran Vdes. que ese anarquista , que ese republicano feroz , tiene pretensiones sobre Doña Concha , á cuya madre ya dió en otro tiempo mala vida ? Pues , si señores : ese hombre miserable y sanguinario , cuyas maldades no espiará hasta que cuell-

gue de la horca , se nos introdujo infamamente en la tertulia con una comparsa que nos jugó esta partida, y en tanto que D. Severo estaba jugando en otra estancia al monte con otros contertulianos, ese pícaro se aprovechó de la ocasion , se fué derechito á Doña Concha y procuró nada menos que seducirla y hacerle faltar á sus deberes para con su marido y los demas. No faltó quien advirtiese á mi pobre amigo que le estaba soplando la dama, y celoso de su honor, en él que nadie le gana, se presentó en el salon, ecsaminó y se convenció en dos minutos de su desgracia. Y como es tan sensible, como tiene un corazón que la menor cosa le hiere, ya se vé, creyéndose burlado por un hombre tan corrompido, y vendido por su esposa, no pudo menos que sucumbir á este terrible golpe, y padecer el insulto que deploramos sus amigos... Ahí lo tienen Vdes. todo.

Mientras estuvo desatinando de esta suerte este títere maligno, María se es-

taba abrasando en coraje, y no pudiendo sufrir que hablase de corrupcion moral y de nulidad cívica una centina de vicios, un manequí de carne, tomó la palabra y dijo:

—No estrañen Vdes. que el señor se esplique de este modo. Despues de lo de Basa perdió la charretera, y desde entonces siempre anda echando denuestos contra los ecsaltados.

—¿Qué está diciendo aquella pelleja? (repuso medio corrido el parlanchin) si estuviese aquí D. Severo ya se callaria V. la boca...

—Si estuviese aquí Doña Concha (replicó con firmeza y con mas intencion la doncella), V. se meteria la lengua en el.... perdonen Vdes., señores, porque diria desatinos.

Y como la llamasen en este punto recios campanillazos, se despidió de los médicos, dejando con ellos hecho una furia al mozalvete.

— ¡Qué una rapaza, que una miserable fregona se haya atrevido!... ¡ya pue-

de dar gracias á que es mujer!... Bien lo comprendo: criada de Concha cuando la pretendia el anarquista... no digo mas... puesto que con tal ahinco lo defiende, sin duda fué su manceba.

Separóse el médico de cabecera de sus concólegas al salir de la casa de D. Severo, y se fué con el hombrecillo, el cual todavía estaba echando sapos y culebras contra la pobre María. Era este un médico tijera, tan mezquino de sentimiento como de ciencia, á cuya doblez y astucia debia, sin embargo, estar en boga en la práctica de su arte; é inclinándose mas á lo que dijo el botarate que á lo que contestó la doncella, pensó disipar por medio de lo que le revelase el primero la pesadilla que le llevaba desazonado.

—Vé V. (le iba diciendo al calavera), todos los dias ataques contra la moral pública... y aun dirán que esos dramas románticos no son perjudiciales... En cuarenta y tantos años que tengo de práctica, nunca habia visitado tantos

maridos... ¿V. me entiende? como desde que el teatro se ha convertido en escuela de los vicios. Así como los toros han desmoralizado la canalla, que todos los días pide bullanga; así los dramas románticos han desmoralizado á las esposas de maridos condescendientes, y á las hijas de padres mas condescendientes todavía.

—V. habla como un abogado, señor médico, y sobre este punto abundo en las mismas ideas que V. La moral está herida de muerte, y sin moral no hay leyes; sin leyes no hay orden público, y sin orden público no hay libertad. Y créalo V., D. Liborio, este ha sido mi tema desde la muerte del desdichado Basa. Cada bullanga es una victoria ganada para Don Carlos, y los bullangueros nos hacen mas mal que los carlistas.

—*Optime dixisti.*

—Pero, ¿vé V.? esa bachillera ha querido meter baza en esta cuestion, y no podia menos que espetar doscientos desatinos. ¿Qué echo de uuestos contra

los ecsaltados porque perdí la charretera! ¡Sobre que tengo á mucha honra haberla perdido por no merecer los sufragios de la caballa! Diria lo mismo que he dicho contra los bullangueros, aun cuando me pusieran mas charreteras que lleva un peregrino conchas en su esclavina.

—*Per me facis* : ya lo creo : mas oiga V. ¿ Ya está V. seguro de que entre Doña Concha y Pimentel ha habido sus *intrin- gulis*.

—No le quepa á V. la menor duda; V. sabe de que es capaz un bullanguero desenfrenado, como ese mal poeta que acaba de nombrar V. Lo que es Concha, harto me sé de que pié cojea. Lleva fama de invencible; pero no es tan fiero el leon como le pintan. Si me diese la humorada de hacer una traicion á mi amigo Casavella, ya veria V. esa Concha. ¡Otras de mayor categoría han caido y ella se me resistiria! Por lo demas apostaria cualquier cosa que esa deslenguada doncella es una gorra.

Y el medicastro se reía como un simple, cayéndosele la baba cada vez que el pisaverde cargaba su acento sobre lo que él llamaba sus *intringulis*.

CAPITULO XVI.

UNA MUJER OFENDIDA.

—El lo quiere... él lo quiere y lo merece, me ha colmado de oprobio; me ha envenenado las llagas mas sensibles; me ha escupido en la cara de un modo atroz..... quiere que le contente; pues bien, voy á contentarte; voy á empezar mi venganza; voy á ser de aqui en adelante tal como tú me has hecho, como tú quieres que sea...

A los diez dias de su enfermedad, los médicos ya habian augurado bien de Don Severo, y aunque muy débil se hallaba en disposicion de sostener cortas

pláticas sobre asuntos indiferentes. Esperábase Conchita terribles reconven- ciones, luego que pudiese hacérselas su marido, y si por una parte no se sepa- raba de la cabecera de su cama mas que por lo estrictamente necesario, procu- raba por otra no quedarse nunca sola. Mas la primera necesidad de que se sen- tia acosado Don Severo, era precisamen- te hallarse con su esposa, sin mas testi- gos de su diálogo que las paredes de su alcoba. Y como viese que jamás se le presentaba esta suspirada ocasion, se decidió per fin á mandar que se retira- sen todos y que le dejasen solo con su consorte. Aunque previese Concha que iba á estallar otra tempestad, no hubo mas recurso que allanarse á la voluntad de su marido.

—¡ Concha! (le dijo luego que se mi- ró á solas con ella.)

—¿ Qué quieres? (contestó esta con una voz que revelaba sus temores.)

—Siéntate á mi lado y escúchame.

Obedeció Conchita resignada á todo lo

que pudiese sobrevenir, y el banquero prosiguió sin mudar su postura, diciendo :

—¿Con qué te soy aborrecido? ¿con qué soy á tus ojos un hombre horrible, un mónstruo, un verdugo, un suplicio, un infierno? Cierto que no me esperaba de tí semejante trato, ni sé en que te lo tenga merecido. ¡Antes, á juzgar por los hechos, deberias de estar reconocida á mis favores! porque ya ves, sin mí ¿qué hubiese sido de tí y de tu pobre madre? ¿Quién cargó con los gastos de tu casa cuando caiste enferma? ¿Quién impidió que muriese tu madre en la sala de un hospicio? Y cuando te ibas á ver huérfana, desvalida y desamparada, ¿quién te recibió en sus brazos? ¿quién evitó que te perdieras? Acostumbrada al lujo, á las comodidades y diversiones, no te hubieras podido contentar con lo que hubieras ganado trabajando en tu taller, y en tus circunstancias era muy fácil que te olvidases de tu honor vencida por la necesidad, que te cedieses

hoy á uno , mañana á otro , y acabases por fin siendo de todos. Sin pararme en tu pobreza , sin acordarme del chasco que me habiais dado , precisando á un hombre como yo , que me sobran casas , á retirarme de la vuestra ; apenas te ví sin madre , sin amparo alguno , te hice señora de mi casa y de mi fortuna. En menos de una hora pasaste de la miseria á la opulencia , de la oscuridad al rango , y desde que llevas mi nombre me he desvivido como un tonto para hacer tu felicidad y tus delicias. Yo mismo te he llevado al teatro , á la rambla y á cuantas diversiones se han presentado , y cuando se te ha antojado no salir de tu casa , he reunido al rededor de tí lo mas escojido que encierra esta capital para distraerte y divertirte. Y sin embargo , ¿cuál es el pago que me has dado ? ¿cuál ha sido la recompensa de tamaños beneficios ? A proporcion que los he multiplicado ha crecido este aborrecimiento cruel que nunca has podido disimularme , ese odio implacable de que

acabé de convencerme la noche fatal de tu infernal desahogo. ¡Qué me maten si llego á atinar de que puedes estar quejosa! Si es por haberme casado contigo, no tengo yo la culpa: venisteis á proponérmelo, á pedírmelo de rodillas cuando menos lo pensaba, y por compadecerme de tu pobre madre, de tí, pues que ella con morir acababa todos sus males y tú empezabas los tuyos, accedí á vuestra propuesta y me dejé conducir como un jumento, al cual se lleva del cabestro. ¿A qué no decirme entonces y cara á cara lo que has dicho después á mis espaldas? Si yo hubiese sabido á la sazón lo que ahora.... ¡no llevarias tú mi nombre! ¡no habian de faltarme mujeres, sino tan hermosas como tú, mejores para mi casa y sobre todo mucho mas agradecidas! ¡Ahí en esta arca hay dinero para casarme con la primera mujer de España, cuánto mas de Cataluña! Como sea, el mal ya está hecho, y no hay mas que tomar paciencia y barajar. Cosas me revelaste que yo

hubiese querido saber antes de unirme á tí, ó no saberlas jamás. Confiesa que tanto tu madre como tú me engañasteis horriblemente. Y solo puedo consolarme de esta befa, considerando que no soy yo solo, que ya la has pegado á otros, y sobre todo que lo que no fué en mi año, no fué por mi daño. Creo que estoy en todos tus secretos y me alegro de que no tengas otros; porque si yo te hubiese sorprendido tambien el de tu adulterio, á estas horas no sé lo que sería de tí. A pesar de todo, aun te hago el favor de creerte fiel á tu marido, y esto te salva. Esto no quita, sin embargo, que yo me encolerice cada vez que pienso en tu violenta pasion por mi rival, y mucho mas cada vez que me la manifiestan tus arrebatamientos. ¡Jamás hubiera creído tanto amor por un hombre de su clase! ¡y ciertamente que no llego á comprender como puede agradar á una señora tan delicada la figura repugnante de un jóven despreciado por todos los hombres de bien, de un miserable aven-

turero que solo aspira á aforrarse de oro por medio de una bullanga , ya sea colocándose á sí mismo en un buen destino, ya sea apoderándose á mansalva de los bienes que les han costado á sus dueños muchos años de trabajos y peligros! ¡un jóven, en fin, ensangrentado en todos las asesinatos que ha cometido la canalla bajo la capa de libertad , y metido en todos los proyectos de revueltas y anarquía que están urdiendo las sociedades secretas de las cuales es autor ó director! Me parece que, aun cuando no sepa hacer como él cuatro *décimas* , ni escribir una proclama incendiaria , ni un folleto subversivo, ni una comedia inmoral, ni una novela escandalosa, á todo lo cual se reducen sus grandes méritos, tengo al menos mas hombría de bien, me precio de mas sensible, de mas humano, de mas útil á la sociedad, y merezco mas la confianza de mis conciudadanos; porque, al fin y al cabo, ninguno ignora que soy hombre de arraigo, que soy capitalista y que de consiguiente tengo

mucho que perder. — Desgraciadamente para mí he conocido demasiado tarde tus caprichos; con todo, aun es tiempo tal vez de reparar mi desgracia. Tus palabras me han hecho una herida y me han cerrado otra. No me cabe la menor duda de que tu corazón es enteramente de mi rival aborrecido; pero me queda todavía la idea consoladora de que tu cuerpo no es sino mío. Yo no soy hombre que me pare mucho en cosas que no se vean, ni se palpen: tus pensamientos como no los publiques se me da un clavo que sean para mí ó para otros: esto no me pondrá en ridículo á los ojos de los hombres; pero eso sí; cuenta con que nadie te llegue siquiera con la punta de su dedo á tocarte á propósito un pliegue de tu vestido!; Cuenta que casada permitas á nadie lo que soltera á ese infame seductor; porque yo seria incesorable. Lo que es ahora, aunque me sobran motivos para vengarme de tí y de ese atroz anarquista, nacido para alterar la paz de las familias, puesto que

he llegado á tiempo para atajar el crimen que acaso maquinabais, estoy pronto á deponer todos mis proyectos de venganza, á olvidarme de todos los ultrajes que me has hecho y á recibirte otra vez en mis brazos como si nunca se hubiese roto la armonía entre los dos, con tal que sofoques para siempre este rencor injusto que me tienes, que te olvides para siempre jamás de todas las relaciones pasadas con mi rival, y que no vuelvas á escandalizar mi casa ni la poblacion con otras publicidades tan funestas para tu honor como fatales para el mio. Repítote que no soy amigo de publicidades; no quiero que los caprichos y aspavientos de mi mujer me hagan el hazme reir de las tertulias y corrillos : bajo este pié piensa lo que quieras, ama lo que te dé la gana, pero no mires ni hables mas que á tu marido; no tengas mas relacion que con tu marido, ni dés á conocer en la menor cosa que otro se alza tambien con lo que solo pertenece de derecho á tu marido. El dia en

que me des una prueba tan fuerte y tan palpable como me la diste del odio que me llevas y de la pasión que has sentido por el poeta; créeme, Concha, aquel día encontrarás en tu marido ultrajado toda la rabia del tigre, y no me he de saciar sino bebiendo en una misma copa la sangre de los adúlteros. Te lo predigo, te lo juro. Aprovechate de las buenas disposiciones en que todavía me ves. ¡Ay de tí, si otros días provocas con tus actos la cólera que estuvo á pique de perderte y perderme. Tú no sabes de lo que soy capaz, ni lo quieras saber; espántate como si estuvieses viendo el mónstruo del infierno mas horrible, y huye su rabia, porque tus huesos crujirian como las ramas que quebrantan en su fuga los colmillos del javalí.»

Profundo silencio sucedió á este singular discurso. Cuando empezó el comerciante estaba tendido de espaldas en su cama, con el cuerpo algo levantado y apoyado sobre dos almohadones de pluma, y los brazos descansando sobre

la cobertura. Debilitado con las sangrias, sanguijuelas, dieta y sufrimientos, presentaba una pálidez fosfórica que daba á la piel curtida de su rostro un aspecto cadavérico. Habíale crecido su barba, cuyo color rojo, asociado á su espesura y aridez, aumentaba la crueldad de su semblante, y los repugnantes pliegues que le hacian sus carcomidas mejillas acababan de darle la espresion de un hombre malo. Habiéndole encargado los médicos el reposo del cuerpo y la calma de espíritu, guardó al principio de su discurso este precepto, é iba hablando quedito, haciendo frecuentes pausas para cobrar aliento, y poniendo particular cuidado en no tomar este negocio con un interés demasiado vivo. Pero á medida que se fué engolfando en su discurso, el único que habia hecho en su vida con algun enlace y precision, su cordura y docilidad le abandonaron, su fisonomía cadavérica resucitó, su voz aumentó de intensidad y de tono; ajitáronse sus brazos acompañando sus

palabras, y acabó por sentarse en la cama, desabrigarse hasta la cintura y cojer por un hombro á la pobre Concha, magullándoselo con apretones convulsivos cada vez que una idea le escacerbaba los celos. Reaccionada esta infeliz desde el principio contra la causticidad de sus sarcasmos, mas de una vez se sintió impelida á levantarse de su asiento revestido de toda su dignidad, y poner un freno á la insolente lengua de su marido, hojeándole á sus ojos las mas sangrientas pájinas de su historia : porque es de advertir que ya estaba informada Concha desde que se habia casado con él, de como habia acumulado tantos tesoros Casavella. Y esta fuerte tentacion crecia de punto, cada vez que el ex-pirata denostaba á Pimentel, acusándole de ladron y de asesino, con este tono de horror á la maldad á que solo tiene derecho el que no ha abandonado nunca la senda de la virtud. Mas todos estos impulsos y tentaciones quedaron sucesivamente reprimidos bajo el justí-

simo temor de empeorar la posición en que se hallaba esta infeliz mujer, y puesto que era tan grande la bajeza de sentimientos en que abundaba su marido; puesto que ya no quedaba ningun lazo moral que la estrechase con él, se hizo por fin la determinacion de no contestarle nada, de abandonarle al curso de sus ideas, sea cual fuere, y de procurarse á todo trance aquella distraccion forzada con que llega uno á sustraerse de las injurias que le dirige un superior insolente, cuando no es dado reaccionarse contra él. Vanamente aguardó el banquero que desplegase sus labios, luego de haber concluido sus amenazas; hubo de mirarla con sus espantosos ojos un buen rato, sin abandonarla del hombro de que la asió poniéndole morada la piel en los puntos donde apoyaba los dedos, y preguntarle al cabo con un tono menos desabrido :

—¿ No tienes nada que contestarme á lo que te acabo de decir ?

Concha, cabizbaja, muda y con los

párpados hinchados de lágrimas, no hacia sino atormentar inadvertidamente con las manos un cabo de su pañuelo.

—¿Con qué te obstinas en callar? prosiguió el banquero mas mohino, meneando el cuerpo de Concha con un nuevo apretón de mano en el hombro que le estaba lástimando : ¿no quieres contestarme? ¿reusas el pacto que te acabo de hacer?...

Todavía no se decidió Concha á tomar el habla; pero ya se revolvian en su mente proyectos de verificarlo cuanto antes, puesto que se empeñaba el enfermo en ello. ¿Qué le contestaré? (se decia á sí misma.) Si dejo escapar toda la rabia que me devora, su esplosion me será fatal; me pierdo y lo pierdo todo; pero ya no puedo ni engañarlo; yo misma me haré traicion; su malicia ha de conocer que finjo por salir, por escaparme de este apuro. Y con todo es forzoso decirle algo.

—¿Concha! la paciencia se me va acabando, ni tengo mas fuerzas para sos-

tener esta postura. (Y abandonando por fin el hombro de Conchita, se dejó caer de espaldas sobre los almohadones, pero sin apartar sus ojos de los labios de su esposa.)

—El lo quiere, (siguió diciendo esta desdichada), él lo quiere y lo merece: me ha colmado de oprobrio, me ha envenenado las llagas más sensibles; me ha escupido en la cara de un modo atroz... Quiere que le conteste; pues bien, voy á contestarle; voy á empezar mi venganza; voy á ser de aquí en adelante tal como él me ha hecho, como él quiere que sea...

Y dando á su fisonomía, en cuanto le fué posible, una espresion armonizada con sus ideas y el tono afectadamente humilde de sus palabras, porrumpió Concha al fin, diciendo:

—¡Hombre! ¿á qué empeñarte en hacerme hablar? Procura restablecerte: no es hora todavía de tocar este punto demasiado importante para los dos y demasiado crítico para tí. Todavía estás

muy débil, bastante agravado, y el jiro que tal vez tomaria esta conversacion te podria ser fatal. Dices que tienes motivos para quejarte de mí: enhorabuena, piensas acaso que yo no los tengo tambien para hacer otro tanto? y no sé aun de que parte está mas la razon: tú te quejas de cosas pasadas, de cosas dichas y hechas en un momento de cólera, en que uno no sabe lo que dice, mientras que yo podria estar quejosa...

—¿De qué puedes estar quejosa? (repuso Don Severo, sin dejarla concluir y sobremanera conmovido de la dulzura con que le estaba hablando Concha) dílo al momento; haz que lo sepa yo, y aunque sea á costa del mayor sacrificio, no lo he de repetir...

—Si ya te he dicho que no es hora todavía de aclarar este negocio. Espera que hayas recobrado tu salud: entonces nos explicaremos uno despues de otro; entonces veremos de que parte está la razon; tú me harás tus pactos, yo los míos; y esa armonía que deseamos en-

trambos será mas duradera y agradable.

—Me conformo, puesto que te veo animada de semejantes sentimientos; pero créeme, Concha, necesito hacer las paces contigo; quiero hacerlas pronto y bajo las condiciones que acabo de imponerte, y ten entendido que no sosegaré hasta que sepa por tus propios labios cuales son los agravios que he podido hacerte, puesto que estás quejosa de mí.... Yo creo que mi salud... Me parece que alguien viene... ¿Quién es?... No dejes entrar á nadie; cierra la puerta; tengo necesidad de hablarte mas sobre este asunto... cierra la puerta, te digo... que nadie entre...

Cualquiera que fuese el que se acercaba, no podia satisfacer mejor los deseos de Conchita, la cual no acertaba en hallar espresiones que la sacasen de atolladero, ni en conservar por mas tiempo sobre su semblante la careta con que habia dado principio á su funesta reaccion. Levantóse con todo á la reiterada intimacion de su marido, dirijiéndose

hacia la puerta de su cuarto para entornarla, y apenas hubo salido de la alcoba, se presentó, preguntando si podía entrar, el médico de cabecera seguido de sus compañeros de consulta. Aunque era la hora en que solían tenerla todos los días, no se esperaba Don Severo su presencia en aquellos momentos; preocupado de su Concha, y dando al disimulo la incomodidad que le causaban, trató de disculparse de su empeño en que nadie entrase, por no creer que fuesen ellos. Rodeáronle la cama los discípulos de Esculapio, como diría un mitolojista, y le fueron explorando el pulso y preguntándole sobre su estado y observancia de su régimen.

—No lo estrañan Vdes. (dijo Concha al oír que los médicos notaban escacerbacion en los síntomas y recargo de calentura), este buen enfermo no quiere sujetarse á lo que está prescrito; ni quiere estarse quieto en su cama, ni guardar silencio, y ya se vé...

— Está V. fresco, señor de Casave-

lla, (continuó el médico de cabecera, con un tono doctoral y sin pedir siquiera perdon á Concha por haberla interrumpido), es menester mortificarse aun unos cuantos dias mas ; calma, calma de ánimo, sobre todo; V. no ha de proferir mas palabras que las indispensablemente necesarias para pedir lo que se ofrezca. Nada de conversacion todavía ; nada de recuerdos ; nada de imajinacion : todo vendrá *paulatis paulatim*, no hay que precipitarse.

—Precisamente se lo estaba diciendo yo cuando Vdes. han entrado, pero él se empeña...

—¡ Pues no se debe empeñar ! ¡ imposible ! lo que se ganaria por un lado se perderia por el otro ; seria *Penelopem telam tejere*. Amigo mio, no está V. en el caso de desconocer los prudentes consejos que se le dan ; por milagro ha escapado V. de su enfermedad, porque como dice Hipócrates *solvere apoplexiam fortem impossibile est*, y V. ha tenido un ataque que bien puede pasar por fuerte. Lo mis-

mo le digo á V., Señora, por ningun estilo debe permitir V. que entren aquí parlanchines, y si V. me apura, hasta V. misma deberia sacrificar sus deseos de hablar con su marido, porque vé V.... por mas que dos esposos se quieran, por mas unidos que vivan, siempre hay una hora menguada..... un desliz, ya por parte de uno, ya por parte de otro... y ya se vé... como nunca falta humor para rencillas, especialmente así... cuando uno.... y entonces.... ¿comprende V.?... y es muy fácil que el enfermo renueve cosas pasadas, y... en fin, á V. no le falta talento para comprender lo que voy diciendo.

—Ya, ya; le comprendo á V. muy bien, y soy de su mismo modo de pensar... Ya lo oyes, Severo, tambien son de parecer tus médicos de que debes callar.

—Pues bien, callaré.... callaré....

Pasaron los facultativos á otro cuarto para deliberar, Concha se salió para dar disposiciones, y se quedaron en el cuar-

to del enfermo la negrita y un criado. El banquero permaneció largo rato sumergido en los mas sombríos pensamientos : su esposa le habia dicho pocas palabras, mas ya habian sido suficientes para ocuparle tanto como le habian ocupado las del monólogo. Fija en él la idea de que le aborrecia Concha , tal vez por no haber acertado en las cosas mas á propósito para inspirarle cariño , estaba discurrendo cuales podian ser estas cosas, y cuales las que le merecian al menos un destello de esa pasion frenética que llevaba á Pimentel. Ideaba mil farsas , concebía mil proyectos , y hasta envidiaba los talentos de Rojerio , palpando amargamente que habian sido mas poderosos sobre el corazon de Concha que toda su opulencia y su dinero. Estas farsas , estos proyectos adolecian de los mismos defectos que su discurso anterior, porque tan pronto se proponia enternecer á Concha echándose á sus piés hecho un marica ; tan pronto proyectaba amedrentarla , amenazándola con un

puñal ó un veneno; ya se proponia granjearse su cariño, halagándola con palabras dulces y afectuosas, comprándole todas aquellas cosas que mas pudiesen lisonjearla; ya tratarla como si no sintiese por ella el menor afecto ni inclinacion, y despreciarla con la altivez que él creia digna de sus relevantes circunstancias. Su alma mezquina, prendida en la red de una mujer májica, para martirio de esta mujer, no sabia vagar sino por los extremos; ó mucha altanería propia de su pequeñez, ó mucha bajeza propia de su falta de sentimientos.

Que nadie equivoque este afan fébril de agradar á Concha con una pasion platónica: porque el alma del comerciante no estaba templada para esta clase de pasiones. Harto es sabido que es el idealismo su carácter principal, y el banquero era tan material en el amor como lo habia sido en su tráfico y monopolios. Ya se ha visto en la exposicion de sus ideas, que lo que mas ecsijia de su mujer era el privilegio de los go-

zos positivos, la felicidad material; importándole un camino que fuese para otro todo lo que estaba bajo el dominio del pensamiento. El no conocia el entusiasmo, el delirio, el éxtasis del amante que consigue respirar el mismo aire que respira su querida, pisar sus mismas pisadas; tocar lo que ella ha tocado; ver de léjos su habitacion, la luz de su dormitorio... y aquellas agitaciones íntimas, aquellos goces espirituales, aquellos estremecimientos aéreos de una alma que saborea la certeza del amor en el destello de una mirada, no podian escitar de ningun modo la sensibilidad obtusa del banquero, ni proporcionar á su alma grosera esa purísima voluptuosidad de que se embriaga el amante espiritualista aunque diste trescientas leguas del objeto de sus ansias. Mas si podia pasarse fácilmente sin estos goces mentales tan incomprensibles para él como para el ignorante las figuras jeométricas, le era absolutamente imposible dejar de obtener toda la materialidad del amor, tal

cual le habia obtenido de las demás mujeres con quienes habia tenido relaciones. Habia observado desde los primeros dias de su casamiento que Concha recibia sus caricias con una frialdad, con una repugnancia harto notables, para que él pudiese entregarse con todo el abandono de la satisfaccion al ejercicio de sus derechos, y atribuyendo á esta repugnancia los achaques de que adolecia con tanta frecuencia Concha, hubiese dado su fortuna entera para inspirarle al menos en aquellos actos algun afecto que remedase el amor. Esta contrariedad, y no mas que esta contrariedad, era lo que deploraba el comerciante; lo que le tenia disgustado de su enlace con Conchita; lo que le irritaba sus implacables celos, porque él no sabia concebir como podia abstenerse una mujer jóven de esos desahogos naturales que tenian tanto imperio sobre él, viniendo á concluir en sus mezquinos alcances que Concha iria á pedir á otro lo que rehusaba en su marido. Y como

hiciese consistir toda la fidelidad conyugal en estos actos materiales, puesto que tenia toda la certeza posible de que Concha le habia sido fiel bajo este aspecto, si no pudo acallar del todo sus recelos, se sintió al menos dispuesto á seguir con ella en buena armonía, disimulándole por entonces su profundo resentimiento relativo á los dicterios de que le habia cubierto en su monólogo. Bastábale para esto poderse decir: «*no la ha poseido.*» Así como le hubiese bastado para condenarla incesorable á la afrenta pública, el constarle su adulterio, aunque se hubiese arrojado á sus piés mas arrepentida que á los de Jesucristo Magdalena.

Mientras estaba fomentando su calentura con semejantes pensamientos, Concha decidida á perderse ó á separarse de su marido, ponía en práctica su proyecto concebido en un momento de reaccion. La paciencia, la resignacion, con que lo habia suportado todo, desaparecieron completamente desde que se

vió tan cruelmente humillada por los sarcasmos de su marido, y bien persuadida de que ya era de todo punto imposible, no diré simpatizar con él, esto lo habia sido siempre, pero ni aun tolerar por mas tiempo sus reconvenciones y mucho menos sus halagos, se aprovechó de la coincidencia de sus deseos de verse libre con el voto del médico de cabecera, acerca de su permanencia en el cuarto de su marido. Y mientras que se lisonjeaba este de que habia hecho un grande beneficio al comerciante, alejándole la importuna presencia de su esposa, por medio de esas frases entrecortadas con que los hombres superficiales se suelen dar aire de misteriosos, Concha y María confabulaban en secreto, bien seguras de que el espia Domingo no habia de sorprenderlas.

Sobremanera se alegró María de la comision que acababa de hacerle su señora, y se preparó á desempeñarla con un celo y actividad inimitables. Atavióse como quien desea agradar, y se puso

una soguilla y unos pendientes que le habia regalado Pimentel, cuando visitaba este jóven la casa de Torrellas en Madrid. Ya que estuvo vestida y agraciada, se salió para la casa de Rojerio tan llena de su objeto, que de cuando en cuando decia para consigo, pero pronunciando bastante alto las palabras: ¡Cómo he de reñirle! ¡burlar así á una querida como ella, y á una amiga como yo! Le he de poner como un trapo.... quisiera que esa rapaza estuviera con él... Si no me promete romper con ella, lo araño... como soy María lo he de hacer. ¡Vaya!... ¡no faltaba mas!... y con lo que ha sucedido, despues que uno lo quiere tanto. ¡Qué malos son los hombres!....

Bien le decian cuchicheos los pisaverdes que le salian al paso, viendo menear con tanta gracia su cuerpillo y pisar las aceras de las calles con esa sal que envidian á las españolas las beldades extranjeras; María no hacia el menor caso, volvíase de lado y se deslizaba con la ra-

pidez de una anguila; si se obstinaba en requebrarla algun mosca impertinente. ¿Anunciaba este comportamiento de María algo mas que una mera adhesion á su señora? Al trasluz de esa fidelidad en servirla y en hacerse cómplice en sus relaciones con Rojerio ¿no se vislumbra alguna cosa que podia despertar las sospechas de Conchita? El tiempo y la continuacion de esta historia nos lo revelarán.

CAPITULO XVII.

LA CITA.

..... Estoy fuera de mi: la alegría me vuelve loco... corre, vuela; dile que está bien, que iré á las doce en punto, no haré falta.... que no se retracte; que no titubee; que se abandone á la ventura.... que lo abandone todo.... ¡Oh si! ella lo hará; Conchita es tan apasionada como yo; ¡mas que yo!....

Durante los diez dias transcurridos desde la noche de la comparsa, ya habia experimentado Pimentel cuan pasajera es la satisfaccion que proporciona á

un corazón enamorado la venganza de un desprecio, cuando se reduce esta venganza á comprometerse con una mujer, que nos conmueve solo en los momentos de una exaltación erótica. Si dejando á Concha abandonada á la violencia de sus celos, había podido calmar la efervescencia de los suyos; si escitado por la facilidad de Catalina y la ocasión con que le estaba brindando el baile de máscaras, pudo creer en los momentos de sus planes sobre esta mal aconsejada, que duraría para siempre su distracción; desvanecidos luego los encantos de esta halagueña perspectiva, se halló constituido en el mismo estado de ansiedad y acosado de las mismas necesidades, teniendo además que sobrellevar un frenesí desconocido en que le hacía caer la idea de que, sobre haber ido á alterar la paz doméstica de Conchita (pues ya sabía todo lo que había pasado en su casa), se había comprometido imprudentemente con una niña y envilecido hasta el punto de que-

rerla seducir. Teníanle estas ideas sobre manera aburrido, y casi desesperaba de poder llegar á ser malo, sin llevar en el corazon el ascua inextinguible de los remordimientos. Empeñábase vanamente en interesarse por Catalina, á la cual hablaba todos los dias en casa de una mujer que habia sido la nodriza de esta muchacha; le hallaba un no sé qué repugnante que le hacia desear un rompimiento, y no sabia decidirse á separarse de ella sin mas ni mas, por una tendencia invencible á quedar bien con los que obtenian sus promesas; tendencia siempre mas fuerte y poderosa que sus propósitos, cien veces hechos y otras tantas quebrantados, de sacrificar todas las consideraciones y respetos á lo que mas le conviniese.

Mas que nunca embebido en sus ideas hallábase cierta tarde sentado en su cuarto junto á su mesa, con la pluma ociosa en una mano, y apoyando la cabeza en la otra, cuyo codo descansaba sobre el brazo de su silla, sin que fuese

esta actitud la de la inspiracion, puesto que estaba su semblante pálido y contraído, y que tenia los ojos clavados en el suelo sin ver probablemente los objetos que abarcaba en su mirada. Ya hacia rato que permanecia de esta suerte, cuando recios y repetidos aldabazos en la puerta de su piso le distrajeron de sus monólogos interiores. A estos aldabazos sucedieron voces confusas de dos mujeres; á estas voces el ruido de pasos; á este ruido dos golpes dados con las articulaciones de los dedos á la puerta de su cuarto. « Adelante » (dijo el poeta, mudando su actitud), y apenas acababa de pronunciar esta palabra, ya estaba dentro, entornando la puerta, la doncella de Conchita.

— ¡ Oh mi buena María ! (exclamó Rogerio, levantándose de su silla confundido de sorpresa); ¿ sin duda que te trae á estas horas algun ángel tutelar ?

— ¡ De veras ! ¿ he llegado á tiempo ?

— Ay ¡ hija mia ! no tienes una idea

del bien que me hace tu presencia en este cuarto.

—Me alegro infinito, Don Rojerio, crea V. que me alegro muchísimo, y á saberlo hubiera metido mas prisa.

—Ven, María, ven acá, siéntate... tengo que hablarte, que decirte muchas cosas.

—¿Yo? pues no son pocas las que yo traigo.

—Siéntate acá; ¡ Oh, y lo que me alegro de verte, María mia!

—Cuenta con darme este título, señorito, porque si alguno nos oyese...

—Estamos solos, y no creo que afuera haya nadie interesado en escucharnos.

—Peor está que estaba : no le digo nada si cierta personilla llegase á saber que la pobre María ha estado obsequiada á solas con el señor de Pimentel.

—No te chancees, loca, que no estoy de humor.

¡ Ola! ¿ No le trata á V. bien su nueva enamorada?

— ¡Qué enamorada, ni que calabazas!

— ¡Por Dios, Don Rojerio, y lo que ha mudado V.!... ¡qué disimulado se ha vuelto! ¡Jesus!...

— Pero, ¡chica!...

— ¡No! no me distraiga V., señorito. ¿Se le figura á V. que no lo sabemos todo? Pues es menester que sepa V. que no ignoramos nada : ya sabemos que el bueno de Pimentel está así... un si es no es amartelado por Catalina la plate-
ra; por esa rapazuela que se hace llamar la *romántica* y que se martiriza para serlo. Pero, en fin, no hay que murmurar de su buen gusto de V. : ciertamente que no la ha escojido V. mala : es jóven, mona, bonita, y lo que es mas, tiene un doté que no es un grano de anis... ¡Vaya! le doy á V. el parabien.... se lo doy á V. señorito.... pero....

— ¡Muchacha, callarás! te repito que no estoy de humor.

— ¿Con qué no le gusta á V. que se

las cante claras? Enhorabuena, callaré; pero me ha de permitir V. al menos que le riña en nombre de mi pobre señora Doña Concha...

— ¡Qué estás diciendo!

— Si señor; en nombre de mi pobre señora Doña Concha, á quien ha hecho V. muy desdichado con sus tonterías. Perdone V. que se lo diga, pero ha tenido V. muy poco talento y no mucha consideracion, haciendo á los ojos de esta señora tantas publicidades, tantas tonterías que la han puesto á pique de divorciarse de Don Severo.

— ¡María!

— Si señor: me atengo á todo lo dicho; no me importa que ponga V. esta cara tan seria y amenazadora, porque la justicia está de nuestra parte, y sino quiere obstinarse en su ceguedad, al fin ha de convenir V. conmigo en que se portó muy mal...

— ¡Ah! si es verdad, sóbrate la razon, María, he sido un imprudente, un bárbaro, un idiota maligno; mas ¡ay! si

supieras á cuánto llega mi arrepentimiento... ¡qué no daría por borrar mi funesta indiscrecion!

—Mucho se tiene ganado para el perdón cuando es sincero el arrepentimiento.

—¡O! el mio lo es, María; lo es mas de lo que puedes figurarte. Quisiera poder enseñarte mi corazón y le habías de ver desgarrado por los mas vivos remordimientos.

—¿Y Catalina?

—¡Catalina! mis relaciones con esta jóven son debidas á mi despecho, á un desquite, á una reaccion; el lazo que me une á ella es violento y se ha de romper: yo lo deseo y no sé hacerlo; pero créeme, María, yo no la quiero, y ella no ha de morirse aunque yo la abandone; nuestro amor es como las miradas de dos que se encuentran en una carretera llevados en diligencia por opuesto rumbo....

—¿Y dice V. que no la quiere?

—No la quiero, ni la puedo querer;

ya no puedo querer mas que á ella , ella la perjura , la pérfida...

—Basta , basta , Don Rojorio , eso es ya demasiado... le creo á V.

—¿Y ves, María? Catalina tambien es rica; tambien me haria dueño de un pingüe patrimonio, si yo pudiese arrancarme del corazon á esa mujer que me ha sacrificado, que me ha vendido por un banquero opulento.

—No la calumnie V. , Don Rojorio , tal vez no tardará V. veinte y cuatro horas en arrepentirse de estas palabras, como se arrepiente ahora de sus hechos... Bueno es que sea V. fiel á la desdichada mujer que tanto amor le ha llevado , y si algun dia la pierde V. para siempre; si algun dia se decide V. á querer á otra, haga V., por Dios , que esta tal sea capaz de amarle tanto como le ha amado Doña Concha.

—¡O! una mujer que me quiera como me ha querido Concha , ¡no la hay sobre la tierra!...

—Puede que si.

—¿ Lo sabes tú ?

—Tal vez.

—¿ Quién puede ser ?

María no contestó nada : sus mejillas se encendieron , bajó los ojos , y á la jovialidad de su semblante sucedió una confusion desconocida . Rojerio no perdió de vista ni la mas pequeña de estas indicaciones , y comprendió perfectamente de que pasion dimanaban . Siempre es grata la conviccion de que uno es querido por una jóven capaz de embalsamar por algunas horas el cadáver de la vida . Aquellos amores exclusivos , aquellos amores de poesia , que no consienten ni una mirada , ni un pensamiento para otro objeto que no sea el de una pasion , son amores en abstracto , amores fantasmagóricos , solo admisibles en los delirios de la mañana de la vida ; en aquellos delirios que sueña un alma virjen , sedienta de virjinidad tambien , hasta que la realidad de la inconstancia , inherente al corazon humano , le desflora estas ilusiones y le hace ver que la

fidelidad absoluta es una farsa, una mentira como todas las demas cosas que iluminan los cuadros engañosos de nuestra juventud. ¡Desdichado del que se abrasa de una pasion frenética y hasta se encela del pensamiento! El pensamiento vaga flotante de objeto en objeto, como de flor en flor la mariposa, y cuando la repeticion de los goces ha gastado la electricidad de los individuos enamorados, hasta se rompe la armonía del pensamiento y la materia en los mismos sacrificios del amor: el cuerpo se satisface de un objeto; el alma se ceba en otro. Rojerio se abrasaba en una pasion única por su Concha; si dable fuese la fidelidad absoluta, guardárala Rojerio, porque ningun hombre podia ganarle en intimidad de amor á una sola mujer; mas, fiel á la miserable arcilla de que estaba formado, no pudo resistir á la complacencia y expansion que proporciona á todo hombre sorprender en el rubor virjinal de uná muchacha el secreto mas hermoso de sus her-

mosos secretos. Y replicando á lo que acababa de decirle María, dijo:

—Si esta otra fueras tú, bella María, aun pudiera creerlo, porque no desconozco el temple de tu buen corazon.

María, la loca María no supo que contestarle. Avergonzábase de haber hablado tanto, y sentia al mismo tiempo no poder decir mas. Si no hubiese sabido, por la mision de que estaba encargada, que todavía era ofender á su señora rivalizar con ella, Rojerio no hubiera tenido necesidad de mas preguntas para cerciorarse de que María era capaz de amarle tanto y mucho mas que su señora. Pero María era muy buena, su corazon era jigantesco al mismo tiempo que delicado, y aunque por la primera vez se sentia sucumbir á la necesidad de revelar sus sentimientos, tuvo todavía fuerzas para domeñar su inclinacion y fué fiel á su señora.

—Es tarde: tengo que hacer (repuso muy turbada y esforzándose en dar á su rostro una espresion que echase un

velo sobre sus deseos), dejemos esta conversacion para otro dia y hablemos de ella...

—¡De ella!.... ¿y qué me traes de ella?

—Una carta... ahí la tiene V.

Esto diciendo, sacó de su seno un papel que Concha le habia dado en sus secretas conferencias. Loco de alegría Rojerio se apoderó de la carta; la abrió temblando y ajitado; devoró el contenido de una mirada, y dió dos ó tres vueltas por su cuarto, sin saber como expresar la embriaguez de su contento. Contemplábale María silenciosa y entristecida, y diciéndose para consigo: ¡cuán dichosa seria yo tambien si me amase de esta manera! Bajó los ojos humedecidos de lágrimas y tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para no echarse á llorar. El poeta, en aquel momento de delirio, se olvidó de todo lo que le rodeaba; la carta de Concha le habia trastornado sus potencias. Veíase amado, amado con todo el delirio de tiempos mas dichosos;

era preferido al comerciante que se la robó; iba á oír de la misma boca de Concha su justificacion deseada; era el mortal mas feliz; y tanta felicidad, caída en su corazon con la impetuosidad de un torrente que rompe de improviso su dique, le inundó todos los sentidos y se los puso todos en movimiento sin órden ni voluntad.

— ¡María (dijo al fin, volviéndose á la muchacha de quien parecia olvidado en sus arrebatamientos), esta carta no puede tener contestacion, ni yo pudiera darla en este momento : tú lo vés, no soy capaz ahora de escribir las ideas que me vienen en tropel... Yo no sé lo que siento; mi cabeza hierve; mis oidos silvan... mi pecho se abre como si la sangre me quisiera salir por todas partes... siento en mí una reaccion terrible... todavía me quiere, me llama, quiere justificarse... y se justificará, lo sé; mi corazon se anticipa el placer de esta conviccion consoladora... dile que no debo contestarle sino de palabra... que debo

hablarle... así y solo así es como podrá comprenderme, como podrá saber que Rojerio no ha dejado de ser suyo. ¡Ah! María, amiga mia! ¡perdona mi arrebatamiento! yo no sé lo que hago, ni lo que digo, ni lo que pienso; estoy fuera de mí, la alegría me vuelve loco; ¡corre, vuela, dile que está bien, que iré, que iré á las doce en punto, no haré falta!... ¡Que no se retracte; que no tutee; que se abandone á la suerte; que lo abandone todo!... ¡Oh, si! ella lo hará, Conchita es tan apasionada, tan loca como yo; ¡mas que yo!...

Llevado de sus movimientos involuntarios, Rojerio estrechaba la mano de la bella María, la apretaba contra su pecho, y hasta llegó á besar mas de una vez su frente; y la pobre muchacha, aunque no se reaccionó contra estas demasías nacidas de un delirio que le inspiraba otra mujer, se sintió estremecida y abrasada en un ardor quemante y desconocido hasta entonces para ella. Trémula y deslumbrada, con una sen-

sacion de fuego en la piel que los labios de Rojerio habian tocado, salió del cuarto del poeta, atravesó como maquinalmente una sala desierta que la condujo á la escalera, y se bajó á la calle, experimentando un tropel de agitaciones que alarmaban su razon novicia.

No fueron menos extremadas las muestras de alegria que dió Concha, luego que María la hubo enterado de las disposiciones de su poeta. Lanzada ya aquella infeliz mujer á la senda del extravío, no perdonó medio ni estratajema alguna para asegurarse el écsito feliz de sus proyectos. María recibió nuevas instrucciones, y se separaron para no volver á confabular mas sobre este asunto hasta la hora de la cita.

CAPITULO XIX.

LA MAL CASADA.

... ¡Rojerio! ¡Rojerio! ¡ten compasion de mí! ¡sácame del infierno en que peno! ¡llévame contigo á Francia, á Inglaterra, á América, á un desierto si quieres; á todas partes te seguiré.

—¡ Las doce... han dado... nublado!...

Tal era el grito diversamente profeso que se estaba oyendo por todos los barrios de Barcelona, cuyas calles estaban mas desiertas de lo que solian á ta-

les horas, sin duda por la lluvia que acababa de caer. Y en cierta calle apenas habia cantado el sereno la hora que era, se oyó el chillido de una falleba, y el resplandor de un farol iluminó un bulto blanco que se dejó ver en la ventana de un primer piso. El sereno volvió á cantar, su voz se oyó ya mucho mas lejos, y entonces salió de un callejon un embozado. El bulto blanco de la ventana tosió, y la tos era seca porque era la tos de una cita. El embozado silvó, se acercó y se puso debajo de la ventana, donde le dijeron, desde arriba, « aguarde V. un momento, luego va.» El embozado, sin replicar palabra, volvió á meterse en el callejon.

A los tres minutos se oyó el ruido áspero de unos cerrojos, y abriendo el postigo de una puerta cochera se dejó ver en su fondo el bulto blanco de la ventana : el embozado se introdujo por la pequeña abertura, agachándose como el que se mete en un carruaje, y el postigo jiró sobre sus gonces, sin dejar

mas rastro del hombre que habia entrado que el que dejan las aguas de la mar despues de habar engullido un cadáver.

Ya ha adivinado el lector que Rojerio se hallaba en la cochería de Don Severo, llevado de la mano por María, la cual le condujo á tientas por no tener ni una mala lámpara que los alumbrase en la profunda oscuridad demandada por la naturaleza del acto. Dando aquí con la lanza de un coche, allá con la rueda de otro, llegaron, al fin, al lado opuesto de la cochería, y por una puerta que solo estaba entornada entraron en un espacioso jardin, en el fondo de cuya glorieta quedó sentado en un banco de madera el ajitado Pimentel. Mientras estaba aguardando con fuertes palpitaciones la llegada de Conchita, empezó á lloviznar otra vez. El ruido blando y acompasado de la llovizna, mas recio en el jardin por dar contra los grupos de boj que formaban sus dibujos, aumentaba la tristeza y oscuridad de la noche. Además de este ruido monótono

que redoblaba ó disminuía en intensidad conforme era la furia con que caía la llovizna, ó los remolinos de viento que de vez en cuando refluían de los tejados circunvecinos, se percibía ora la tos de algun proletario que velaba; ora los vajidos de un niño hambriento; ya las discordes voces de los serenos que salpicaban el ambiente de la ciudad; ya el rumor tembloroso de los coches que iban y venían de las casas opulentas. Desde el interior de la glorieta percibía Pimentel la melancólica impresion que deja el conjunto de este silencio y estos ruidos todavía mas tristes que el silencio mismo; y como si con la humedad de la admósfera se le hubiese introducido una cosa material que representase la sombrío de aquella escena, se sentía tan profundamente afectado que casi hubiera gozado, derramando algunas lágrimas. A seis pasos de distancia no distinguía ningun objeto, y lleno de esperanzas y temores tenía los ojos clavados en las vidrieras de un balcon, al

través de las cuales columbraba los pálidos resplandores de alguna lámpara nocturna. Por fin oyó, por debajo de las bóvedas del jardín, un ruido diferente del de la lluvia y del viento; parecíase al desliz de un cuerpo ligero; oyó crujir seda; percibió pasos; divisó un bulto que acababa de aparecer en el jardín, una cara elegante... Concha entraba en la glorieta...

—¡Rojerio!!!

—¡Conchita!!!

Y sin decirse nada mas, permanecieron largo rato abrazados, haciendo entrambos un ruido extraño con el aliento, que no era jemido ni sollozo, sino aquel grito bronco y convulso con que, á falta de palabras, expresa la naturaleza conmovida intraducibles sentimientos. Luego que se hubieron encontrado estos dos corazones tan violentamente atraídos; luego que se hubieron saturado el uno del otro de esa fuerza inagotable, que los impelia á no formar mas que un solo corazón, ya pudieron hacer uso de

su lengua para explicarse y comprenderse.

—¡ Hermosa mia! (dijo Rojerio con una voz alterada.)

—¡ Ah! calla... no levantes tanto la voz, pudiéramos ser sorprendidos y ¡ay de nosotros entonces!... ¡Rojerio! ¡somos muy infelices!... ¡nos hemos perdido el uno al otro para siempre!...

—¡ Para siempre! ¡Concha! ¡nada me resta de tí!

—Si, hijo mio, todavía te resta mi alma que te consagro, mi corazon que te entrego despedazado y no distante de la muerte.

—¡ Concha mia!

—¡ Hermoso mio! ¡Rojerio mio! ¡yo ya no puedo mas! La vida me es insupportable sin tí; dame un veneno; dame un veneno, yo no tengo valor para tomarle, y si tú me lo das lo tomaré.

—¡ Concha mia! ¡por Dios, Concha!

—¡ Tú lo vés! ¡me han separado de tí; me han arrancado la entraña mas necesaria á mi vida! Un año hace que me

estoy aniquilando ; un año hace que agonizo, sin que llegue jamás la muerte á poner término á mi cruel agonía... ¡Rojerio! quiero contártelo todo, porque no sabes nada... Si soy la mujer, la víctima infeliz de ese hombre odioso que nos ha arrojado á un abismo, no me inculpes á mí, Rojerio!... ¡Mi madre!... ¡Oh! maldito sea el dinero y aquel que lo inventó! mi madre agonizaba ; mi pobre madre iba á morir y me dejaba huérfana en la tierra ; la idea de esta horfandad le redoblaba su agonía ; su rostro, que ya no debía volverse sino á Dios, se volvía aun hácia la tierra ; no supe ver mi amparo sino en la mano de ese banquero que la tenia fascinada, y para morir tranquila, para llevarse al otro mundo la idea consoladora de que no me dejaba desvalida, prócsima á envolverse con la mortaja, me arrancó un *si fatal*, que hubieses dado tú y toda mujer capaz de conmoverse por los ruegos de una madre moribunda. Yo no sé lo que sentí, no sé lo que se pasó en mi corazón

y mi cabeza; temí ser el demonio de la agonía de mi madre; creí que su desesperacion pasaria mas allá de la alcoba donde espiraba, y fui mas hija que amante; ahogué mi corazon; me suicidé... y me casé... no sé con quien... con un mónstruo que me ha estropeado, que me ha agostado como un fuego del infierno; con un criminal endurecido que evoca todas las noches las sombras de sus víctimas, haciendo recaer en mí todo el horror de los remordimientos que él no tiene. Porque, tú no sabes quien es mi marido : tú no sabes quien es el hombre que me dió mi madre en su agonía... Ese hombre es una fiera; su historia es la historia del demonio; ¡y me han casado con él! ¡y no puede separarme de él sino el crimen ó la muerte! Cuando ya no habia remedio, cuando ya estaba consumado el sacrificio, como si no fuese bastante para estar en el infierno vivir con ese hombre, me han hecho leer las pájinas mas horribles de su historia, y han empozoñado tres

veces mas el aire que á su presencia respiro. A la idea desgarradora de haber perdido un hombre virtuoso han asociado la noticia infernal de que estoy casada con el mismo Lucifer. ¡Rojerio! ¡Rojerio mio! ¡perdon! ¡yo te pido perdon! Si has tenido una madre tan querida como lo fué mi madre; si te ha demandado algo en su agonía; si despidiéndose para la eternidad, se ha abrazado contigo, pidiendo perdon... Rojerio mio, tú me perdonarás, ¡tú me perdonarás, Rojerio mio!

—¡Que yo te perdonaré! ¡desdichada mujer! ¡mujer á quien, amándote mas que cuanto ecsiste en el mundo, he hecho apurar gota á gota el caliz de la amargura!... ¡A mí me pides perdon! ¡No! no eres tú la penitente, no eres tú la criminal... ¡Yo! yo, desdichado y maldito, debo demandarte un perdon estéril para tu felicidad y la mia; yo que te he fascinado, que no he podido hacer tu dicha, ni dejado que te la hiciera otro; yo que he venido á tu casa á al-

terar la paz que disfrutabas ; yo que he tenido la crueldad de desgarrarte las llagas que se cicatrizaban tal vez.

—Pues bien, Rojerio, ya nos hemos comprendido ; esta confesion es un sacramento, es nuestro matrimonio lejítimo, porque es la expresion de nuestras voluntades inalterables, eternas ; Dios que nos está mirando y oyendo, las aplaude y, sublime sacerdote, nos da su bendicion desde el cielo. Ya volvemos á ser el uno para el otro ; ya nadie nos volverá á desunir...

—¡Que estás diciendo, desdichada !
¡El uno para el otro ! el uno para el otro, cuando has jurado en el altar á un hombre que no es Rojerio...

—En un altar que no es altar sino entre los hombres ; á un hombre que no es hombre, sino entre los reprobados por el Señor. Lo sé bien : el mundo en que vivimos para nadie es mas tirano que para la pobre mujer ; nos ha impuesto leyes sin consultar nuestra voluntad y todo son privilegios para el hom-

bre. Me han casado , me han sepultado viva en un sepulcro de donde no puedo salir para gozar de la vida que todavía siento en mí, sino por medio del crimen; y nadie ha de comprenderme siquiera : moriré mártir en mi sepulcro, corroída , antes que por los gusanos, por los besos de un marido á quien me es imposible dejar de aborrecer. ¿ No lo ve él mismo? ¿ no lo sabe que es imposible que yo deje de detestarle? ¿ No saben que necesito las caricias de un hombre y que las de mi marido me matan? ¿ No saben que hay un hombre sobre la tierra que me haria feliz con sus caricias? ¿ No saben que no es un capricho pasajero mi frenética pasion por este hombre, sino una pasion antigua , anterior á mi casamiento, pasion única , voraz, enjendrada en los misterios de muchos años de simpatías? Pues, y si lo saben todo esto, ¿ porqué se obstinan en tenerme amarrada con él? ¿ porque no me separan para siempre? ¿ porque no ha de haber una ley que deshaga nues-

tra union ilejítima por su invencible violencia, y que me vuelva la entera libertad de unirme con el hombre por mi corazón tan ansiado? ¿ Pueden creer que víctima de una moral no practicada por ellos, combata victoriosamente mis imperiosas inclinaciones? ¿ No es esto incitarme al crimen? ¿ no es conducirme al adulterio? ¿ no es entregarme á tus brazos protegida por la oscuridad de la noche, ya que no puedo á la luz del dia? ¡ Rojerio mio! el altar donde me inmolaron no era un altar de Dios... yo no lo creo: los vínculos que me impusieron no son santos y yo los quiero romper; yo quiero vivir contigo; quiero ser tu esposa, porque el cielo me destinára para tí... huyamos á lejanas tierras, róbase esta noche, ahora mismo si quieres: mi marido yace postrado en su cama; no nos lo puede impedir. Si se recobra de su enfermedad, como aseguran los médicos, ya no nos veremos mas, se perpetuará á mi lado, y te arrancará de Barcelona para lanzarte á un destierro,

si antes no te hace asesinar. Yo no podré satisfacer sus ecsijencias, me es imposible; píntate el horror que me causa su presencia, su voz y sus miradas; yo quiero huir de esta casa, de esta cárcel, de este verdugo, y quiero huir contigo. ¡Rojerio! ¡tú vé s mi frenesí! pues bien, siempre estoy de esta manera, y lejos de tí peor; no tengo ni un momento de trégua en mis ajitaciones; los ratos en que menos sufro es como si me pasasen un vidrio por mis carnes, como si me rascasen el fondo de una llaga recrudecida. ¡Rojerio! ¡Rojerio! ¡ten compasion de mí! ¡sácame del infierno en que peño! ¡llévame contigo á Francia, á Inglaterra, á América, á un desierto si quieres; á todas partes te seguiré!

—¡Concha! ¡Concha, por Dios! ¡ten piedad de mí! ¡Que el pobre Rojerio te lleve consigo á paises estranjeros! ¡Desdichado! ¡ya has olvidado lo que soy! ¡has olvidado mi deplorable fortuna!

—¡No, Rojerio mio! de nada me he olvidado: sé que eres pobre, sé que no

tienes fondos para mantenerte, y mucho menos con una mujer en el extranjero; pero tienes talento, con él podrás medrar en un país donde no tengas enemigos, y cuando esto no te bastase, mis joyas y mi dote...

—¡Léjos de tí y de mí semejante idea! ¡nada de ese hombre aborrecible! ¡nada! ¡ni la felicidad! No quiero de él mas que lo mio; mas que su mujer, esposa robada á mi tálamo por un puñado de oro... Si, Concha mia, huirémos. Un pacto celebrado para endulzar la agonía de una madre debia de romperse luego despues de fenecida esta madre; este pacto no le ha bendecido Dios; nuestras desdichas son las palabras de su anatema. Tú eres mia, absolutamente mia; Don Severo es un raptor á quien proteje una sociedad injusta; la posesion de una mujer, no la mano, el corazon debe legitimarla. Tu corazon es mio, yo soy tu esposo lejítimo delante del Señor.

—¡Rojerio!

—Concha mia, huirémos, pero no

ahora. En medio de mi delirio, todavía me es dado escuchar el ángel que nos ha de proteger, todavía le veo inmóvil y haciéndome señas para que no precipitemos nuestra fuga. Comvinemos un plan; hagamos que cuando advierta tu marido tu desaparicion, ya se hayan levantado detrás de nuestro buque los picos del Pirineo. Esta noche yo no sabia á donde llevarte, donde esconderte: no tengo nada preparado; mañana el oro de tu marido derramaria espías por todas partes, caeríamos en su red; tú expiarías tu proyecto en una casa galera, y yo maldeciria mi ecsistencia en un oscuro calabozo. Asegurémos el golpe. Deja que nuestras almas recobren si es posible su tranquilidad perdida, y entonces, Concha mia, te podré trasladar á tierra estraña; entonces y solo entonces serás mia hasta la muerte.

— ¡ Ay Rojerio! tu lo quieres; yo no puedo resistir mas, el tiempo vuela, mi marido va mejorando á pasos de gigante, y el corazon me predice que no

se ha de presentar otra ocasion. ¡ Cuenta con tener que arrepentirnos de tu prudencia! Tú no sabes lo que es vivir en esta casa y al lado de tal hombre: tú no sientes la necesidad de huir... Pero en fin, lo quieres... me resignaré....

A esta conversacion tres veces mas palpitante de lo que hemos podido traducir en esta historia, se siguió un momento de silencio, solamente interrumpido por el ruido de unos labios que se desprendian de otros, para beber nuevos goces, volviéndose á juntar. Asociábanse á este ruido suspiros y gemidos voluptuosos, y ya hacia rato que todo habia terminado por ayes tiernísimos y ahogados, cuando se oyeron pasos no lejos de la glorieta y una voz que iba diciendo quedo:

— ¡Señora, señora! D. Severo la está llamando: se ha despertado y preguntar por V... está sentado en la cama y con los ojos azorados.....

— ¡A Dios, Rojerio! mañana á la mis-

ma hora te aguardo aquí... piensa en lo que te he dicho, y tráeme al menos una esperanza: ¡á Dios!

—El ángel del bien te guie, desventurada mujer.

Ecsalóse un minuto y ya no reinaba en el jardin mas ruido que el de algunas gotas de agua, deslizadas á intervalos de las hojas de los árboles. Ya habia cesado de lloviznar. Temblábanle á Rojerio las piernas y los brazos, su corazon le latia con sozobra, y aguardaba ajitadísimo la vuelta de María, para salirse cuanto antes de aquel sitio donde acababa de saturarse de toda la felicidad posible para él acá en la tierra. Esta felicidad necesitaba desenvolverse con la libertad de sus acciones y con el jiro de sus comentarios, y sobre este acicate habia el justo temor de que fuese sorprendido en la glorieta y acarrease á Concha una catástrofe mas terrible que la que la comprometió tanto la noche de la comparsa. Maria volvió á los cuatro minutos; Rojerio la siguió; metiéronse

por la puerta que comunicaba con la cochería, y marchando otra vez á tientas, alcanzaron al fin el postigo de la puerta cochera, por la cual se lanzó á la calle el poeta, acurrucándose en su embozo. Al volver la esquina, dió con el sereno que se puso á cantar

— La una... ha dado... nublado....

— ¡ La una! (dijo Rojerio creyéndose solo) ¡con que rapidez ha pasado esta hora! ¡Bien pudieran pasar de esta manera las horas de dolor!

El sereno volvió la cabeza hácia el embozado, mirándole con singular atención, por haber oído las palabras que acababa de proferir; aplicóle la luz de su farol, y estuvo tentado á seguirle por parecerle que el continente de este embozado indicaba algo que merecía vigilancia. Por lo que toca á Concha, con una zozobra grande y un frío glacial entró en el cuarto de su marido, al cual halló ajitadísimo y alarmado.

— ¿Qué me quieres? (le preguntó Concha con una voz firme, como quien

le dirijia una especie de reconvencion, por hacerla llamar á una hora en que debia suponerla descansando en su cama).

— ¡Ah! nada... (repuso el banquero, tranquilizándose á la presencia y sobre todo á la voz de su mujer.) ¿Eres tú? nada... siéntate un momento acá... luego irás.... ha sido un sueño sin duda... sí sí: ha sido un sueño.

— ¡Qué! ¿estabas soñando?

— Sí, sí... pero no ha sidó nada.... un ruido benéfico me ha despertado en medio de mi sueño.... bendigo este ruido... ¡ó que sueño!

— ¿Ha sido alguna cosa de ladrones?

— Si: precisamente de ladrones; de un ladron por mejor decir... me robaba... me robaba mi mayor tesoro.....

Concha no preguntó nada mas, y como interpretase el sentido de las palabras del enfermo, se estremeci6; temió ver en este sueño la acusacion del cielo contra su adulterio todavía palpitante.

— Ayúdame á pasar la noche (prosi-

guió su marido), esta noche es tan larga.... ¿que hora es?

— La una.

— ¡La una tambien! ¿y qué tiempo hace? (preguntó azorado el banquero.)

— Está lloviendo.

— ¡Lloviendo!!! ¡con que yo no soñaba: era una realidad... ¿y dónde estabas tú...?

— En mi cuarto... acababa de acostarme.

— Ven! acércate... déjame ver tu rostro....

— Pero ¿qué viene á ser esto? (repu-so turbada Concha) ¿para qué quieres ver mi rostro?... ¿estás soñando todavía?

— ¿No estás herida?

— Yo! (dijo ella algo mas animada, deduciendo de esta última pregunta que no era lo que ella se temia lo que queria ver en su rostro su marido).

— Fué un sueño... (volvió á decir Don Severo, viendo que Concha no tenia en el rostro ninguna herida); fué un sueño... parte realidad, parte ilusion... La

debilidad en que me han puesto esos médicos con tanta sangría y tanta dieta... Gracias por el ruido... ¿quién ha hecho este ruido?...

—Pero ¿qué ruido? espícate...

—El de la puerta cochera.

—¿A estas horas ruido en la puerta cochera? (dijo Concha con otro sobresalto mas fuerte que el primero.)

—¿Qué quieres? me lo pareció...

—Procura conciliar otra vez tu sueño... ¿no cesará nunca de atormentarte tu imajinacion?...

Volvióse á tender Don-Severo sin con-
testar nada, cerró los párpados, y á los
pocos ratos, libre de su pesadilla, ya
volvía á dormir tranquilo como si na-
da hubiese alterado su reposo. Cuando
le vió entregado á su descanso, Concha
le dejó á la vijilancia de los enfermeros
que le asistian todas las noches, y se
retiró á su cuarto para reponerse de los
sustos que le habian dado las palabras
de su marido, y para escuchar por pri-
mera vez los gritos de una conciencia que

le mezclaba mucho acíbar con la dicha de que se habia embriagado en la glorieta.

No muy léjos de la alcoba, cuyas paredes absorbían los gemidos de Conchita, habia un cuartito modestamente amueblado, en este cuartito habia un catre, en este catre estaba tendida sin desnudarse y con las piernas colgando una muchacha de diez y ocho años; esta muchacha gemía y sollozaba á estas horas por la primera vez de su vida.... ¡era María!!!...



CAPITULO XX.

CATALINA.

.....á tan niña, tan loca!

Seguido á algunos pasos de distancia por el curioso sereno, íbase Rojerio alejando de la casa de Conchita, bien distante de pensar que hubiese quien le estuviese vijilando. Al salir de aquel bar-

rio, el sereno que le seguia dió con otro de su profesion, y despues de haber cuchicheado, este reemplazó á aquel hasta la puerta donde se metió el poeta. Embebido en sus ideas Pimentel se metió en su casa y se subió á un quinto piso, donde debajo de un mal tejado tenia su pobrísima guardilla. Como la hora era tan avanzada y fuese poco lo que pagaba de alquiler y de despesa, no se tomó su patrona la molestia de alumbrarle ni de dejarle siquiera una mala lamparilla, por lo cual el pobre artista, que por otra parte no tenia ni un miserable cabo de vela que encender, hubo de recojerse á oscuras y buscar á tientas una de las dos sillas que en su reducido chiribitil se hallaban. Una vez metido en él, dejó su capa y su sombrero sobre una silla; luego se dejó caer en otra de cualquier modo, dando un profundísimo suspiro que revelaba á la vez el tropel de sus ideas y la confusion de sus agitaciones. Desde su salida de la casa de su amada se habia andado co-

mentando su posicion, y á medida que sus reflexiones se le habian presentado por todas sus caras, un espantoso desaliento, cercano á la desesperacion, se habia apoderado de su ánimo tan templado en la desdicha. El funesto paso que acababa de dar le habia empeñado en una empresa, cuya gravedad y consecuencias empezaban á arredrarle, tanto mas cuando no sabia ver de donde sacaria los materiales necesarios é indispensables para intentar siquiera la ejecucion de su arriesgado proyecto. ¿Cómo robar á Concha de la casa de su marido? ¿cómo trasladarla á un pais extranjero? ¿cómo no esponerla allí á todos los horrores del abandono, no teniendo en su poder mas que su pobre pan cotidiano, ganado con un trabajo que habia de cesar desde el momento de su fuga, y no queriendo resolverse á echar mano de los caudales de que podia Concha disponer, sin robar nada á su marido, puesto que este se los habia dado en el acto de su fatal patrimonio?

Con lo que se habia pasado en la gloria, dejar de robar á Concha abandonada al poder de su marido, era guardar una conducta injustificable bajo todos aspectos, puesto que ya no podia ser la virtud el obstáculo de esta empresa. Ya que se habia prestado tan imprudentemente á las insinuaciones de esta mal aconsejada mujer, ya que habia halagado de palabra y de obras sus violentas pasiones; retroceder delante de las dificultades, pararse en los peligros que ella ya habia empezado á arrostrar alentado por su amante, era proceder infamamente, porque la señal ya estaba dada, y solo la indiferencia, el egoismo ó el miedo podian hacer que abandonase sus empeños en los momentos mas críticos. Pero por otra parte le era absolutamente imposible recojer siquiera doscientos reales para empezar á ejecutar las primeras disposiciones; necesitaba dos pasaportes que debian ser falsos, y para obtenerlos era indispensable un puñado de oro; necesitaba

una embarcacion que saliese del puerto de Barcelona envuelta con el velo del misterio, y esto no podia conseguirse sin un puñado de oro; necesitaba alguna familia cómplice en el rapto de Conchita, que la ocultase en su seno hasta poderla embarcar sin esposicion ninguna, y nadie habia de prestarse á hacerle este favor sin un buen puñado de oro. Y el poeta no lo tenia ni podia pedirlo prestado á sus amigos; porque, como ya lo cantó en su tiempo el desdichado Ovidio, el hombre desgraciado se halla solo. Ir á pedir á un conocido mil reales era machacar el hierro frio, porque este conocido habia de pedirle luego bajo que garantia se los demandaba. Rojerio no tenia bienes muebles ni inmuebles que garantizasen su firma, y si hablase de honor se habian de reir á sus barbas, habian de humillarle, porque la corrupcion de la sociedad ha empañado el brillo del honor, y es ya un valor desechado en las contratas. Tampoco podia pensar en su anciana madre, la cual á duras pe-

nas ganaba en su posada con que poder acallar sus continuos sufrimientos. No habia mas recurso que acudir al legado de Concha y á las joyas que le habia regalado su marido ; mas esta idea le abrasaba las mejillas de rubor y le llenaba el alma de indignacion y de furia. El escéptico, el renegador de la virtud, el calculista por sistema no sabia resolverse á desquitarse en esta bella ocasion de los agravios que le habia hecho la sociedad ; no tenia que hacer sino adecuarse al intento de Conchita, insinuarle que se llevase tanto tesoro como pudiese estar á sus alcances para poderle procurar la fuga y su bienestar en paises extranjeros ; y sin embargo la invencible repugnancia que á pesar de todos sus propósitos sentia por este acto , se lo hacia posponer á todo cualquier otro , á una estafa , á la prostitucion de su conciencia, al robo mismo se lo hacia posponer.

Como sea, terriblemente combatido de estas ideas encontradas se le pasó ca-

si toda la noche sin que pensase siquiera en desnudarse, y sin que hubiese podido determinar todavía que partido le era mas conveniente tomar. Por las rendijas de su balcon ya empezaba á entrar la claridad cenicienta de la madrugada; percibíanse los pasos y conversaciones de los jornaleros que iban al trabajo; la gritería y traqueteo de los zuecos de las mujeres que se dirijian á bandadas á las fábricas; el ruido de algunas aldabas, llamando á los inquilinos de cuartos y quintos pisos; el sordo rumor de los carros de la basura; el áspero y compasado zurrido de las sierras de un carpintero y el tambor de un cuerpo de guardia que ya estaba tocando la diana. Los faroles acababan de espirar. Rojerio sudado, fatigoso y abrumado asomó su frente á los postigos del balcon, y viendo que todavía faltaban á lo menos dos horas para que se dejase oír en su complemento la agitacion del dia, cerró los postigos y se echó en su catre para ver si conseguia conciliar el sueño y reco-

brar sus ideas para decidirse á tomar una resolucion definitiva.

Apenas habian empezado á entrar sus sentidos en aquel estupor que precede al sueño , cuando llamaron á su puerta. Era su patrona , la cual con el permiso de su inquilino se llegó hasta su cama diciéndole :

— Señor Rojerio , como V. se retiró tan tarde no pude decirle á V. que ayer , luego despues de su salida , se presentó pidiendo por el señor de Pimentel una señorita acompañada de una mujer de alguna edad. Habiéndole contestado que V. no estaba en casa , se fueron , y al cabo de una hora ya estaban otra vez aquí : se aguardaron un buen rato , y luego , viendo que V. no venia , se fueron otra vez ; mas tarde volvió la criada y dió muestràs de una viva agitacion , viendo que tampoco estaba V. Esta mañana , al volver de misa , ya me la he encontrado en la escalera , y despues de haberle dicho que se hallaba V. durmiendo en su cuarto , me ha en-

tregado esta carta para V., añadiendo que dentro de media hora volverá por la respuesta.

Rojerio tomó la carta algo mohino, y conociendo á la primera ojeada la letra, se confirmó en la idea que se habia formado desde el principio de la relacion de la patrona, y sin acabar de leerla le dijo :

—Está bien, está bien; tenga V. la bondad de decirle á esa mujer, si acaso vuelve, que entre...

La buena mujer se fué, y Rojerio leyó una carta mojadísima de lágrimas, muy mal escrita y con la mitad de letras borradas. Estaba esta carta llena de quejas, lamentos y reconvenciones que hicieron decir á Rojerio al concluirla :

—¡Qué le digo ahora á esa cuitada! es preciso desengañarla; ya no puedo proseguir semejantes relaciones. Pero, ¿cómo deshacerme de esa niña? ¿Porqué habia de ser tan crédula? ¡Dios mio! ¡y que de enredos! ¡Pobre muchacha! se queja con razon. Ya antes de

ayer falté á la cita, y ayer, loco con la carta de Concha, ni siquiera pensé en que nos habíamos de ver en su casa de campo. Como sea, será preciso escribirle algo, fingirle algo, siquiera para conjurar una diablura de que la creo capaz: ¡es tan niña, tan loca! ¿Quién me asegura que no vuelva y me fastidie con necias publicidades? Durmamos, si es posible, despues escribirémos.

Demasiado graves eran en efecto los cuidados de Rojerio para que pudiese dedicar á Catalina sus pensamientos y sus horas. Cuando por el ningun interés que esta muchacha le inspiraba, ya habia dejado de acudir á la acostumbrada cita el dia anterior á la de Concha, ¿qué habia de hacer despues que la carta de su adorada perjura le habia desquiciado las potencias de puro regocijo? Ni siquiera pensó en que ecsistiese Catalina, cuanto menos en que debia de ir á ver en un bosquecillo de una casa de campo no lejana de Sarriá, á donde habia ido con toda su familia la platera, la cual, apenas

llegó á su casa, se escurrió del modo mejor que pudo con la nodriza que favorecia sus amores, é hizo todo lo que reveló á Rojerio su patrona. Ño sabia comprender esta enamorada cual podia haber sido la causa de la conducta de su amante; no queria creer que la hubiese abandonado, y sin embargo se lo temia; ella misma se impugnaba y se daba la solucion, y hasta llegó á sacar de sus casillas á la buena mujer que la servia con tanta pregunta y tanta duda sobre si habia cumplido ó no los encargos con la debida ecsactitud. Cuando dieron las diez, hora en que Rojerio solia pasar por un callejon donde daba una ventana de la casa de Catalina, ya habia dos horas que esta le estaba aguardando con una agitacion extraordinaria. Y Pimentel no parecia, y la platera se cansaba en vano de alargar el cuello á derecha é izquierda, y de preguntar á sus vecinas si le habian visto pasar. Cuantos bultos se dejaban ver al estremo del callejon, cuantas risas, cuantos

ruidos de botas oía , todo le parecia que era Rojerío , su risa , su andar , y sin embargo á los dos minutos echaba de ver desesperada su engaño . Fatigóse su imaginacion en reseguir todos los parajes á donde podia haber ido Pimentel , y en combinar todas las cosas que podia haber hecho desde el momento en que empezó su infidelidad , y para colmo de su rabieta y aburrimiento la llamaron á grandes voces sus padres , las criadas y una turba de hermanitos para que se fuese á cenar con ellos , ó por mejor decir , para que no se escapase de rezar el rosario , porque es de saber que como buen barcelones , su padre habia heredado de sus abuelos esta devota costumbre . Aunque no pudo resistir á esta gritería , no solamente rezó de muy mala gana el rosario , comiéndose la mitad de palabras , sino que no quiso tomar nada , finjió jaqueca , y despues de haber tomado tres ó cuatro cucharadas de una sopa con tomillo , que le hizo tomar que quieras que no su madre , se retiró

á su cuarto y se pegó otra vez á la ventana por si acaso su querido hubiese equivocado la hora. Dieron las once, el cuarto, la media, los tres cuartos, las doce y no pasaba un gato por el callejon, tanto mas desierto cuando la lluvia, á par de la noche, acababa de barrer las calles. En brasas estaba la niña, y mas de una vez le ocurrió la estravagante idea de deslizarse por la ventana, por medio de sus sábanas, é ir á llamar á Rojerio en su propia habitacion. Al fin tomó el partido de encerrarse en su cuarto: al principio no queria dormir ni desnudarse; echóse á llorar como una niña que era, mesóse los cabellos y se arañó la cara hasta que le vino la idea de escribir una carta furiosa contra el ingrato poeta; las lágrimas le impedían ver lo que escribia y se lo borraban; y la rabieta que la encendia no le dejaba acabar ningun período, ni dar sentido á la mayor parte de sus reconvenciones. Como sea, hecha la carta la cerró, y como si hubiese depuesto en

ella todas sus penas, le vino sueño, empezó á cabecear, se fué quitando la ropa y viendo que la silla no permite dormir comodamente á una enamorada, que no quiere meterse en la cama por desquite de las picardías que le está haciendo su infiel tormento, resolvió acabarse de desnudar y matar sus pesadumbres, durmiendo debajo de las sábanas y de la colcha, como si nada hubiese sucedido.

Al dia siguiente madrugó nuestra cuidada como una lavandera, y apenas hubo abierto el aprendiz la tienda de su padre, cuando se presentó la nodriza como lo tenia de costumbre, para desempeñar algunos quehaceres de la casa. Apoderóse de ella Catalina, y pidiendo á su buena madre que la dejase ir con la nodriza á oír misa en la parroquia vecina, salió la coquilla en derechura de la habitacion de Pimentel. Llegadas que fueron á la guardilla de este, le vino á la muchacha la idea de que aquello no correspondia á una señorita honrada, y la

mujer no pudo menos que estar de acuerdo con ella. En esto se resolvió que Catalina la aguardaria en la iglesia, y que se fuese la nodriza á entregar la carta á Pimentel. Apenas hubo regresado la dócil mensajera, mi incomprendible desesperada quiso de todos modos presentarse en persona delante de Rojerio y decirle cuatro frescas por su criminal conducta. Cuantas mas reflexiones le estaba haciendo la nodriza, mas se obstinaba en que era de su deber ir á su casa y hacerle ver que no las hacia á ninguna boba, y, erre que erre, no hubo mas remedio que seguirla y dejarla hacer.

Dormitando estaba todavía Rojerio, cuando le volvieron á despertar nuevos golpes, é irritado de que no le dejasen dormir, creyendo que era su patrona, la echó furiosa noramala, encargándole que no permitiese entrar á nadie, y que dijese á todo el mundo que no estaba. Pero los golpes se repitieron sin contestarle una palabra, hasta que el

cuitado se levantó y se adelantó refunfuñando hasta la puerta. Abrióla mas bruscamente de lo que competia, y el primer objeto que se le presentó fué Catalina, la cual se le echó al cuello, prorrumpiendo en frases entrecortadas y sollozos. La mujer que la acompañaba permaneció en pié á la entrada del cuarto del poeta. Rojerio hubiese preferido una puñalada. Los escesos de una mujer fuera de tiempo aburren por lo comun hasta el punto de conseguir un resultado del todo opuesto al que ellas se proponen.

—Ya estoy contenta, (dijo por fin la aturdida platera, desprendiéndose de Pimentel, que no deseaba otra cosa)... le he visto á V.... me voy.

—Pero, señora ¿y qué necesidad habia de hacer semejantes cosas?

—¡Qué necesidad! para V. ya se vé que no.... ¡Ingrato! Nunca creyera que fuera V. así..... Me vé llorar y no me dice una palabra; me vé aflijida, porque me ha olvidado, y no me consuela

siquiera con una mentira..... Léjos de quedar satisfecho de mi pasion , todavía me riñe porque se la manifiesto.... Har- to me sé de que dimana todo..... V. te- me que se sepa mi presencia en esta casa; y para no tener que dar cuenta de ello á otras, me hubiese hecho cerrar de buena gana la puerta.... Pero pierda V. cuidado, esta es la última vez que le doy á V. á conocer que le quiero: tam- bien sabré hacerme la reservada.... Que V. lo pase bien.... vamos , Francisca...

Y dejando á Rojerio sin saber que hacerse, si incomodarse, si reirse, sa- lióse de su cuarto la platera mas seria y empeñada que un majadero cuando quie- re echarlas de hombre de formalidad y carácter. Pero apenas acababa de salir, topó con ella la despesera de Pimentel, la cual venia riendo y diciendo á su huésped :

—Vamos, señor Rojerio, que hoy es dia de correo : ya tiene V. otra carta.

—¡ Como otra carta ! (dijo Rojério so- bresaltado.)

A estas palabras la loca Catalina retrocede, y llevada de un movimiento de celos, conociendo que la letra del sobrescrito era de mujer, se lanza sobre la carta que Pimentel iba á recibir, y va para abrirla con pasmo de la despesera y la nodriza, que se quedan petrificadas; pero Rojerio la ase de un brazo, dándole con la otra mano un zarpazo más brusco de lo que habia sido el suyo, se lleva la mitad de la esquila, y antes que pueda enseñorearse de la otra mitad, la maligna muchacha se la mete en la boca, la masca y aprieta sus quijadas con una fuerza que remeda la del *trismus* (1). Obstínase Rojerio en que le dé el pedazo de esquila; obstínase Catalina en no dárselo, las dos mujeres se interponen, los separan, y la platera consigue escabullirse desgñada y con la mantilla á vuelo, posesora de los secretos de

(1) *Trismus*. Síntoma de ciertas enfermedades, en las cuales los pacientes presentan tan violentamente contraídos los músculos de las quijadas, que no hay con frecuencia poder para hacerles abrir la boca.

Pimentel. Abrió este entonces la mitad de la esquila que le quedaba y, como ya le habia parecido, era la letra de Concha. He aquí lo que pudo leer:

*que se ha descubierto
a cochera de con-
ja de venir hasta se-
iso.*

ya

CONCHA.

La carta estaba rasgada diagonalmente, y no permitia sacar en claro su verdadero sentido. Mas como las desgracias se adivinan siempre por pocas insinuaciones que las indiquen, Rojerio no dejó de persuadirse que habia sido descubierta su entrada en la cochera y jardín de D. Severo. Las maldiciones que echaba á la platera por haber osado apoderársele de aquella esquila no pueden tener cabida en este relato, y desde ahora puede esperarse el lector que su

rompimiento con esta aturdida ya es asunto concluido.

Fácil es de adivinar que con todas estas cosas, por mas fatigado que se sintiese no se volveria Pimentel al catre; y en efecto, sumamente desazonado de lo que acababa de hacer Catalina, y sobremanera inquieto de la suerte de Concha, si realmente su marido habia llegado á descubrir la presencia de su rival en su jardin y su entrevista con su esposa, no solo no le consintieron poder pegar los párpados, sino que ni le dejaron permanecer en su guardilla sin una violenta agitacion, la cual no le fué dado acallar, sino saliendo inmediatamente para llevarse por los alrededores de la casa del banquero, por si hallaba á María que le sacase de zozobra.

CAPITULO XXI.

Á PÍCARO, PÍCARO Y MEDIO.

Ya no te temo, maldito es-
pia, dentro de veinte y cuatro
horas te he de hacer embarcar
para América ó no me llamo
Maria. Así aprenderás lo que
es hacérselas á una mujer.

Efectivamente, la carta que no habia
podido obtener toda entera Pimentel era
una esquelita de Concha en que le anun-
ciaba que se habia descubierto su en-
trada en el jardin de su casa, y que pa-

ra conjurar la tempestad que les amenazaba era preciso abstenerse por aquel día de nueva entrevista. Domingo, uno de los negros, á quien ya ha visto el lector en otra parte desempeñar con celo el papel de espía de su amo, percibió el ruido de los cerrojos de la puerta cochera cuando María puso en el callejon á Pimentel. Estúvose largo rato escuchando profundamente para cerciorarse mejor de lo que le habia alarmado; hasta que por fin se decidió á levantarse con objeto de ir á dar un vistazo á la cochera de donde le parecia haber venido el ruido que le sobresaltára. Salióse de su cuarto sin vestirse ni decir una palabra al otro negro que estaba roncando á su lado: tomó una lámpara que ardia todas las noches en una salita inmediata y bajó sijilosamente á la cochera. Siguió todos sus escondrijos, asomó su aplastada cara á las ventanillas de los coches, luego se trasladó á la caballeriza y en ninguna parte pudo descubrir la menor señal que

justificase sus sospechas. Ya se preparaba á retirarse, cuando vió en el suelo de la cochera pisadas de botas, muy notables por haberse impreso en el polvo los pies mojados. Alegróse su maligno corazón con este hallazgo, y empezó á hacer esplicacion de esta malicia combinadora que tanto distingue á los salvajes. Estas pisadas formaban doble rastro en opuesta direccion; algunas se confundian casi enteramente con otras; otras no alcanzaban sino la mitad de las opuestas; las mas, con todo, se veian enteras y aisladas. Eran estas de hombre y de un tamaño regular que indicaba el pié de un jóven. Al lado de estos rastros se descubrian pisadas mas pequeñas, estampadas con un órden análogo; sin embargo, solo dos en opuesta direccion habian humedecido el polvo, siendo de notar que las que conducian desde el postigo de la puerta cochera al interior iban perdiendo en humedad á proporcion que se interna-

ban. Era muy presumible que fuesen estos rastros las huellas de una mujer.

Con la lámpara en la mano el africano se fué siguiendo los rastros de estas huellas, y en el fondo de la cochera halló que formaban una delta á la manera de ciertos rios. El brazo mas considerable se introducía en el jardin; el otro ganaba la escalerilla que comunicaba á los cuartos bajos de la casa, perdiéndose á los diez escalones. Luego que hubo visto el fin sensible de este brazo, el negro retrocedió y se puso á seguir el otro; abrió la puerta del jardin y vió en la arena apisonada del caminillo que le venia en frente, la continuacion del rastro que iba siguiendo. Ensanchando sus piernas y muslos, como el coloso de Rodas, fué adelantando en esta postura por no borrar con las suyas las pisadas que formaban el objeto de su minucioso eesámen, y así se condujo hasta la glorieta. Nuevas observaciones allí; mayor confusion de pisadas, menos fija direccion, y aunque no estaban muy

bien estampadas en la arena, pudo conocer muy bien que las huellas mas menudas no eran las mismas de los rastros anteriores, de las cuales ni siquiera percibió una dentro de la glorieta.

A cada descubrimiento que iba haciendo, daba Domingo una muestra expansiva de su satisfaccion feroz. Su lámpara arrojó su luz hácia el sendero que conducia á una escalinata, por donde se subia desde el jardin á una galería, y descubrió tambien allí nuevos pisadas. La misma confusion, la misma variedad en su direccion y tamaño; mas entre estas no habia pisadas de hombre. Lo que es en la escalinata no habia ninguna huella, habiendo dejado la lluvia limpias las lozas.

Ya que tuvo el etíope conocimiento de todas estas circunstancias, se puso á recoger ideas, y sentado en la lanza de un coche se dijo de esta manera :

— Por la escalerilla escusada ha bajado María y ha abierto el postigo de la puerta cochera á un hombre que ha

de ser un elegante á deducirlo por la forma de sus botas: le ha conducido á la glorieta del jardin, donde ella no ha entrado, marchando luego por el otro caminillo al encuentro de mi ama, la cual la estaria aguardando en su cuarto. Esta ha bajado al jardin; ha entrado en la glorieta, y conforme me lo indica la confusion y profundidad de algunas pisadas que se ven en ella, se han abrazado y han tenido largas y ajitadas pláticas: despues ha bajado la doncella, el ama se ha vuelto y aquella ha conducido al hombre á la calle. Cerrado el postigo, cuyo ruido ha llegado hasta mí, se ha metido en su cuarto pasando por la escalerilla.... ¡Hola! aquí hay trampa.... es menester que el amo sepa todas estas cosas. ¡Cáspita! ¡y como se abusa de su enfermedad! ¡le están haciendo una traicion horrible! ¡La pícara de la doncella! la gazmoña de mi señora! ¡Por vida de.....! Muchos meses me cuesta de vigilancia, pero al cabo he salido con la mia. Sin embargo no tengo bastante con

esto : para que un pobre negro sea creído de los blancos es menester que diga una verdad muy grande, muy manifiesta, y para que en vez de mi libertad no me apliquen un bocabajo, acabemos de informarnos mejor.

Diciendo esto ganó la escalerilla y se volvió á su guardilla, despertando al entrar al otro negro, á quien hubo de dar esplicaciones por cuanto este cuidado todo lo sospechó menos lo que acababa realmente de practicar; sospechó que viniese del cuarto de su querida la negrita; pero sabiendo que esta no le podia tragar por su mal jenio se tranquilizó, y sospechó que se entendia con la doncella de quien estaba ferozmente enamorado, y tuvo tambien que desechar esta idea por no creer que la donosa María correspondiese á un mónstruo de fealdad como Domingo, africanamente feo. Ya que no esto, sospechó que acaso su ama le dulcificaba de noche con sus halagos las penas y abyecciones que suportaba durante el dia :

el negro habia visto muchos ejemplos de estos en la Habana, y no le hallaba tan imposible. Sin embargo, esta sospecha no le pudo satisfacer cuando pensó que Concha no amaba á su marido, segun él, menos feo para una blanca; y rodando siempre sobre que habian de ser trapicheos la salida de Domingo de su cuarto la dió entonces en que alguna criadota rolliza se entendia con el vigoroso etiope. La feadtad de Domingo fué tambien causa de que Pablo no se contentase con este pensamiento. Y como Domingo echase un asqueroso erupto, cuyo vinoso baho llegó hasta la nariz de su compatriota, sospechó por fin que Domingo se aprovechaba de la soledad y silencio de la noche para asaltar la bodega de su amo, una de cuyas puertas se abria en la caballeriza. Esta idea le satisfizo completamente, ya por el olor de vino con que apestaba, ya por su acreditada pasion á emborracharse. En efecto, al pasar por la cocina el buen negro habia echado un soberbio trago con

que apuró un porron olvidado sobre una mesa. Pablo se durmió con la idea de contar á su amo la picardiguela de su camarada, y Domingo con la de acabar de enterarse de la desgracia de Don Severo.

Apenas amaneci6, fuese Domingo al encuentro de la negrita, encargándola que le proporcionase zapatos viejos entre los cuales hubiese uno de su ama y otro de la doncella, todo lo cual le trajo la graciosa negrita á los dos minutos, porque Domingo ejercia sobre ella y sobre Pablo una cierta autoridad. Alegre con sus zarandajas, el africano se bajó al jardin por la cochera y acomodó los zapatos á las pisadas marcadas en la arena, y cual fué su gozo cuando echó de ver que las huellas solo se ajustaban exactamente á los zapatos viejos de su ama y la doncella. Ya no necesitaba mas; su teoría quedó realizada, y desde aquel momento se propuso sepultar en su pecho el secreto hasta saber quien fuese el jóven que se atrevía á soplar la dama

á su señor. A poder obrar á sus anchuras, partiérase para la habitacion de Pimentel, por ver si de un modo ú otro podria hacerse tambien con su calzado para acomodarle á las pisadas de hombre; pues ya no dudaba que era el rival del banquero el que se habia introducido en su jardin.

Pablo madrugó tambien, y sorprendiéndole cuchicheando con la negrita se enceló volviendo á su primitiva idea sobre que habian pasado los dos juntos algunas horas de la noche. Y solo pudo tranquilizarle la inocencia, la sencillez con que la pobre africana le refirió la demanda de Domingo, y como habia pasado la noche: en efecto habia velado junto á la cama de Don Severo. Y como viese luego que su compañero andaba colocando zapatos viejos en la arena del jardin, haciendo mimos y riendo, volvió á confirmarse en la idea de que habia sido allanada la bodega de su amo.

Mientras esto, acertó á pasar por la galería la doncella, á la cual llamaron Pa-

blo y la negrita para hacerle advertir la estraña ocupacion del cochero, estendiéndose Pablo sobre sus observaciones de la noche. Una cabeza de cada-
ver que hubiese asomado poco á poco con una luz verde á la cabezera de su cama no hubiese helado tanto la sangre de María como lo que acababa de ver y oír. Una ojeada le bastó para ver los rastros y comprender cual era la idea que tenia ocupado al maligno negro. Dueña sin embargo de su conmocion, la supo disimular, y, lo que es mas, substituirle una actividad y destreza diabólica para conjurar todos los planes del espía. Despues de un rato de silencio, se volvió á la negrita que esperaba una respuesta, diciéndole :

—He aquí porque no he encontrado vino en la despensa, y porque estaba abierta la bodega : este tunante se lo ha zampado todo. No nos faltará broma esta mañana.

En seguida procuró alejar testigos de sus actos, dándoles diferentes ocupacio-

nes, y apenas se hubo alejado Domingo del jardin y de la cochera, se fué á borrar todas las huellas, á apisonar la arena y revolver el polvo. Hecho esto dijo á su señora que era de parecer que Rojerio no se presentase aquella noche al jardin, que ella habia notado alguna cosa en el cochero, y que por ventura se les preparaba una celada. Concha, aunque algo sobresaltada por lo del sueño de su marido, despreciaba los temores de la doncella y queria seguir adelante con su empeño; mas María insistió, le esplicó lo que habia visto, lo que le habian dicho los otros dos negros, á todo lo cual Concha empezando á mirar la cosa bajo un aspecto mas sério y alarmante, acabó por prolongar su plan y escribir una esquela á Pimentel á fin de que suspendiese por aquella noche su venida. Una vieja confidente de María á la cual queria esta como á su hija fué la dadora de dicha esquela.

Pero no se contentó con esto, ni se durmió en las pajas. Al cabo de una ho-

ra de su susto, oyendo que Domingo estaba cantando en la caballeriza, limpiando los caballos de su amo, se trasladó á su lado y empezó á trabar conversacion con el etíope. Al verse solo con ella en aquel sitio, el lascivo africano se sintió derritir al poderoso fuego de las miradas de María, de la cual estaba, como hemos dicho ya, furiosamente enamorado; y olvidándose de todos sus proyectos, la empezó á requebrar groseramente, y á tomarse libertades de palabra que apenas consentian á la muchacha disimular la repugnancia que le causaban. Interesantísima estaba María á los ojos cínicamente revueltos del africano: andaba todavía de trapillo, sin haber cuidado mas que de su peinado; cubriále un pañuelo grande las espaldas, y como ella dejase de sujetarle, se caia con los movimientos de sus brazos y monadas de su cuerpo y ponía de manifiesto un pecho blanco, mádido y divinamente contorneado, verdaderamente tipo de los pechos de una bella catalana. Ya que

le tuvo María bastante embriagado de concupiscencia, trató de embriagarle con otra cosa mas favorable á sus designios. Atravesó la caballeriza, abrió la bodega y se metió en ella seguida del negro, el cual olvidó sus caballos, atraído á la vez por los encantos de la doncella y el olor de los toneles. Sin embargo no atreviéndose á entrar, se quedó en la puerta requebrando á la jóven de una manera mas atrevida: la taimada se sonreia, finjia no entenderle, y entretanto llenaba botellas de un esquisito vino, cuyo aroma, entrando por las aplastadas narices del africano, le ecsaltó hasta el punto de hacerle avanzar y pedir á la bella, cuando no un abrazo, un trago.

—Lo que es un abrazo (dijo la ladina doncella) aunque cosa mia, no te lo quiero dar; pero un trago....

—Pues bien, ¡venga un trago!

—Dariátelo de buena gana; pero ¿y si el amo llegase á saberlo?

—¿Qué ha de saber el amo? estamos solos, nadie nos vé, y lo que es yo no

digo nada, aunque me quebranten los huesos; vaya, ¡ venga un vaso de este precioso licor!

—Mira que nos van á ver....

—¡ Qué nos van á ver, señora! ¡ bebamos los dos una botella, bebamos!

—¡ Dios me libre de catar ni una gota siquiera! ¡ á estas horas! bebe tú.... vamos.... despacha....

No lo dijo á sordos la rapaza, pues el etíope se encajó un vaso sin resollar, parando otra vez para que María se lo llenase. Mas ya se habia salido esta fingiendo mirar aquí y allá por si acaso venia alguno, y aprovechándose de su ausencia, Domingo se llenó cuatro y cinco veces el vaso con el chorro del tonel deramando la mitad por el suelo con la precipitacion que llevaba por no ser sorprendido infraganti. El vino era añejo y espumoso, y como el bárbaro estaba de vino hasta el gollete, cojió una borrachera tan pronta y fuerte que á los pocos ratos de haberse alejado la doncella ya no habia hombre. Sin tener ya

tino siquiera para dar vuelta á la llave del tonel se salió de la bodega, ahullando ¡María! ¡María! y con pasos vacilantes, bamboleando como una caña que ajita el viento, se vino á caer tan largo como Dios le hizo á los piés de los caballos.

Hallábase en el jardin la astuta María sin saber que resolver: bien oia los gritos roncós y vinosos del emborrachado, pero á propósito le dejaba libre de la bodega, á fin de que la borrachera fuese profunda. Era necesario sofocar á todo trance el secreto de la entrada de Rojerio en la casa de D. Severo, y ya que Domingo parecia haberle descubier-to, puesto que habia de acarrear su revelacion grandes catástrofes, el negro habia de morir. Esta fué la primera idea que le vino á la terrible doncella, y llena de esta idea diabólica le emborrachó para poderle envenenar mas fácilmente. Mas luego que le tuvo privado de conocimientos y de fuerzas, se halló sin veneno y sin valor para dárselo, y casi se arrepentia de haberle hecho caer en tal

estado, horrorizándole el pensamiento de que lo había hecho para asesinar á un hombre. Sin embargo Domingo sabia el secreto : su borrachera habia de tener un término, y este término era el principio de la agonía de dos mujeres y quizá de un hombre. En este conflicto, el demonio le sujirió otra idea : « Pablo está enamorado de Frasquita, la negra; sus celos le ciegan; si le digo que he sorprendido á Frasquita en los brazos de Domingo, la muerte de este es segura... Manos á la obra, «pero apenas habia adoptado este plan se suscitaron una infinidad de obstáculos invencibles. Y si la pobre Frasquita es la primera víctima del furor de Pablo... y este infeliz de todos modos no ha de ir al patíbulo...» Horrorizada tambien de tal proyecto le abandonó y se quedó desesperada, por no saber que hacerse de su funesto espía puesto bajo su poder como bajo el del verdugo el reo.

No debia de ser el demonio el que debia inspirar á la doncella los medios de

salvacion en tan críticas circunstancias. Tampoco podia ser un ángel, por cuanto, al fin, se habia de encubrir un hecho que tenia una levadura de delito y los ángeles nunca fueron protectores de los delincuentes. Habia de ser uno de aquellos espíritus que no pertenecen al cielo ni al infierno, pero que tampoco pertenecen á la tierra sino á su atmósfera, mas allá de los campanarios y las cimas de los montes, donde revolotean invisibles, dando desenlace feliz á las escenas críticas en que amaga alguna desdicha á personajes buenos, aunque extraviados por una grande pasion, prescindiendo en aquel momento si son ó no criminales, como prescinden los naturales de un pais hospitalario de si lo son ó no los náufragos extranjeros que se acogen á sus playas. Uno de estos espíritus que no me parecen del todo fantásticos vino en socorro de María, la cual se dijo:

— Pablo y Frasquita están en la idea de que esta noche Domingo se ha em-

borrachado: nada mas fácil que hacer creer que lo que ahora tiene, viene ya de la noche: así que, antes de saber D. Severo lo que este tunante intente decirle, ya estará prevenido contra él. Tengo dos testigos que probarán sus desacatos; por otra parte él no puede probar nada: las fatales huellas ya no existen, los zapatos no prueban nada... Ya no te temo, maldito espía, dentro de veinte cuatro horas te he de hacer embarcar para América; ó no me llamo María.... Así aprenderás lo que es hacérselas á una mujer.

Hecha esta determinacion volvióse á entrar en la caballeriza; tomó la llave de la bodega, sumamente alegre de verla inundada de vino rancio, y pasando rápidamente junto al cuerpo del etíope aletargado que la llenó de miedo, se escabulló sin que nadie la descubriese. A los pocos ratos salióse del cuarto de su señor, mandando á una criada á la bodega por una botella de vino rancio, y aun no se habian pasado tres minutos,

cuando esta criada subió azorada corriendo, y alarmándolo todo á causa de las grandes novedades que acababa de ver en la caballeriza. Al punto se trasladaron á este sitio María y toda la servidumbre, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que el borracho Domingo, al cual hallaron como un tronco revuelto en la inmundicia que habia vomitado, era la causa única del espantoso desórden de la bodega. Semejábase el infeliz á una sanguijuela que vomita la sangre que ha chupado en el plato de ceniza donde la dejan, y al verle en tan lastimero estado, empezaron los criados y lacayos á mover á sus espensas una algazara bulliciosa, que llegaba hasta el aposento donde reposaba su señor: levantáronle del suelo; se lo llevaron en andas, y como les quitase las fuerzas la risa, se caian por la escalera, lastimando los lomos, cabeza y espaldas del miserable, sin que este por otra parte diese la menor muestra de dolor, siendo

así que no era mas que un difunto de taberna.

Rato hacia que Don Severo estaba oyendo desde su cama un rumor sordo, como de una turba que se divierte, y mas de una vez habia preguntado á Concha en que consistia este rumor, sin que esta se lo pudiese explicar tampoco. A medida que la servidumbre iba subiendo al africano amodorrado, se percibia mas clara la chacota que iban haciendo, enteramente olvidados del estado de su señor. Ya que estuvieron en los cuartos bajos, salió Concha del de su marido para ir á poner coto de su parte á tamaño zipizape, y enterarse al propio tiempo de lo que podia promoverle. Adelantóse María, y sin que nadie la presumiase autorá de semejante borrachera, dijo en voz baja y con una mirada significativa á Concha “¡ya estamos salvadas!” A la vista de su señora, en cuyo rostro no se percibió ninguna señal que aprobase tanta bulla, moderáronse las criadas y lacayos; Domingo quedó ten-

dido y encerrado en su cuarto, y toda esta trápala se convirtió en una quietud y orden dignos de la casa de un enfermo. Concha, á la cual ya estaba llamando con impaciencia Casavella, regresó á su cuarto no sin la zozobra que le estaba dando el peligro que acababa de pasar.

— Pero ¿qué viene á ser esta algazara? (preguntó de nuevo el banquero).

— Tus criados (contestó Concha) que se divierten á espensas de ese infeliz Domingo.

— Domingo, ¿y qué está haciendo este bruto?

— Tonterías.

A este punto de conversacion entró María y dijo:

— ¿Qué quiere V. que esté haciendo? aprovechándose de su enfermedad de V., ha sabido allanar la puerta de la bodega, y menudeando los brindis á discrecion, nos ha cojido una turca que no le arrienda la ganancia. Y lo que es peor, la misma borrachera no le ha dejado cerrar

la bota, y la bodega está hecha un mar de vino rancio.

— ¡Mala pascua le dé Dios y sea la primera que viniere! ¡negro de Barrabás! ¡maldita sea su afición al vino! ¡qué no pueda arrancarle de cuajo este abominable vicio! Decid á Pablo que le arrime acto continuo un bocabajo.... y duro en él, sin compasion. ¡Por vida de.....! ya puede dar gracias á mi enfermedad.... no tendria ganas de emborracharse otra vez á espensas de su amo.... ¡Bruto!.... ¡no lo digo yo....! si esa canalla de negros no merece sino palo, y despues palo, y siempre palo. Peca, como hay Dios, quien les tiene un adarme de compasion.

A pesar de que tenia hartos motivos para estar quejosa de él, Concha se esforzó en disculpar al pobre etíope, y María hubo de salirse del cuarto de su amo verdaderamente conmovida. El mal que se habia visto precisada á hacer para evitar un grande conflicto en la casa, mas funesto para su señora que para

ella, no tenia mas disculpa á sus propios ojos que la terrible necesidad de conjurar este trastorno. Pero su tarea no estaba cumplida mas que á medias : aunque todos habian caido en el lazo preparado por la astuta doncella, al disipársele la modorra, Domingo podia aclarar mucho el asunto y comprometerlas de nuevo. Era pues indispensable proseguir el proyecto hasta su fin, y hacer embarcar al africano antes que pudiese sacar del buche su fatal revelacion.



CAPITULO XXII.

TRAVESURAS DE MARÍA.

—¡ Que mala eres María!

—¡ Para quien lo soy!

Mientras estaban acaeciendo todas estas cosas en la casa del banquero, rondaba ajitadísimo Pimentel por las inmediaciones, ansioso de saber en que habia parado el negocio, y hubo de retirarse

al fin sin haber averiguado nada. Mas cuando llegó á su casa, encontró en la escalerilla á la nodriza de la platera, la cual le entregó una carta escrita de mano de esta, y de por junto un paquete donde habia las cartas, cabello y versos que Rojerio le habia dado.

—Ahí tiene V. (añadió la mujer) todos estos papeles, y me ha encargado la señorita decirle á V. que le devuelva todo lo que V. tiene de ella; que no se acuerde V. mas de su amor, y que le conteste V.

—El último encargo alabo (repuso sarcarronamente Pimentel, mas que satisfecho del desenlace que habian tenido sus episódicos amores). Dígale V. á esa señorita que está bien, y la prueba de que ya empiezo á no acordarme de ella es que ni ya escribiré la carta que me pide.

—V. hará lo que mejor le parezca; pero es lástima que esto haya terminado así : ¡ella le quiere á V. tanto! ¡está tan desfigurada que no la conoceria V.! yo

ya se lo he dicho : no haga V. niñadas , mire V. que será peor ; no ha querido creerme y ya se ha visto el resultado.

—Suba V. y le daré lo que pide (contestó Pimentel , no sintiendo las menores ganas de prolongar semejante plática).

La mujer le siguió , soltando espresiones que revelaban sobradamente las grandes disposiciones en que estaba la platera de hacer las paces ; pero resuelto Rojerio á aprovechar la ocasion de deshacerse de un amor que le importunaba , nunca replicó la menor cosa , y depuso en manos de la mensajera lo que le demandaba Catalina. Y así que se hubo marchado aquella , abrió la carta , y no sin alguna conmocion encontró incluso el pedazo de esquela que no le habia podido arrancar á viva fuerza. Aunque mojado de saliva y machacado , todavía pudo leer algo de lo que decia , y alcanzó á sacar en claro el sentido de

la esqnela. He aquí lo que se leía en este pedazo :

*Rojerio mio , creo
tu entrada en l
siguiente de
gundo av
tu*

Aunque esto no le dejaba la menor duda sobre lo que tanta zozobra le habia dado, no pudo menos que tranquilizarse cuando se creyó con suficientes datos para pensar que seguramente esperaba Concha salir airosa de este paso, puesto que no se traslucía de su escrito ninguna agitacion. No fué menos tranquilizadora la vista del fragmento en cuestion, ya que nada podia deducirse de su ningun sentido, tanto mas cuando ya estaba bien cierto Pimentel de que no conocia Catalina de quien fuese aquella letra. Acalladas todas sus zozobras, se puso á leer la carta de Catalina, la cual parecia escrita con jeroglíficos chi-

nos, y estaba de todo punto ininteligible. Sin embargo, á fuerza de leer y meditar pudo Pimentel sacar en limpio lo mismo que ya le habia dicho de palabra la mensajera, con la sola añadidura de unos cuantos títulos de falso, ingrato, farsante, seductor y otros de la misma cuerda, sosteniendo la justicia de todos estos lisonjeros dictados, con la letra de mujer que le incluía y el *Rojerio mio* que principiaba la esquila. Perdonóle Rojerio esta reaccion tan natural, y dejando su carta entre sus papeles, se quedó como el espectador de una comedia, cuando cae por última vez el telon de boca.

Desembarazado ya de todas estas cosas que le habian distraído de su objeto principal, se reprodujo las reflexiones que le habian ocupado durante la mitad de la noche. Su obstáculo mas insuperable era recoger al menos dos mil reales, sin los cuales, con toda su voluntad, se veía condenado á la inaccion mas completa. Ya casi estaba decidido á

aceptar la proposicion de Concha sobre apoderarse de los aderezos y de los cincuenta mil pesos con que habia dotado Casavella á su mujer, cuando una idea luminosa vino á sacarle fuera de sí de puro gozo. Acordóse que Concha le habia dicho alguna vez que habia de cobrar el dia en que se casase 20,000 rs., cantidad que era suya y de la cual se podia disponer, sin que á la calidad de raptor pudiese asociar la sociedad escandalizada la de ladron doméstico. Resuelto ya el espinoso problema que le tenia tan inquieto, empezó á sentir que no pudiese verse con Conchita la noche inmediata, puesto que ya consideraba como realizable su atrevido proyecto de robarla y de llevársela á paises extranjeros. Bien hubiese querido poner manos á la obra sobre la marcha; mas ya estaba persuadido que sin adelantar alguna cantidad le era absolutamente imposible obtener ningun resultado, y hubo de resolverse á aguardar otra cita para pedir dinero á Concha.

Lleno de estas ideas, dejó Rojerio pasar aquel día y la mayor parte del siguiente, sin ocuparse en nada mas que en su ordinario trabajo. Y á la caída de la tarde preparábase para salir á dar un par de vueltas por la rambla, cuando se le presentó María á cuya inesperada presencia no pudo menos que formar tres ó cuatro pensamientos.

—¿Qué me traes María? (le preguntó sin volverle el saludo ni hacerle tomar asiento) ¿qué hay de nuevo? ¿qué ha sido esto? ¿en que ha quedado el asunto? ¿cómo está Concha? ¿sabe algo Don Severo?....

—¡Jesus! y que de cosas me pregunta V. á la vez, (dijo María, sonriéndose tristemente), este es el modo de no saber nada. Cálmese V. por Dios; pregúnteme V. todo lo que tenga á bien, pero aguarde V. mi respuesta y vuelva á preguntar.

—Pues bien, dime ¿cómo estamos? ¿y el banquero?

En esto María le refirió todo lo que

llevamos dicho en el capítulo antecedente, por lo que toca al descubrimiento de su entrada en el jardín de Conchita. Rojerio palideció desde el principio de este relato, y anduvo escuchándolo con una ajitacion harto evidente, para que dejase María de apresurar el desenlace hasta entonces favorable. Mas Rojerio no supo contenerse, al creer que todos los esfuerzos de María para salvar á su ama del iminente peligro en que la habia puesto la malicia de Domingo se reducian á haberle emborrachado, é interrumpió su relacion de esta manera :

—Pero, María, ¿y has podido creerte que con esto ya has conjurado la tempestad? ¿Puedes hacerte la ilusion de que Don Severo no tendrá noticia de mi entrada en el jardín de su casa?

—Yo no sé de fijo si Don Severo tendrá ó no tendrá al cabo noticia de esto, y, si he de hablar francamente, creo que es muy difícil que no olfatee alguna cosa; pero de todos modos las palabras de Domingo no tienen ya ninguna fuerza,

porque, vé V., su delacion debe ser precisamente sobre un hecho acaecido en la hora en que todo el mundo le cree asaltador de la bodega de su amo.

—No le hace, María; Domingo puede muy bien desbarrar con respecto á todo lo acaecido, desde que se le privó de la razon; pero su memoria no le ha de engañar en nada, relativamente á los hechos anteriores á su embriaguez. Y conociéndose víctima de tu astucia y manejo, ¿quieres que no se venga de semejante partida, contando el pan pan y el vino vino, sobre todo, cuando con el derrame del vino rancio se ha hecho merecedor de la furia del banquero?

—¡Y qué! ¿se figura V. que me dormí sobre mi primer triunfo? Está V. fresco.

—Pues bien, ¿qué hiciste? esto es lo que quiero saber, espílicate, sácame de pena.

—Escuche V. y no me interrumpa mas. Pues, señor, quedóse el infeliz como he dicho estirado en su cama; acabó

de vomitar barbaramente, y ha dormido hasta esta mañana como una marmota. El amo estaba irritadísimo contra él, y de todos modos quería que le arrimasen un boeabajo (1); como ni yo, ni doña Concha queríamos esto, mi señora intercedió en favor del pobre negro, y á duras penas se pudo conseguir que le librase de los latigazos. A cuantas reflexiones le estaba haciendo doña Conchita con aquel modo tan dulce que conforme V. sabe le es tan natural, Don Severo replicaba : « ¡No! á esa canalla no se les debe perdonar nada; cuanta mas compasion se les tiene peor: ¡palo y siempre palo! este es el único medio de sacar partido de esos brutos.» Mas al fin tanto rogó Doña Concha, que los palos no se aplicaron, conmutando la pena en quince dias de encierro á pan y

(1) *Bocabajo*. Castigo que en la isla de Cuba y otros puntos del mediodia de América dan á los esclavos negros, asiéndoles reciamente de una escalera de mano, y dándoles latigazos en las espaldas. A consecuencia de tan bárbaro tormento, algunos llegan á la muerte.

agua. Tampoco era esto lo que nos convenia, y yo hice de modo que Don Severo oyese á Pablo y á Frasquita sobre el particular. En efecto, llamólos á su causa, y estos infelices se presentaron mas muertos que vivos, sintiéndose un frio por las espaldas que les hacia temblaquear. Pablo, ya sea que quisiese merecer la voluntad del amo, ya vengarse de los celos que le inspiraba Domingo, le espetó de pe á pa, y no sin alguna cosa de cosecha propia, todo lo que habia observado desde la noche, diciendo tres ó cuatro veces que era inaguantable el olor de vino que arrojaba Domingo cuando se volvió á la cama. Aquí fué Troya. Las acusaciones de Pablo y de Frasquita volvieron á encender de furia al señor de Casavella, y empezó á gritar— «¡ Concha! no tienes que cansarte; no te intereses por ese bribon, por ese borracho que ha tenido la osadía de asaltar á media noche mi bodega, y que no contento aun con el vino que se habia engullido, ha vuelto esta maña-

na á lo mismo y me ha echado á perder mi tonel de vino rancio : esto es mas que emborracharse , esto es ser ladrón doméstico , desperdiciador ; esto merece mas que cincuenta palos. ¡ Qué no se presente mas ese bárbaro á mi vista , no podria impedirme que le arrojase lo primero que me viniese á las manos !.... Pablo , véte inmediatamente al almacén , infórmate de su director si hay alguna embarcación pronta á hacerse á la vela para la Habana , y si la hay , que me mande cuatro robustos marineros á mi casa. » Pablo partió sin perder momento , el miedo le daba alas y en menos de siete minutos ya estaba de vuelta , diciendo que habia una goleta pronta á salir sin aguardar mas que viento favorable. — « Está bien (repuso el amo) , véte ahora á la capitania general y en mi nombre pide al secretario por dos mozos de la escuadra. » Inútil es decirle á V. que ni Doña Concha , ni yo nos oponíamos , con el menor jesto siquiera , á semejantes preparativos , pues-

to que todo nos iba á pedir de boca.

—¿ Y está ya embarcado?

— Calle V., déjeme V. hablar. Mientras estábamos aguardando la llegada de los marineros y mozos de la escuadra; he aquí que se nos presenta el maldito médico de cabecera, y como si lo hiciese á propósito para perdernos, encontrando á Don Severo acalorado sobre lo de Domingo, empezó á darle con que no debia incomodarse por una cosa tan natural como el emborracharse, y vuelve que muchos grandes hombres se emborranchan, especialmente en Alemania é Inglaterra, y torna que el incomodarse es malo, y daca que Domingo le conviene muchísimo por su acendrada fidelidad; y todo con tanto empeño, que ya estaba Don Severo para disponer todo lo contrario de lo que habia mandado á Pablo. « ¡ Por vida de.... ! (dije rabiosa), que ese pelucon de medicastro, me haga dar al traste con una cosa tan bien pensada; » é hice una diablura.

— ¡ Pero muchacha!....

—Calle V. : de un salto me trasladé al almacén; supe que el buque no debía marchar aquel día, volé al encuentro del capitán, y le dije, suponiendo ser cosa de Don Severo, que suspendiese hasta el amanecer del día siguiente lo de los marineros; lo propio hice con los mozos de la escuadra. Hecho esto, vijilé al negro todo el día y gran parte de la noche, y él nada, siempre dormido como un tronco. Esta mañana ya estaba algo despejado, y haciendo de modo que nadie me viese, me he metido en su cuarto con una botella de aguardiente, y como estaba solo le he llamado, le he hecho oler el aguardiente, á todo lo cual me ha contestado con algunas palabras confusas y mal articuladas; ha entreabierto los ojos encendidos como un tomate, y alargando el brazo se ha encajado de un tiron media botella, derramando la otra mitad sobre su cara y pecho: yo he cojido la botella y dejándola caer al lado de su cama me he escurrido.

—¡Qué mala eres, María!

—¡Para quien lo soy!.... Una hora, poco mas ó menos, ha pasado desde esta nueva borrachera, cuando he aquí á los marineros y á los mozos de la escuadra: un criado les ha anunciado, y yo he dado noticia de ello á Don Severo. Figúrese V. mi espanto, cuando le he oído decir con toda calma: «diles que pueden volverse, que por ahora no los necesito.....» No habia momento que perder y el diablo me ha sujerido una idea. Hace V. muy bien en no quererlo (le he dicho disimulando mi agitacion), porque así como así, el pobre no se habia de poder tener en pié. — «¡Cómo eso! (ha repuesto el amo vivamente); ¿está borracho todavía?» ¡Toma! (le he dicho entonces con toda mi malicia) ahora mismo acabo de pasar por delante de la puerta de su cuarto, y un olor fuertísimo de aguardiente que da jaqueca me ha hecho asomar la cabeza, y le he visto mas emborrachado que ayer, bañado de aguardiente y con una botella

hecha pedazos en el suelo : sin duda esta noche ha vuelto á hacer de las suyas. — « ¡ Qué estás diciendo, María ! (ha exclamado el amo, sacando fuego por los ojos). ¡ Otra borrachera hoy ! ¡ Con que este condenado perro (1) me roba todas las noches !.... Que se lo lleven ; que le arranquen de su cama ; que le levanten á palos el pellejo hasta que no le quede gota de sangre. » Entonces D.^a Concha ha empezado á tranquilizarle , y sin hacer caso de mi amo, que me encargaba mas cosas para los marineros, me he salido volando de su cuarto, les he conducido al de Domingo, le han amarrado, y á duras penas se le han podido llevar, porque tiene una fuerza como un toro, y aunque borracho la tenia toda entera. Lástima daba oírle gritar, mientras se lo llevaban : con ser la autora de todo esto y con desear vivamente que ya estuviese embarcado, casi no podia resistir

(1) *Perro*. Con este caritativo apodo designan los amos irritados á sus negros.

á los gritos desgarradores que lanzaba. Sin duda preveía ya la suerte que le esperaba, é iba diciendo con una voz que me partía el alma : ¡Don Severo!..... ¡Don Severo!..... ¡perdon!..... ¡amomio!..... ¡María!..... ¡el jardin!..... ¡unos zapatos!..... ¡Don Severo!..... ¡todo lo sé!..... ¡que se me llevan!..... ¡traicion!... ¡un secreto!..... Figúrese V. como estaría yo que penetraba el sentido de todas estas palabras, objeto de risa y bulla para los marineros y mozos de la escuadra, que no veían en ellas mas que los desatinos de un borracho; como sea, llegaron á la calle donde les aguardaba una tartana, y colocando en ella al pobre negro se le han llevado á bordo : á estas horas ya está tal vez mas allá del mar de Tarragona.

—¡ Ah ! ¡ María ! muchas diabluras has tenido que hacer para burlar los proyectos de este miserable espía ; mas, ¿ qué quieres ? todavía no sé ver la tempestad conjurada. El negro ha de recobrar sus potencias y es imposible que

ya que no de palabra no haga llegar por escrito á su amo su funesta revelacion...

—¡ Si no sabe escribir !

—No importa : basta que lo diga en confianza al capitan de la goleta, y este escribirá por él.

—¡ Por Dios, Don Rojerio, no me asuste V. ! ¿ Qué cosas va á pensar ? ¿ Cómo quiere V. que con todo lo ocurrido tenga crédito cualquiera cosa que diga el negro ? ¿ Será mas creído un borracho que todos nosotros ?

—Muchacha, tú no conoces el alma de un celoso. Los celosos no creen nada sino lo que favorece sus sospechas..... ¡ Cuenta que Don Severo no llegue á pensar que esto haya sido una intriga de tu ama para alejar á un espía tan temible como Domingo ! Yo me temo mucho que le llame para dar esplicaciones.

—Ya es tarde para eso.

—Como sea, yo no vuelvo mas á tales horas al jardin de Conchita.

—¡ Como no !

—No, María : haz que Concha se vea

conmigo en otra parte; una imprudencia la ha puesto al borde del precipicio, que yo no veo cegado todavía, y no debemos cometer otra imprudencia que la habia de precipitar en él. Para un celoso una palabra basta; es una veta que le conduce á la esplosion de toda una mina. ¡ Oh! si ese hombre llegase á sospechar; si llegase á saber lo de esa noche... ¡ Dios mio!... ¡ pobre Concha!... ¡ oh no, no!... ¡ no es posible!... ¡ yo cometeria un asesinato!... ¡ yo la perderia!...

— ¡ Jesus! ¡ que espantadizo es V.! creí que los hombres tenian mas valor.

— María, se trata de los peligros que amenazan á Concha. Concha no puede batirse, no tiene otro recurso que devorar su desdicha en una casa de infamia, ó perecer secretamente, cuando no á la violencia de un pérfido veneno, al martirio cruel de un escarnio reproducido todos los dias bajo mil formas diferentes. Y antes que esponer á esa infeliz á tan horrible alternativa es menester sacrificarlo todo....

—Pero, señor, si V. se ecsalta sin ton ni son (y perdone V. que me tome esta libertad), ¿ Se le figura á V. que vendria yo á buscarle, si no estuviésemos bien seguras de que no se corre ningun riesgo?... En su esceso de delirio podria Doña Concha incurrir en semejante locura; pero yo.... yo....

Y aquí María mudó el color de su semblante y perdió el hilo de sus ideas.

—¿Qué quieres que te diga? no me decido.... no me puedo decidir.

—Es V. un.... no sé lo que iba á decir. Mi pobre señora, con tener mas motivos que V. para temer ser sorprendida, se arriesga á todo, solo por pasar una hora con V., y V. rebusca mil escusas y mil peros para negarse á ello.... Parece imposible.... No sé que especie de pasion tienen los hombres.... Me parece que cuando uno ama de veras no debe pararse en los peligros.... Pero en fin, puesto que V. no quiere.... puesto que es V. tan prudente.... se lo diré....

imitarémos su ejemplo.... serémos juiciosas.

— ¡Callarás, muchacha! ¿quieres hacerme perder la poca razon que me resta con tu ironía?

— ¡Yo! no señor, al contrario.... precisamente para que no la pierda V. me marcho, sin empeñarme mas en que se venga.

— No te vayas todavía; aguarda, necesito saber....

— ¿Y para qué saber? así como así no ha de salir V. de su prudencia.

— ¡Por Dios, María! no me hables de esta manera. Puesto que así lo quiere, dile que iré.... no haré falta.... Mas cuenta, María, con que no tenga que decirte con el tono mofador de tus palabras: ¿qué tal? ¡era prudencia ó miedo!

— No tenga V. cuidado, ya seré yo la que se lo diga, riéndome de sus aprensiones de V.

— ¡Ojalá que así sea! de buena gana soportaré todas tus chanzas, y he de darte cien abrazos como este, y otros tan-

tos besos por tu esmero en procurarnos una hora de felicidad, si consigues introducirme en el jardín y sacarme de él sin accidente alguno que comprometa á mi pobre Concha. Y mira lo que voy á decirte, amiga mia: tu celo, tu buen corazon me encantan; despues de Concha eres la mujer que mas quiero, la única que podria inspirarme una segunda pasion.... Si algun dia pierdo á mi Concha; si queda viudo mi corazon, ¿querrás recojerlo tú, bella María?.... ¿Me amarás como Concha?.... ¿Serás capaz de ello?....

Y mientras le estaba diciendo esto, la estrechaba entre sus brazos y la devoraba con la vista. La pobre niña, encendida como la grana y ébria de felicidad, no le dió mas respuesta que dos lágrimas, sin tener fuerza para resistir á las caricias, ni para dejar un sí en los oidos de Rojerio.

CAPITULO XXIII.

ADIOS PARA SIEMPRE.

..... ¿ Hay fuerza en tu co-
razon para esperar?

—Si.

—Pues ¡ adios !!!

—¡ Adios !!!

Seis horas despues de esta entrevista Rojerio ya estaba otra vez en la glorieta, esponiendo á su querida el plan que habia pensado adoptar y de donde se habia propuesto sacar los medios necesari-

rios para llevarlo á cabo. Alegróse Conchita de que se prestase su querido á sus pretensiones , y hubiese volado sobre la marcha á traerle por de pronto algunas joyas, á no impedírsele Rojerio, el cual, ora sea por la especialidad de su carácter que le hacia guardar para el dia siguiente hasta las cosas de mayor cuantía , ora por no tener fé en el buen éxito de lo que iba á emprender , se esforzó en persuadirla que no debia dar á tales circunstancias semejante paso , y que era mucho mas ventajoso para sus intentos preparar de dia las joyas que quisiese llevarse , de por junto con los veinte mil reales que le pertenecian. Convinóse en efecto que se practicaria de esta suerte, haciendo depositaria á María quien debia entregarlo todo á Pimentel. Pero presentábase una dificultad erizada de asperezas. Los veinte mil reales se hallaban bajo llave en las arcas del banquero, y no era fácil apoderarse de ellos, sin esponerse á que llegase á conocimiento de Casavella la intentona. Sin

embargo, Concha cuya violenta pasión la hacia capaz de todo, dió fácilmente con un medio de allanar estos obstáculos, guardándose empero bien de consultarle al poeta por prever que no se lo habia de aprobar.

Separáronse los enamorados dos horas despues que los gallos habian alborotado el ambiente de Barcelona. A la tarde de este dia una ropavejera secesajenaria estaba concertando en una tienda de la platería un aderezo de diamantes, y aunque regateaba el concienzudo platero como un judio, para alzarse con la joya tres cuartas partes mas barata de lo que costaria á su dueño, ya estaba decidido á tomarla por el precio que se la daban. Al mismo tiempo otra mujer, de alguna edad tambien, corrompia la conciencia de un honrado cerrajero, pagándole á peso de oro una llave que debia de hacer segun un modelo amoldado en cera, que esta mujer le habia traído.

Seis ó siete dias transcurrieron desde

estas cosas, en cuyo término solo se habian podido ver dos veces Rojferio y Concha, por cuanto la mejoría cada vez mas confirmada de su marido les escaseaba las ocasiones. Sin embargo su plan iba adelante; Pimentel manejaba dinero, ya tenia la promesa de un pasaporte para Don *Fausto de Linares* y su criado *Valentin Gomez*; un patron de la costa se habia comprometido en embarcarlos, luego de haber hecho un viaje de cuatro dias, y la mujer de un marinero al servicio de este patron, residente en la Barceloneta, habia de cobijar bajo su techo á los prófugos amantes.

— Cuando sobreviene un contratiempo á un hombre nos hace decir la piedad, si es bueno, que es aquel una prueba del cielo para averiguar como á Job los quilates de su virtud; y si es malo, que es un castigo del cielo aplicado al mortal que se desvía de la senda recta. El lector dirá desde el fondo de su conciencia si eran pruebas ó castigos los contratiempos de Pimentel y

Concha. Era la quinta vez que se hablaba aquel en la glorieta de su amada, y habia entrado en ella con un semblante desencajado. Daba la luna de lleno en el jardin, y la dudosa luz que iluminaba á los de la glorieta acababa de aumentar lo sombrío de la frente del artista. Ya cuando habia llegado, Concha habia echado de ver en su poeta una frialdad estraña en sus maneras y una agitacion alarmante en sus facciones; y sentándose á su lado en el banco en que él se habia echado, le tomó la mano y con un acento el mas cariñoso le dijo:

— ¡Rojerio! ¿qué tienes?

— ¡Nada!.....

— No te creo.... tu semblante me horroriza.... tus miradas tienen un no sé qué que me yela.... luego estos suspiros que en vano te esfuerzas en sofocar son una prueba fuerte de que estás sufriendo alguna pena.... Dímelo, Rojerio mio, no me ocultes nada; ya sabes que te quiero mas que á mí misma, que no perdono medio para hacerte feliz.....

¿ No estás contento de tu Concha?

— ¡ Sí, Concha! muy contento, demasiado contento estoy.

— Pues entonces ¿ qué te atormenta?

— Ya te he dicho que no tengo nada.

— Es imposible, Rojerio, véote demasiado embebido en tus pensamientos.... piensas en alguna cosa que no me quieres decir.... lo comprendo muy bien.... has llorado.... has recibido un golpe terrible... lo adivino... tu cara no miente...

— ¡ Concha, por Dios!

— ¡ Tienes secretos para tu Concha!... he perdido tu confianza... ¡ Rojerio mio, vuélvemela! Dime que tienes; ¡ dímelo por el amor de Dios!....

— ¡ Hánse pasado tantos días desde que te prometí robarte y conducirte al extranjero!....

— ¿ Y qué? ¿ te figuras que estoy quejosa? ¡ No, hermoso mio! ¡ no! estoy tan contenta como si esta glorieta fuese un tejado de Francia, ó una bóveda de cocoteros.... ¿ Qué me falta? estoy á tu lado, te oigo respirar, te estrecho la ma-

no , puedo besar tu frente , reclinarte á mi pecho como si fueses mi hijo....

— ¡ Ah ! ¡ Concha mia !

— ¿ Qué quieres , esposo mio ? ¿ No es verdad que te gusta que te llame esposo ?

¡ Ah ! ¿ me amas Rojerio ?

— No me lo preguntes : toca mi corazon ; pon la mano en mis labios ; mira mis ojos....

— Si , si , hermoso mio ; todo me está diciendo que me quieres , que me adoras , que soy feliz . ¡ Ah ! ¡ ojalá que tú lo fueras como yo !.... Tú no lo eres.... tú suspiras , y no de placer.... tus suspiros son profundos , son los suspiros de un corazon llagado.... yo percibo en tu aliento el olor de estas llagas.... es un aliento que quema.... ¡ Esposo de mi alma !.... ¡ no me dejes nunca de querer como me quieres ahora ! Quiéreme siempre así , pero algo mas alegre.... ¿ No es verdad que estarás mas alegre otro dia ?.... ¡ Ah ! ¡ mi querido !.... si siempre hubiésemos vivido de esta manera !.... ¡ ya no ecsistiríamos !.... ¡ Es im-

posible vivir con tanta expansion!... pero tú no te alegras... tú no gozas como yo.... Rojerio, ¿quieres decirme qué tienes?

— ¡Concha mia! ¡soy muy infeliz!...

— Lo creo..... Yo no lo soy porque me basta el ser amada; pero tú, sobre mi amor necesitas otras cosas: no de solo amor vive el hombre, sino de la agitacion del mundo.

— ¡Concha! ¡olvídame!!!

— ¡Que yo te olvide! miserable, dame un veneno; húndeme en el pecho un puñal.... entonces te olvidaré.... ¿Porqué quieres que te olvide?... ¿te pesan ya mis besos?... ¿se te ha convertido en zarza tu pobre Concha?....

— No, Concha mia, ¡no alimentes estas ideas!

— ¡Ingrato! ¡que le olvide! ¿y no te horroriza la idea de un olvido?... ¿podrias vivir sin mí?

— Un momento despues de haberlo sabido, ya estaria hecha pedazos esta frente por donde pasas tu mano.

— ¡Te matarías!

— Si.

— ¿Quieres matarte?

— Una cosa me arredra.

— ¡Matémonos los dos!

— ¡Aquí!!!

— ¡Ah! tienes razon... aquí no puede ser... ¡El cadáver de Rojerio junto al cadáver de Concha!... ¡en la glorietta de un jardin!... ¡qué horror!... pensarían que un marido ultrajado nos habia dado la muerte. Nadie comprenderia nuestro amor... ¡se nos infamaria!... ¡No! vivamos aun, Rojerio... mas tarde, mas léjos, si es forzoso todavía morir... Pero ¿porqué quieres morir, esposo mio? ¡A veinte y cinco años deseas ya la muerte!... tanto te pesa la vida....

— Me pesa un peso que cada dia me agovia más.

— ¿No tienes ninguna esperanza de que se te alijere?

— ¡Ninguna!

— ¡Ninguna! ¡Con qué amargura has

pronunciado esta palabra!... ¡y persiste en negarme que está sufriendo!

—¡Si, Concha, si estoy sufriendo!... no te lo puedo ocultar. Yo te quisiera arrancar de ese hombre, que te robó á mi tálamo: quisiera llevarte conmigo á otro pais, embriagarte de felicidades, y ¡maldicion!.... no puedo realizar ninguno de mis deseos.

—Tu amor, Rojerio mio; ¡dame tu amor, no quiero mas! ¡no necesito mas!.... Tu amor es para mí la felicidad del paraíso: ¡huyamos! he aquí la felicidad. ¿No está todo prevenido?.... ¿No tenemos dinero?

—¡Ah! Concha.... yo no tengo valor para decírtelo....

—¿Qué?.... acaba.... ¿qué hay?....

—¡He sido vendido en mis últimas esperanzas! ¡siento sobre mi frente la maldicion de Dios, la maldicion terrible que llamé sobre mí el dia mas fatal de mi existencia!

—¡Rojerio mio, me estás llenando de

espanto!.... ¿qué quieres decir con todo eso?....

—¡Toma! lee si puedes esta carta....
¡yo no la vuelvo á leer!....

Apoderóse Concha del papel con un sobresalto extraordinario, y aprocsimándose á la entrada de la glorieta, al resplandor de la luna á duras penas pudo leer el contenido de la carta; no tanto por falta de luz, como por la extremada agitacion de su corazon y espíritu, luego que para anticiparse alguna idea aclaratoria hubo visto de una ojeada que era la firma de *Teresa Vilalta y Grau*, ó sea la madre de Rojerio. Mientras la estaba leyendo, Pimentel, sentado en el banco de madera, ecsaló de una vez todos los suspiros que hasta entonces habia podido reprimir.

He aquí en que términos estaba concebida la carta que la ventera habia dictado para su hijo á un escribiente. Recordábale su primer extravío; la pena de su familia al verle desaparecido; las ansias en que la tuvo constantemente no

saber su paradero; la muerte de su padre, la desdicha de sus hermanas; la loca alegría que ella sintió al verle parecer por su país; la conversación que tuvieron el día en que se ausentó por segunda vez; las promesas que le había hecho, y lo mal que las había cumplido; le hacía una pintura cruel de la decadencia de su venta y de los achaques que acortaban los días de su madre; le achacaba toda la culpa de las persecuciones que había sufrido, puesto que se había obstinado siempre en no salir de Barcelona, donde no podía prometerse otra cosa que calumnias, persecución y miseria; le echaba en rostro su vanidad de hacerse pasar por hijo de una familia rica y noble, origen de todos sus contratiempos y obstáculo de su regreso á su pueblo; le reprendía por su amor á una señora que no era de su brazo, y por haber tomado un oficio que no lo era, puesto que no daba de que vivir; y para acabar de conmovéle, le decía que se había cubierto de deudas por él,

que pobre, enferma y abandonada solo esperaba de él no verse precisada á hacerse conducir al hospital, y que si era cierto, como le habian asegurado, que por seguir todavía los pasos de esa mujer fatal, que habia funestado su ecsistencia, se hallaba dispuesto á dejar morir de hambre en un rincon á su desdichada madre, sin querer recojer siquiera su postrimer suspiro, no habia de tener perdon de Dios, como ella se lo habia dicho al darle permiso para partir, y que habia de caer sobre su cabeza la maldicion que él mismo habia invocado delante de su madre para cuando faltase al juramento que le hizo de volver á su regazo pasados ocho dias. Tal era el largo contenido de esta carta dictada con un estilo llano y trivial, pero palpitante de sentimiento y ternura. Concha no la pudo acabar de leer; la cerró, y sin decir una palabra se fué á sentarse al lado de su poeta, el cual habia leído en el rostro de su amada las cláusulas que ella iba leyendo en el papel. Rojerio tampon-

co desplegó sus labios, aguardando saber la impresion que Concha habia recibido. Pero este silencio no podia durar y Concha fué la que lo interrumpió primero.

— Ya lo vés, Rojerio.... (le dijo con un tono de amargura que acabó de hacer pedazos el corazon de este infeliz), tambien reprueba tu pobre madre nuestros amores! Nadie, nadie viene á sostener nuestra conciencia, ya mal segura de las razones con que nos esforzamos á lejitimar nuestra pasion. Todos nos lanzan anatema.... ¡Ay! ¡déjame, Rojerio, déjame sola en mi desdicha!.... ¡solo soy yo la culpada; solo para mí no hay remedio!.... ¡Ahora te lo pido yo, Rojerio mio! ¡olvídame; sé feliz; véte á tu pueblo como te lo pide tu pobre madre; haz lo que hice yo; sé mas hijo que amante; no quieras que la sombra de tu madre, muerta por tu abandono, te persiga hasta tu huesa!.... Véte.... una madre como la tuya no debe ser inmolada á un amor como el mio.... yo te

hice infeliz por mi madre, justo es que yo lo sea por la tuya.... El cielo es justo.... y da á cada uno lo que le toca.... ¡Adios Rojerio!.... esta es la última noche que nos vemos.... todo se acabó.... Véte á tu pais, salva á tu madre.... cástate con una heredera de pingüe patrimonio, y no te acuerdes mas de tu Concha, casada tambien con un hombre de pingüe patrimonio....

— ¡Desdichada! ¿qué te he hecho yo para que redobles con este tono y estas palabras mis espantosos tormentos? ¿No comprendes el martirio que me está arrancando el corazon? ¿no percibes en mi semblante la horrible pugna de mi deber y mi pasion en el fondo de mi conciencia? ¡Ah! ¡Concha! nunca, nunca has sufrido tú los tormentos que me despedazan el alma desde que he leido este terrible papel... ¡Mi madre.... mi pobre madre!....

— Tu madre tiene razon, Rojerio mio.... Harto tiempo ha expiado la infeliz los estravíos de su hijo.... tú salis-

te de sus entrañas para hacerla bien y yo te lo he impedido.... Convenzámonos, al fin, de que ahora mas que nunca es maldito nuestro amor.

—Tambien lo empiezo á creer. ¡Será verdad que hay un Dios terrible que recibe los juramentos de los hombres! Yo hice juramentos; llamé sobre mi cabeza la maldicion de Dios si no los cumplia, yo no los he cumplido, y mis desdichas me están diciendo que ya ha estallado la maldicion....

— Quizás es tiempo aun de conjurarla.... El cielo está lleno de grandes criminales arrepentidos... Rojerio, huye de mí, como del mundo un anacoreta; yo soy tu perdicion.... yo ya ruedo por un abismo, no me sigas; vuela al encuentro de tu madre; trabaja, trabaja para ella; arráncala de su miseria.... yo me siento con fuerzas para resistirlo todo... Mi amor es demasiado grande para no ceder, para pedirte el cadáver de tu madre; para darte una ecsistencia de atroces remordimientos... ¡Adios!

—¡No! ¡no te vayas!.... ¡un momento, por Dios!.... ya me marchó á mi país.... voy á arrojarme á los piés de mi desdichada madre.... voy á llevarla conmigo, á donde me conceda el cielo ser el báculo de su vejez.... Y si ese cielo me tiene reservado un día de ventura; si hay en el libro de mi porvenir una página risueña....

—Si, Rojerio mio, acepto: esta esperanza me dará valor, me dará vida.... aguardaré.... Un solo favor me atrevo á demandarte todavía.... si puedes sacar á tu madre de su infeliz situación sin comprometer tu mano, ten compasión de mí, Rojerio mio!....

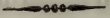
—Este es mi plan.... tu rapto y el socorro de mi madre son en la actualidad dos hechos que se destruyen; socorrer primero á mi madre, despues robarte, son dos hechos que se completan...¿Hay fuerza en tu corazón para esperar?

—¡Si!!!

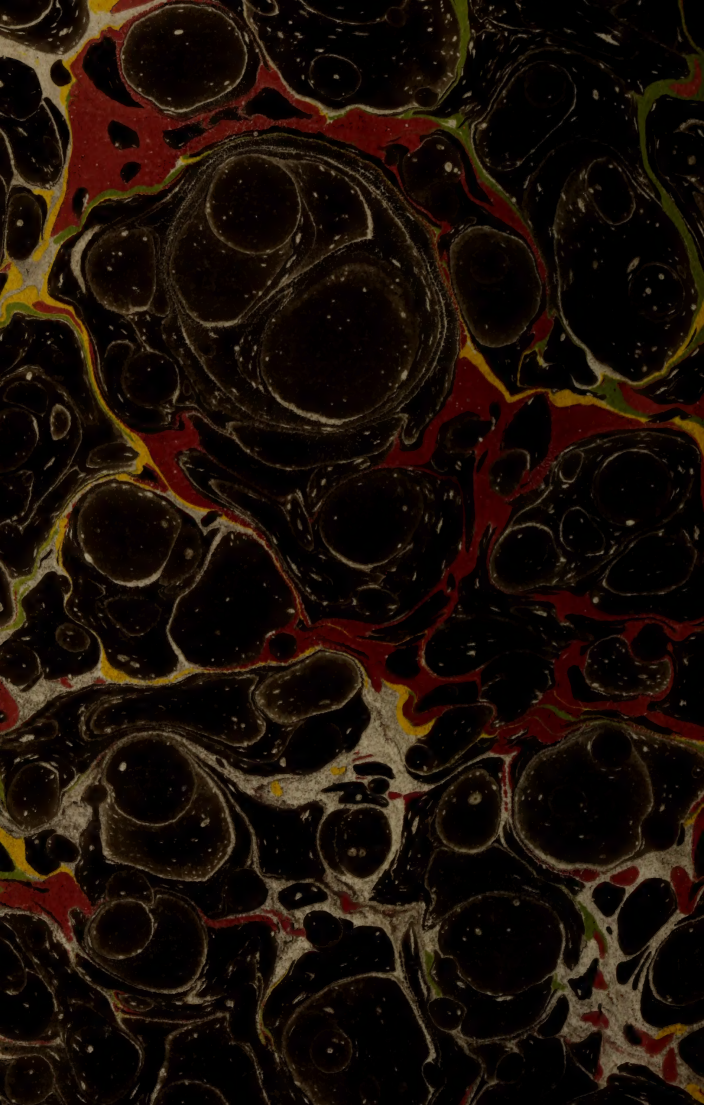
—Pues... ¡adios!!!...

—¡Adios!!!...

El acento con que fueron soltadas estas últimas palabras es intraducible; era el acento de dos almas de diamantino temple, á quienes daba vigoroso arranque é inflexible resolución la misma dificultad de sus empeños. El apretón de manos que se dieron al separarse fué la espresion del mismo sentimiento, y sostenidos entrambos por la esperanza con que se habian reanimado desde el fondo de un abismo, se abandonaron otra vez á las contingencias de la suerte.







661459

Mata y Fontanet, Pedro
El poeta y el banquero.
v. 1-2.

LS
M4253po

NAME OF BORROWER

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

